DESCUBRIENDO A CRISTO

Georges Stéveny

aula7activa

DESCUBRIENDO A CRISTO

Georges Stéveny

DESCUBRIENDO A CRISTO

Georges Stéveny

aula7activa

Título original: *A la découverte du Christ.* Dammarie-lès-Lys (Francia): Éditions Vie et Santé, 1991

Traducción: **María Méndez Gómez**
Revisión: **José Manuel Prat Boix**
Diagramación del interior: **Ramon C. Gelabert**
Diseño de la cubierta: **Isaac Chía**

Edita:

AULA7ACTIVA-AEGUAE
Barcelona, España
E-mail: info@aula7activa.org / info@aeguae.org
Web site: www.aula7activa.org / www.aeguae.org

Primera edición en español, 2017

Es propiedad de:
© 2017, herederos de Georges Stéveny
© 2017, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo

Stéveny, Georges
Descubriendo a Cristo / Georges Stéveny / traducción al español de María Méndez Gómez – 1.ª ed. en español – Barcelona: Aula7activa-AEGUAE, 2017.
xxii págs., 358 págs.; 23 x 15 cm

Materia: 1. Jesucristo - Persona y oficios - Encarnación - Enseñanza bíblica - Dios - Atributos
CDD: 232

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de esta publicación de Aula7activa-AEGUAE (www.aula7activa.org) solo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

A mi esposa.

SUMARIO

Versiones de la Biblia citadas xvii

Unas palabras previas xix

Prefacio xxi

PRIMERA PARTE

CONOCER HOY A JESÚS 1

Capítulo 1. Ciencia y fe 5
Capítulo 2. Método 7
Capítulo 3. Documentos oficiales: Autores latinos 11
1. Plinio el Joven 11
2. Tácito 11
3. Suetonio 12
Capítulo 4. Escritos judíos 15
1. Flavio Josefo 15
2. Baraita 16
Capítulo 5. Escritores cristianos 19
1. Pablo 19
2. Los evangelios 20
3. Otros libros del Nuevo Testamento 21
Capítulo 6. Autenticidad de los documentos bíblicos 23
1. Los autógrafos 23
2. Las copias 23
3. Forma literaria de los evangelios 23
4. La experiencia vivida 24
Capítulo 7. La irreductible originalidad de Jesús 25
1. La época romana 25
2. Los fariseos 26
3. Los saduceos 26
4. Los herodianos 26
5. Los zelotes 26
6. Los esenios 27
7. Los sectarios del desierto 28

Conclusión: Un monumento indestructible 28
Capítulo 8. Algunas explicaciones naturales 31
1. Conspiración de la mentira 31
2. Un enfermo mental 31
3. Un dulce soñador 31

SEGUNDA PARTE

LOS CUATRO COMIENZOS 33
Capítulo 1. Comienzo según Mateo 37
1. Genealogías judías 37
2. Las genealogías de Mateo y Lucas 38
3. El número 14 39
4. Las mención de las mujeres 40
Capítulo 2. Comienzo según Marcos 41
Capítulo 3. Comienzo según Lucas 47
Capítulo 4. Comienzo según Juan 55
1. El *Logos* 55
2. Hacia Dios 59
3. Dios 59
4. Juan 1:3,4. Un arcano precioso 60
5. La génesis del hombre 64
6. Luz y vida 65
7. Derrota y victoria de la luz 66
Resumen de la segunda parte 68

TERCERA PARTE

EL HOMBRE JESÚS 69
Capítulo 1. La realidad de la humanidad de Jesús 73
1. Llamado hombre 73
2. Hijo del hombre 73
3. Vida de un hombre 75
4. Características de un hombre 75
5. Principios instintivos humanos 75
6. Sujeto a las leyes del desarrollo 75
7. Hasta la muerte 76
Capítulo 2. La prueba de la tentación 77

1. Situación del relato de la tentación en los evangelios 77
2. La función del Espíritu 77
3. Satán y la tentación 78
4. La primera tentación, Lucas 4:1-4 79
5. La segunda tentación 79
6. La tercera tentación 80
7. Otra crisis 82

Capítulo 3. La integridad insólita de su naturaleza humana 85
1. Su nacimiento sobrenatural 85
2. Su enseñanza 86
3. Sus milagros 89
4. Su santidad 91
5. La transfiguración 95
6. La resurrección 98
7. La ascensión 105

Resumen de la tercera parte 108

CUARTA PARTE

LA DIVINIDAD DE CRISTO 109

Capítulo 1. Más que un hombre 111
1. Un mundo indigno de él 112
2. Todos los hombres inferiores a él 113
3. Su relación única con Dios 113

Capítulo 2. «Las escrituras dan testimonio de mí» 115
1. El testimonio de Jesús 115
2. El testimonio de Pablo 116
3. El testimonio de Pedro 116
4. Tipología del Antiguo Testamento 116
5. El Nuevo Testamento dice de Cristo lo que el Antiguo Testamento dice de Dios 117
6. El misterio de Cristo 118
7. Resumen 120

Capítulo 3. Los signos de su divinidad 121
1. El Mesías 121
2. La preexistencia 124
    a. Afirmaciones explícitas de Jesús 124

b. Afirmaciones de Pablo 124
c. Declaraciones implícitas de Jesús 125
d. El Antiguo Testamento 125
3. El Enviado 127
Resumen 129
Capítulo 4. Los atributos divinos 131
1. La vida 131
2. La santidad 134
3. La verdad 136
4. La eternidad 137
5. La inmutabilidad 138
6. La omnipresencia 138
7. La omnipotencia 139
Conclusión 141
Capítulo 5. Obras divinas 143
1. La creación 143
2. La creación sustentada 144
3. La creación restaurada 146
a. La redención 146
b. La resurrección 146
c. El juicio 147
Capítulo 6. Culto, oración y adoración 149
Capítulo 7. Jesús, llamado Dios 153
1. El Antiguo Testamento 154
2. El apóstol Pablo 154
a. Señor-*Kyrios* 155
b. ¿Pablo llama Dios a Jesús? 158
c. Romanos 9:5 159
d. 2 Tesalonicenses 1:12 161
e. Tito 2:13 162
3. La epístola a los Hebreos 1:8,9 163
4. El apóstol Juan 164
a. Juan 1:1,14 165
b. Juan 1:5 166
c. Juan 1:18 167
d. «¡Señor mío y Dios mío!», Juan 20:28 167

e. «Ese es el verdadero Dios y la Vida eterna», 1 Juan 5:20 168
Resumen 169

QUINTA PARTE

JESÚS, HIJO DE DIOS 171
Dificultad: ¿Esta condición filial es compatible con la eternidad? 173
Capítulo 1. El Hijo de Dios en la antigüedad pagana 175
Capítulo 2. El Hijo de Dios en el Antiguo Testamento 177
Capítulo 3. El Hijo de Dios en el Nuevo Testamento 179
1. La palabra *Hijo* 179
2. La expresión «Hijo de Dios» 180
a. El Mesías-Hijo 181
b. El Hijo muy amado 181
c. El Hijo asociado 182
d. La pareja Padre-Hijo 182
3. La expresión «Hijo único» (*monogenês*) 182
Capítulo 4. El primogénito (*prôtotokos*) 187
1. Siete referencias 187
2. En el Antiguo Testamento 188
3. En el Nuevo Testamento 188
a. Primogénito entre sus hermanos, Romanos 8:29 189
b. Primogénito de entre los muertos, Apocalipsis 1:5; Colosenses 1:18 190
c. Primogénito de toda la creación, Colosenses 1:15 192
d. «Yo te he engendrado hoy», Hebreos 1:5; Salmos 2:7 194
e. «Yahvé me creó primicia de su actividad…», Proverbios 8:22 199
f. «…yo he salido y vengo de Dios…», Juan 8:42; 16:28; 17:8 201
g. Resumen 203

SEXTA PARTE

LA ENCARNACIÓN: IMPLICACIONES Y CONSECUENCIAS 205

Capítulo 1. Emmanuel: Dios con nosotros 207
1. Complejidad de Dios 207
a. Dios, muy cerca de nosotros 209
b. El Eterno, Dios de los cielos 210
c. El gran encuentro 211
2. Nacimiento en Belén 211
3. Emmanuel 213
Capítulo 2. La palabra hecha carne, Juan 1:14 217
Capítulo 3. El despojarse, Filipenses 2:5-11 223
1. Versículos 6 y 7a 225
a. «…en forma de…» 226
b. «…siendo (*hyparchôn*) en forma de» 227
c. «…no se aprovechó de su igualdad con Dios…» 227
d. «…Sino que él mismo se despojó…» 229
e. «…tomando forma de esclavo» 230
2. Versículos 7b y 8 231
a. «Convertido en un hombre…» 231
b. «…juzgado como un hombre…» 231
c. «…se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, la muerte de la cruz» 232
3. Versículo 9 233
4. Versículos 10 y 11 235
5. Conclusión 236
Capítulo 4. Empobrecido para enriquecer, 2 Corintios 8:9 237
Capítulo 5. De la carne a la gloria, 1 Timoteo 3:16 241
1. Manifestado en la carne 242
2. Justificado por el Espíritu 243
3. Ángeles - paganos 244
4. Creído por el mundo - levantado a la gloria 244
Capítulo 6. Humillado y después coronado, Hebreos 2:6-9 245
Capítulo 7. Los dos Adanes, 1 Corintios 15:45-47 249
1. La literatura apocalíptica 249
2. La especulación de Filón 250
3. La tradición sinóptica 251

4. 1 Corintios 15:21-23 252
5. 1 Corintios 15:45-50 253
6. Romanos 5:12-21 255
7. Conclusión 257
Capítulo 8. ¿Qué naturaleza humana adoptó Jesús? 259
1. Una precisión necesaria 259
2. ¿Cómo Adán antes del pecado? 260
3. ¿Cómo Adán después del pecado? 262
4. ¿Qué carne? 264
5. Una vez más, el bautismo 268
6. ¿Privilegiado con relación a nosotros? 270
7. Resumen 271
Capítulo 9. Colmado de la divinidad 273
1. La traducción 273
2. El contexto 273
3. La divinidad 274
4. La humanidad 275
5. Nuestra plenitud 276
6. Atañe a la iglesia 277
7. La circuncisión de Cristo 278
Capítulo 10. Dos criterios de verdad 281
1. Jesucristo, Hijo de Dios, venido en carne 281
2. Las dos naturalezas 284
a. ¿Qué significa esta expresión? 284
b. Una subordinación de función 286
3. Cuestión de consciencia 287
Capítulo 11. Desvelamiento de la encarnación 291
1. En Dios, todos uno 291
2. Implicación de la encarnación 291
3. El Espíritu, principio de unión 293
4. Dos principios para comprender 293
5. Indispensable mediación 295
6. Fuente de fraternidad humana 296
7. ¿Una «mística» paulina? 297
Capítulo 12. El séptimo hombre 301
1. Tres hombres naturales 302

2. Tres hombres espirituales 303
3. El séptimo hombre 304

SÉPTIMA PARTE

EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU SANTO: DIOS 307

Capítulo 1. Conocer a Dios 309
1. A propósito de Dios, ambigüedad de las palabras 309
2. Conocimiento limitado, pero necesario 310
a. Sabemos muy poco… 311
b. Pero sabemos lo bastante… 311
c. Hay esfuerzos infructuosos… 311
d. Seamos humildes 312
Capítulo 2. La noción de Trinidad 315
1. La palabra 315
2. Origen de la noción de Trinidad 315
3. Monoteísmo y Trinidad 316
Capítulo 3. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo 317
Capítulo 4. El Espíritu Santo 319
1. Antiguo Testamento 319
2. Nuevo Testamento 319
3. Relaciones Espíritu-Dios 320
Capítulo 5. La persona del Espíritu Santo 321
1. Las teorías 321
1. Tres hipóstasis 321
2. Tres modos de existencia 321
3. Tres personas 322
2. Lo que dicen los textos 322
3. Importancia de la cuestión 325

Conclusión

Las tres vías 327
1. Conocimiento histórico… según la carne 328
2. Conocimiento moral 329
3. Participación 330

Glosario 333

Anexo 337
I. Antes de Nicea 337
II. De Nicea a Éfeso (325-431) 338
III. De Éfeso a Constantinopla III (431-681): Una humanidad íntegra 339

ÍNDICE DE REFERENCIAS BÍBLICAS 341
Antiguo Testamento 341
Nuevo Testamento 344

ÍNDICE DE AUTORES 355

Versiones de la Biblia citadas

- BJ: *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1998.
- MI: *Nuevo Testamento*, edición de Manuel Iglesias. Madrid: Ediciones Encuentro, 2000.
- Peregrino: *Biblia del Peregrino*. Bilbao: Ediciones Mensajero, 1996.
- RVR95: *Santa Biblia*, Reina-Valera 1995. Sociedades Bíblicas Unidas.
- RV1909: *Santa Biblia*, Reina-Valera 1909. Sociedades Bíblicas Unidas.

Unas palabras previas

Cuando todavía era muy joven, circunstancias especiales me condujeron a enseñar teología. En el transcurso de las noches, mientras preparaba mis clases, tuve una experiencia inolvidable con Cristo. La persona de Jesús tomo para mí dimensiones insospechadas.

Cuántas veces mis alumnos me han apremiado para que escribiera. Oyentes, también, después de una conferencia pública o de un sermón que hubiera abordado algún aspecto en que era necesario acudir a la cristología, o el estudio de la naturaleza de Jesucristo.

Mis muchas ocupaciones me han servido de legítima excusa para no hacer nada. ¿Tal vez yo no estaba maduro? ¿Lo estoy ahora? El tema siempre nos sobrepasará. El libro, en cualquier caso, estaba en mí durante mucho tiempo, como en gestación.

No está escrito para los especialistas. Estos a menudo han mantenido a Cristo prisionero de su ciencia y sus sistemas.

Fuente única de toda vida, Cristo debe ser accesible a los que lo buscan, dispuestos a hacer un esfuerzo por descubrirlo. Descubrirlo, es experimentar una revelación de Dios. Además, es llegar a conocerse a uno mismo con la esperanza de una trascendencia sublime.

¡Pongámonos en camino, descubriendo a Cristo!

Georges Stéveny

Prefacio

Georges Stéveny ha organizado una brillante reflexión cristológica a partir del caminar del Jesús histórico y los datos de las Escrituras. Poco se ha preocupado del «cómo» de la unión hipostática o del «mecanismo» de la redención. Se interroga a partir de cuestiones esenciales, de carácter fundamental en lo que respecta a la fe y la vida cristianas. ¿Fue Cristo verdaderamente hombre como nosotros? ¿Conoció la prueba de la tentación? ¿Hasta qué punto su nacimiento sobrenatural y sus milagros, su enseñanza, su santidad excepcional, su transfiguración y su ascensión lo singularizan con relación al resto de los hombres?

La presente obra no tiene, pues, la pretensión de exponer, ni siquiera a grandes rasgos, el desarrollo histórico de la doctrina cristiana acerca de la persona de Cristo. El autor no trata tampoco de escribir una vida de Jesús o trazar el retrato psicológico del cristianismo. Sin sacrificar por ello el diálogo con el pensamiento contemporáneo, la intención de Georges Stéveny es situarse al lado del creyente que vive su fe en un mundo secularizado y recordarle la importancia del testimonio de las Escrituras. El Cristo que ha descubierto el autor no es el Cristo demacrado «lastimosamente amanerado» que exaltan algunos sino el Cristo viril, profeta y revolucionario, el Cristo en quien Dios y el hombre están por siempre unidos. Es precisamente esta preocupación por el texto bíblico, estudiado habitualmente con gran cuidado, lo que da un valor muy especial a esta obra.

En razón de su mismo objeto, cuya importancia y actualidad nadie ignora, este estudio va destinado a un público amplio. Las indicaciones técnicas y bibliográficas se han reducido en ella lo más posible. Las palabras griegas y semíticas no podían evitarse por completo, ya que la discusión a veces no tiene sentido si no es a partir de ellas; se han reducido al menor número posible y han quedado siempre transcritas.

El problema de la persona de Cristo está indiscutiblemente a la orden del día. Y aunque hoy día poseamos admirables retratos del Jesús de las Escrituras, no es menos deseable que se realicen esfuerzos por reunir y vincular entre sí los resultados adquiridos. El mérito del autor es comprender que no basta con acumular conocimientos y atesorar saberes, incluso bíblicos, sino que la responsabilidad del teólogo es precisamente

estrechar las pasarelas entre él mismo y sus conclusiones, por una parte y, por otra,.entre la fe espiritual y la fe vivida por sus lectores

Ojalá puedan multiplicarse obras como la que debemos a Georges Stéveny, es decir obras que reviven las etapas mismas del testimonio bíblico y nos hacen penetrar en el estado de ánimo de la generación de los apóstoles.

Raoul Dederen

Profesor Emérito, Seminario Teológico

Universidad Andrews, Michigan

Primera parte

CONOCER HOY A JESÚS

Hay nombres que no se ponen a los niños por estar asociados al estigma. ¿Quién querría llamar Judas a su hijo? Otros se han dejado de lado por estar demasiado aureolados de luz. Tal el nombre de Jesús, muy extendido en los cuatro siglos que precedieron nuestra era. Todo cambió después de Jesús de Nazaret. Raro es el uso de ese nombre. Yo no quisiera llamarme Jesús.

El prodigioso crecimiento de la semilla arrojada en el alma de unos cuantos pescadores por aquel hijo de Galilea constituye el fenómeno más asombroso de la historia. Único en verdad. Han pasado los siglos, instituciones poderosas se han derrumbado, civilizaciones brillantes han desaparecido, las lenguas han cambiado, la faz de la tierra se ha renovado varias veces, se han derrumbado naciones mientras que otras han nacido, pero la palabra de Jesucristo no ha cesado de extenderse, ni su nombre de ser amado hasta el sacrificio u odiado hasta la muerte.

Inscrito de manera insinuada o explícita en los más nobles pensamientos como en las más bellas obras de arte, se encuentra también en el corazón mismo de los debates más apasionados, en las disputas más ardientes y en las más vivas protestas. No solo en teología.

Hacia el final de su ministerio terrenal, cuando huía de la multitud para consagrarse a la formación de sus apóstoles, Jesús les hizo a menudo esta pregunta esencial: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» (Mateo 16:13, BJ). Desde entonces los hombres no han dejado de hacerse esta pregunta. Durante los tres primeros siglos, se contentaron con cantar los himnos del Nuevo Testamento. Después, desde Nicea (325 d.C.) hasta Constantinopla (680-681 d.C.), llegó la época de los grandes concilios, empeñados en labrar fórmulas encargadas de explicitar el misterioso contenido de la Revelación.

La historia del pensamiento humano acerca de la naturaleza de Cristo llena grandes volúmenes, no fáciles de leer. Esa parte de la teología se llama cristología. Y el debate continúa, en plena teología contemporánea, más áspero que nunca. Seamos conscientes de ello: está en juego el mismo Evangelio. El valor de una teología está en función de su cristología, ya que no puede haber verdadero conocimiento de Dios sin verdadero conocimiento de Cristo. La iglesia tiene que ser capaz de proclamar con claridad quién es Jesús para nosotros, hoy, so pena de no tener gran cosa que decir de Dios mismo.

Capítulo 1

Ciencia y fe

Nadie se espante, sin embargo. Este libro quiere ser comprendido por todo lector atento. No va dirigido a especialistas y recurrirá lo menos posible a su vocabulario. El agua viva ofrecida un día a una mujer de Samaria junto al pozo de Jacob, debe estar al alcance de todos.

Pero para empezar se impone una confesión: no podremos ahorrarnos la fe. Las redes del pensamiento humano son incapaces de captar el agua viva. Lógica y rigor son imprescindibles al conducir la reflexión. No obstante, lo esencial sigue siendo la apertura de corazón. Un poco más de saber no cambia necesariamente la vida de un hombre. En cambio, el encuentro de Saulo de Tarso con Cristo en el camino de Damasco venció no solo sus prejuicios arraigados, sino que hizo de aquel príncipe de los perseguidores un modelo de servidores y el adalid de la fe en Jesucristo. Su testamento espiritual podría resumirse sencillamente en: «…yo sé a quién he creído…». (2 Timoteo 1:12, RVR95).

Insisto en ello: el conocimiento de Cristo requiere más que un poco de ciencia histórica o bíblica. Una vez más, lo esencial solo es visible para el corazón. La vida nos enfrenta constantemente con opciones. Hay que elegir. Cuando la piedra es lanzada, tiene que caer. Nosotros somos dueños de su destino mientras la tenemos en el hueco de la mano. Una vez lanzada, sigue su trayectoria. Del mismo modo, las opciones que tomamos inclinan nuestra existencia en una dirección u otra.

Muchas fueron, para los contemporáneos de Jesús, las ocasiones de elegir. Un día –fue exactamente cinco días antes de la crucifixión– «Vino entonces una voz del cielo: “Le he glorificado y de nuevo le glorificaré.” La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno. Otros decían: “Le ha hablado un ángel.”» (Juan 12:28,29, BJ). ¿Trueno o ángel? Esta es la pregunta. Para los más racionalistas, la explicación tomada de la meteorología es física. El universo es para ellos como un muro opaco, en el que gracias a las ciencias humanas se logran disipar ingenuas ilusiones. Para otros, el mundo es como un tabique translúcido, que deja pasar una significación reveladora. Jesús, por su parte, se establece en el plano superior de la intuición espiritual: afirma la presencia y la acción del Padre.

No es fácil mirar cara al sol. No es cómodo contemplar a Dios. Ahora bien, «Esa es la vida eterna: que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Juan 17:3, BJ). Pero lo esencial no puede demostrarse. En la urdimbre íntima de nuestra existencia se tejen certezas fundamentales a propósito de las cuales nunca ha brotado en nuestra mente la idea de reclamar una prueba. ¿Quién tiene la prueba de que su padre es realmente su padre? Lo esencial no se demuestra, se experimenta.

Capítulo 2

Método

El primer problema al que nos enfrentamos es el del método. ¿Debe afirmarse primero la divinidad de Cristo en nombre de la fe o partir del Jesús de la historia para elevarse a continuación al de la fe? La cuestión fue planteada por un teólogo alemán, Pannemberg, en un libro publicado en 1964[1]. Él opone la *cristología de abajo* –la que tiene sus raíces en la historia– a la *cristología de arriba* –la que parte de la fe. Su audacia es pretender fundar sobre una base histórica toda la fe en Cristo muerto y resucitado. Así se opone radicalmente a una corriente de pensamiento que tiende a imponerse, según la cual es absolutamente necesario separar el acto de fe de la historia. Otro teólogo alemán, Bultmann, el principal iniciador de este último movimiento, considera que es imposible descubrir al Jesús histórico. En un libro publicado en 1926, confiesa francamente: «Pienso que nosotros no podemos saber prácticamente nada de la vida y la personalidad de Jesús»[2].

Tal actitud suscitó agitación. Así se explica el método propuesto por Pannenberg, al contrario que el método clásico, que consiste en partir de arriba: afirmar primero la divinidad de Jesucristo y luego esforzarse en dar cuenta lo mejor posible de su encarnación. Pannenberg propone lo contrario: es porque Jesús es hombre, de manera concreta, en la visibilidad de una historia humana, por lo que podemos encontrarlo y conocerlo. Lejos de presuponer la fe en el verdadero Dios, esta manifestación la hace posible.

De hecho, ¿no es así, precisamente, cómo se desarrolló la experiencia de los mismos apóstoles? Sin duda alguna. Primero reconocieron en Jesús a un maestro que escuchaban con veneración. Luego, al hacer camino, descubrieron su mesianidad, una mesianidad dentro de la perspectiva judía, es decir, dentro del marco de un nacionalismo ardiente. Jesús era como el nuevo David, rey poderoso capaz de volver a situar a la nación judía en primera fila. Profetizó su muerte en el transcurso de los últimos meses de su ministerio. Pero nada era más incomprensible a los ojos de

[1] Wolfhart PANNENBERG, *Fundamentos de cristología* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1974).

[2] Rudolf BULTMANN, *Jésus, mythologie et démythologisation* (París: Seuil, 1968), p. 35.

sus seguidores. La reacción de Pedro, en la primera alusión a la cruz, es sintomática:

> «Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía que ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: "¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» (Mateo 16:21,22).

Grito del corazón que da cuenta del estado de ánimo de los discípulos.

Observad que con la misma ocasión Jesús predijo también su resurrección. Pero la incredulidad sobre este aspecto fue aún más tenaz. Los relatos son elocuentes. Hasta Tomás que rechaza obstinadamente el testimonio entusiasta de sus compañeros. ¿No tuvo que meter los dedos en las llagas del Crucificado para reconocer, de rodillas, al Señor resucitado? En verdad es entonces, en la resurrección, cuando todo se aclara y se precisa. Antes, los discípulos habían experimentado vagos presentimientos, intuiciones pasajeras o iluminaciones fugaces, tales como la célebre confesión de Pedro, en respuesta a la pregunta del Maestro en el camino a Cesarea de Filipo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo». Pero no percibían todo el significado.

Pedro debió pensar en ello después de la Pascua. ¡Ah!, si hubiera comprendido el sentido de sus propias palabras... Es verdad que le habían sido inspiradas por Dios: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Todo se vuelve claro después de la resurrección.

Así pues, nosotros optaremos también por el método que consiste en elevarse desde la vivencia terrenal a la significación celestial o, si se quiere, de la historia a la fe. Por lo demás, es la única manera que permite ayudar a los incrédulos que se esfuerzan en comprender y a los creyentes que se debaten en sus dudas.

Por otra parte, existe otra razón que nos inclina a elegir esta vía. El cristianismo es la única religión fundamentalmente histórica, la única que depende de la historia, que se confunde no con doctrinas sino con una persona, la de Jesucristo. Tendremos ocasión de volver a tratarlo, pero importa que tomemos nota de ello desde ahora. Quitad la persona de Cristo de la historia y el cristianismo ya no es más que una hermosa historia...

para alimentar fantasías irracionales. El apóstol Pablo lo había comprendido muy bien: «Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también nuestra fe. Y quedamos como testigos falsos de Dios...» (1 Corintios 15:14-15, BJ).

Partiendo de aquí, aceptemos sin ambages que nadamos contracorriente. Ya que hoy día la tendencia es más bien separar el testimonio del Nuevo Testamento de los hechos históricos a los cuales se refieren. Se admite el *keryigma* –es decir la predicación de la iglesia primitiva–, su proclamación, su testimonio, sin preocuparse demasiado por saber si coincide o no con hechos que se consideren auténticos. De modo que estamos obligados a decir unas palabras acerca de este aspecto de nuestro tema.

El siglo XIX marca un giro en la manera de considerar los evangelios. Hasta entonces, la idea de poner en duda la realidad histórica de Jesús y los relatos que lo dan a conocer, habría parecido blasfema. Pero, siguiendo a los filósofos Lessing y Kant, se empezaba a ver en el cristianismo únicamente la expresión simbólica de una verdad eterna. Lo increíble fue pretender, a principios del siglo XX, que la personalidad de Jesús nunca había existido sino en la imaginación de unos discípulos engañados. Lo absurdo de una tesis semejante fue ásperamente denunciado por especialistas de prestigio mundial.

Jesús no surgió en la penumbra antediluviana, sino en plena civilización grecorromana. Lo esperaron, lo tocaron, lo siguieron, lo aclamaron; después, súbitamente, le escupieron, lo golpearon mortalmente antes de clavarlo en la cruz del Gólgota. Si hubiera existido la televisión, el mundo entero habría seguido el acontecimiento.

Capítulo 3

Documentos oficiales: Escritores latinos

Cuando Jesús apareció en Palestina, la gloria de Roma estaba en su zénit. Después del emperador Augusto, muerto el 19 de agosto del año 14 de nuestra era, Tiberio reinaba en Roma, Poncio Pilatos gobernaba Judea y Herodes Antipas, en calidad de tetrarca reinaba en Galilea. Anás y Caifás, sumos sacerdotes, pontificaban en Jerusalén. Estamos en plena historia. De modo que no es ocioso consultar los documentos oficiales.

1. Plinio el Joven

Los archivos de Roma no guardaron ninguna huella. Sin embargo el silencio no es total. Un documento escrito entre 111 y 113 proporciona informaciones preciosas acerca del desarrollo del cristianismo en Asia Menor y hace una breve alusión a Jesús. Se trata de una carta que Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, dirigida al emperador Trajano. Tras unas denuncias, Plinio detuvo e interrogó a cristianos. Estos declararon «que tenían por costumbre reunirse antes de la aurora en días determinados y cantar himnos a Cristo como a un Dios[3]». La respuesta de Trajano dice: «No hay que buscarlos; pero si son denunciados y convictos (de profesar el cristianismo), hay que enviarlos al suplicio». Si bien este texto no nos dice nada nuevo acerca de Jesús, su mérito es atestiguar la importancia del cristianismo en Asia ochenta años después de su muerte.

2. Tácito

Dos historiadores romanos han dejado su testimonio. El más importante es Tácito, cuyo espíritu crítico y honestidad son bien conocidos. He aquí cómo relató, en el año 116, la primera persecución que se llevó a cabo contra los discípulos de Jesús, en el año 64, bajo Nerón:

> «Para destruir el rumor que lo acusaba del incendio de Roma, Nerón señaló culpables y les infligió penas muy refinadas; estos fueron los que, odiados por sus infamias, eran llamados cristianos por el vulgo. El autor de este nombre había sido, bajo el reinado de Ti-

[3] PLINIO EL JOVEN, *Epístolas*, Libro X, Carta 96.

> berio, condenado al suplicio por el procurador Poncio Pilatos. Esa execrable superstición, refrenada en el momento, surgía de nuevo, no solo en Judea, lugar de origen de este mal, sino también en la Ciudad en la que florecían todas las atrocidades[4]».

Merece ser citada la reflexión de un historiador como Goguel a propósito de este texto:

> «Hay dos cosas en este pasaje cuya autenticidad es cierta. La primera noticia se refiere al incendio de Roma y la persecución de los cristianos; la segunda, a Cristo [...]. Queda sentado un hecho, y es que Tácito conoció un documento que no era ni judío ni cristiano y que vinculaba al cristianismo con el Cristo crucificado por Poncio Pilatos. La importancia de esta declaración no necesita subrayarse[5]».

3. Suetonio

Suetonio (69-141), es el otro historiador romano muy serio que menciona a Jesús en la misma época. Al escribir la *Vida de los doce césares*, dice que el emperador Claudio: «Hizo expulsar de Roma a los judíos, que excitados por un tal Cresto [*Chrestus*], provocaban turbulencias[6]». Igual que muchos romanos de la época, Suetonio confundía judíos y cristianos. *Chrestus* es sin duda una deformación de *Christus*. El mismo autor escribe de Nerón: «Los cristianos clase de hombres llenos de supersticiones nuevas y peligrosas, fueron entregados al suplicio…[7]».

Tal como declara Daniel-Rops:

> «…eso es todo lo que la historia escrita por los romanos nos dice acerca de la más grande historia del mundo [...]. Ahora bien, no es seguro en absoluto que el prendimiento de Jesús hubiera levantado, en aquel momento, el ruido que nos imaginamos. Es difícil poner una cifra a los asistentes que los evangelios nos muestran a su alrededor. ¿Llegarían a dos o tres mil? La "multitud" que se agolpó en torno a él en la entrada gloriosa en Jerusalén el Domingo de Ra-

[4] TÁCITO, *Anales*, Libro XV, 44.

[5] Maurice GOGUEL; *Jésus* (París: Payot, 1950), p. 45.

[6] SUETONIO, *Vida de Claudio*, XXV, 4.

[7] SUETONIO, *Vida de Nerón*, XXVI.

> mos, ¿superaba unos centenares? Los mismos textos sagrados nos muestran que en el momento del juicio y en la crucifixión, no había mucha gente[8]».

Es de destacar, en definitiva, el hecho de que estemos tan bien informados, a pesar de todo, de los acontecimientos que iban a «romper el curso de la historia o, por decirlo mejor, introducir a una historia nueva».

[8] Obra colectiva, François AMIOT, Jean DANIELOU, Amédée BRUNOT, L. CRISTIANI, DANIEL-ROPS, *Les sources de l'histoire de Jésus*, A. (París: Fayard, 1961), pp. 17, 14, 15.

Capítulo 4

Escritores judíos

Los medios de comunicación modernos nos han acostumbrado a una información ultrarrápida con todo lujo de detalles. Es innecesario observar que la situación era muy distinta a principios de nuestra era. Los cronistas se limitaban a lo que tenía gran resonancia. Y la conspiración de silencio se ha practicado siempre para proteger intereses. Por lo que no tiene nada de sorprendente que algunos grandes escritores como Filón o Justo de Tiberíades no hayan citado siquiera el nombre de Jesús. Sorprenderá, más bien, encontrar en los Talmuds, o comentarios de la Ley, alusiones más o menos claras a su persona y a su trayectoria. He aquí realmente un homenaje inesperado a su autenticidad, aun cuando traduce la actitud de la sinagoga con respecto a un hereje.

1. Flavio Josefo

El historiador judío Flavio Josefo, en cambio, merece una mención especial.

> «Nacido el 37 o 38 y muerto el 97, es decir testigo inmediatamente posterior a la misión de Jesús. Es, en muchos sentidos, un historiador destacado. Su obra *Antigüedades de los judíos* es, con algunas reservas, infinitamente valiosa como complemento de las informaciones del Antiguo Testamento sobre el destino de Israel. Su *Guerra de los judíos*, publicada hacia el año 77, es decir, muy poco tiempo después de la catástrofe que supuso el hundimiento para siempre del pueblo elegido, es un documento inestimable. Es un hombre poco simpático. Miembro de esa aristocracia sacerdotal cuyo oportunismo se acomodaba al yugo romano, es un vanidoso, un arrogante, y demasiado servil. [...] Este general judío terminó la guerra como amigo personal de su vencedor Vespasiano, a quien había predicho que un día sería emperador. Añadió el nombre de su señor, Flavio, al suyo propio, igual que un esclavo liberado y, adulón hasta lo abyecto, no dudó en escribir que el verdadero Mesías esperado por Israel era, indudablemente, Vespasiano[9].»

[9] Ibíd., pp. 18, 19.

¿Qué verdad se puede esperar de un hombre tal? Su calidad de historiador se ha puesto con frecuencia en tela de juicio. No obstante, ciertos descubrimientos arqueológicos han contribuido a redorar su blasón. Se burlaban, por ejemplo, de sus alusiones a Masada, ese nido de águilas a orillas del mar Muerto, en el que un millar de judíos se suicidaron en el 73 antes que entregarse a los romanos. Pero hoy día el paraje es uno de los más conocidos por los turistas, señal de que sus escritos merecen consideración. Ahora bien, Josefo menciona a dos contemporáneos de Jesús: Juan Bautista, de quien relata la predicación y el martirio en términos ajustados a la realidad, y Santiago, primer responsable de la iglesia de Jerusalén después de la crucifixión y cuya lapidación describe. Lo designa en estos términos: «…al hermano de Jesús que se llamó Cristo; su nombre era Jacobo…[10]».

Mencionemos otro texto mucho más explícito.

> «Por aquel tiempo existió un hombre sabio, llamado Jesús, si es lícito llamarlo hombre, porque realizó grandes milagros y fue maestro de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad. Atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Era el Cristo. Delatado por los principales de los judíos, Pilatos lo condenó a la crucifixión. Aquellos que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo, porque se les apareció al tercer día resucitado; los profetas habían anunciado este y mil otros hechos maravillosos acerca de él. Desde entonces hasta la actualidad existe la agrupación de los cristianos[11].»

Este fragmento ¿es auténtico? ¿Es una interpolación? La segunda hipótesis parece evidente. No por eso estamos menos seguros, lo cual es ya enormemente importante, de que Josefo consideró a Jesús un personaje histórico.

2. Baraita

He aquí también un texto de una Baraita (tradición no oficial) del tratado sobre el Sanedrín, que presenta el juicio de Jesús como jurídicamente irreprochable:

[10] Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos*, libro XX, cap. IX, 1.

[11] Ibíd., libro XVIII, cap. III, 3.

> «Antes un heraldo lanza una proclamación [...]. Contra esto se ha enseñado: "En la víspera de la fiesta de la pascua colgaron a Jesús". Cuarenta días antes, el heraldo había proclamado: "Lo conducen afuera para ser lapidado pues ha practicado la magia y seducido a Israel y lo convirtió en apóstata. El que tenga algo que decir en su defensa, que venga y lo diga". Como nada se había avanzado en su defensa, lo colgaron la víspera de la fiesta de la pascua. Ulá replica: "¿Crees que haya sido siquiera necesario buscar algo en su defensa? Pues se convirtió en un seductor, y el Muy Misericordioso dice: No debes perdonar, ni silenciar su culpa". Más bien, iba de otra manera con Jesús, ya era allegado al gobierno».

Texto decepcionante, a buen seguro. Pero, tal como observa François Refoulé, de quien lo hemos tomado: «Un resultado se ha logrado al menos: nunca en los tiempos más antiguos, la existencia misma de Jesús fue puesta en duda[12]».

Así, en el transcurso de los primeros siglos del cristianismo, en el terreno de los evangelios es donde se sitúan los adversarios de la nueva religión, como Celso, Porfirio, Juliano el Apóstata y Trifón. Entre los argumentos que utilizan, alegan la poca cultura de los evangelistas, señalan en sus relatos incoherencias pero nunca los califican de ficción. Se esfuerzan en dar una interpretación de la historia de Jesús que elimine de ella lo sobrenatural, pero no se oponen a su realidad.

[12] Obra colectiva: L. LEPRINCE, RINGUET, R. ARON, R. REFOULE, J. DANIELOU, G. CASALIS, J. MADAULE, J. GUITTON, E. BORNE, A.-M. CARRE, *Jésus,* Hachette, París, 1971, p. 63.

Capítulo 5

Escritores cristianos

No es oportuno que nos detengamos en los escritores cristianos no bíblicos. Señalemos únicamente que los Padres de la iglesia han citado tan abundantemente los evangelios que casi podríamos reconstruirlos a partir de sus copias. En cambio, los textos del Nuevo Testamento, merecen algunas precisiones.

1. Pablo

Los primeros documentos vienen sin duda del apóstol Pablo. Al menos así se enseñaba hasta no hace tanto tiempo. Eminentes especialistas afirman hoy, con impresionantes documentos de apoyo, la altísima antigüedad de los evangelios[13]. Sea como fuere, Pablo esbozó en sus epísto-

[13] La datación de los evangelios.

Se han publicado dos obras de gran resonancia sobre el tema, la de John A. T. ROBINSON, *Redacting the New Testament* (Londres: S.C.M. Press, 1976), que plantea de nuevo la cuestión por medio de nuevos argumentos, y la de Claude TRESMONTANT, *Le Christ hébreu: La langue et l'âge des évangiles* (París: O.E.I.L., 1984). Tresmontant sostiene que los evangelios fueron escritos «en cuanto a lo esencial, en el núcleo de los acontecimientos, en esa lengua hebraica portadora de una dinámica espiritual única» (p. 322).

El abate Jean Carmignac, especialista de Qumrán y autor de numerosas obras acerca de los evangelios, dice:

«Alrededor de 1850, F. C. Baur estimaba que los Evangelios sinópticos de Mateo, Marcos y Lucas habían sido compuestos hacia el 150 d.C., y el Evangelio de Juan en 160-170».

»Hacia 1900, A. von HARNACK situaba a Marcos en 65-70. Mateo en 70-75, Lucas entre 79 y 93 y Juan entre 80 y 110. »

Actualmente, la Traducción Ecuménica de la Biblia (TOB), en francés, se expresa así: Con respecto a Marcos: «nada impide datar la composición del segundo evangelio entre 65 y 70» (p. 128); en cuanto a Mateo**, «**numerosos son los autores que datan el primer evangelio en los años 80-90, quizá un poco antes» (p. 41); con relación a Lucas: «Los críticos actuales suelen situar su redacción hacia los años 80-90, pero varios le atribuyen una fecha más antigua» (p. 186); sobre Juan: «hacia finales del siglo I» (p. 289). «Pero cuando se intenta ver sobre qué argumentos descansan estas opiniones, nos quedamos muy asombrados de ver que son muy subjetivas… Todas las dataciones se apoyan en apreciaciones personales del tiempo necesario para justificar la evolución teológica que cada uno asigna a cada evangelio. Todo eso no es serio… Así pues, las fechas generalmente admitidas por los teólogos actuales no están probadas en absoluto ni son seguras en absoluto» (pp.12, 13). Carmignac no concluye que por ello haya que refugiarse en el escepticismo. Examina:

- La información que proporcionan los Padres de la iglesia.
- Los argumentos de Robinson.
- El argumento de los semitismos.

las un cuadro muy significativo de la persona de Cristo. Lo muestra como nacido de la familia de David, pobre y despreciado del mundo pero poderoso por el Espíritu, Mesías anunciado por los profetas, que evangelizó a Israel con sus doce apóstoles, que predijo su muerte, que instituyó la santa Cena, que expiró en la cruz y apareció, glorificado, a una serie de testigos conocidos por sus nombres[14]. ¡Qué extraño! Debemos uno de los primeros «evangelios» al más encarnizado de los perseguidores, al mismo que había jurado arrancar el cristianismo como si fuese una mala hierba.

2. Los evangelios

Pero con los evangelios el marco se ensancha, surgen los detalles, y la deslumbrante originalidad de Jesús resplandece en cada página. Desde el Jordán, donde fue bautizado con agua, hasta el Gólgota, donde fue bautizado con sangre, se le puede seguir paso a paso, entrar en su intimidad, sentir latir su corazón.

A partir de entonces, su lugar en el seno de la historia es concreto y preciso hasta tal punto que todos los acontecimientos serán fechados con relación a él.

> «En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea; Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisanias tetrarca de Abilene, en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra

---

- El argumento de las traducciones hebraicas.

Después, concluye: «Si Marcos y Mateo fueron verdaderamente redactados en hebreo, deben de ser anteriores al año 66. Si Lucas utilizó documentos semíticos, que insertó dentro de un marco griego, esos documentos deben de ser también anteriores a dicho año 66 [...] como el estudio de los Hechos de los Apóstoles invita a situar a Lucas entre 52 y 60, llegamos aproximadamente a los años 55 con Mateo y 45 con Marcos. Juan permanece aún sujeto a discusión, pero difícilmente se lo puede situar más allá de 65 (p. 21).

»Aquellos que no tienen fe y consideran los evangelios como documentos meramente humanos, tendrán que atribuirles aún más importancia cuando sepan que son documentos redactados por testigos (o utilizando los recuerdos de testigos) en una época en que sus afirmaciones podían ser aún fácilmente verificadas» (p. 22).

Las conclusiones de Carmignac no son compartidas por todos los especialistas. Nos ha parecido útil señalarlas, no obstante, para mostrar que la datación de los evangelios sigue siendo un problema abierto (Jean CARMIGNAC, «La datation des Evangiles: état actuel de la recherche», en *Dieu parle! Etudes sur la Bible et son interprétation*, en homenaje a Pierre Courthial, ed. Paul Wells [Aix-en-Provence, Francia: Kerygma, 1984]).

[14] Romanos 1:3,4; 2 Corintios 13:14; 1 Corintios 10:15; Hechos 13: 32-41; 1 Corintios 15…

> de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.» (Lucas 3:1,2, BJ).

Aunque, es él, Juan, quien bautizó a Jesús a la edad de treinta años aproximadamente (Lucas 3:23).

Esta indicación cronológica contiene no menos de seis puntos de referencia distintos. La intención de Lucas es evidente: quiso enraizar a Jesús en nuestro tiempo. «La historia evangélica sucedió en un momento determinado de la historia del mundo. La aparición del Salvador no es un acontecimiento intemporal. Está fuertemente integrado en la trama de la historia y puede fecharse igual que cualquier otro acontecimiento de este mundo[15].» Lucas siguió sin duda el uso oriental, fijando los acontecimientos en función del cómputo judío, contando como año primero el año de acceso al trono. Por consiguiente, como Augusto murió el 17 de agosto del año 14, el primer año de Tiberio va desde el 19-8-14 hasta el 18-10-14, teniendo en cuenta el hecho de que el primer mes del año es el de *tisri*, o sea septiembre-octubre de nuestro calendario. Por lo que respecta al décimo quinto año, va del 19.10.27 al 18.10.28. Fue probablemente al principio de ese año, o al final del año 27 de nuestra era, cuando Jesús fue bautizado. Recordemos que tenía alrededor de 30 años.

3. Otros libros del Nuevo Testamento

Todos los demás libros del Nuevo Testamento aportan, a su modo, una contribución muy valiosa al conocimiento de Cristo. De todos modos, más teológica que histórica. Por eso no nos detenemos en ello ahora. En cambio, serán imprescindibles para examinar la naturaleza de Cristo.

[15] Jean-Samuel JAVET, *L'Évangile de la Grâce: Commentaire sur l'Évangile selon saint Luc* (Ginebra: Labor et Fides, 1957), p. 50.

Capítulo 6

Autenticidad de los documentos bíblicos

1. Los autógrafos

Señalemos en primer lugar la situación privilegiada de los evangelios a la luz de lo que informan los manuscritos. La distancia entre los documentos autógrafos –libros escritos del puño y letra de sus autores– y los manuscritos más antiguos es enorme en todas las obras clásicas de la Antigüedad: 1400 años en los libros de Sófocles, de Esquilo, Aristófanes, Tucídides; 1600 años en los de Eurípides y Cátulo; más de 1000 años en los de Platón y Demóstenes. Por otro lado, por lo que respecta a esos autores, solo disponemos de un número muy pequeño de manuscritos. No tenemos obras de Tácito sino en copias fragmentarias y a menudo únicas. Pero del Nuevo Testamento, disponemos de 2.500 manuscritos que permiten establecer el texto con un rigor casi perfecto.

2. Las copias

Además, el tiempo que separa las copias de los originales es infinitamente más reducido. Los dos «códices» completos más antiguos del Nuevo Testamento son el *Vaticanus* (en el Vaticano) y el *Sinaiticus* (en Londres). Están fechados sin discusión en el siglo IV, lo cual deja un plazo de 300 años entre la redacción y los manuscritos. Y ese plazo se reduce aún más gracias a los numerosos descubrimientos que se han hecho en las arenas de Egipto desde principios del siglo XX. Citemos los *Papyrus Egerton* y *Chester Beatty,* el papiro de la biblioteca *Rylands* en Manchester que demuestra que el evangelio según Juan fue redactado en el siglo I, los *Papiros Bodmer,* que datan del siglo II y fueron descubiertos en 1956. A decir verdad, ningún texto de la Antigüedad se nos presenta con tanta garantía de autenticidad.

3. Forma literaria de los evangelios

Muchos otros argumentos vienen a corroborar esta impresión. El cuadro de la sociedad palestinense en tiempos de los hijos de Herodes el Grande es de una exactitud perfecta; no se vive precisamente una gran calma, sin llegar aún al clima de rebelión que precedió a la destrucción de

Jerusalén en el año 70. Por otra parte, la manera en que se presenta a Cristo contrasta de modo singular con el Mesías imaginado por los judíos. La forma literaria de los evangelios habla también a favor de su autenticidad. No nos encontramos ante una obra compuesta por escritores profesionales. Es incompleta, a veces deshilvanada, mal que bien redactada, con falta de habilidad. Signo de una tradición histórica comunicada por verdaderos testigos. Ahora bien, son dos los elementos que convierten a alguien en testigo: la sinceridad y la objetividad. Si los evangelistas no hubieran estado en contacto con una personalidad creadora de una excepcional envergadura, no habrían sido capaces de escribir nuestros evangelios. Para convencerse, basta compararlos con los evangelios apócrifos, en los que la invención salta a la vista.

4. La experiencia vivida

La fe de los discípulos se funda en una experiencia íntima. No eran crédulos por naturaleza. Al contrario. Jesús les reprocha a los discípulos de Emaús: «Él les dijo: "¡oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!» (Lucas 24:25, BJ). La historia de Jesús no es el producto de una ingenua desesperanza. Ellos no creyeron sin haber visto y palpado. El Cristo crucificado ¿no era escándalo para los judíos y para los paganos una locura? (1 Corintios 1:23) «No porque pertenezca a otra era sino porque su lenguaje es enteramente extraño al de todas las edades[16].»

[16] Edwyn HOSKYNS y Francis DAVEY, *The Riddle of the New Testament* (Londres: Faber and Faber, 1947), pp. 180, 181.

Capítulo 7

La irreductible originalidad de Jesús

Hemos presentado hasta ahora los documentos relativos a Jesús. Les hemos reconocido un valor histórico verdadero. Vamos ahora a describir brevemente el trasfondo histórico en el que se destaca la persona de Cristo. Comprobaremos que no existía ningún movimiento político o religioso en el cual pudiera tener su fuente el cristianismo. Solo la presencia real de una personalidad creadora como la del Jesús de los evangelios puede justificar la aparición de un movimiento tan original. Aportaremos también un argumento adicional en favor de la realidad de Cristo.

1. La época romana

Jesús nació en un mundo judío parcialmente helenizado en el aspecto cultural, y ampliamente sometido a la influencia romana en el aspecto político. Un puño de hierro hacía crujir los huesos de la humanidad. En la misma Italia, el odio suscitado por el ejército hacía estallar constantemente revueltas de esclavos. En Asia Menor, las exacciones cometidas por los banqueros romanos desencadenaban espantosas masacres. Guerras civiles amenazaban constantemente con explotar. En el año 63 a. C., Palestina fue invadida, tomada por asalto por Pompeyo.

Combinando la flexibilidad y el rigor, la política de Roma concedía a los países conquistados cierta autonomía. La familia del idumeo Herodes, circunciso desde hacía menos de medio siglo, ejercía una autoridad cuya magnificencia no ocultaba su crueldad. Herodes el Grande había ahogado con sus propias manos a su hermanastro menor, Aristóbulo, demasiado amado por el pueblo. Después perecieron, por orden suya, otro hermanastro, Josefo, Hircano II, Miriam, su esposa, y sus dos hijos Aristóbulo y Alejandro. La víspera de su muerte aún hizo decapitar a su tercer hijo, Antipater. No resulta extraño que no se hubiera detenido ante la «matanza de los inocentes». A su muerte, Palestina fue dividida por el Emperador en pequeños feudos. Un procurador romano reinaba en Cesarea, desde donde supervisaba el conjunto.

1. Los fariseos

En este ambiente sangriento, a pesar de su orgullosa voluntad de hacer frente al destino, el pueblo judío estaba dividido. Había, en primer lugar, los fariseos. Al volver del exilio, los seléucidas quisieron helenizar por la fuerza Palestina. Gente piadosa decidió resistir. En política, eran ferozmente nacionalistas, y en religión fuertemente afectos a la ley y a las reglas del código sacerdotal. Sus tendencias pietistas hacían de ellos una élite realmente aparte. Empezaron a llamarles «los separados» o «fariseos». Desgraciadamente, se hundieron en un formalismo lamentable en el que la letra mató el espíritu.

3. Los saduceos

Los saduceos eran mucho más conservadores y aristócratas. Como tenían bienes que defender, no tenían intención de comprometer la seguridad por ánimo de patriotismo o de fidelidad espiritual. Había que evitar toda agitación que pudiera desagradar a las autoridades. Moisés tenía su favor, pero los profetas eran rechazados, y de manera especial la tradición mesiánica. No creían en la resurrección.

4. Los herodianos

Si los fariseos hacían figura de resistentes, los saduceos iban más bien en la dirección de los «colaboradores», en el sentido muy particular que adquirieron estos términos durante la Segunda Guerra Mundial. Pero más abiertamente colaboradores fueron los herodianos, que veían en la dinastía idumea de los Herodes elegida por Roma el mejor medio para evitar lo peor.

5. Los zelotes

Los zelotes, al contrario, representaban a la extrema izquierda. Eran verdaderos «maquis». Bajo la dirección de Judas de Gamala, un puñado de judíos se rebeló contra los romanos, unos años antes del nacimiento de Jesús. Así nació este partido de los zelotes, que agrupaba a patriotas exaltados con la violencia a flor de piel.

6. Los esenios

Se sabe, además, que había judíos que se reunían en «los desiertos», para cultivar allí una espiritualidad muy ritual. Los célebres manuscritos descubiertos en el desierto de Judá en 1947 proporcionan a este respecto valiosa información. A esos ambientes se les suele dar el nombre de esenios, cuya existencia no queda testificada sino más tarde, en la segunda mitad del siglo I. Por cierto, hay puntos en común entre los esenios y los religiosos de los que nos hablan los manuscritos del mar Muerto. Pero no pueden desconocerse ciertas divergencias.

> «Admitiendo que varias sectas emparentadas están reunidas bajo el nombre de esenios –escribe Millar Burrows– bien puede llamarse a los "sectarios" esenios; pero si los esenios constituyen una secta particular y si adoptáramos con respecto a ellos la descripción que hacen los escritores antiguos, los sectarios no eran esenios[17].»

Conocemos a los esenios por Filón de Alejandría, por Plinio el Viejo y por Flavio Josefo. Los manuscritos del mar Muerto no los mencionan ni una sola vez. Para ser precisos, es, pues, necesario reservar el nombre de esenios a los grupos religiosos que surgieron en la segunda mitad del siglo I después de Jesucristo. Los que fueron contemporáneos de Jesús es más propio llamarlos «los sectarios[18]».

[17] Millar BURROWS, *Les manuscrits de la Mer Morte* (París: Robert Lafont, 1957), p. 336.

[18] Con esta puntualización se ve cuán mal informados están quienes afirman perentoriamente que Jesús era esenio. No dudamos en calificar de tendenciosas las afirmaciones hechas en este sentido por Dupont-Sommer y sus discípulos tales como Etiemble y J. Allegro. Quisieron ver en el Maestro de Justicia, descrito en el Comentario de Habacuc y cuya existencia fue anterior a Jesús al menos medio siglo, una especie de primer mesías. «El primer Cristo, el que pereció bajo Aristóbulo II, el segundo Cristo no hizo sino copiarlo... [Jesús] tuvo la sabiduría de copiar las ideas, los valores morales, la teología, la disciplina de su predecesor, el primer Cristo de nuestra historia. Porque había tenido la habilidad de incorporar lo esencial de lo que, durante un siglo había animado, consolado, encantado a su pobre pueblo, tuvo la suerte de predicar a convertidos.» (M. Étiemble, *Les Temps Modernes*, enero de 1951, pp. 1291, 1292.)

Es verdad que el Maestro de Justicia desempeñó un rol importante entre los sectarios del desierto. Pero si retenemos solamente lo que se refiere con seguridad a él, aparece como un personaje enigmático, difícil de captar, pues las informaciones son muy parsimoniosas y de interpretación difícil. Ha habido que deplorar como anticientífico el método con el cual estos sabios interpretaron los textos para encontrar en ellos pruebas de apoyo a sus convicciones.

7. Los sectarios del desierto

De hecho, entre los sectarios del desierto, igual que entre los esenios, se encuentra el fondo propio del judaísmo, con una tendencia claramente acentuada al ritualismo y al ascetismo. Si es cierto que los sectarios tienen en común con los cristianos una piedad ferviente, la forma en la que esta piedad se exterioriza es mucho más cercana al judaísmo que al cristianismo. En consecuencia, es absolutamente imposible explicar el cristianismo por medio de la piedad del desierto, sin la aportación totalmente nueva y original de Jesús de Nazaret.

Conclusión: Un monumento indestructible

«El cristianismo es el mayor fenómeno que se haya naturalizado nunca en el mundo, el mayor fenómeno intelectual, social, en una palabra, algo único y, por consiguiente, divino[19].»

> «Los más gloriosos genios del pasado habrían sido olvidados si no hubiera habido monumentos –palacios, obeliscos o tumbas– papiros o pergaminos, ladrillos, estelas o medallas que hubieran guardado para nosotros su recuerdo. Jesús se sobrevive a sí mismo en la conciencia de sus fieles, he aquí su testimonio, su monumento indestructible[20].»

> «¿Diríamos que la historia del Evangelio fue inventada a voluntad? Amigo mío, no es así como se inventa; y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo, es hacer retroceder la dificultad sin destruirla; sería más inconcebible que varios hombres puestos de acuerdo hubieran fabricado este libro que el que uno solo haya proporcionado el tema. Nunca los autores judíos habrían encontrado ni ese tono ni esa moral: y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan llamativos, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más asombroso que el héroe[21].»

[19] J.B. LACORDAIRE, 37ª Conferencia.

[20] El padre DIDON, *Jésus-Christ,* (París: Plon, 1891), p. 11.

[21] Jean-Jacques ROUSSEAU, *Émile,* p. 367.

Es cierto que, «el carácter personal e íntimo de ciertos detalles los sitúa para siempre fuera del alcance del historiador crítico que no puede englobarlos en su ámbito epistemológico...» pero,

> «…debe tener en cuenta una importante situación de hecho en la adaptación cristiana de la tradición mesiánica. La historia de esta fe debe detenerse en el umbral y no penetrar en el santuario de los misterios cristianos sin quitarse el calzado; debe tomar conciencia de la insuficiencia de la historia y de la naturaleza en reinos en cuyo trono se sienta Dios en eterna majestad[22].»

[22] William F. ALBRIGHT, *De l'âge de la pierre à la chrétienté: Le monothéisme et son évolution historique* (París: Payot, 1951), p. 294.

Capítulo 8

Algunas explicaciones naturales

1. Conspiración de la mentira

Tendiendo a minimizar el poder de Cristo, algunos críticos han hablado de invención, de conspiración de la mentira, de mistificación, de autosugestión, de alucinaciones colectivas, y recortaron los textos a tijeretazos. Es cierto que los testimonios humanos son relativos y contingentes. Sin embargo, no por ello dejan de ser el fundamento indispensable sobre el que reposa la historia. Al rechazar a todos los testigos, se reniega de toda la historia. Ya se trate de Jesús o de Napoleón, yo no los conozco sino a través de testigos.

2. Un enfermo mental

Otros han visto en Jesús un enfermo mental. Pero en general los locos torturan y matan a los otros. No aceptan morir por los otros. Dejemos esta explicación a los pseudopsiquiatras.

3. Un dulce soñador

La explicación más seductora fue imaginada por Renan. Según él, Jesús era un dulce soñador, un sentimental, un idealista prendado de filantropía. Al ser los apóstoles hombres sencillos se dejaron cautivar por su encanto. Más tarde, se concertarían para fabricar una novela maravillosa y una leyenda enternecedora. Desde este punto de vista, Renan se empeña en hacer la separación entre lo que tiene que ver pura y simplemente con la imaginación de los discípulos y lo que pertenece a la historia. Pero confiesa de buen grado que tuvo que recurrir ligeramente a los textos. Estamos, pues, en el derecho de preguntarnos quién da muestras de imaginación, los apóstoles o Renan. Por otra parte, la muerte de Jesús es un hecho que, lejos de haber sido un obstáculo para su obra, la ha fecundado de alguna manera. ¿Es este un elemento de ensoñación, capaz de seducir a posibles discípulos? No se va al suplicio por el placer de construir una novela. «No creo más historias que aquellas cuyos testigos se dejarían

estrangular», decía Pascal[23]. En ese caso, la sangrienta historia de Jesús y sus testigos es verdaderamente digna de fe. No es extraño que los descubrimientos históricos y arqueológicos no hayan aportado nunca un solo elemento capaz de invalidar así fuese un detalle de esta historia.

La vida de Jesús se desarrolló a plena luz del día. Al sacerdote que le interrogó sobre su doctrina, respondió: «He hablado abiertamente ante todo el mundo; he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he hablado nada a ocultas. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído lo que les he hablado; ellos saben lo que he dicho.» (Juan 18:19-21, BJ). Del nacimiento a la ascensión, pasando por la muerte y la resurrección, esta historia tuvo siempre testigos. Sus episodios más sobresalientes se llevaron a cabo en público. ¿Y es posible que todo eso sea inventado? ¿Nadie hubiera protestado? Jesús no es una imagen de Épinal o un efebo de tarjeta postal. Jesús no es un Buda enigmático con los ojos semicerrados, con cuatro rostros vueltos a los cuatro horizontes del espacio y que hace una meditación serena, inaccesible, desengañada.

Jesús, humilde hijo de María, providencialmente arrancado de las garras del rey sanguinario, aprendiz de carpintero al lado de José, y después, alternativamente, predicador incomprendido en Nazaret, seguido por las multitudes, aclamado como rey y clavado en la cruz, pero salvado de la muerte en el seno mismo de las tinieblas. ¡Historia! «La tradición cristiana ha hecho de Jesús de Nazaret el Cristo de la fe; la crítica histórica y literaria sostenida por la historia religiosa de Oriente Próximo, constata que no hay nada contra esta tradición, a no ser el prejuicio[24].»

[23] Blaise PASCAL, *Pensamientos*, IX, 593.

[24] William F. ALBRIGHT, *De l'âge de la pierre à la chrétienté…, op. cit.*, p. 295.

Segunda parte

LOS CUATRO COMIENZOS

¿Con qué comparar los evangelios? Se distinguen de todos los libros que adornan los estantes de nuestras bibliotecas. Como observa Étienne Mathiot[25]: «Difieren de todos, más que difiere el radio de los otros metales, más que difiere el rayo del resto de los fuegos.»

> «Libro extraño, nunca se lo lee por completo –por mucho que se lea, siempre parece que no se lo ha acabado, que algo ha sido omitido o incomprendido. Releerlo vuelve a dar la misma impresión, y así sin fin– igual que el cielo nocturno, cuanto más se lo contempla más estrellas se contemplan.»

Así se expresaba Dimitry Merejkovsky, hombre de fe y de corazón, que soñaba con reconciliar las iglesias cristianas[26].

Ese sentimiento especial que se puede aplicar a todo el Evangelio es particularmente cierto a propósito del descubrimiento de Cristo Jesús. De su persona emana un aura misteriosa que la meditación más constante no disipa nunca por completo.

Los primeros contactos con él, en los evangelios, sorprenden. El relato de Mateo se abre con una genealogía que se remonta a Abrahán. El de Marcos, lo muestra en el Jordán, bautizado por Juan que lleva un vestido de piel de camello, con un cinturón de cuero alrededor de su cintura. Solo Lucas toma las cosas de manera normal, en su principio, remontándose a su nacimiento extraordinario. En cuanto a Juan, su comienzo se hunde, antes de todos los principios, en el tiempo de la eternidad.

Cada evangelio, a su modo, habla de comienzo. El texto original de Mateo dice: «Libro del origen de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán». Marcos escribe: «Comienzo del Evangelio de Jesús, el Cristo, Hijo de Dios…». En Lucas hay que ir hasta el capítulo 3 para leer: «Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años» (versículo 23). Las primeras palabras de Juan son fulgurantes: «En el principio existía la Palabra…».

A este propósito, Lanza del Vasto, en un libro que no es propiamente teológico pero que no carece de interés, escribe:

> «He aquí cuatro comienzos y cuatro conceptos del comienzo que no se contradicen, sino que lo completan, mostrando, ordenados

[25] Étienne MATHIOT, «Chemin d'Évangile», *Le Christianisme au XXIème siècle*, 12 septiembre 1983, p. 5.

[26] Dimitry MEREJKOVSKY, *Jésus inconnu* (Ginebra: Éditions du Rhône), 1946, p. 9.

por grados ascendentes, las cuatro razones por las cuales el Hijo del hombre resume y supera a todos los hombres[27].»

[27] LANZA DEL VASTO, *Commentaire de l'Évangile* (París: Denoël, 1951), pp. 23,24.

Capítulo 1

Comienzo según Mateo

A ojos de los semitas, la inserción del hombre en un linaje es primordial. No es fácil que lo consideren de forma individual, aislado de los demás. Ahora bien, Mateo, el antiguo cobrador de tributos, escribe específicamente para los judíos. Todo el contenido del libro lo demuestra, ya que está destinado a demostrar que las profecías mesiánicas se han cumplido de verdad. El «Libro del origen de Jesucristo» lo sitúa, pues, con relación a sus grandes ancestros, David y Abrahán.

Al leerlo por primera vez, esta lista de nombres que parece una letanía tediosa. No obstante proclama que Jesús está enraizado en el terruño de Israel. Si la curiosidad conduce a mirar de más cerca y comparar con la genealogía que ofrece Lucas (3:23-28), los descubrimientos son desconcertantes. Para empezar, las dos genealogías no coinciden, no desembocan en María, sino en José que no es el padre; además, parecen pensadas arbitrariamente, especialmente en Mateo; por último, mencionan nombres de mujeres, contrariamente a la costumbre judía. Con nuestra mentalidad occidental, de tendencia cartesiana, estamos desorientados. ¿Qué enseñanza quiso transmitir Mateo?

1. Genealogías judías

Conviene saber, en primer lugar, que las genealogías judías no tenían obligatoriamente, como las nuestras, un significado biológico. El verbo *engendrar (gennaô* en griego) suelen emplearlo los rabinos en lugar de suscitar, hacer que aparezca, dar vida de una manera general, hacer discípulos. Esta es la perspectiva desde la que Pablo escribe a los corintios: «Pues, aunque hayáis tenido diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres. He sido yo quien, por el Evangelio, os engendré en Cristo Jesús». (1 Corintios 4:15, BJ; *cf.* 1 Timoteo 1:2; 2 Timoteo 2:1; Gálatas 4:24ss.) Así, algunas variantes entre Mateo y Lucas se explican en función de las preocupaciones apologéticas de cada uno de los autores. La filiación espiritual prima sobre la descendencia física. Según Pierre Bonnard, especialista del evangelio según Mateo: «…las genealogías evangélicas no evocarán sólo la idea de generación biológica en el espíritu de los primeros oyentes. Por encima de todos esos engendramientos se maravi-

llaban de la acción de Dios que "suscitaba" un pueblo con Abrahán y, sobre todo, con Jesús[28].»

Xavier Léon-Dufour, por su parte, célebre por sus trabajos sobre los evangelios, escribe:

> «Es [...] evidente que el verbo *engendrar* en Mateo tiene el sentido bíblico, el que manifiestan las genealogías ramificadas: no se limita al engendramiento físico. Si bien es cierto que el don de la vida se fundamenta en la paternidad, también lo es que no agota su sentido, ya que la bendición no se transmite solo por lazos de sangre[29].»

2. Las genealogías de Mateo y Lucas

Por otra parte, se piensa a veces que la genealogía de Mateo se aplica a José, mientras que la de Lucas se refiere a María.

> «Lucas, probablemente a través de la misma María, recurrió a la tabla genealógica de Helí, padre de María, y la consigna en su evangelio. De todos modos, como no era costumbre ni entre los romanos ni entre los judíos, insertar el nombre de una mujer en un linaje, añadió "Se creía que era hijo de José". No temía que alguien pudiera imaginar que el árbol genealógico fuese el de José y no el de María, ya que había precisado que Jesús era únicamente hijo de María y no de José y María. [...] En el caso de Mateo, las cosas son distintas. Reproduce el árbol genealógico de José [...] porque a los ojos de los judíos, Jesús es el descendiente legítimo de José[30].»

En el transcurso de sus viajes con Pablo, Lucas seguramente encontró a María, probablemente en Éfeso. Es, pues, justo suponer que su genealogía le fue facilitada por la madre de Jesús.

Si la primera observación de Goldenhuys está aún a la espera de una prueba definitiva, la segunda merece toda nuestra consideración. En efecto, el verdadero problema es de orden jurídico: mostrar que socialmente y legalmente Jesús es de verdad descendiente y heredero de José. El vínculo biológico entre José y Jesús importa poco. Lo que importa y hay que

[28] Pierre BONNARD, *Evangelio según San Mateo*, 2.ª ed. (Madrid: Cristiandad, 1983), p. 29.

[29] Xavier LÉON-DUFOUR, *Études d'Évangile* (París: Éd. du Seuil, 1965), p. 55.

[30] Norval GELDENHUYS, *Commentary on the Gospel of Luke* (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1952), pp. 151-153.

probar es que José, padre legal de Jesús, es realmente un descendiente de David. Al quedar hecha la demostración, resulta innegable que Jesús es jurídicamente el digno sucesor del gran rey. Este cumplimiento de la profecía es de la mayor importancia. Tal era, probablemente, el primer objetivo de Mateo.

3. El número 14

Pero ¿por qué, entonces, puso de relieve el número 14, en detrimento de las cuentas exactas, ya que de hecho no hay verdaderamente 3 veces 14 generaciones de Abrahán a José? No olvidemos que la genealogía constituye en Israel un género literario valorado. Todo Israel está registrado en genealogías (1 Crónicas 9:1), pero compuestas en virtud de ciertos prejuicios. Así, sucede que para un mismo personaje tengamos dos genealogías bien diferenciadas. Este es el caso, por ejemplo, de Judas (1 Crónicas 2:3 a 3:4 y 4:1-23), o de Benjamín (1 Crónicas 7:6-12 y 8:1-40). La genealogía comporta 3 ciclos de 2 veces 7 generaciones:

– de Abrahán a David, período patriarcal,

– de David al exilio, período real,

– del exilio a Jesús, período sacerdotal.

> «Nos encontramos, pues –escribe J. Henschen–, en presencia de una lista intencionalmente fundada en una cifra determinada; su única finalidad es demostrar que Jesús, descendiente de David y de Abrahán, es el depositario de la promesa hecha al patriarca, y el nuevo David (Gálatas 3:16); al venir al final de una serie de 6x7 generaciones, inaugura, con el comienzo de la séptima serie, la plenitud de los tiempos[31].»

Se ha pasado una página. Los tiempos se han cumplido (Gálatas 4:4). Empieza una nueva era. Hemos tenido «Libro del origen de Jesucristo» (Mateo 1:1). Lucas, discípulo de Pablo que descubrió en Jesús al segundo Adán, sugiere la misma idea en su genealogía al vincular a Jesús ya no con Abrahán solamente, sino con Adán, hijo de Dios (Lucas 3:38). Jesús se convierte en el jefe de una humanidad nueva, la de los hijos de Dios. «Inaugurado por el nuevo Adán, el libro de las generaciones queda abierto a partir de entonces. Cierra la evolución carnal de la creación, o más

[31] J. HENSCHEN, *Dictionnaire Encyclopédique de la Bible* (París: Brepols, 1960), col 727.

bien la recapitula y la recoge en otro nivel. Empieza la re-creación de la naturaleza por el Espíritu[32].»

Lo esencial está dicho. Permítasenos añadir una idea a propósito del número 14. Leído a través de la gematría, ciencia en la que cada letra del alfabeto hebreo tiene un valor numérico, que tal vez se aplica al nombre de David. Si David en hebreo se escribe DVD, su correspondencia cifrada da 4 + 6 + 4 = 14. Sabemos que a los judíos les encantaban las transliteraciones cabalísticas. ¿Quería Mateo sugerir de esta manera la triple autoridad del Rey de reyes? No es imposible.

4. La mención de las mujeres

Una palabra acerca de la presencia del nombre de cuatro mujeres en la lista de Mateo: Tamar, Rahab, Rut y la mujer de Urías. Tres fueron pecadoras; Rut, una moabita. Esto es, dicen los Padres de la iglesia, para hacer oír desde la primera página del Evangelio que Jesús vino para salvar a todo el mundo, hombres y mujeres, justos y pecadores, judíos y gentiles. Es cierto que Rahab, la cananea, fue un modelo de fe (Josué 2:11; Hebreos 11:31), y que Rut, la moabita, deja un testimonio ejemplar (Rut 1:16,17; 2:12). No por eso es menos cierto que la lección que permanece es que la salvación se ofrece a todos, sin límite de raza o de casta. «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16, BJ).

[32] Xavier LÉON-DUFOUR, *Études d'Évangile*, *op. cit.*, p. 63.

Capítulo 2

Comienzo según Marcos

Juan Marcos ha empezado su ministerio con Bernabé, su primo, y el apóstol Pablo, de quien se separó en el transcurso del primer viaje misionero (Hechos 13:13). Algún tiempo después, se le encuentra al lado de Pedro, al que entre otras cosas hacía de secretario (1 Pedro 5:13). Probablemente se reunió con Pablo en Roma, hacia el año 66, poco antes de su decapitación.

La tradición, confirmada por la crítica interna del libro, declara que el evangelio según Marcos fue compuesto especialmente para los romanos. No insiste en la enseñanza de Jesús, sino que se aplica a describir vívidamente al hombre que poseía un poder extraordinario. El acento está puesto deliberadamente en los actos, y singularmente en los milagros. Los hechos y gestas del Maestro son evocados con detalles precisos y pintorescos destinados sin duda a suscitar el interés, incluso la admiración de quienes estaban apasionados por la labor y el poder.

Tras una breve alusión a Juan Bautista, Marcos presenta el bautismo de Jesús:

> «Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él. Y se oyó una voz que venía de los cielos: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco."» (Marcos 1:9-11, BJ).

Ninguna información acerca del nacimiento ni de la infancia. Como si la vida de Jesús no comenzara verdaderamente sino con su bautismo. Y, según el mismo Cristo, el bautismo es un nuevo nacimiento y una elevación al plano del Espíritu. Lo que precede tiene poca importancia a los ojos de Marcos. Su héroe surge totalmente de las aguas del bautismo, punto de partida de su ministerio.

Pero el bautismo de Jesús plantea un problema serio. Pues Juan predicaba el bautismo de arrepentimiento por la remisión de los pecados (Marcos 1:4). Ahora bien, según el testimonio constante de las Escrituras, Jesús era sin pecado (Hebreos 4:15). El primero en asombrarse fue el mismo Juan, que llegó hasta a oponerse, diciendo: «Soy yo el que necesi-

ta ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?» (Mateo 3:14, BJ). ¿De dónde sale entonces la insistencia de Jesús en recibir este bautismo de arrepentimiento?

Desde finales del siglo I nacieron sectas que enseñaban que Jesús era un hombre corriente, nacido como todo el mundo de un hombre y una mujer, y que fue adoptado por Dios como hijo suyo a partir de su bautismo[33]. Con estos movimientos de tipo adopcionista, no había ningún problema, salvo que el Jesús que proponen era por completo inventado.

Hacia finales del siglo I, Ignacio, discípulo de Juan, nombrado obispo de Antioquía, proponía otra explicación. Jesús quería, al parecer, santificar el agua dándole una potencia sacramental. Desde este punto de vista, mientras el hombre se descarga de su pecado en el agua, Jesús se carga con él. Estas palabras suenan muy bonitas, pero no encuentran apoyo alguno en los textos[34].

La observación de Daniel Rops es más profunda:

> «Hombre, ejemplo para el hombre, sufrió la humillación, por muy grande e injusta que sea, para dar una enseñanza, igual que en muchas circunstancias, carga con el fardo de la Ley, tan perfectamente inútil para él. La condición humana es para aceptarla por entero; de toda la enseñanza cristiana, nada es más esencial que ese precepto».[35]

Que hay que dar un valor ejemplar al bautismo de Jesús nos parece fuera de toda duda. Según Pedro, Cristo nos dejó un ejemplo a fin de que siguiéramos sus huellas (1 Pedro 2:21). Pero esta explicación no satisface plenamente, ya que no es mencionada por ninguno de los relatos del bautismo. Mateo, en cambio, aporta una luz turbadora. Según él, frente al

[33] A finales del siglo II, los ebionitas enseñaban la misma herejía. Ver Epifanio de Salamina, en *Panarion* (también conocido como *Adversus Haereses*. *N. del E.*).

[34] Oscar Cullmann propone una lectura más teológica. Partiendo de la declaración de Juan el Bautista: «He ahí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29, BJ), ve en Jesús al que tiene la misión de asumir la carga del Siervo del Señor (*Ebed Yahvé*). En Juan 1:34, la lectura del *Codex Sinaiticus* de Isaías 42:1 es: el que es elegido (*eklektós*) de Dios. Es la misma traducción de la Septuaginta. Y Cullmann comenta: «Así se encuentra desde el principio del Evangelio de Juan la indicación de la instauración del bautismo cristiano para aquel que, en calidad de Cordero, quitó el pecado del mundo y con ello dio al bautismo su plena significación e inauguró el bautismo de Espíritu.» (Oscar CULLMANN, *La Foi et le culte dans l'église primitive*, Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1963, pp. 156-158).

[35] Henri DANIEL-ROPS, *Jésus en son temps* (París: Arthème Fayard, 1945), p. 102.

malestar de Juan, Jesús responde: «Deja ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia» (3:15, BJ).

¿Toda justicia? ¿Es, precisamente, ese el caso? Esa es la cuestión. Ahora bien, Jesús se refiere a una necesidad: es conveniente, importa. No es cuestión de conformismo popular, ni de sacrificarse a un rito. Es un noble deber el que lo inspira. Juntos, Juan y Jesús deben someterse a la voluntad de Dios. La palabra *justicia*, en el contexto, evoca realmente esta idea. Aun así, ¿podemos precisar la naturaleza de este deber? Pierre Bonnard piensa que Jesús debe de haberse hecho solidario, en el bautismo, del pecado de su pueblo. La noción de solidaridad es interesante. Domina, en efecto, toda la vida del gran siervo. Conviene seguir esta pista y analizar hasta dónde la solidaridad fue vivida.

Volvamos al texto de Mateo para recordar las palabras que van a retener nuestra atención: « Deja ahora, [...] Entonces le [Juan] dejó» (3:15, BJ). En el original griego, leemos: «*Aphes arti... Tote aphiêsin auton*». El mismo verbo griego se ha traducido de distintas maneras: «deja» (RV1909, BJ), «permite» (RVR95, MI), «cede» (Peregrino). Ese cambio de traducción sorprende tanto más cuanto el verbo griego *aphiêmi* y sus derivados son especialmente significativos en la Biblia. Tomemos algunos ejemplos:

- Marcos 1:4: «...bautismo de arrepentimiento para *remisión (aphesin)* de los pecados.»
- Mateo 9:6: «...para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de *perdonar (aphienai)* pecados…» (BJ).
- Mateo 26:28: «...esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para *perdón (eis aphesin)* de los pecados.» (BJ).

Primera constatación: el verbo *aphiêmi* designa el perdón de los pecados. Segunda constatación: pertenece al vocabulario del jubileo, esa institución judía muy mal conocida. Recordemos la ley: cada siete años los campos debían quedar en barbecho, las deudas canceladas y los esclavos puestos en libertad. A estas medidas sociales sorprendentes se añadía, cada cincuenta años, una obligación extraordinaria, a saber, la devolución de la tierra a cada familia. Es imposible extenderse sobre esta ley en el marco del tema que nos ocupa. No obstante, su importancia no puede pasar desapercibida para nadie. Se trataba de una auténtica revolución permanente sin el apoyo nefasto de las armas. El sistema unía a las venta-

jas del capitalismo las del comunismo, ya que el interés del trabajo beneficiaba al trabajador particular, sin que él pudiera, a la larga, a fuerza de habilidad y buena suerte, privar a los otros, menos afortunados, de su tierra. Lamentablemente, el jubileo no se aplicó sino rara vez.

En su famosa predicación en Nazaret, con ocasión de la primera visita tras su bautismo (Lucas 4:16-30), Jesús situó su ministerio bajo la luz del jubileo. Anuncia un año de gracia que no es más un referirse a un año jubilar. Ciertamente, se impone una transposición del plano social al plano espiritual. La finalidad primera de Cristo no es cambiar este mundo. «Mi Reino no es de este mundo», precisa ante Pilatos (Juan 18:36, BJ). Pero el sermón de Nazaret quedaría empobrecido si no diéramos importancia a la relación entre ambas cosas. Da realmente la impresión de estar contemplando un discurso inaugural. Empieza una gigantesca revolución que trasciende todos los movimientos políticos y sociales. Su palabra clave es perdón, liberación, *aphesis.* El jubileo rechazado en el plano social es instituido por Jesús en el plano espiritual.

A este respecto, André Trocmé hace una observación digna de interés. Hablando de Jesús, escribe:

> «Antes de proclamar la libertad a los cautivos, ¿no era necesario que inaugurara él mismo el jubileo de la justicia y de la liberación? El bautismo sería el primer acto de esta liberación…
>
> »¿Quién puede dudar que la remisión de deuda o perdón o liberación no esté en el corazón mismo de la predicación de Cristo? Recordemos la oración dominical: "... Perdónanos nuestras deudas *(aphes hêmin ta opheilêmata hemôn)* así como nosotros perdonamos... *(hôs hêmeis aphêkamen...)*". Al final del ministerio de Jesús, poco antes de su entrada triunfal en Jerusalén, los apóstoles no dudan en recordarle que ellos han entregado todo, dejado todo, para seguirle *(aphêkamen panta).* Y en su respuesta, el Maestro evoca la gran renovación jubilar de Dios (*cf.* Marcos 10:28-31).[36]»

Antes hemos considerado el bautismo de Jesús como un ejemplo para nosotros, y después como un gesto de solidaridad. Aquí está considerado como el signo de una liberación. De todos modos, Trocmé no explica de qué liberación se trata. ¿Nos informa la Biblia a este respecto? ¿Conoce-

[36] André TROCMÉ, *Jésus-Christ et la révolution non-violente,* (Ginebra: Labor et Fides, 1981), pp. 27, 28.

ría Jesús alguna limitación de la que fuese necesario liberarle? Una declaración de Pablo nos viene a la mente: «…envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos» (Gálatas 4:4,5, BJ).

En el punto en que nos encontramos, no podemos comprender aún plenamente la afirmación: ¡Jesús nacido bajo la ley! Expresa como mínimo cierta precariedad de la situación en la cual se encontraba el Maestro. La célebre afirmación de Romanos: «…vosotros, ya… no estáis bajo la ley sino bajo la gracia» (Romanos 6:14, BJ), en la que encontramos exactamente el mismo giro *(hupo nomon)* es elocuente. Es ventajoso estar bajo la gracia en vez de estar bajo la ley. A decir verdad, Pablo da generalmente a este giro una connotación peyorativa, que no deja de intrigar, aplicada a Jesús. Hay que admitir que su situación era incómoda, más allá de lo que se pueda imaginar. Está tan profundamente inmerso en la naturaleza humana que una ayuda externa se revela imprescindible, no solo en el nivel de su vida cotidiana, sino también a propósito de su naturaleza íntima. Consciente de un peligro real, se vuelve hacia Dios: «... mientras oraba, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él...» (Lucas 3:21,22, RVR95). De ello se deduce una «liberación», cuya naturaleza tendremos que precisar más tarde. Pero el texto de Mateo viene a dar luz; Jesús dice a Juan: «“Libera ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia.” Entonces lo liberó» (Mateo 3: 15).[37]

Se habría cometido una injusticia contra Jesús si hubiera quedado entregado a sí mismo, sin la ayuda de lo alto.

El lugar que ocupa el bautismo en los evangelios subraya su importancia a los ojos de los narradores. Por su encarnación Jesús se encuentra en situación de debilidad. Un riesgo inmenso ha sido aceptado. El Padre debe acudir en su ayuda, por intermedio del Espíritu Santo. Los teólogos piensan a veces que es por su bautismo como Jesús se solidarizó con los hombres para asumir su destino. Veremos que la identificación se realizó en el nivel de la encarnación propiamente dicha, tan profunda y total que se imponía una liberación.

[37] Traducción del autor [*N. del E.*].

Capítulo 3

Comienzo según Lucas

Lucas, por sí mismo, no vio nada ni oyó nada. Pero le pareció bueno «haber investigado diligentemente todo desde los orígenes» para exponerlo por escrito de una manera coherente (Lucas 1:1-4). Bebió en las fuentes. «Pero si la encuentra en el recuerdo de otro, en la tradición, es, evidentemente, porque primero la ha encontrado en su propio corazón[38]».

A él le debemos algunos de los más bellos poemas de la Biblia. Desde tiempos antiguos han iluminado el culto. Sus nombres latinos están en todas las memorias acompañados de melodías sublimes: *Ave María, Magníficat, Benedictus, Gloria in Excelsis, Nunc dimitte* y otros. Definitivamente, sin ellos la celebración de Navidad sería bastante pobre.

Hay dos relatos que se entrelazan y nos hacen presenciar cada uno a su vez el nacimiento del precursor y del mismo Jesús; dos nacimientos fruto de una intervención directa de Dios. Zacarías y su mujer Isabel eran justos ante Dios, aunque no tenían hijos, signos visibles de bendición. Entonces, un ángel del Señor se apareció a Zacarías y le dijo: «Isabel, tu mujer, te dará un hijo, a quien pondrás por nombre Juan; [...] y convertirá al Señor su Dios a muchos de los hijos de Israel e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías [...] para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto». (Lucas 1:11-17, BJ). Se ha dado la señal de salida, la divina encarnación del Espíritu está en gestación.

Seis meses más tarde, el arcángel Gabriel se dirige a María:

> «"Alégrate, llena de gracia[39], el Señor está contigo. [...] vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande, se llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre [...]." María respondió al ángel: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios."» (Lucas 1:26-35, BJ).

Así le fue revelado a María el misterio de la encarnación.

---

[38] Dimitry MEREJKOVSKY, *Jésus inconnu, op. cit*., p. 68.

[39] «Llena de gracia», es la traducción literal del griego *kecharitômenê.*

Un ángel se apareció también a José para tranquilizarlo: «…no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo». (Mateo 1:20, BJ). La información es igual de clara y José la recibe sin discusión. Mateo tiene buen cuidado de decir que es un hombre justo (*díkaios*, 1:19). «Su justicia, dicen, se cumplió cuando permite a Dios superar la dificultad que supone un nacimiento sin padre, infamante a los ojos de los hombres... –y añade– José se muestra justo [...] en el hecho de que no quiere hacerse pasar por el padre del niño divino[40]».

A las declaraciones perentorias de los ángeles se añaden algunos detalles que confirman el milagro. Así, en la genealogía de Mateo, el verbo *engendró*, que se repite 39 veces, súbitamente desaparece en el versículo 16 a propósito de José y de Jesús: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo». Se destaca también la manera en que el ángel avisa a José de que huyan a Egipto para salvarse de la masacre de los inocentes. Jesús es llamado «niño» y «mi hijo [del Señor]» (2:13-15), no el hijo de José.

En apoyo de su informe, Mateo cita también la célebre profecía de Isaías (7:14): «Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel» (1:23, BJ). El hebreo *almah* se vierte al griego *parthenos* que se ha traducido por «virgen». ¿Se ajusta a la verdad? ¿Se trata de una virgen o de una mujer joven? La pregunta se impone, porque la palabra habitual en hebreo para designar a una virgen no es *almah*, sino *betulah.* Además, la lectura del libro de Isaías muestra que esta *almah* era la esposa del mismo profeta. He aquí las conclusiones a las cuales han llegado investigadores tras un largo y erudito estudio:

1. El nacimiento virginal de Jesús está presente en todas las Escrituras y no puede tambalearse aun cuando no la hubieran enseñado Isaías 14:7 y Mateo 1:23.
2. La palabra *almah* (virgen) designa simplemente una joven, en edad núbil, prometida o no, casada o no, virgen o no.
3. La palabra *betulah* es el término hebreo para «virgen». Isaías lo utiliza en varias ocasiones y el Espíritu Santo lo habría llevado a elegirlo en Isaías 7:14, si ello hubiera sido esencial para expresar lo que se le revelaba.

[40] Xavier LÉON-DUFOUR, *Études d'Évangile*, *op. cit.*, p. 80.

4. Isaías y sus hijos fueron signos queridos por Dios para apoyar el ministerio profético de Isaías, cuyo objeto principal era el de afirmar a Judá mientras se derrumbaba el Reino del Norte, conducido a la cautividad.
5. La *almah* de Isaías 7:14 era evidentemente la esposa misma de Isaías, y Emmanuel debería haber sido el nombre de su hijo. Pero Dios pidió al profeta que llamara al niño Maher Salal Jas Baz, en vez de Emmanuel, dado que Acaz se negó a someterse a Dios. En consecuencia, la profecía de Isaías 7:14 tuvo un cumplimiento local y literal en los días de Isaías.
6. En las circunstancias históricas y en el mensaje de Isaías 7:14, Mateo, guiado por el Espíritu, vio una profecía relativa al nacimiento virginal del Mesías. Por eso empleó la palabra *parthenos.*
7. Vista de este modo, la profecía de Isaías 7:14 implica una doble aplicación, una inmediata, en los días de Isaías, y la otra lejana, pero de una significación vital, que se refería al nacimiento del Mesías[41]. En principio, cuando una palabra en la Biblia puede ser entendida de diversas maneras, si un autor inspirado opta por una, no sería una buena idea rechazarla. Por eso, Mateo 1:23 confirma de buen grado el nacimiento sobrenatural de Jesús.

En este orden de cosas, hay otra afirmación que merece nuestra atención: «Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo». (Hebreos 10:5, BJ). Es el mismo Jesús quien se dirige a su Padre. Constata que Dios no atiende ya los sacrificios que constituyen la religión israelita. Un orden nuevo aparece fundado sobre la encarnación: «...me has formado un cuerpo». Formar, disponer en el sentido de crear. El mismo verbo aparece en efecto en Hebreos 11:3, donde se trata de la creación del mundo. Y uno no puede evitar establecer que esto se acerca a Génesis: «Dios formó al hombre con polvo del suelo» (2:7, BJ). Esta vez, Dios forma el cuerpo de Jesús en el seno de María. Todo sucede como si la creación, obliterad por el pecado, el Señor la hubiera tomado de nuevo en sus manos.

El autor de la epístola a los Hebreos se inspira en el Salmo 40, que cita de acuerdo a la traducción griega. El original hebreo habla de sumisión:

[41] *Problems in Bible Translation* (Washington D.C.: Review and Herald Publishing Association, 1954), pp. 168,169.

> «Para expresar esta perfecta obediencia, la mayoría de los testimonios del texto masorético decían: "Me has perforado dos orejas", siendo la perforación de orejas el símbolo de la sumisión (Éxodo 21:6; Deuteronomio 15:7). Nuestra epístola lee la versión griega: "me has formado un cuerpo" y entiende que todo el ser de Jesús fue constituido para ser puesto al servicio de Dios, adaptado a su misión, y su cuerpo debía ser el instrumento o la materia de la inmolación[42]».

Así, a pesar del silencio de Marcos, Juan y Pablo a propósito de la manera en que Jesús nació[43], se puede aceptar sin reservas el anuncio del

[42] Ceslas SPICQ, *L'Épître aux Hébreux* (París: Gabalda, 1977).

[43] Principales objeciones contra la concepción milagrosa.

> «Aunque nuestra tarea aquí no es llegar a conclusiones históricas o dogmáticas sobre la concepción milagrosa de Jesús, sino describir el contenido del relato de Mt, recordaremos brevemente los principales datos de la discusión. Se hacen a esta narración tres clases de objeciones:
>
> »1) Objeción de tipo racionalista o positivista, que excluye en principio la posibilidad de este "milagro". Por corriente y además por comprensible que sea, esta objeción no sólo pone en tela de juicio este relato, sino el conjunto del testimonio evangélico sobre la intervención de un Dios soberano (creador) y salvador en la historia de los hombres. En la base de este positivismo, más popular que científico, es fácil reconocer muy a menudo el rechazo implícito de toda doctrina que hace intervenir a la divinidad en el seno (por así decirlo) de la humanidad histórica. El cometido del exégeta será en este caso no ciertamente "probar" ni "defender" la historicidad del milagro, sino mostrar su significado para el conjunto de la figura mateana de Cristo.
>
> »2) Objeción de tipo histórico o comparativo. Se objeta que la afirmación explícita de la concepción virginal parece haber desempeñado un papel muy limitado en la predicación cristiana del siglo I, que no aparece más que en nuestro texto y en la narración paralela de Lc, que es extraña a los textos paulinos y joánicos, y lo que es más grave aún, a los resúmenes catequéticos e himnológicos de la fe primitiva contenidos en estos textos; su presencia en el evangelio de la infancia podría deberse al influjo de las numerosas leyendas helenísticas relativas a los "nacimientos de los dioses" o a las uniones maravillosas de las divinidades con las hijas de los hombres.
>
> »La primera parte de esta objeción nos parece fundada. Es cierto que la concepción virginal de Jesús no ha desempeñado un papel preponderante en el pensamiento y en la enseñanza del cristianismo primitivo. El aspecto comparativo de la objeción no resiste el examen, pues nuestro texto no relata para nada una unión amorosa entre la divinidad y María. Su terminología y sus ideas implícitas van vinculadas a un medio muy diferente, el AT y la Sinagoga judía en el medio pagano. […]
>
> »3) Objeción de tipo teológico o cristológico: el pensamiento de nuestro texto estaría, por una parte, en contradicción con la cristología neotestamentaria de la preexistencia del Hijo de hombre, y por otra, en contradicción con el pensamiento fundamentalmente bíblico –extraño al helenismo– de la divinidad que actúa no por suspensión del factor humano (de ahí la importancia de José), sino desde el interior y por "adopción" soberana de la actividad humana.

ángel relatado por Lucas: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra». La sombra es sin duda una imagen que expresa la tierna protección prometida a la muy joven Miriam. Como señala J.S. Javet:

> «…la concepción milagrosa, la tumba vacía, son los centinelas que nos advierten que Jesucristo no es solamente el representante de nuestra humanidad, ni siquiera al título más eminente y único, sino además y al mismo tiempo, alguien muy diferente: aquel en quien Dios mismo se revela a los hombres y actúa en su total y soberana plenitud. No es por haber sido concebido de manera milagrosa por lo que Jesús es Hijo de Dios. Es por ser el Hijo de Dios por lo que resucita corporalmente[44].»

Añadiremos con Karl Barth: «El misterio no descansa sobre el milagro. Es el milagro lo que descansa sobre el misterio. El milagro indica el misterio y el misterio es atestiguado por el milagro[45]».

Qué desmentido más luminoso oponiéndose a la *vox populi* que se expresaba sin escrúpulos: «¿De Nazaret puede haber cosa buena?» (Juan 1:46, BJ). «¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo? (Juan 7:41, BJ). «Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta» (Juan 7:52, BJ). Es, sin embargo, en Galilea –nombre que significa «circuito» de los gentiles– donde Jesús, secretamente, ¡llevó treinta años naciendo... a su ministerio!

»La primera parte de esta objeción presupone que las diversas terminologías cristológicas del NT deberían estar de acuerdo lógicamente unas con otras; no es ése el caso. Las ideas de la preexistencia del Hijo de hombre o del Logos joánico no aportan ninguna indicación sobre el modo de su aparición en la historia humana. Por demás, si este texto hubiera pretendido verdaderamente afirmar que al Dios de la Biblia le repugnaba asumir hasta el extremo la condición "carnal" del hombre, ciertamente sería contrario al conjunto de la concepción bíblica de Dios; pero ¿quiere decir verdaderamente esto? Nosotros creemos que no; al contrario, según el pensamiento mateano, nuestra narración no subraya la "divinidad", sino la humanidad de Jesús: jamás ningún hombre se sumergió más profundamente en la aventura humana que este Jesús, puesto que lo hizo por obra del mismo Espíritu de Dios. Tal es el sentido que daremos a la preposición ἐκ del v. 20c. Es posible, por el contrario, que la formulación de Lc 1,35 ("… por eso el que va a nacer será santo, se llamará Hijo de Dios") sea ya más helenista que el texto de Mt.

»Contra Dibelius se podría, pues, defender la tesis de la prioridad del texto mateano respecto al de Lc, prioridad teológica, que no cronológica, ésta imposible de establecer.» (Pierre BONNARD, *Evangelio según San Mateo*, *op. cit*., 32-34).

[44] Jean-Samuel JAVET, *L'Évangile de la Grâce*, *op. cit*., p. 25.

[45] Karl BARTH, *Dogmatique*, ed. francesa (Ginebra: Labor et Fides, 1954), vol. I, tomo II, I, p. 189.

Pero sobre esta larga preparación ¡qué discreción! De hecho, antes de dejar el comienzo según Lucas, hay que decir aún dos palabras, ya que es el único que habla de ello. Muy brevemente, además. Sin duda porque no necesitamos saber más, a pesar de una legítima curiosidad.

A propósito de los doce primeros años, observa lacónicamente: «El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él» (2:40, BJ). La observación no es menos importante ya que pone en evidencia el comportamiento normal del niño, comparable al de todos los niños. Con la excepción, sin embargo, de que por primera vez desde la existencia del mundo, un niño crece como deberían haber crecido todos los niños: se desarrolla físicamente y se llena de sabiduría, al abrigo de todas las caídas.

Incluso la visita al templo a la edad de doce años confirma nuestra impresión. Es el momento solemne de la *Bar Mitzvá* (hijo del mandamiento). Dicho con otras palabras: Jesús va a hacer su entrada oficial en la vida religiosa. Si hasta entonces se hubiera comportado de una manera sobrehumana, sus padres no lo habrían perdido de vista, acechando manifestaciones divinas. Pero ¿qué ocurre?, José y María se van de Jerusalén y no se dan cuenta de su ausencia hasta después de un día de viaje. Muy sorprendidos y bastante contrariados, lo encuentran sentado en medio de los doctores. Y Jesús se disculpa diciendo: «¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (2:49, BJ). No extrapolemos a propósito de esta pregunta. Durante la ceremonia habían insistido en los nuevos deberes de los adolescentes para con su Padre del cielo. Jesús estaba, entonces, en su lugar y no conviene exprimir demasiado su pregunta. En primera instancia viene a decir: «Es aquí donde había que venir a buscarme. Estoy cumpliendo con mi deber.»

Incluso la discusión con los doctores debe quedar dentro de su marco auténtico. Lucas declara que Jesús escuchaba y hacía preguntas. «Los historiadores no dejan de oponer esta sobriedad a la vanidad del historiador judío Josefo que cuenta que cuando él mismo tenía catorce años, el sacerdote venía a hacerle consultas teológicas. Jesús es visto como un niño dotado, inteligente y reflexivo[46].»

Por segunda vez, lo cual es una manera de insistir, Lucas observa: «Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres». (2:52, BJ). El evangelio de la infancia corta así el camino a

[46] Jean-Samuel JAVET, *L'Évangile de la Grâce*, *op. cit.*, p. 46.

todo el imaginario fantástico que florece en los apócrifos, en los que se muestra al niño realizando milagros a propósito de todo. El joven Jesús de Nazaret, nada tiene de taumaturgo. Por lo demás, cuando más tarde realice prodigios, sus compatriotas serán los primeros en sorprenderse, hasta el escepticismo (Mateo 13: 54-57).

Con el comienzo de Mateo, hemos descubierto al real heredero de David. Para Marcos, Jesús no empieza verdaderamente hasta el bautismo, y el acontecimiento ya es insólito. Con Lucas, nuestra sorpresa aumenta, ya que somos iniciados por un ángel en el secreto del nacimiento sobrenatural. La intervención divina del Espíritu se ha sacado a la luz, e importa no subestimar el rol de Miriam. El apóstol Pablo afirma que Jesús nació de la posteridad de David *(ek spermatos Dabid).* Asumió la naturaleza común del hombre transmitida por todo un linaje de hombres y mujeres. Gracias a la concepción de Jesús en el seno de María, el Espíritu de Dios está verdaderamente inmerso en la naturaleza humana.

Capítulo 4

Comienzo según Juan

Juan, con su evangelio, ha consumado el conocimiento que podemos tener de Cristo. «Tengo la costumbre –escribía Calvino– de llamar a este evangelio la llave que abre la puerta a la comprensión de los otros tres.». Más recientemente, el arzobispo William Temple expresaba la misma sensación: «Dejemos que los sinópticos nos repitan tan exactamente como sea posible las palabras mismas que él pronunció, pero dejemos a san Juan preparar nuestros oídos para oírlos[47]».

Con Juan, el misterio se desvela. «En el principio era...» El imperfecto de los verbos en griego posee la particularidad de indicar una acción en pleno desarrollo. *Ipso facto,* el imperfecto del verbo *ser* expresa la permanencia del ser. Las palabras *«en arjé»,* en el principio, recuerdan el principio del Génesis, libro de los comienzos. Pero mientras que nada de nuestro mundo existía aún porque nada había sido creado, ni siquiera el tiempo, Jesús estaba en la plena, absoluta y permanente posesión de su ser. En una palabra, era Dios, en el seno de la eternidad.

El primer versículo de Juan contiene tres afirmaciones:

1. Al principio ya existía el Logos,
2. y el Logos se dirigía a Dios,
3. y el Logos era Dios.

1. El *Logos*

¿Quién es este *Logos* nombrado tres veces, generalmente traducido por «Verbo» o «Palabra», pero que evoca también el pensamiento o la acción? Se han escrito libros enteros sobre la cuestión. El término *logos* gozaba, en efecto, de gran favor en la antigüedad. Entre los griegos, designaba comúnmente la razón. Al aplicar este sentido aquí, se creyó que Juan veía en ello la conciencia que Dios tiene de sí mismo. Pero esto es desconocer su alcance, en contradicción con todo el contexto.

[47] G. T. MANLEY, *Le Nouveau manuel de la Bible* (Nogent-sur-Marne: Institut Biblique, 1994), p. 337.

> «Un filósofo griego, Heráclito, conocido como el filósofo oscuro, el fundador de la metafísica griega, enseñaba que el fuego es la sustancia primitiva, del que se extrae el alma, y que se transforma en otros elementos. Utilizó el término *logos* para designar el principio que mantiene el orden en el mundo. Los estoicos han hecho un uso análogo de la misma palabra. Marco Aurelio, el emperador romano que profesaba la filosofía estoica (161-180) empleó la expresión *spermatikos logos,* la ley de la generación, lo que contiene el germen de todas las cosas, para designar el principio o la fuerza creadora que existe en la materia, en la naturaleza[48].»

Platón a su vez valoró la palabra *logos,* en la prolongación del pensamiento de Heráclito. No estaba lejos de considerarlo un ser real. Sin embargo, no era concebible una encarnación desde su punto de vista.

Filón, el filósofo judío contemporáneo de Jesucristo (13 a.C.-54 d.C.), merece una mención especial. Retuvo de Platón el concepto de *logos* como pensamiento de la creación por Dios; de Aristóteles que el *logos* es un equivalente del *nous* (entendimiento) divino; y de los estoicos que penetra y anima al mundo. Pero va aún más lejos. Para Filón, el *logos* «no es no engendrado como Dios, ni engendrado como nosotros, sino el intermediario entre los extremos, comunicando con uno y otro[49]».

Aquí, el *logos* no es ya solamente un instrumento de Dios en su creación, sino que la gobierna, la conserva, la mantiene. Le llama el «cochero» del universo, la espada de fuego del Paraíso, «que no cesa nunca de operar la opción del bien, el rechazo del mal» (*cf.* Hebreos 4:12). Si es cierto que el *logos*-espada discierne, también reúne, constituyendo el vínculo de la creación e impidiendo que todo se desarticule. Por eso es realmente «en él donde los teólogos cristianos buscan los elementos para elaborar su teología del Verbo[50]».

Difícilmente se puede evitar creer que Juan conocía estas corrientes de pensamiento[51]. La ciencia sin duda se ha nutrido y enriquecido de

---

[48] Roland E. LOASBY, *Méditation sur la personne de Jésus-Christ* (Séminaire adventiste du Salève, 1953), p. 6.

[49] *Her.,* 205-206, citado por Jean DANIÉLOU: *Philon d'Alexandrie* (París: Arthème Fayard, París, 1958), p. 156.

[50] Jean DANIÉLOU: *Philon d'Alexandrie*, *op. cit.,* p. 163.

[51] «De suyo, las fórmulas del prólogo pueden entenderse a partir de esta suposición de que el *logos* no es otra cosa que la palabra de Dios en el sentido en que el Antiguo Testamento tomaba esta expresión. Sin embargo, por poco que se conozcan las ideas del judaísmo helenístico, necesariamente

ellas. No obstante demasiado conocemos la influencia que el Antiguo Testamento ejercía sobre él para no interrogarle a propósito del *logos, dabar* en hebreo, palabra, mandamiento, oráculo, sentencia, pero también acontecimiento, hecho realizado. Para el semita, el nombre de un objeto es su alma; lo que lo define, lo representa y actúa sobre él. El nombre expresa la esencia del objeto, contiene lo que el objeto posee en sí mismo de energía y de dinamismo. Entre nombre y objeto se teje una relación misteriosa y profunda, incluso mágica.

Así, cuando Adán da nombre a los animales (Génesis 2:19,20), el lector debe deducir que Adán tenía toda la autoridad sobre todo ser viviente y que poseía una ciencia acabada de ellos. Nombrar una cosa es conocerla y dominarla. Se habla de la magia de las palabras: esto bien podría comportar más sentido de lo que generalmente creemos. Hablar implica una acción de todo el ser sobre el ser de los otros.

La palabra hebrea no solo describe las cosas, evoca también su acción. Es un verbo, que invoca, suplica, desea, manda. El dinamismo del verbo construye la historia.

Si tal es ya la palabra del hombre, cargada de fluido creador, cuánto más la palabra de Dios, creadora, actuante, poética, *poiein,* en griego, significa crear). ¿Cómo podría no ser la llamada sublime de Dios al hombre, en respuesta al grito surgido de nuestra angustia? De un extremo a otro de la Biblia, Dios se manifiesta y actúa por medio de su palabra. No solo desde el exterior, por los esplendores de la creación, sino también desde dentro, a través de la consciencia. La voz que Adán y Eva oyeron en el Edén se convertirá en remordimiento (Génesis 3:8,9). La palabra de Dios se enciende en nosotros como un fanal, iluminando la conciencia. Se produce un encuentro. Se establece un diálogo. La palabra de Dios es Dios mismo, que busca al hombre. «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo...» (Hebreos 1:1,2, BJ).

---

se percibirá en estas fórmulas un eco de las teorías referentes al Logos creador y revelador, y se las encontrará semejantes en muchos puntos a las de Filón. Por eso difícilmente se puede evitar pensar que su autor tuvo consciencia de esas semejanzas y las buscó deliberadamente.» (Charles Harold DODD, *The Interpretation of the Fourth Gospel,* Cambridge: Cambridge University Press, 1955, p. 277, citado por Vincent TAYLOR, *La personne du Christ dans le Nouveau Testament,* París: Cerf, 1969, p. 116.)

Es evidente que Juan ha superado los conceptos filosóficos abstractos de sus predecesores. Si utilizó el lenguaje de su tiempo fue para expresar la idea del Verbo de Dios presentado en carne, de una manera personal. El concepto griego de una energía dotada de cierta inteligencia se encuentra igualmente en la filosofía de la India, de Egipto y de Persia. Juan, por su parte, presenta el Logos como la persona de Cristo, que comparte con Dios la eternidad. «Desde los días de la eternidad, el Señor Jesucristo era uno con el Padre…[52]»

> «Filón no concibió nunca la Palabra como una persona; nunca enseñó la preexistencia de la Palabra. Aquí está la importante contribución de Juan, inspirado por el Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento descubrimos alusiones y como unos rayos de luz que quisieran penetrar la oscuridad y despejar la pura luz de la verdad revelada. En el Antiguo Testamento encontramos algunas alusiones y como unos presentimientos con relación a la Palabra divina, una especie de personalidad:
>
> »El Mensajero de Yahvé, Génesis 16:2-9.
>
> »El Mensajero de la Presencia, Éxodo 32:34; 33:14.
>
> »El Mensajero de la Alianza, Malaquías 3:1.
>
> »Juan ha reunido estos rasgos dispersos en la personalidad de Jesús, una Persona divina.
>
> »Aquí está lo que hace la grandeza de la revelación de Juan. Otros, sacerdotes, profetas, filósofos, habían presentado esta doctrina de la Palabra como la cosa expresada *(rhêma),* o como la palabra dicha *(ho logomenos);* o como orador *(ho legôn);* o también como un principio o un atributo, como la sabiduría *(sophia),* el entendimiento *(nous);* pero la Palabra de Juan es el Hijo de Dios, existente desde toda la eternidad, y no obstante manifestada en el tiempo y el espacio en forma humana en Jesucristo, Hijo del Hombre[53].»

A la esencia divina pertenece un ser que es a Dios lo que la palabra es al pensamiento, lo que la acción es a la palabra, lo que el rostro es al alma. Reflejo viviente de Dios por dentro, revelación de Dios por fuera. Perfecta intimidad. *Logos* de Dios. Veremos pronto una razón adicional

[52] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1999), p. 11.

[53] Roland E. LOASBY, *Méditation sur la personne de Jésus-Christ, op. cit.,* p. 8.

de haber elegido ese nombre para presentar a Cristo. Por el momento, vayamos a la segunda afirmación de Juan 1:1.

2. Hacia Dios

«…y el *Logos* estaba junto a Dios...» Es difícil dar todo el alcance del texto griego *«pros ton Theon».* Juan no emplea la preposición *meta,* con, en sociedad con; ni *syn*, con ayuda de; ni *para,* acerca de. Opta por *pros,* que expresa un movimiento que dura hacia, una tensión sostenida, una aproximación permanente. Es realmente curioso. El verbo *estaba* designa un estado. La preposición *pros* indica un movimiento. Así pues, este movimiento constituye su estado permanente, su esencia. En lugar de una inmutable inmovilidad, es una eterna *dynamis* –tensión, energía, vida–. Esto da la impresión de que Dios es inseparable de su *Logos,* aunque esté diferenciado de él.

3. Dios

«…y el *Logos* era Dios.» Si las dos primeras afirmaciones de Juan podían dar la impresión de cierta dualidad entre el *Logos* y Dios, la tercera la hace desaparecer completamente. Es verdad que se ha intentado debilitar su alcance invocando la ausencia de artículo delante de la palabra griega *Theos,* Dios. En ese caso, en francés se puede encontrar que hay que poner el artículo indeterminado. Por eso se encuentra también la traducción: el *Logos* era un dios, o también: el *Logos* era divino.

Quienes han entendido el texto de esta manera han olvidado que los griegos no ponían de buen grado el artículo determinado delante de un atributo. Además, *Theos,* sin artículo pone el acento sobre la cualidad divina del *Logos*. Dice más, en todo caso, que el adjetivo «divino» que se expresaría en griego con *theios* y no con *Theos*. El *Logos* es otra cosa que el más perfecto de los hombres o el más elevado de los ángeles. Participa de la divinidad. Juan afirma su divinidad esencial. Es difícil ver cómo podría expresarlo con más fuerza. Pero volveremos a hablar de ello.

He aquí lo que piensa Oscar Cullmann, gran especialista de la cuestión:

> «…algunos entienden aquí θεός (Dios) como si dijera θεῖος (divino): "el Logos era de naturaleza divina". Semejante interpretación –que Bultmann rechaza también en su *Johanneskommentar* (p. 17)– es insostenible. Si el autor hubiera querido decir esto tenía a

> su disposición el adjetivo θεῖος que además se encuentra atestiguado en el nuevo testamento (Hech 17, 29; 2 Pe 1,3). Tampoco se puede atenuar la fuerza de esta afirmación, como hace Orígenes, diciendo que delante de θεός falta el artículo, de manera que para el autor del texto el *Logos* no sería Dios sino sólo de naturaleza divina, como una emanación de Dios[54].»

Una confirmación magistral se aporta en el versículo 18, en el que *Theon* se emplea sin artículo, cuando se trata sin lugar a dudas del Padre, revelado por el Hijo.

Tras haber afirmado así de manera clara, en el lenguaje de sus contemporáneos, que Jesús pertenece a la divinidad, Juan precisa aún las implicaciones de su pensamiento.

4. Juan 1:3,4. Un arcano precioso

Una nueva observación técnica, pero fundamental, se impone a propósito de los versículos 3 y 4, cuyas traducciones ofrecen lecturas diferenciadas. Ya sea, la Reina-Valera 95: «Todas las cosas por medio de él [Verbo] hecho fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.» Ya sea, la traducción de Jerusalén: «Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada. Lo que se hizo en ella era la vida y la vida era la luz de los hombres.» Los cátaros traducían ya este texto así, seguidos hoy día por varios.

De hecho, se trata menos de traducción que de puntuación y lectura. ¿Es necesario unir *ho gegonen* (fue hecho) al versículo 3, como lo ha hecho la RVR95, o al versículo 4, según la versión de Jerusalén en la versión francesa? Tratemos de hacer más clara la alternativa. He aquí las dos posibilidades de traducción literal.

Primera posibilidad:

v. 3 Todas las cosas gracias a ella han existido

Y sin ella no ha existido ni una cosa que ha existido

v. 4 En ella estaba la vida

Y la vida era la luz de los hombres.

Segunda posibilidad:

[54] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1998), p. 345.

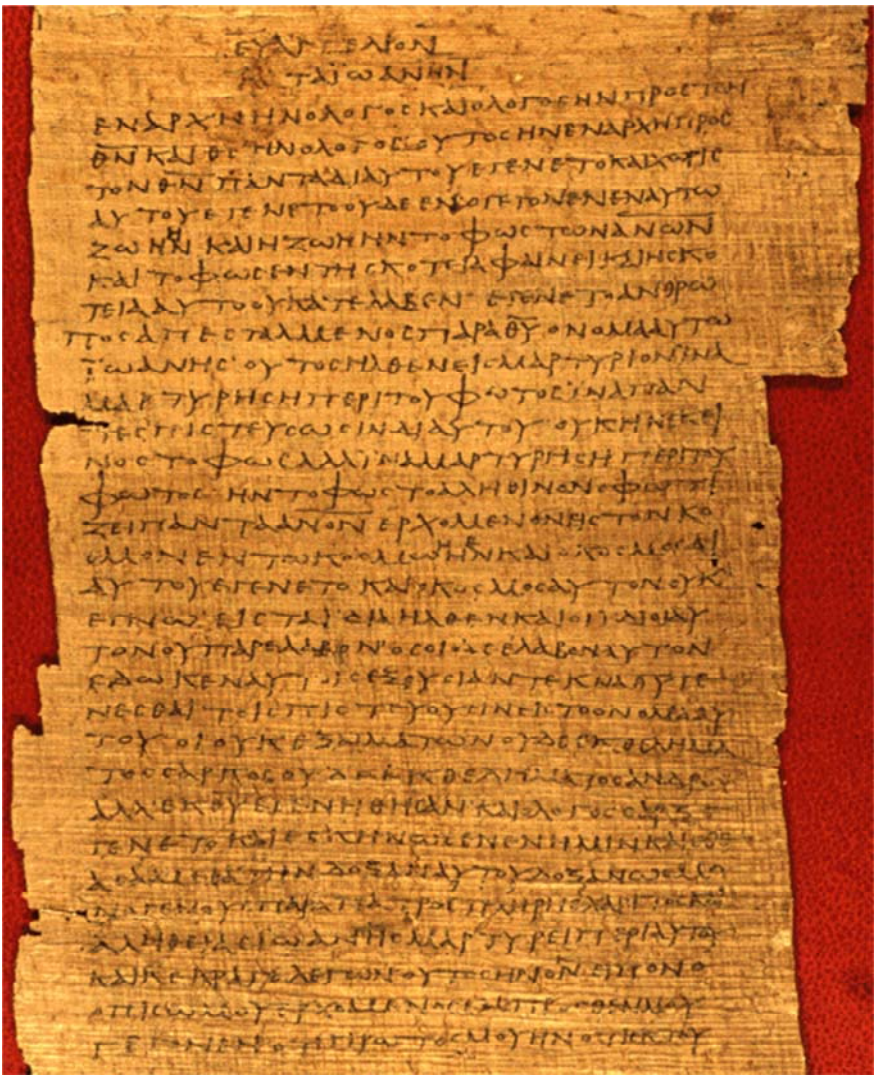
v. 3 Todas las cosas gracias a ella han existido
Y sin ella ni una cosa ha existido.
v. 4 Lo que ha existido, en ella era vida
Y la vida era la luz de los hombres.

Tengo varias razones para elegir la segunda lectura:

1. Respeta mejor el ritmo de la frase
2. La declaración del versículo 3 en forma afirmativa, y luego en forma negativa es una manera habitual entre los semitas de subrayar la importancia de lo que se dice.
3. Esta lectura queda claramente favorecida por el papiro *Bodmer XV,* el más antiguo manuscrito conocido de este texto, datado en el siglo II. Lleva un punto en la parte de arriba[55], junto a *«oude hen»*, hecho tanto más notable por cuanto los antiguos manuscritos generalmente no están puntuados. Reproducimos en las páginas 62 y 63 el texto tal como fue publicado por Victor Martin.

Esta última observación me parece concluyente. Bastaría por sí sola para preferir la segunda solución. Pero tiene el mérito asombroso de resolver un famoso arcano relativo al origen de todas las cosas. El apóstol Pablo afirma que es de Dios de quien son todas las cosas (Romanos 11:36). *Ex autou,* ¡fuera de él! Y en otra parte: «…porque en él (Cristo) fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles…» (Colosenses 1:16, BJ) Tenemos la costumbre de considerar a Cristo como el agente de la creación. Esta idea está expresada por la preposición *dia*, por, gracias a. Pero otra idea, más compleja ciertamente, y sin duda también más hermosa y profunda, me parece que está contenida en la preposición *en*, dentro. Una tabla es fabricada *por* el carpintero, pero un niño es concebido *en* su madre. ¡Qué diferencia! Todo el misterio está ahí. El niño está diferenciado de su madre, y sin embargo formado dentro de ella. La madre sigue siendo íntegramente ella misma, aunque haya dado nacimiento a otro ser semejante a ella. Inexplicable pero cotidiana verdad. Única imagen lo bastante rica como para no desfigurar demasiado la maravillosa noción bíblica de creación. Todas las otras se quedan más acá de la verdad esencial. Volvamos a leer a esta luz la génesis del hombre.

[55] En la puntuación, en griego, el punto en la parte de arriba (·) equivale a nuestros dos puntos (:).



Papiro Bodmer XV. Manuscrito del evangelio según Juan, capítulo I, versículos 1-16, con la amable autorización de la Biblioteca Bodmeriana, de Ginebra (Disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Papiro_75).

ΕΥΑΓΓΕΛΙΟΝ
ΚΑΤΑ ΙΩΑΝΗΝ

1 εν αρχη ην ο λογος και ο λογος ην προς τον
2 θν και θς ο λογος· ' ουτος ην εν αρχη προς
3 τον θν ' παντα δι αυτου εγενετο και χωρις
4 αυτου εγενετο ουδε εν· ο γεγονεν ' εν αυτω
ζωη η ν και η ζωη ην το φως των ανων '
5 και το φως εν τη σκοτεια φαινει και η σκο
6 τεια αυτο ου κατελαβεν· ' εγενετο ανθρω
πος απεσταλημενος παρα θυ ονομα αυτω
7 ϊωανης· ' ουτος ηλθεν εις μαρτυριον ϊνα
μαρτυρηση περι του φωτος ἵνα παν
8 τες πιστευσωσιν δι αυτου· ' ουκ ην εκει
νος το φως αλλ ϊνα μαρτυρηση περι του
9 φωτος· ' ην το φως το αληθινον ο φωτι
ζει παντα ανον ερχομενον εις τον κο
η ε
10 σμον ' εν τω κοσμω ην και ο κοσμος δι
αυτου εγενετο και ο κοσμος αυτον ουκ'
11 εγνω· ' εις τα ἴδια ηλθεν και οι ϊδιοι αυ
12 τον ου παρελαβον· ' οσοι δε ελαβον αυτον
εδωκεν αυτοις εξουσιαν τεκνα θυ γε
νεσθαι τοις πιστευουσιν εις το ονομα αυ
13 του· ' οι ουκ εξ αιματων ουδε εκ θελημα
τος σαρκος ουδε εκ θεληματος ανδρος
14 αλλ' εκ θυ εγενηθησαν· ' και ο λογος σαρξ ε
γενετο και εσκηνωσεν εν ημιν και εθε
ασαμεθα την δοξαν αυτου δοξαν ως μο
νογενους παρα πατρος πληρης χαριτος και
15 αληθειας ' ϊωανης μαρτυρει περι αυτου
και κεκραγε λεγων· ουτος ην ον ειπον ο
οπιοσω μου ερχομενος εμπροσθεν μου
16 γεγονεν οτι πρωτος μου ην ' οτι εκ του

Transcripción de Juan 1:1-16, según el manuscrito *Bodmer XV*, por Victor Martin y Rodolphe Kasser.

5. La génesis del hombre

«Creó pues, Dios al ser humano a imagen suya» (Génesis 1:27, BJ). A su imagen significa que había entre ellos un vínculo esencial. «Para los antiguos, la imagen no es un ser disminuido, una realidad empobrecida, un mero reflejo. Es participación en la realidad misma, la hace presente en su núcleo sustancial y actuante en su eficacia propia[56].» «…Adán, hijo de Dios» (Lucas 3:38, BJ).

Desde este punto de vista, el prólogo de Juan es fascinante: En Cristo, el *Logos,* era vida todo lo que fue creado. Nada hubiera podido existir *(ginomai)* que no hubiera sido vida en él. «Sin la vida de Dios, moriría la naturaleza[57].» Los seres humanos están unidos a Cristo por un vínculo ontológico. La vida viene de Dios, por Cristo, en Cristo y para Cristo.

Nos habíamos preguntado por qué Juan llama a Cristo *Logos* casi de manera anónima. ¿No habrá querido con ello hacer más comprensible la relación invisible que une a Cristo con la creación en su totalidad? Ya estoy oyendo protestar en nombre del panteísmo que la Biblia en su integridad revoca. No tengamos prisa. La relación de la que hablo es distinta y debidamente afirmada por las declaraciones más solemnes del Evangelio. Cuando Pablo escribe: «…y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gálatas 2:20, BJ), ¿es esto panteísmo? O cuando escribe a los efesios que deben «…conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, y os llenéis de toda la plenitud de Dios» (3:19, BJ), ¿es esto panteísmo? Con certeza, no. Es el adorable «…misterio de Dios el Padre y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Colosenses 2:3, BJ).

Meditemos sobre la reflexión de Jean Mouroux:

> «Decir que Dios es espíritu no es definirlo, es arrancarlo a toda definición; y decir que nosotros somos espíritus unidos a él por una indestructible semejanza, es sumergirnos en el misterio de Dios. Mirado como una relación viva con Dios, y en este reflejo de la fuerza divina que la marca para siempre, el hombre va más allá del

[56] KITTEL, *ThWNT,* art. *eikôn,* p. 366.

[57] Ellen G. WHITE, «Comentarios de Elena G. de White-Génesis», en *Comentario bíblico adventista del séptimo día* (*CBA*), tomo 1, *Génesis a Deuteronomio,* ed. F. D. Nichol, trad. V. E. Ampuero Matta (Mountain View, California: Publicaciones Interamericanas, Pacific Press Publishing Association, 1978), p. 1:1095.

> hombre, escapa a todo lo que pueda captar, no puede ser ni comprendido, ni juzgado, ni violado en su secreto personal; no pertenece sino a Dios y ningún poder humano puede reivindicarlo para sí [...]. En pleno mundo, es un ser de Más allá, es sagrado[58].»

Volveremos a ello cuando hablemos de la encarnación de Cristo.

6. Luz y vida

Después de esto, qué significativa resulta la alusión a la luz: «…y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron» (Juan 1:4,5, BJ). Palabras tan sencillas retumban en ecos interminables en nuestros corazones despiertos. ¡Vivir! ¡Ver con claridad! Vivir, no con esa vida mezquina que lo ignora todo acerca de su origen, de su naturaleza y su destino. No consumirse tontamente sin otro fin que el polvo último. Ver con claridad, penetrar en el misterio, tener el hilo de Ariadna. Remontar el tiempo hasta la eternidad en lugar de dejarse devorar por el tiempo hasta el eterno silencio. Aceptar esa luz y permitir que disipe las tinieblas y trascienda la vida. En su *Logos,* Dios habla, ilumina. Su anhelo ferviente es encontrarnos a la escucha. Nuestro mundo es objeto de su tierna solicitud. Aunque Dios parezca a veces ausente[59], se nos acerca y nos habla en Jesucristo.

> «La vida es lo más oscuro, íntimo y recóndito en el Ser, es aquello cuyo secreto no se fuerza, no se penetra. La luz es lo más manifiesto, lo que se extiende por igual sobre todo, en todo momento, lo que invade en un instante el espacio entero. Al pasar bruscamente de la Vida a la Luz, después de haber situado toda vida en el Verbo, el apóstol junta de un modo sobrecogedor los extremos, une los fundamentos con la cumbre, la profundidad y la altura, el alfa y la omega. Del mismo modo que la palabra es la primera, la más perfecta, la imprescindible manifestación del pensamiento, así la luz es el primero de los seres en este mundo, el primero creado según el Génesis, el más perfecto, el más completo, el más próximo a Dios[60].»

[58] Jean MOUROUX, *Sens chrétien de l'homme* (París: Aubier, 1950), p. 239.

[59] François VARONNE, *Ce Dieu absent qui fait problème* (París: Cerf, 1987).

[60] LANZA DEL VASTO, *Commentaire de l'Évangile*, *op. cit*., p. 71.

La luz es a la vez finita e infinita, materia y energía. Participa en el misterio de la vida[61]

7. Derrota y victoria de la luz

«…y las tinieblas no la recibieron [vencieron]» ¿Cómo es posible? ¿Qué tinieblas son estas capaces de rechazar la luz? Esta consideración ha hecho vacilar con respecto a la significación del texto. Una propuesta es: las tinieblas no han logrado triunfar sobre la luz, o también «las tinieblas no la dominaron». El verbo empleado por Juan tiene a menudo ese significado en el Nuevo Testamento. Y, de hecho, nada puede impedir al Evangelio ganar al mundo entero (Mateo 24:14). Jesús mismo dirá claramente: «...yo he vencido al mundo» (Juan 16:33). Su condición soberana se extiende a todos los ámbitos (Efesios 1:20-23).

A pesar de todo, el sentido habitual que implica una finalidad de no recibir, parece mencionado claramente en la continuación del texto: «En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció» (Juan 1:10,11, BJ). El fin trágico de Jesús entre los suyos sigue siendo el gran escándalo de la historia. Juan no podía olvidarlo. Por lo demás, la imagen de las tinieblas para designar el mal es muy fecunda, mostrando que el mal en sí no existe. El mal es un no-ser. El mismo Satán fue creado y no puede ir más allá del final de su cadena. La Biblia tiene el mérito inmenso de describir el mal a partir del Dios único, que no es su autor. No hay un Dios del bien y un Dios del mal. En definitiva, el mal se deriva del bien. Su única fuerza procede del bien que él desnaturaliza. El mal es un bien que derrapa. A partir de entonces, inevitablemente, las tinieblas pueden rechazar la luz. De ello se desprende no una vaga resistencia sino una potencia increíble de desorden, de anarquía y de contestación. Un viento de locura parece golpear a los humanos y a los elementos. Todo vacila y se inclina hacia la noche de la desesperación. Nada, en este mundo de aquí abajo, está al abrigo de esta noche diabólica.

[61] «La energía lo es todo para nosotros, está en la base de todos los fenómenos naturales por los cuales la materia se anima y se transforma, condiciona toda la evolución del reino viviente, desde la brizna de hierba hasta la inteligencia del hombre, es la causa misma del mundo atómico igual que de los sistemas de galaxias. [...] El hecho de que para seguirle la pista ella haya sido necesario que habláramos de todo y lo examináramos todo, de lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño, demuestra que la energía está en la base de todo.» (Charles-Noël MARTIN, *L'Énergie: Moteur du monde,* París: Presses Universitaires de France, 1962, p. 237).

Me parece que nunca se acabará el dejar que resuene el admirable prólogo de Juan; sus palabras están tan llenas de sustancia. Una revelación, al menos, debe retener aún nuestra atención: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad» (1:14, BJ). Este es el gran salto, no solo de la eternidad en el tiempo sino, más precisamente, en nuestra historia. A lo lejos resuena el coro de ángeles mencionado por Lucas. Es Navidad, para gran maravilla de los pastores y los magos de todos los tiempos.

Ha nacido Jesús. Cristo ha pasado del ser a la existencia. Juan dice, de forma precisa: el *Logos* se hizo carne *(egeneto*, devino; contrasta con *en*, era). «El término *devenir*, dice F. Godet, cuando tiene como atributo un sustantivo, implica una transformación profunda en el modo de ser del sujeto[62].» El vocablo *carne* no designa únicamente las partes blandas del individuo, ni siquiera el cuerpo entero, sino la persona humana, encerrada, como criatura, dentro de los límites del tiempo y el espacio. «El contenido de la declaración de Juan no es, pues, dos naturalezas o dos modos de ser opuestos que coexisten en el mismo sujeto; sino un sujeto único que pasa de un modo de ser a otro, para recobrar el primero al realizar a la perfección el segundo[63].»

Volveremos a ello más tarde, cuando precisemos todo el alcance de la encarnación.

[62] Frédéric GODET, *Commentaire sur l'Évangile de Saint Jean* (Neuchâtel: Attinger, 1903), tomo II, pág. 70.

[63] Ibíd., p. 71.

Resumen de la segunda parte

Mateo se ha dedicado a mostrar que Jesús es, en efecto, legalmente, descendiente del rey David, mesías judío auténtico. En él se cumplen las profecías mesiánicas. La autoridad de su ministerio terrenal queda así reconocida. Marcos, por el contrario, se interesa poco por este aspecto. Para él todo empieza realmente con el bautismo. Jesús es en cierto modo el hombre fuerte, a decir verdad sobrehumano, capaz de imponerse a los romanos que rendían culto a la fuerza. Pero paradójicamente, el bautismo que explica el poder de Jesús por su relación íntima con Dios, parece también hacerlo depender de una liberación insólita, sugerida por el texto de Mateo. Debemos intentar levantar el velo. Con Lucas, recibimos informaciones muy valiosas acerca de la intervención del Dios en favor de la concepción del niño en el seno de María. Nos sumergimos en el centro del misterio de la Navidad. El enigma del hombre-Jesús está en primer plano. ¡El judío, el superhombre, el hombre! En cuanto a Juan, nos hace escalar los cielos y remontar el tiempo para desvelarnos el misterio de la divinidad de Cristo, Dios con Dios, de una total eternidad.

Cuatro evangelios. Cuatro maneras de abordar la persona de Cristo. Cuatro encuentros admirablemente complementarios, sacando a la luz, una y otra vez, su humanidad y su divinidad, dos aspectos de su naturaleza que vamos a explorar. Por cuidar la verosimilitud, partimos de las enseñanzas de la Biblia acerca de aquel que puede conocerse mejor en el nivel de la historia, Jesús el hombre.

Tercera parte

EL HOMBRE JESÚS

¿Fue Jesús verdaderamente un hombre como todos los hombres? El apóstol Pedro escribe que nos dio un ejemplo a fin de que nosotros siguiéramos sus huellas (1 Pedro 2:21) Si Jesús no vivió en las mismas condiciones en que se encuentran todos los hombres, su ejemplo pierde todo valor para nosotros. Podemos admirarlo, como un genio, pero con la convicción a priori de que es inimitable. La cuestión que se plantea no es, pues, puramente académica. Merece la pena mirar las cosas de cerca. Necesitamos sentir a Jesús próximo a nosotros.

«La humanidad del Hijo de Dios es todo para nosotros. Es la cadena de oro que une nuestras almas a Cristo y, por él, a Dios[64].»

[64] Ellen G. WHITE, *Youth's Instructor*, 13 de octubre de 1898.

Capítulo 1

La realidad de la humanidad de Jesús

1. Llamado hombre

En el Nuevo Testamento Jesús es llamado hombre en varias ocasiones:

- por él mismo: «Pero tratáis de matarme, a mí un hombre…» (Juan 8:40, texto griego);
- por Pedro: «A Jesús, el Nazoreo, hombre acreditado por Dios…» (Hechos 2:22, BJ);
- por Pablo: «…va a juzgar al mundo según justicia, por el hombre que ha destinado…» (Hechos 17:31, BJ); «…el don otorgado por la gracia de un hombre, Jesucristo…» (Romanos 5:15, BJ); «…también por un hombre viene la resurrección de los muertos» (1 Corintios 15:21, BJ). «…y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también» (1 Timoteo 2:5, BJ).

2. Hijo del hombre

Si título predilecto fue: «Hijo del hombre», que aparece más de 80 veces en el Nuevo Testamento, de las cuales 55 en los evangelios, en los labios del mismo Jesús.

> «Esta es la primera cuestión que se planteamos: ¿qué significa desde el punto de vista puramente filológico…? Para responder debemos remontarnos al arameo. [...] (*Barnasha*). Como se sabe *bar* es el equivalente arameo del hebreo *ben* (= «hijo») y con este sentido lo encontramos en diversos nombres propios tales como Bar-nabas (Bernabé), o Bar-sabas, Bar-tolomé, etc. Por su parte, *nasha*, deriva de la misma raíz semita que el hebreo ‘*ish* (plural: ‘*anashim*) que significa “hombre”. La expresión aramea *Barnasha* corresponde, pues, al griego υἱὸς τοῦ ἀνθρώπου [*huios tou antrôpou*].»

Oscar Cullmann, que da esta explicación, añade que la expresión designa sencillamente a un hombre[65]. En Marcos 3:28, atañe efectivamente a todos los hombres en general.

Sin embargo, no fue por azar que Jesús eligió llamarse así. La expresión tenía ya toda una historia que vamos a resumir brevemente. Hay tres fuentes literarias posibles. Primero, el Antiguo Testamento, en el que la expresión designa a un hombre, con sus limitaciones de criatura amenazada y frágil. Una segunda fuente posible es el lenguaje religioso ambiente (Siria, Irán, Babilonia, Asia Menor, etcétera), donde se llamaba así a una especie de ser celestial enviado a la humanidad como salvador. Pero conviene sobre todo recordar el sentido de «Hijo del hombre» en los apocalipsis judíos. Daniel la utilizaba ya para presentar al juez celestial, que aparecería en la escena de la historia en los últimos días[66].

Examinar los textos evangélicos, según Pierre Bonnard, permite casi con certeza elegir como preferible esta última interpretación. Al designarse como Hijo del hombre, Jesús eligió el título mesiánico menos comprometido con nacionalismo judío y esperanzas guerreras. Oscar Cullmann piensa del mismo modo:

> «…por medio del título Hijo de hombre, Jesús ha expresado la convicción de que está realizando la obra del hombre celeste. Y esto lo hace de dos maneras: por un lado, al fin de los tiempos, en gesto de gloria, conforme a la esperanza de ciertos medios judíos; por otro, la humildad de la encamación, en el seno de la humanidad pecadora…[67]»

Conviene añadir que en ponencias y estudios cristológicos posteriores, la noción de rebajamiento ha tomado ventaja a la de juez celestial. El apóstol Pablo, ya en su discurso ante el areópago de Atenas, llamaba «hombre» a aquel que juzgará al mundo según la justicia (Hechos 17:31). Ignacio de Antioquía, a finales del siglo I, opone Hijo del hombre a Hijo de Dios para significar la plena humanidad de Jesús. Parece no haber comprendido nada más del sentido escatológico del que estaba revestida la expresión en el cristianismo primitivo[68]. Cualquiera que haya sido en-

[65] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, *op. cit*., p. 200

[66] Véase *Vocabulaire biblique* (París: Delachaux et Niestlé, 1954), pp. 137, 138.

[67] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, *op. cit*., p. 228.

[68] Théo PREISS, *La Vie en Chris* (París: Delachaux et Niestlé, 1952), 27.

tonces su valor mesiánico, podemos decir, con Frank Coulin: «El Hijo del hombre, es el que es único entre los hombres, ya que es realmente y fundamentalmente hombre[69].»

3. Vida de un hombre

Jesús conoció el recorrido de un hombre: nacido de María, creció de manera normal, tuvo que aprender la obediencia al precio de un gran esfuerzo y un sufrimiento real (Hebreos 5:8); finalmente, murió al término de una horrible agonía (Mateo 27:26-35; Juan 19:20; Lucas 22:24; Mateo 26:36-46).

4. Características de un hombre

Poseía todas las características de un cuerpo humano (Mateo 25:26) y singularmente la carne y la sangre (Hebreos 2:14)[70].

5. Principios instintivos humanos

Todos los principios instintivos que condicionan la humanidad marcan profundamente su existencia: el hambre (Mateo 4:12), la sed: (Juan 19:28), el cansancio (Juan 4:6), el sueño (Mateo 8:24), el amor (Marcos 10:21), el llanto (Juan 11:34; Lucas 19:41; Hebreos 5:7), la emoción (Juan 11:33), la tristeza Mateo 26:38), la angustia (Juan 12:27).

6. Sujeto a las leyes del desarrollo

Como todos los humanos, estuvo igualmente sujeto a las leyes del desarrollo: el nacimiento, el crecimiento, el conocimiento (Lucas 2:46), la obediencia (Hebreos 5:8), la tentación, la agonía moral y física (Lucas

[69] Frank COULIN, *L'Enseignement de Jésus-Christ* (Ginebra, 1868), p. 6.

[70] Significados de la palabra *carne* en el AT:

1 Partes carnosas, músculos. Génesis 2:21; Éxodo 4:7.

2. Empleada como eufemismo para designar las partes sexuales. Levítico 15:2,3,7,19; Ezequiel 16:26.

3. El cuerpo. Éxodo 30:32; Números 8:7; 1 Reyes 21:27.

4. El ser vivo. Génesis 6:17,19; 7:21; 9:11.

5. Carne o carne y sangre o carne y hueso = hombre débil. Salmo 78:39.

N.B.: No hay oposición entre carne y espíritu.

22:44) hasta el momento en que, como todo el mundo, entregó el espíritu (Juan 19:30).

7. Hasta la muerte

> «Paso a paso se humilló hasta la muerte, ¡pero qué muerte! Era la más vergonzosa, la más cruel; la muerte en la cruz como un malhechor. No murió como un héroe ante los ojos del mundo, lleno de honores como los que mueren en la batalla. ¡Murió como un criminal condenado, suspendido entre los cielos y la tierra; murió tras una lenta agonía de vergüenza, expuesto a los vituperios y afrentas de una multitud relajada, envilecida, y cargada de crímenes![71]»

[71] Ellen G. WHITE, «Comentarios de Elena G. de White-Juan», en *Comentario bíblico adventista del séptimo día* (*CBA*), tomo 5, *S. Mateo a S. Juan*, ed. F. D. Nichol, trad. V. E. Ampuero Matta (Boise, Idaho: Publicaciones Interamericanas, Pacific Press Publishing Association, 1987), pp. 5:1101, 1102.

Capítulo 2

La prueba de la tentación

Se trata realmente de una prueba, sin duda, en el sentido más amplio del término: sufrimiento, capacidad de resistencia, lo que permite juzgar el valor real y pone en evidencia de la extrema fragilidad de la condición en que se encontraba Jesús. «Estar por encima de la tentación no pertenece sino a Dios; tentar corresponde al diablo; ser tentado, he aquí la posición del hombre[72].»

1. Situación del relato de la tentación en los evangelios

En Mateo y Marcos, la tentación sigue inmediatamente al bautismo. Aunque es Hijo de Dios, Jesús debe aprender la obediencia. Que nadie se engañe, no está todo programado con vistas a un acontecer cómodo, sin lucha e imperturbable. Por su bautismo, Jesús supo la naturaleza de su misión; por la tentación, descubrió los caminos peligrosos de los que, a cualquier precio, había que apartarse.

Lucas intercala la genealogía entre el bautismo y la tentación. Ahora bien, recordemos que la genealogía de Lucas se remonta en la historia hasta el primer hombre, Adán. Esta estructura sugiere que el que sufre la tentación es realmente hijo de Adán, un hombre de pleno derecho. Pero allí donde el primer Adán sucumbió, el segundo triunfa. Vamos, pues, a ver lo que es esta extraña condición filial divino-humana.

2. La función del Espíritu

«Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo.» (Mateo 4:1). Extraño, ¿verdad? El Espíritu acaba de proclamar solemnemente el interés del Padre por su hijo muy amado, y he aquí que lo somete a prueba. La conclusión se impone: Dios no tienta a nadie, pero nosotros necesitamos ser tentados. Vivimos el tiempo de la tentación, condición *sine qua non* de nuestra admisión en presencia de Dios. Tal es el precio del amor libremente consentido. No hay libertad en un camino único. La libertad toma cuerpo en la encrucijada de los caminos. Fue Dios quien puso en medio del huerto del Edén el árbol de la

[72] Frédéric GODET, *Études bibliques*, 2º serie (París: Fischbacher), p. 96. *Cf.* Santiago 1:13.

ciencia del bien y del mal. Así aparecía el poder elegir entre la reivindicación soberbia de autonomía personal y la filial dependencia hacia Aquel en quien tenemos la vida, nos movemos y somos.

Sí, vivimos el tiempo de la tentación: es ahora cuando hay que decidir a quién queremos servir. Solo tendrán acceso a la vida nueva los que hayan tomado la buena opción, después de haber experimentado el bien y el mal. La nueva tierra ya no será tierra de experiencia.

3. Satán y la tentación

Aunque no hubiera más que esta información a propósito de Satán, ya no se podría dudar de su existencia. Aborda a Jesús en un combate singular. Es la más grande de las batallas, la batalla de su vida. Estamos en pleno desierto. El desierto no siempre es lugar de calma y soledad apacible. El desierto está lleno de voces; los espíritus impuros construyen allí su morada (Lucas 11:24). Por lo demás, un hombre solo, decía Paul Valéry, ¡está siempre en mala compañía! Y D. Bonhoeffer observa con finura: «La tentación está siempre allí donde hay inocencia. Pues allí donde hay culpa, es que ya ha tomado el poder[73].»

No es este el lugar apropiado para extenderse acerca de la manera en que se presenta Satán[74]. En todo caso, no como a menudo lo ha representado la imaginación popular. Su voz, sin duda, imitaba peligrosamente la del Jordán... y la nuestra. Una voz que reclama pan, milagros y la dominación del mundo.

> «Lo esencial es que Jesús no la experimente, en modo alguno, como la de un compañero, un aliado, un protector o un discípulo, sino como la de un adversario que al que deberá combatir hasta su último aliento [...] Las tentación de Jesús es continuamente todo lo que nosotros quisiéramos que él sea [...]. Proponiéndole los modos de salvar el mundo, es decir los medios de tomar a los hombres [...], así es como puede ser tentado un Salvador[75].»

[73] Dietrich BONHOEFFER, *La tentation* (Ginebra: Labor et Fides, 1968), p. 16.

[74] Edward V. HEPPENSTALL, *The Man who is God* (Washington: Review and Herald Publishing Association, 1979), pp 151ss.

[75] Roland de PURY, *Aux sources de la liberté* (Ginebra: Labor et Fides, 1967), pp. 14, 15.

4. La primera tentación, Lucas 4:1-4

Jesús tiene hambre y le ofrecen pan. Nada es más apto para excitar sus exigencias vitales más imperiosas. Pero el combate no es solo visceral. «…di que estas piedras se conviertan en panes», dice el otro. Ahora bien, la primera orden redentora, después de la caída, cae en seco: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan» (Génesis 3:19, BJ). La tentación de sustraerse al trabajo es propia de Lucifer. En el fondo, es realmente la situación humana de Jesús lo que está en juego. Tratar de hacer pan con piedras equivaldría a escapar a la condición de los hombres. De ahí la manera en que es introducida la tentación: si eres Hijo de Dios, o puesto que eres Hijo de Dios... niégate a toda sumisión humana. ¿Por qué sufrir cuando con una palabra podrías escapar a la contingencia? Hábil tentativa de irritar a la carne contra el espíritu. La cuestión no es tanto saber cómo podría Jesús operar el milagro sugerido –hablaremos de ello más adelante– sino de levantar acta de la autenticidad de la tentación. Tentación de esquivar la dependencia característica de la criatura humana.

La respuesta de Jesús es sugestiva: el hombre no vivirá de pan solamente. Nutrirse de toda palabra que sale de la boca de Dios equivale a obedecer. Si la ocasión así lo indica, trabajar para vivir. «La cita no hace alusión a dos aspectos de la vida, el pan para el cuerpo, la Palabra de Dios para el alma o el corazón; es la vida concreta y global del hombre que no podría satisfacerse solamente de pan[76].» Solo la Palabra de Dios da un sentido a nuestra vida[77].

5. La segunda tentación

«Llevándole luego a una altura le mostró en un instante todos los reinos de la tierra y le dijo el diablo: "Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos, porque me la han entregado a mí y yo se la doy a quien quiero. Si, pues, me adoras, toda será tuya» (Lucas 4:5-7, BJ). Encima de la altísima montaña de la ambición, Satán descubre al Hijo del hombre todo lo maravilloso, el poder y la seducción que el mundo rebosa. Pretende ser su propietario. No se equivoca del todo, por otra parte, ya que él se ha

[76] Pierre BONNARD, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1950), p. 44.

[77] «Satán tentó a Adán y Eva a creer que llegarían a ser como dioses. Cristo exige que la humanidad obedezca a la divinidad. En su humanidad, fue obediente a los mandamientos de su Padre.» (Ellen G. WHITE, *Review and Herald*, 9 de noviembre de 1897).

convertido en el príncipe de este mundo. Está en su poder ofrecer el mundo. No han de faltar quienes lo elijan. Su fidelidad está asegurada. (2 Corintios 4:4).

Hay, no obstante, una condición que cumplir: la *proskynesis*, que consiste en prosternarse ante él. En otras palabras, emplear sus métodos, aplicar sus principios, ejecutar sus recetas. Eso conduce de la diplomacia hábil y turbia a la violencia ciega y sórdida. ¡Ah, si Jesús hubiera querido! Las exclamaciones entusiastas se habrían amplificado de un extremo a otro del país y el trono se le habría ofrecido con la devoción sin límites de las multitudes fanatizadas que no esperaban más que un rey. Algunas reverencias obsequiosas, algunos compromisos, y el asunto estaba hecho. «Jesús le respondió: "Está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto» (Lucas 4:8, BJ). A cualquier otro señor y príncipe de este mundo hay que rehusarle la adoración. De la mano de los hombres adheridos al príncipe de este mundo, Jesús no aceptará ninguna otra corona que la trenzada con espinas. Con él, el sí quiere decir sí y el no quiere decir no. El bien es el bien y el mal es el mal. No hay confusión. No hay sincretismo.

La primera tentación afectaba a su condición humana. La segunda le ataca en el aspecto social y político. He aquí ahora la tercera, que se desarrolla en el nivel espiritual.

6. La tercera tentación

«Le llevó después a Jerusalén, le puso sobre el alero del Templo y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo; porque está escrito: A sus ángeles te encomendará para que te guarden. Y: En sus manos te llevarán para que no tropiece tu pie en piedra alguna"» (Lucas 4:9-11, BJ).

En el desierto, Satán mostró ser buen psicólogo. Aquí se muestra hábil teólogo. Manejando la Biblia como un experto, invita a Jesús a abusar de la protección divina. Imaginad la escena. A la hora en que la multitud se agolpa en el atrio, Jesús bajando del cielo, llevado por los ángeles... ¿Quién podría dudar aún que fuese el mesías esperado, enviado por Dios según las caras promesas? Pero ¿cómo podría un hijo bien criado ponerse a propósito en una situación imposible para obligar a su padre a sacarle de ella? No hay que exigir milagros gratuitos, provocados arbitrariamente por el desprecio a todas las leyes de la creación. Jesús lo comprende. Eso sería tentar a Dios, afrontar el peligro por capricho o imprudencia, para

ver cómo Dios se las arregla con su omnipotencia. ¡No! Consciente de sus limitaciones y respetuoso del orden establecido, Jesús no juega a aprendiz de brujo. Simple hombre, se conduce como un hombre, sabio y sumiso.

La evocación de la palabra de Dos da a esta tentación un carácter especialmente seductor y emocionante, pues se pone en cuestión la fe. ¿No es conveniente tomarle a Dios la palabra? Pienso, por ejemplo, en enfermos que rechazan tratamientos bendecidos por Dios en nombre de la oración, de la fe. Conozco algunos. Jesús, por su parte, oye la súplica de su Padre: «No tentarás al Señor tu Dios».

> «A Dios puede tentarle dejarse manipular, dejar que extorsionen su ayuda y sus favores. ¿Creéis que no es una tentación para Dios ponerse en el mismo diapasón de los deseos de la humanidad y hacer el demagogo mostrando su poder? [...] No. Jesús no tentará a su Padre a que se convierta en el gran ídolo mágico que todos esperamos. Jesús no arriesgará su vida para obligar a su Padre a intervenir y a salvarnos de esta manera pues eso sería perdernos [...] ¿Qué sería de la salvación de un mundo definitivamente alienado por lo sobrenatural?... La religión es, en efecto, esta posibilidad que nosotros tenemos de someter a Dios a la tentación de convertirse en un ídolo, un mago, un poderoso metafísico. [...] Dios no podrá seguir siendo Dios a no ser que el hombre siga siendo un hombre en Jesucristo. La suerte del hombre y la suerte de Dios quedan unidas para siempre en él[78].»

Hay que observar, de paso, cómo Jesús reestablece la verdad tras una utilización abusiva de la Biblia. A una palabra de Dios mal entendida, él opone con discernimiento otra palabra de Dios que aparta cualquier equívoco. No es de los que juegan con las contradicciones aparentes, arriesgándose a engendrar una incertidumbre desesperante. Con él la Biblia se explica por la Biblia. Además, las tres citas del Antiguo Testamento por medio de las cuales rechaza al diablo describen la obediencia del hombre en general. Este comportamiento pone en evidencia la realidad de su humanidad, sometida a las Escrituras.

[78] Roland de PURY, *Aux sources de la liberté*, *op. cit.*, pp. 31, 32.

7. Otra crisis

«Acabada toda tentación, el diablo se alejó de él hasta el tiempo propicio» (Lucas 4:13, BJ)[79].

La tentación en la vida de Jesús no se ha reducido a las circunstancias a las que acabamos de pasar revista de manera rápida[80]. La epístola a los Hebreos es rotunda: «Pues no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros…» (4:15, BJ). No obstante, Lucas pone en evidencia momentos de crisis especialmente agudas. Después de la del desierto en la que él acepta su ministerio, al descubrir cuál sería su vida, hubo la crisis del huerto, en la que entrevió lo que sería su muerte.

> «La lucha en el desierto tiene como conclusión estas palabras: "Servirás solo al Señor tu Dios", y la angustia de Getsemaní tiene como conclusión estas palabras: "No mi voluntad, sino la tuya". Por consiguiente, en una y otra crisis, discernimos un conflicto aparente entre la voluntad del Hijo y la voluntad del Padre. En una y otra ocasión Jesús se turba, Jesús retrocede, temblando, a la entrada de una vía solitaria que se pierde en una formidable oscuridad. Después de una y otra agonía, la victoria, a pesar de todo, es de Dios. [...] ¿La victoria? Pero ¿qué quiere esto decir? ¿Puede que el Hijo haya querido lo que no quería el Padre? No, en absoluto, pero en medio del horror de una vacilación indescriptible, el Hijo había cesado de ver lo que quería el Padre. Al buscar la gloria del Padre, se había preguntado, presa de una indecisión trágica, si el Padre quería realmente que su gloria fuese hollada en los pies en la persona del Hijo, y el mismo exceso de su amor por el Padre había dado el exceso mismo de su angustia[81].»

[79] «A partir del instante en que Cristo vino al mundo, la amplia conspiración de los agentes satánicos se puso en marcha para inducirlo al error y vencerlo. Si Satán hubiera logrado llevarse la victoria sobre Cristo, el mundo que Dios había creado se habría convertido en imperio suyo.» (Ellen G. WHITE, *Review and Herald*, 29 de octubre de 1895). Para Satán tenía mucho más interés tentar a Cristo que tentar a cualquier otro ser.

[80] «Tres tentaciones, las mismas que en la montaña –por el pan, por el milagro y por los reinos–, atraviesan toda su vida: por el pan, cuando después de la multiplicación de los panes, los hombres quieren llevárselo para hacerlo rey (Juan 6:15).; por el milagro, cuando le piden que les haga ver una señal procedente del cielo (Mateo 16:1); por los reinos, cuando le interrogan acerca del impuesto a César (Marcos 12:14-17).» (Dimitry MEREJKOVSKY, *Jésus inconnu*, *op. cit.*, p. 263).

[81] Wilfred MONOD, *Il a souffert* (París: Fischbacher, 1932), pp. 52, 53.

Merecía la pena presentar este fino análisis de Wilfred Monod. Se aparta resueltamente de las descripciones inverosímiles de un Jesús imperturbable en cuanto Dios, pero tentado a pesar de todo de cierta manera en cuanto hombre. La escena de Getsemaní es incompatible con semejante dualismo. Muestra un hombre que lo es enteramente, en plena crisis.

¡Y qué cercano a nosotros lo sentimos, a ese Jesús! ¡Pues muchas veces es más difícil distinguir cuál es la voluntad de Dios que cumplirla! Querer la voluntad de Dios y no estar seguro de comprenderla, ese es realmente el drama de la humanidad que está en búsqueda. Ahora bien, en tres ocasiones Jesús pidió evitar la cruz. Esa cruz que él mismo había anunciado varias veces, sabiendo que vendría lo que él llamaba «su hora». Ante la prueba, sobrecogido por la turbación, imploró que el cáliz pasara lejos de sus labios. Un tal Sócrates contempló la muerte con serenidad. Jesús la percibió con horror, como una enemiga, hasta el punto de sudar sangre. Lo que fue esa muerte, nadie más que él lo sabrá nunca. Descendió hasta el fondo del abismo, a mayor profundidad que ningún otro. Suplicio de la carne, del corazón y del honor.

Pero la turbación duró el tiempo de un silencio de Dios. Silencio trágico, inevitable contrapartida de la fe. Entonces se afirmó la obediencia: ¡no mi voluntad sino la tuya! Y Jesús avanzó hacia Judas para ofrecer sus mejillas al beso renegado, su honor a los salivazos y su carne al hierro.

La prueba de la tentación toca a su fin. Queda la cruz con sus tres provocaciones presentadas por Lucas en el sentido inverso al de las incitaciones del desierto. Es lo que se llama una construcción en forma de quiasmo: 1-2-3 / 3-2-1. «En el desierto, por tres grados, la tentación subía la provocación desde el deseo hasta el supremo valor, la del poder religioso triunfante. En la cruz, por esos mismos grados invertidos, la provocación vuelve para reducir al mesías a cero[82].»

En efecto, mientras Jesús agoniza en la cruz los magistrados se burlan de él diciendo: «Ha salvado a otros; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido» (Lucas 23:35, BJ). Aquí está de vuelta la tercera tentación. «Jesús es, pues, fiel hasta el final al rechazo de paliar su fragilidad humana colocando su deseo en el poder religioso; fiel hasta el final a su rechazo de mesianismo de poder[83].»

[82] François VARONNE; *Ce Dieu censé aimer la souffrance* (París: Cerf, París, 1985), p. 56.

[83] Ibíd.

A continuación, los soldados empiezan a burlarse de él «Si eres tú el rey de los judíos, ¡sálvate!» (Lucas 23:36,37, BJ). Aquí vuelve la segunda tentación, relativa al poder político. «Ahí están de nuevo esos reinos que se veían desde lo alto de la montaña. Por haber rechazado hasta el final su poder y su riqueza, Jesús se encuentra entregado sufriendo suplicio, reducido, pues, a esa fragilidad que nunca quiso abrigar en la mentira[84].»

He aquí, por último, uno de los malhechores, con su pregunta estridente: «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!» (Lucas 23:39, BJ). Cuestión de supervivencia que se inscribe directamente en la misma dirección de la primera prueba del desierto, cuando lo que estaba en juego era simplemente salvar la piel. Pero Jesús desvía los ojos del mundo para mirar al cielo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lucas 23:46, BJ). Así pues, permaneció fiel, aunque hijo del hombre, a aquel que le llamaba su hijo muy amado, desde el bautismo, inaugurando el ministerio terrenal.

[84] Ibíd.

Capítulo 3

La integridad insólita de su naturaleza humana

De lo que hemos recordado hasta ahora se desprende que la vivencia de Jesús coincide perfectamente con el desarrollo normal de un simple ser humano. No obstante, hay en su vida hechos que lo singularizan por completo. Estoy pensando en su nacimiento, en su enseñanza, en sus milagros, en su santidad, en su transfiguración, en su resurrección, en su ascensión. Estos hechos ¿nos obligarán a modificar las afirmaciones precedentes? No queremos eludir estas dificultades, sino examinarlas cuidadosamente.

1. Su nacimiento sobrenatural

«…lo engendrado en ella es del Espíritu Santo...» (Mateo 1:20).

Mateo y Lucas señalan de manera perentoria en sus evangelios la intervención del Espíritu Santo en el nacimiento de Jesús. Que los otros escritores del Nuevo Testamento no lo mencionen, a nuestro entender no puede dar consistencia a la menor sospecha acerca de la autenticidad del hecho. Los autores sagrados escribieron impulsados por el Espíritu. Ningún libro en sí forma un todo completo sin los otros. Tal es el misterio de la preciosa revelación de Dios, recibida por medio de la inspiración de la Biblia.

Los cuatro evangelios, entre otros, son maravillosamente complementarios. No son fotografías sino retratos diferentes. Mateo pinta al rey de Israel, Marcos al hombre de acción, Lucas al Salvador misericordioso y Juan al hombre celestial que da testimonio de lo que ha visto. Es significativo señalar que Marcos no dice nada del nacimiento sobrenatural, mientras que ninguno insiste más que él en los milagros. Por lo que respecta a Juan, después de su prólogo fulgurante, bien podía pasar sin ninguna alusión al papel del Espíritu en su nacimiento.

La vida compleja del Maestro, a pesar de su íntima unidad, no podía quedar contenida en un solo libro. Su riqueza exigía otros medios. Los cuatro evangelios colman nuestra expectativa. Hecho único en la historia de nuestra humanidad: cuatro relatos distintos para una sola Buena Nueva.

Pero volvamos a nuestro problema. El nacimiento milagroso de Jesús ¿es compatible con el carácter integral de su naturaleza humana? Frédéric Godet, eminente teólogo evangélico suizo, planteaba la cuestión a finales del siglo XIX:

> «Si Jesucristo es verdaderamente hombre, ¿no debiera haber nacido de la misma manera que cualquier otro hombre? No obstante, es fácil ver que esta pregunta nos obligaría a negarle una real humanidad al primer hombre, porque apareció de un modo de formación diferente del de la filiación humana ordinaria. Ahora bien, ¿no sería extraño negar el carácter verdaderamente humano al ser de quien procede todo lo que lleva el nombre de hombre? Este ejemplo prueba que la calidad de hombre depende no del modo de aparición del individuo, sino de la posesión de los atributos que constituyen el estado humano[85].»

Es verdad que Adán, el primer hombre, no nació como todos los hombres. Godet se refiere al relato del Génesis sobre la creación del hombre: «Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente» (Génesis 2:7, BJ). La comparación con el nacimiento de Jesús se impone. En el primer caso, el hombre es sacado de la tierra, en el segundo, Jesús es sacado de María. Pero en ambos casos, el Espíritu de Dios interviene para dar vida a una persona consciente. Ahora bien, Adán es un hombre de pleno derecho. Nada nos impide llegar a la misma conclusión a propósito de Jesús. Como máximo podemos pensar en lo sucesivo que con el nacimiento milagroso de Jesús, Dios retoma en sus manos la creación en quiebra por el pecado. Es un nuevo punto de partida, del cual podremos ver más adelante todas sus consecuencias, cuando analicemos el fenómeno de la encarnación.

2. Su enseñanza

«Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre» (Juan 7:46).

Era *Sukot*, la Fiesta de los Tabernáculos, última fiesta del año agrícola, que se celebraba en septiembre-octubre, en memoria de los años de andar errantes en el desierto tras la salida de Egipto. Después de los días

[85] Frédéric GODET, *Études bibliques*, *op. cit.*

temibles del año nuevo (*Rosh Hashaná*) y de la ceremonia de las expiaciones (*Kipur*), en esta fiesta de clausura dejaban que estallara la alegría. El último día, el día grande de la fiesta, volvían al atrio del Templo después de la procesión que conducía a la multitud a la fuente de Siloé, palabra que significa el enviado. Un sacerdote había llenado un cántaro con esta agua, y mientras el pueblo cantaba las palabras de Isaías: «Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación» (12:3, RVR95), subía al altar y derramaba el agua extraída de la fuente de Siloé[86].

En ese preciso instante Jesús se presentó y gritó con voz fuerte: «Si alguno tiene sed, que venga a mí, y beberá…» (Juan 7:37, BJ). A sus compatriotas que cantaban la alegría de la salvación, él clama con majestad: La fuente de salvación, soy yo.

Al oír estas palabras, algunos dijeron: Este es verdaderamente un profeta. Otros expresaban dudas: ¿Pero es de Galilea de donde ha de venir el Cristo? Algunos incluso quisieron apoderarse de él. En este ámbito, solo la fe abre los ojos y los oídos. Lo esencial solo se ve bien con el corazón...

Dos guardias habían recibido la misión de detener a Jesús para llevarlo ante los principales sacerdotes y los fariseos. «Respondieron los guardias: "Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre"» (Juan 7:45,46, BJ). La enseñanza de Jesús, en efecto, se distingue de todas las demás. Los oyentes lo han considerado ante todo como un rabí, un doctor (Juan 3:2). Pero de entrada se estableció que había una gran diferencia entre él y los escribas: «…quedaban asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Marcos 1:22, BJ). Así pues, el pueblo concluyó que era profeta (Mateo 16:14)

De hecho,

> «Él no era ninguno de los profetas. Nunca, como ellos, él recibió su autoridad de una llamada que se le hubiera dirigido, nunca, como ellos, se refirió a una palabra que le hubiera sido comunicada: "Así habla el Señor". Al contrario, con una claridad que excluía todo malentendido, declara que él no es un profeta, que el tiempo de los profetas pertenece al pasado y que hay aquí más que un profeta (Mateo 12:41; 13:17). [...] Los tiempos nuevos han llegado y esos

[86] Léo V. ADLER, *La signification morale des fêtes juives* (Ginebra: Labor et Fides, 1965), II, p. 310.

> tiempos están presentes, porque Jesús está presente. Él es el portador del nuevo eón, del Reino de Dios[87]».

Fina observación de Emil Brunner.

En la última página del libro que Claude Tresmontant ha dedicado a *L' Enseignement de Ieschoua de Nazareth* (La enseñanza de Jesús de Nazaret), los editores declaran que el autor intenta en su libro «aclarar lo que fue esta enseñanza. Pues se trata realmente de una enseñanza, de una ciencia profunda y sin embargo propuesta a unos hombres sencillos, y en su mismo lenguaje. Una ciencia que se refiere al ser del hombre y a las condiciones de su desarrollo, de su realización[88]».

Por cierto, la autoridad de la palabra de Cristo resulta en primer lugar de su incomparable acento de verdad, y después de la concordancia perfecta entre sus palabras y sus actos. No hay necesidad de dirigirle este reproche que con tanta frecuencia es merecido: «Lo que haces habla tan fuerte a mis oídos que no oigo lo que dices». Pero aún hay más. Jesús mismo se atrevía a afirmar un día: «Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida». Tras lo cual, el apóstol Pedro confiesa: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna…» (Juan 6:63,68, BJ). Otra vez, dirigiéndose a Felipe, el Maestro declara: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9, BJ).

¡Qué decir! Una de dos: o estas afirmaciones son verdaderas o si no desacreditan para siempre, como blasfemo, a quien las ha pronunciado. Ahora bien, todo se sostiene, todo es coherente. Como observa una vez más Emil Brunner: «La suprema revelación de Dios es el mismo Jesús[89]».

Pero entonces, nos encontramos de nuevo enfrentados al problema de su naturaleza. Una enseñanza semejante ¿es compatible con la condición humana? El mismo Jesús da una respuesta feliz a la pregunta:

> «Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Si alguno quiere cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios o hablo yo por mi cuenta. [...] no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, [...] porque yo no he hablado por

[87] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, vol. II, *La doctrine chrétienne de la création et de la rédemption* (Ginebra: Labor et Fides, 1965), p. 310.

[88] Claude TRESMONTANT, *L'Enseignement de Ieschoua de Nazaret*, (París: Éd. du Seuil, 1970).

[89] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, vol. II, *op. cit.*, p. 315.

> mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar…» (Juan 7:16,17; 8:28; 12:49).

Antes de hablar, escuchaba. Supo impedir que las voces humanas hicieran de pantalla a la voz interna de Dios. Por tanto, sus palabras humanas reflejaban maravillosamente la sabiduría divina. Sus preceptos son a la vez humanos y divinos. «Son divinos, porque en esa enseñanza la palabra se concede cada vez a Dios, antes de concederse al hombre. Son humanas, no obstante, porque también cada vez un oído humano percibe la consigna de la sabiduría divina y un corazón y una inteligencia humana la formulan[90].»

Así pues, en general, la enseñanza de Jesús refleja a la perfección la de Dios. Sin embargo, al menos una vez se presenta una limitación en el famoso discurso escatológico. El Maestro anuncia el regreso del Hijo del hombre, que llega sobre las nubes del cielo con poder y una gran gloria. Pero cuando se trata de fijar el momento, confiesa su ignorancia: «Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino solo el Padre» (Mateo 24:36, BJ)

Podemos concluir: la enseñanza de Jesús da testimonio de una relación única con Dios, sin comprometer nunca la integridad de su naturaleza humana. Su encarnación engendra una auténtica dependencia.

3. Sus milagros

«Todo lo ha hecho bien…» (Marcos 7:37)

Se habla generalmente del tiempo que Jesús pasó en Galilea como de la primavera galilea de su ministerio. En primavera, la vida estalla tras el sueño del invierno. Tal fue la experiencia de Israel con Jesús. Después de la época fecunda en milagros de los tiempos de Elías y Eliseo, se abatió un largo invierno sobre el pueblo de Dios. Pero, de pronto, apareció Jesús y todas las fronteras entre el cielo y la tierra parecieron desvanecerse. Ciegos, sordos, mudos, leprosos, paralíticos, endemoniados, todos quedaban curados. El viento y el mar obedecían a sus órdenes. La misma muerte retrocedía ante él. Todos sus milagros eran signo de la presencia de Dios. Viene al caso cantar: «El cielo ha visitado la tierra», o, con Marcos, decir: «…se maravillaban sobremanera y decían: "Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos"» (Marcos 7:37, BJ).

[90] Frédéric GODET, *Études bibliques*, *op. cit.*, p. 105.

Tengamos, no obstante, el cuidado de no dar a los milagros un alcance exagerado. Si sacamos de ellos argumentos contra la real humanidad de Jesús, tenemos, para ser consecuentes, que sacar la misma conclusión con respecto a hombres como Elías, Pedro o Pablo. Pues ellos también resucitaron muertos. ¡Igual que él!

Una vez más, Jesús previó nuestras preguntas. Escuchémoslo:

> «Yo no puedo hacer nada por mi cuenta: juzgo según lo que oigo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. [...] porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. [...] no hago nada por mi propia cuenta…» (Juan 5:30; 6:38; 8:28, BJ).

Ante la tumba abierta de Lázaro sepultado desde hacía cuatro días y que ya olía, Jesús se dirige a su Padre: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado» (Juan 11:41,42, BJ).

¡Como podría ser más claro! Jesús no deja de glorificar a Dios por todos sus milagros así como por su enseñanza. Todo sucede como si, en ciertas épocas, Dios experimentara la necesidad de autentificar su presencia. En el momento del éxodo, por ejemplo; o con ocasión de la gran apostasía de Acab, cuando interviene por medio de Elías y de Eliseo. Pero es especialmente evidente durante el ministerio terrenal de Jesús. Sus obras prodigiosas se brindan a quienes buscan. Seamos claros. No es cuestión de probar a Dios. ¿Cómo podríamos hacerlo? El que prueba es siempre más grande que lo que demuestra. Hemos de constatar el fracaso de las tentativas de probar a Dios. Los psicólogos saben hoy que el hombre no percibe ni comprende sino aquello que está predispuesto a aceptar. En definitiva, no se ve sino lo que se cree. Hay que creer para comprender. El milagro nos ayuda en nuestras dudas.

En el fondo del calabozo en que le había hecho arrojar el rey Herodes, Juan Bautista oyó hablar de los milagros. Jesús acababa de resucitar al hijo de la viuda de Naín. Juan llamó a dos amigos y les envió para que dijeran: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» A modo de respuesta, el Maestro hizo varios milagros y luego les dijo: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anun-

cia a los pobres la Buena Nueva; ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!» (Lucas 7:18-22, BJ).

La última frase sugiere que las maravillas realizadas por Jesús desconcertaban a mucha gente. Por otra parte, Jesús rehusó expresamente hacer milagros para quienes los reclamaban como pruebas de su misión divina. Lo esencial, para nosotros igual que para sus contemporáneos, es descubrir con qué autoridad actuaba (*cf.* Mateo 21:23-27). Dios se manifiesta a través de Jesús el hombre.

4. Su santidad

«…probado en todo como nosotros, excepto en el pecado.» (Hebreos 4:15, BJ)

Todo el Nuevo Testamento atribuye a Jesús una santidad perfecta. Desde antes de su nacimiento, el ángel lo presenta a María como el santo niño que nacerá de ella (Lucas 1:35). Pedro, el día de Pentecostés, le aplica las palabras de David: «...ni permitirás que tu santo experimente la corrupción» (Hechos 2:27, BJ). Poco tiempo después, acusará a los israelitas de haber rechazado al Santo y al Justo (Hechos 3:14).

Santo significa *puesto aparte*. Y precisamente, hay que admitirlo, Jesús es un ser aparte.

> «Este hombre, a quien nada humano le es ajeno, es ajeno al mal moral, al pesar, al remordimiento. [...] Jesús exhorta a la penitencia y él no se arrepiente; recomienda estar vigilantes y advierte a cada uno que atienda a su alma: la suya se encuentra segura. Aconseja a los otros que teman; él, ama; que busquen, él no tiene que encontrar. [...] Esta alianza única de una confianza asegurada con la religión más profunda, de una familiaridad innata y tierna que no tiene nada que hacerse perdonar, con la visión más nítida del horror del pecado y de las exigencias de la justicia... es una de las puertas que introducen al misterio de Jesús[91]».

Así se expresa el padre de Grandmaison en la extraordinaria obra que ha dedicado a Jesucristo.

La perfección soberana del carácter de Jesús –dice también Charles Édouard Babut– se muestra en el hecho de que parece unir virtudes que

[91] Léonce de GRANDMAISON, *Jésus-Christ* (París: Beauchesne, 1928), II, pp. 97, 98.

son opuestas o que se limitan en los demás hombres, por ejemplo, amor al recogimiento (Lucas 5:16) y actividad infatigable (Lucas 13:32); autoridad y familiaridad (Juan 13:13,14); majestad real (Mateo 26:64) y humildad (Mateo 11:29); prudencia (Juan 8:1) y coraje (Juan 18:4,5); santa severidad (Mateo 16:23) y tierna simpatía (Juan 11:35); horror al mal (Marcos 9:19) y compasión infinita hacia el pecador (Juan 8:11)[92].

Todo esto ¿no es sobrehumano? Nos sentimos tentados a creerlo así. Pero reflexionemos. En Dios, la santidad es absolutamente inmutable. Ningún asomo de variación, nada de lucha, nada de crisis. Ahora bien, ese no es el caso de Jesús. Tuvo que crecer, en estatura, en sabiduría y en gracia. «Y por ellos me santifico a mí mismo», dice en su oración sacerdotal, pocas horas antes de morir (Juan 17:19, BJ). Fue elevado a la perfección, declara la epístola a los Hebreos (5:8).

¡Cuidado! En la Biblia santificarse no significa purificarse. Purificarse supone que uno ha sido mancillado. Puro se opone a impuro. Santo se opone a profano. Santificarse equivale a consagrar a Dios todas facultades de las que uno está dotado. La noción de una santidad inmaculada no excluye, pues, la idea de progreso. La planta que empieza a salir de la tierra no ha alcanzado aún su pleno desarrollo. Es necesario que crezca. Sin embargo, puede ser perfecta en cada etapa de su desarrollo.

Con razón Ellen G. White escribió:

> «El ejemplo de Jesús es una luz para los jóvenes, tanto como para los de edad madura, pues fue un representante de la niñez y la juventud. Su ejemplo fue perfecto desde sus más tiernos años. Tanto en su naturaleza física como en la espiritual, siguió la orden divina del crecimiento ilustrada por la planta, así como desea que hagan todos los jóvenes. Aunque era la Majestad del cielo, el Rey de la gloria, se convirtió en un niño en Belén y por un tiempo fue un niño desvalido entregado al cuidado de su madre. En su niñez procedió como un niño obediente. Habló y se comportó con la sabiduría de un niño, y no de un hombre, honrando a sus padres y cumpliendo sus deseos en forma útil, de acuerdo con la capacidad de un niño.

[92] Charles-Édouard BABUT, *La Vérité chrétienne*, 9.ª ed. (Carrières-sous-Poissy, Seine-et-Oise: La Cause, 1943), pp. 93, 94.

> Pero fue perfecto en cada etapa de su desarrollo, con la sencilla y natural gracia de una vida sin pecado[93].»

El botón de rosa es sin tacha, pero la rosa abierta aún lo supera. La sonrisa de un bebé es incomparable, pero nos inquietaríamos si no lo viéramos evolucionar. A decir verdad, las fuerzas naturales no son en sí mismas ni buenas ni malas. Todo depende del uso que se hace de ellas. La más hermosa de las inteligencias puede convertirse en luciferina.

Jesús poseía todos los talentos, todas las cualidades que tienen la mayor importancia en la bolsa de los valores humanos. Pudo rivalizar con Platón en busca de la filosofía, o con Fidias llevando la belleza a su más alta cumbre. El mismo Satán veía en él al jefe político que estaría en condiciones de subyugar a las multitudes. ¡Profesor o artista o conductor de hombres! Pero Jesús eligió servir a Dios. Sus facultades, a medida que se iban despertando en él se ofrecían al Señor y a sus hermanos como un maravilloso perfume. La santidad exige tales sacrificios y aún muchos más, de los cuales no suele tenerse la menor idea.

Jesús se santificaba para nosotros. Ponía al servicio de Dios y de los hombres todos los talentos útiles a su misión, dejando deliberadamente de lado los otros. Tenía una meta, un ideal. Nada lo desviaba de él. Dos tendencias habitan en todos los hombres: la búsqueda del disfrute y el temor al sufrimiento. Estas tendencias legítimas y protectoras pueden entrar en conflicto con una misión determinada. Entonces hay que inmolarlas o traicionar. Jesús no retrocedió ante el sacrificio. Por este hecho, su santidad es irreprochable y sublime. ¿Se diría que no está al alcance de los hombres, que es sobrehumano? No, si se admite que el pecado no es un elemento necesario de la naturaleza humana. Ahora bien, creer que el pecado pertenece ineludiblemente a la naturaleza del hombre equivale a hacer a Dios mismo responsable del pecado. ¿Cómo se podría entonces acusar al pecador?

La santidad de Dios, fuera de la encarnación, es absoluta e inmutable. La del hombre depende de manera absoluta de Dios y progresa en un combate radical contra la tentación. ¿No es precisamente ese el espectáculo que nos ofrece la santidad de Jesús? Dependía enteramente de su Padre, en todos los aspectos, presentándole a grandes gritos y con lágrimas plegarias y súplicas (Hebreos 5:7). Su santidad no era, pues, absolu-

[93] Ellen G. WHITE, *A fin de conocerle* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1965), p. 29.

ta. Además, creció y se desarrolló en una lucha sin piedad, cuya intensidad sin duda ningún hombre ha experimentado. Uno tiembla al seguirle al monte de los Olivos, donde: «…sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lucas 22:44, BJ). No, su santidad no fue inmutable. Llevaba bien clara la impronta de su encarnación. Totalmente hombre, aunque sin pecado, santo.

Es casi innecesario añadir que ha sido un error presentarlo como impecable en la teología católica. Matthieu Gétaz, O.P., afirma, en efecto: «El fundamento último de la impecabilidad en Cristo es la unión hipostática que postula en Cristo una impecabilidad no solo física o moral sino metafísica, absoluta». El autor, por otra parte, tiene la honestidad de reconocer que esta doctrina: «no está expresada formalmente en el Nuevo Testamento; no es, propiamente hablando, de fe, aunque la afirmación de la impecabilidad absoluta de Cristo, fundada en la unión hipostática sea con mucho la más común, la más tradicional y la más segura[94].»

Según el mismo autor, «los protestantes admiten en Cristo la impecabilidad efectiva a la vez física y moral[95]». Nosotros compartimos con ellos esta convicción, compatible tan solo con la Escritura, cualesquiera que sean las implicaciones en el nivel de la encarnación.

Ellen G. White es categórica a este respecto:

> «Satán exultó cuando Cristo revistió la naturaleza humana y sembró su camino de todas las tentaciones posibles. Jesús conoció la debilidad humana y las lágrimas, pero buscó apoyarse en Dios, orando con toda su alma, con grandes gritos y lágrimas; fue escuchado a causa de su piedad. Mientras pusiera en Dios su confianza y fuera obediente a su palabra, las astucias del enemigo no podían hacerle caer en la trampa[96].»

[94] Matthieu GÉTAZ, *Les variations de la doctrine christologique chez les théologiens de la Suisse romande au XIX*^{ème} *siècle* (Fribourg: Éditions de la Librairie de l'Université de Fribourg, 1940), p. 279. Se observará que la última edición del *Dictionnaire Théologique* (Cerf, 1988) no menciona la impecabilidad.

[95] Matthieu GÉTAZ, «Les variations de la doctrine christologique…», *op. cit*., p. 280.

[96] Ellen G. WHITE, *Signs of the Times*, 10 de mayo de 1899.

Satán «No dejó sin probar medio alguno de entrampar a Jesús. Ningún hijo de la humanidad tendrá que llevar una vida santa en medio de tan fiero conflicto con la tentación como nuestro Salvador[97].»

«En el instante en que Cristo vino a nuestro mundo, la vasta conspiración de los agentes satánicos se puso en marcha para inducirle a error y vencerlo. Si Satán hubiera logrado llevarse la victoria sobre Cristo, el mundo que Dios había creado se habría convertido en imperio suyo[98].»

Somos conscientes de que la santidad de Jesús fue para el universo entero una experiencia fatídica. Es difícil sondear toda su gravedad. Jesús se llevó la victoria, aunque completa y totalmente inmerso en la carne humana. Por eso, cómo eludir la pregunta a menudo planteada: ¿Por qué él y nadie más? ¿No gozó de circunstancias privilegiadas? Acabamos de ver que no, al menos en el nivel de la tentación propiamente dicha, en la que la prueba alcanzó su paroxismo. Pero tendremos la ocasión de volver a esta cuestión cuando examinemos la relación de Jesús con Dios en la encarnación.

5. La transfiguración

«Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz...» (Mateo, 17:2, BJ)

Volvamos a nuestro propósito. Habiendo admitido la enseñanza bíblica sobre la realidad de la humanidad de Jesús, hemos sido interpelados por cierto número de acontecimientos que podrían hacer dudar de ello. Así pues, hemos sido llevados a considerar su nacimiento sobrenatural, la densidad excepcional de su enseñanza, sus milagros extraordinarios y su santidad sin tacha. Una nueva dificultad surge a propósito de su transfiguración, que también podría dar la impresión de que no era un simple hombre.

Este relato contado por Mateo, Marcos y Lucas, es muy conocido. Por primera vez, Jesús acaba de anunciar a sus discípulos su muerte cercana. Algo ha cambiado en su comportamiento. Huyendo de los grandes centros donde lo conocen, dedica lo mejor de su tiempo a completar la

[97] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes*, *op. cit.*, p. 52.

[98] Ellen G. WHITE, *Review and Herald*, octubre de 1895.

formación de los apóstoles. Su enseñanza se vuelve más grave y más solemne:

> «Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina? Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ése se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su gloria, en la de su Padre y en la de todos los santos ángeles» (Lucas 9:25,26, BJ).

Ocho días más tarde, el Maestro toma consigo a Pedro, Santiago y Juan y sube con ellos a la montaña para orar. «Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.» (Mateo 17:2, BJ).

Semejante transformación ¿es compatible con la naturaleza de un simple hombre? Antes de responder, recordaremos que «Henoc anduvo con Dios, y desapareció porque Dios se lo llevó» (Génesis 5:23,24, BJ). Por su parte, Elías iba caminando con Eliseo cuando «Iban caminando y hablando, y de pronto un carro de fuego con caballos de fuego los separó al uno del otro, Elías subió al cielo en la tempestad» (2 Reyes 2:11, BJ).

F. Godet propone para la transfiguración de Jesús una explicación que yo encuentro hermosa y pertinente. La resumo aquí sin dudar. El acontecimiento se produce en la cima de la actividad pública del Mesías. Antes de desplegarse los grandes éxitos populares. Después, viene la pendiente que desemboca en la cruz. Estamos en el apogeo de la actividad pública, y en la transición entre la acción y la pasión. Ahora bien, la muerte es el salario del pecado (Romanos 6:23) y Jesús no ha pecado nunca. ¿Debe conocer como los demás la decadencia, la decrepitud y la muerte?

> «Unido a Dios, el hombre habría superado todos los poderes de disolución inherentes a la naturaleza de su cuerpo terrenal. Una vía real estaba trazada originalmente para él; conducía, a través de la prueba y el progreso moral, de la inocencia a la santidad –esa era la primera etapa– y después, por una transformación gloriosa, física y espiritual, de la santidad a la gloria. Es en esta idea donde está la clave del relato de la transfiguración...[99]»

[99] Frédéric GODET, *Études bibliques*, *op. cit*., pp. 116, 117.

> «Jesús [...] debía elevarse de la existencia terrenal al estado celestial. La transfiguración fue el primer paso en esta vía gloriosa. Esa luz que, desde su interior iluminado desde lo alto, irradia a través de su cuerpo y hace resplandecer incluso sus vestidos, es el comienzo de la glorificación[100].»

Por medio del dolor, Dios había elevado a la perfección al Príncipe de nuestra salvación[101] (Hebreos 5:9) Era conveniente que lo condujese así a la gloria (Hebreos 2:10). Y no necesariamente a la muerte, como nos sucederá a nosotros a causa de nuestras caídas.

Entonces es plausible considerar a Moisés y a Elías como mensajeros celestiales viniendo al encuentro del vencedor para introducirlo en los tabernáculos eternos. La nube es como el carro de fuego que había raptado a Elías al seno de la gloria.

Los vivos al regreso de Cristo no morirán. Serán cambiados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, en el último sonido de trompeta (1 Corintios 15:51). Para ellos, se tratará de una gracia excepcional. Para Jesús, sería la salida normal, merecida.

«Pero ¿qué sucede? La luz se desvanece; los mensajeros celestes desaparecen; la nube se retira. Jesús se queda, ahí está, junto a los suyos, el mismo de antes: y pronto, como si nada hubiese pasado, baja de nuevo de la montaña con sus discípulos, testigos de la escena[102].» Solo Lucas nos da la respuesta al enigma: «Y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías; los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida [éxodo], que iba a cumplir en Jerusalén» (Lucas 9:30,31,

[100] Ibíd., p. 109.

[101] Esta afirmación requiere una precisión para evitar un malentendido. Debemos evitar dos errores:

1. El adopcionismo, que, deseoso de mantener un monoteísmo puro, ve en Jesús, no el Hijo de Dios hecho hombre, sino un hombre común, adoptado de forma graciosa por el Padre a través de la inhabitación en su bautismo del Espíritu divino. Esta no es la enseñanza de la Biblia.

2. La palabra *perfección* no implica la idea de purificación o el abandono gradual de pecado. *Teleios*, perfecto, se opone a *pais*, niño, y se refiere a la madurez. Desde este punto de vista, aplicar perfectamente a la culminación de su crecimiento.

Además, la misma palabra significa «alcanzar un objetivo preciso y previsto de antemano». Fue entonces cuando la obra de Cristo quedo concernida, porque dicha obra había sido totalmente cumplida.

[102] Frédéric GODET, *Études bibliques*, *op. cit.*, pp. 109, 110.

BJ). Esta palabra *partida*, traduce la griega *éxodos*. Sí, realmente es de un éxodo de lo que se trata, no a través del mar sino a través de la muerte.

Jesús hubiera podido aceptar la partida triunfal. Dios debía ofrecérsela para ser justo.

> «Pero al regresar así al cielo, Jesús debía regresar solo. La puerta no podía sino cerrarse tras él. La humanidad no reconciliada permanecía en la tierra, debatiéndose en el abrazo del pecado y de la muerte hasta su entera disolución. [...] Jesús podía subir. Desciende y toma resueltamente el camino de Jerusalén[103].»

Él no ignora la reputación de esta ciudad que mata a los profetas, y no se hace ilusión alguna acerca de la suerte que le espera en ella. En ese preciso momento es cuando Jesús decide libremente ofrecer su vida. Pronto dirá: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente» (Juan 10:17,18, BJ). De hecho, los verdugos romanos le quitaron realmente la vida. Pero él la había ofrecido ya, al bajar de la montaña de la transfiguración. Entonces empieza la marcha hacia el sacrificio del Gólgota, por la cruz.

6. La resurrección

«…no está aquí, ha resucitado…» (Mateo 28:6, BJ)

El evangelio no se contenta con mencionar la muerte de Jesús. Nos da de ella una descripción conmovedora con gran cantidad de detalles. Hasta el golpe con la lanza que le da el soldado en el costado y de donde brota sangre y agua (Juan 19:34). La resurrección, por el contrario, es descrita de manera mucho más sobria. No por eso queda menos atestiguada y nosotros la consideramos un hecho, aun cuando últimamente se ha extendido una hermenéutica nueva de la resurrección como acontecimiento, no entra dentro de nuestro propósito discutir aquí acerca de ello[104].

Destaquemos, no obstante, el testimonio de los apóstoles. Es categórico: Dios ha resucitado a Jesús. El Nuevo Testamento lo repite veinte veces. Es precisamente este testimonio lo que funda la misión apostólica.

[103] Ibíd., pp. 110, 111.

[104] *Cf.* BÉDA RIGAUX, *Dieux l'a ressuscité: Exégèse et théologie biblique* (París: Duculot, 1973).

Ellos son apóstoles porque dan testimonio de la resurrección. Incluso Saulo de Tarso se convierte en apóstol porque puede dar testimonio de que Jesús está vivo. No es exagerado decir que la resurrección de Cristo se volvió la idea principal de su teología.

Si Cristo no resucitó, escribe a los corintios, nuestra predicación es vana, la fe de los cristianos es vana, los apóstoles son falsos testigos y el perdón de los pecados no es más que una ilusión. En consecuencia, la muerte no es ya un simple sueño sino una realidad última, una aniquilación, y los cristianos son los más miserables de todos los hombres puesto que sus renuncias fueron consentidas en vano. ¡Viva el materialismo!

Pero el Nuevo Testamento describe frecuentes apariciones de Cristo después de la mañana de Pascua, a los apóstoles y a numerosos discípulos. Varios teólogos de gran renombre, tanto católicos como protestantes, han dedicado a este tema un estudio que va muy lejos. Afirman, en conclusión, que si la resurrección de Jesús escapa a nuestra investigación histórica,

> «…sigue siendo el polo hacia el cual todo converge. Hecho real para el creyente, del cual pende todo. [...] Para los discípulos, el Resucitado es un ser que experimentaron en su historia. [...] La experiencia espiritual de los discípulos, no puramente subjetiva, repetida, compartida entre ellos, fue comunicada por mediación del lenguaje ambiente y de la tradición religiosa, en particular con ayuda de su fe en la resurrección colectiva al final de los tiempos. [...] El Resucitado está presente [...], se vincula al pasado [...], dirige el futuro[105].»

Sí, la resurrección es un hecho, de fe.

Es Dios quien lo arrancó de la muerte para devolverlo al mundo de los vivos. El verbo griego usado es *egeirein*, lo que significa despertar, resucitar.

> «La iniciativa divina –afirma Béda Rigaux– se subraya especialmente en el uso de *egeirein*. El sujeto de la oración es siempre Dios, tanto si es nombrado explícitamente, como si el verbo en voz pasiva da a entender: despertado (por Dios). Este hecho es muy importante. Establece de una manera sorprendente que todo el evange-

[105] E. de SURGY, P. GRELOT, A.-M. CARRE, K. GEORGE, J. DELORME, X. LEON-DUFOUR, *La Résurrection du Christ* et *l'exégèse moderne* (París: Cerf, 1969), pp. 170, 171.

> lio, toda la nueva revelación y la intervención de Jesús, es la obra de Dios. Por otra parte, la definición del Dios de los cristianos queda profundamente afectada: Él es el que despertó a Jesús de entre los muertos[106].»

Esta constatación reviste una enorme importancia dentro del marco del tema que nos ocupa en este capítulo, en relación con la integridad de la humanidad de Cristo. Murió en virtud de su encarnación. Dios, por su parte, no puede morir (1 Timoteo 1:17; 6:15). Es resucitado por la virtud de Dios, declarado y «constituido» «Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos» (Romanos 1:4, BJ)[107].

Algunos teólogos piensan que el apóstol Juan presenta otra visión de los hechos. Jesús, según ellos, se ha resucitado a sí mismo. Murió en cuanto hombre, pero no en cuanto Dios. Y fue Jesús Dios quien resucitó a Jesús hombre. Veamos los textos. Son dos.

1. Juan 2:19. Jesús acaba de participar en las bodas de Caná. Al transformar el agua en vino, ya aludía discretamente a su muerte, por medio de una señal. Aquí está ahora en Jerusalén. Acude a la fiesta de Pascua, donde se le proporciona la ocasión de ofrecer otra señal alusiva a su resurrección. El templo, degradado a banco y mercado en medio de una barahúnda fácil de imaginar, no tiene ya nada del santuario en el que Dios quería morar. El Maestro reacciona de manera vigorosa.

Demasiado a ojos de los judíos que le piden explicaciones. Si él tiene su autoridad del Dios vivo ¡que dé prueba de ello! Un paso que saca a la luz su incredulidad y crea una barrera de malentendidos. Tal es el contex-

[106] BÉDA RIGAUX, *Dieux l'a ressuscité*, *op. cit.*, p. 317.

[107] El verbo griego *horisthentos* que la Reina-Valera del 95 ha traducido por «declarado», puede tener dos significados: declarar, definir, delimitar, o establecer, constituir. Está empleado 8 veces en el Nuevo Testamento –Lucas 22:22; Hechos 2:23; 10:42; 11:29; 17:26; 17:31; Romanos 1:4; Hebreos 4:7. El estudio comparativo de estos textos conduce a la conclusión siguiente. Partiendo del texto más sencillo, Hechos 11:29, constatamos que *horízô* implica la idea de una decisión, de una resolución. pero esta resolución, lejos de ser arbitraria, está determinada por los hechos, en esta ocasión la persecución de Jerusalén. Esta resolución se pone en conocimiento de todos. Estos tres matices se encuentran en cada caso. Es, pues, normal, admitirlos también en Romanos 1:4. Joseph Huby comenta: «Jesucristo fue constituido no Hijo de Dios, pues lo era ya cuando fue enviado al mundo para ser hijo de David, sino Hijo de Dios en poder, es decir, investido del poder que convenía a su dignidad, irradiando todo su resplandor, por oposición a su estado de humillación en una carne pasible y mortal. Jesucristo no pudo ser constituido Hijo de Dios en poder sin ser, por ese mismo hecho, manifestado como tal». (Joseph HUBY, *Saint Paul: Epître aux Romains*, París: Beauchesne, 1940, p. 44).

Marie-Émile Boismard sostiene la misma idea en *Revue biblique*, 1953, tomo LX, pp. 5-17.

to en el que Jesús declara: «Destruid este santuario y en tres días lo levantaré». Frase extraña que servirá de pretexto para justificar su propia condena (Mateo 26:61) y la de Esteban (Hechos 6:14).

«¡Destruid!» El imperativo se emplea con el sentido de permiso, matizado de tristeza y de piedad. Hay que entender el verbo en un sentido indirecto: continuad perseverando en el mal, y pondréis fin a la misión que Dios os ha confiado y cuyo garante es el templo. ¿Cómo? Es Daniel quien responde: «Pasadas las sesenta y dos semanas matarán al ungido sin culpa y un príncipe que vendrá con su ejército destruirá la ciudad y el santuario...» (Daniel 9:26). Jesús aplicó claramente estas palabras a las circunstancias de su tiempo, en el discurso escatológico (Mateo 24:15)[108].

Se hace evidente que a ojos de Jesús el medio para Israel de destruir su templo es matar al Mesías. Uno de los aspectos el más sagrado de la misión confiada a Israel consistía precisamente en dar nacimiento al Mesías, posteridad de Abrahán (Gálatas 3:15-20). Una vez suprimido el Mesías, están perdidos Israel y su templo. Jesús presiente lo inevitable y lo predice.

«Cada tema puede tener una doble interpretación. Peor los judíos piensan en el templo mientras que Jesús alude a su propia persona. El malentendido es total [...] ¡El signo solicitado los conmina, ellos participan en su cumplimiento[109]!» En el momento de la crucifixión el velo del templo se rasga en dos de arriba abajo (Mateo 27:51). Así pues, será destituido antes de ser destruido por los romanos, en el año 70.

«Yo lo levantaré». Si la muerte de Jesús corresponde a la destrucción del templo, la restauración del templo debe evocar la resurrección del Crucificado. Jesús, en efecto, es el verdadero templo, la verdadera morada de Dios entre los hombres (Éxodo 25:8). Cuando Juan escribe que la Palabra se ha hecho carne y que ha venido a habitar entre nosotros, para decir *habitar* emplea un verbo formado con el sustantivo *tabernáculo*. Ha venido a «tabernacular» entre nosotros (Juan 1:14; véase también Mateo 12:6). El Mesías perece: ¡es el templo que se derriba! Yo lo levantaré. El verbo que se emplea en el original, *egeirô*, significa «despertar, resucitar». Así pues, yo lo resucitaré. Precisamente, los apóstoles hicieron la asociación de ambos después de la resurrección (Juan 2:21,22) ¿Hay

[108] Para la interpretación de esta profecía, véase Jacques DOUKHAN, *Aux portes de l'espérance* (Dammarie-les-Lys: Éd. Vie et Santé, 1983), pp. 79-87.

[109] Claude F. MOLLA, Le quatr*ième évangile* (Ginebra: Labor et Fides, 1977), p. 48.

que admitir, entonces, dos versiones distintas y contradictorias, una de ellas afirmando en varias ocasiones, y en términos inequívocos, la intervención directa del Padre, mientras que la otra parece poner el milagro a cuenta del Hijo?

Permítaseme hacer otra sugerencia, más compatible con los hechos y con la armonía de los textos. Partamos de otro ejemplo a modo de analogía: la curación del niño endemoniado y sordomudo (Marcos 9:14-29). El evangelista relata que Jesús «lo despertó» y «él se puso de pie[110]». Jesús interviene despertando; el niño, por su parte, se levanta. La iniciativa del primero no impide la del segundo.

Nos vemos ahora llevados a preguntarnos si Jesús no tomó ninguna iniciativa en su propia resurrección. Ahora bien, la respuesta no deja ninguna duda. Conquistó su resurrección por su completa victoria sobre el pecado. Si la transfiguración ya le ofrecía la posibilidad de pasar directamente de la debilidad a la gloria, con mayor razón, habiéndose humillado al hacerse obediente hasta la muerte en la cruz (Filipenses 2:8), podía esperar la resurrección como el cumplimiento de una elemental justicia. No una gracia sino un derecho.

Su muerte fue, en sí, una espantosa injusticia. Naturalmente, no debía ni podía morir. Dios tuvo que abandonarlo a la muerte. El hombre muere por haber soltado la mano de Dios. Jesús murió porque Dios le soltó la mano[111]. Dios debía levantarlo. La ausencia de la resurrección habría constituido una monstruosa injusticia. Habría significado el fin de cualquier esperanza cristiana y la fe en Dios. ¡Nunca se habría plantado ni una cruz en una sola tumba!

Sí, Jesús levantó el templo de su cuerpo por su victoria, que Dios reconoció y sancionó con la resurrección. Al mismo tiempo –y esto está lejos de no ser digno de tomarse en cuenta– Jesús engendró su cuerpo místico, la iglesia. Desde entonces, la ha edificado desde lo alto del cielo (Mateo 16:18), para prolongar su presencia en la tierra. Por ella él completa su misión.

---

[110] El texto griego dice: *êgeiren auton, kai anestê* (Marcos 9:27).

Béda Rigaux, que cita este ejemplo, añade a propósito de la resurrección: «Así pues, Dios puede seguir siendo el autor primero». BÉDA RIGAUX, *Dieux l'a ressuscité, op. cit.*, p. 318.

[111] Esperamos volver a tratar este tema, sagrado donde los haya, en otro libro, dedicado a la Cruz.

2. Juan 10:17,18. «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre» (BJ).

Jesús quiere aquí poner de relieve su libre obediencia con respecto a su Padre. Si fue enviado a la Tierra, nadie le obligó a ello. Aceptó con su plena voluntad el designio de Dios, para la salvación de los hombres.

Por otra parte, si hubo maquinación por parte de los judíos para obtener de Poncio Pilato su ejecución, nos equivocaríamos si imagináramos que Jesús cayó en una trampa imprevista. Hasta el último momento al mismo tiempo que expiraba en medio de las burlas, hubiera podido hacer que aparecieran doce legiones de ángeles (Mateo 26:53).

Por cierto, la suya no es una muerte suicida ni una inmolación. Hubo hombres que lo flagelaron y después lo clavaron en los maderos del Gólgota. Objetivamente, le quitaron la vida. Lo crucificaron. Pero no pudieron quitarle la vida nada más que por qué él la había ofrecido. Ya hemos hablado de ello en relación con la transfiguración. Jesús considera aquí su muerte desde el interior, en función de sus sentimientos, y no simplemente en el nivel estricto del hecho acontecido, con relación a los actores del drama.

Esto es muy evidente, en Juan 10:18 y hay que leer la continuación a la misma luz. Jesús no se detiene en la cara visible de los hechos, sino que descifra las causas. A fin de cuentas, la traducción de sus palabras puede matizarse de otra manera. La expresión griega traducida por «tengo poder» significa también «tengo derecho[112]». Acaba de señalar su libre decisión relativa a su ministerio terrenal. A causo de ello, Pedro lo ama. Nadie puede contestarle el derecho a dar su vida. ¿Quién podría contestarle el derecho a recuperarla? Ha conquistado ese derecho en reñida lucha al lograr vencer todas las tentaciones.

El apóstol Pedro lo comprendió a la perfección. Al dirigirse a los israelitas en su discurso de Pentecostés, declara: «a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros

[112] *Exousian echô*. Abboth-Smith explica: «the power of right, authority, Mateo 21:23; Marcos 11:28; Lucas 20:2; of Messianic authority, Mateo 9:6; Marcos 2:10; of apostolic authority, 2 Corintios 10:8; 13:10», etcétera. Moulton y Milligan dicen también: «For the primary meaning of this important word "power of choice", "liberty of action" [...]. Hence the common usage in wills, contracts and other legal documents, to denote the *claim*, or *right*, or *control* one has over anything.» (James Hope MOULTON y George MILLIGAN, *The Vocabulary of the Greek Testament*, p. 225).

le matasteis clavándole en la cruz por mano de unos impíos; a éste Dios le resucitó librándole de los lazos del Hades, pues no era posible que lo retuviera bajo su dominio» (Hechos 2:23,24, BJ). Imposible abandonar a Jesús en la tumba sin que la justicia se desvanezca para siempre jamás. Si Dios no hubiera reaccionado ante el crimen de la muerte de un inocente como ese, ningún hombre podría ya nunca más poner en él su fe y su esperanza[113].

Así, cuando Jesús afirma su derecho a recuperar su vida, no está considerando su poder de resucitarse una vez muerto, sino la razón que ofrece a Dios su conducta para intervenir para resucitarlo de entre los muertos. Su resurrección adquiere a partir de entonces todo su valor, sin obligarnos a recurrir a razonamientos confusos que parecen poner en cuestión la integridad de su humanidad.

Una pregunta legítima se impone, no obstante, y merece consideración: ¿bajo qué forma se presentó Jesús tras su resurrección? María fue la primera en verlo: «…se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús» (Juan 20:14, BJ). Ni siquiera al sonido de su voz que le preguntaba: «¿por qué lloras?», no lo reconoce. Tiene que decirle al fin: «María» para que volviéndose ella le grite: «Rabbuní». ¿Se dirá que ella no lo había mirado aún, o que sus ojos anegados en lágrimas no distinguían muy bien –o ¿más bien que Jesús al pronunciar su nombre le hizo entrar en sí misma, la devolvió a sí misma?–

Los discípulos de Emaús tuvieron una experiencia análoga. Sus ojos se abrieron cuando él partió el pan durante la comida (Lucas 24:31). El hecho es que comió varias veces de aquel pan con los suyos para probarles que estaba realmente vivo, en carne y hueso (Lucas 24:36-49). Las mujeres en el sepulcro se postraron abrazándole los pies (Mateo 28:9) y Tomás, el incrédulo, fue invitado a meter el dedo en las heridas de sus manos y de su costado (Juan 20:27). En Betania, antes de dejarlos, levantó las manos para bendecirlos (Lucas 24:50). El testimonio de Pedro a Cornelio prueba que se había quedado impresionado por estos hechos «…Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos» (Hechos 10:40,41, BJ).

[113] Una cuestión importante podría llamarnos la atención: ¿por qué Dios intervino en favor de un ejecutado después de su muerte y no antes? Volveremos a ello más adelante.

Tenía un cuerpo humano, el cuerpo del crucificado. Pero entró en la sala en la que se encontraban los discípulos, todas las puertas estaban cerradas (Juan 20:19). Navegamos inmersos en el misterio. Pero recordemos las promesas del apóstol Pablo: «El primer hombre, salido de la tierra, es terrestre; el segundo, viene del cielo. Como el hombre terrestre, así son los hombres terrestres; como el celeste, así serán los celestes. Y del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terrestre, llevaremos también la imagen del celeste» (1 Corintios 15:47-49, BJ). El misterio de la naturaleza de Cristo resucitado, lejos de aislarlo de los hombres, prefigura el misterio al que están convidados todos los hombres.

7. La ascensión

«…fue levantado en presencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos.» (Hechos 1:9, BJ)

Los evangelios rompen con el simple orden biográfico de la historia de Jesús que debiera comenzar con su nacimiento para acabar con su muerte. Su vida estalla en la resurrección y se alcanza su pleno desarrollo en la ascensión. Estaremos de acuerdo en que el hecho es difícil de describir. Marcos señala que «…el Señor Jesús… fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios» (16:19, BJ). Lucas dice en su evangelio que «fue llevado al cielo» (24:51, BJ); y precisa, en los Hechos de los Apóstoles que se elevó mientras los discípulos lo miraban hasta que «una nube le ocultó a sus ojos» (1:9, BJ).

> «Parece de todo punto legítimo –señala P. Benoit–, distinguir en el misterio de la ascensión dos momentos y dos modos: 1) una exaltación celestial invisible pero real, por la cual Jesucristo vuelve a subir junto a su Padre desde el día la resurrección; 2) una manifestación visible que se ha dignado conceder de esta exaltación y que acompañó su última partida, en el monte de los Olivos. A esta última, conviene reservarle el término propio de ascensión para respetar el uso establecido en la iglesia, principalmente en su liturgia[114].»
>
> «Hechos 1:9 es el único texto canónico que describe, por poco que sea, la subida de Jesús al cielo, y su extrema discreción confirma que no pretende describir la primera entrada de Cristo en su gloria.

[114] P. BENOIT., *Revue Biblique*, 1949, pp. 200, 201.

> Este cuadro tan sobrio nada debe, ni a las apoteosis de héroes paganos como Rómulo o Mitra, ni siquiera al precedente bíblico de Elías[115].»

A. Westphal está en lo cierto al observar que Jesús debía despedirse de sus discípulos «de una manera precisa, en pleno día y en condiciones que no dejaban ningún lugar al equívoco[116] ». De no haber actuado así, habría dejado planear una duda sobre la realidad de su partida. Desórdenes patológicos hubieran podido alterar su testimonio. En resumen, no sabemos gran cosa, pero tenemos lo esencial: Jesús fue a reunirse con Dios, su Padre. Importa descubrir la significación de esto.

Una vez más, somos deudores de una manera especial de F. Godet por lo que viene a continuación. Hasta la transfiguración, la santificación permanente de Cristo se eleva hasta la perfección humana. Voluntariamente renuncia a la gloria para consagrarse a la rehabilitación de los hombres. Quiere ofrecer a su familia terrenal el acceso a la casa de su Padre.

> «Lo que generosamente había rehusado en la montaña de la transfiguración, Dios se lo devolvió en el monte de los Olivos. ¿No es acaso la ley suprema del mundo moral que dar la propia vida es el medio de recuperarla? [...] No hay que temer que la puerta del cielo, que se abrirá para el Redentor, se cierre de nuevo tras él cuando la haya traspasado. Queda abierta en lo sucesivo para cualquiera que acepte su mediación[117].»

Desde este punto de vista, la ascensión no pone punto final a la obra de Cristo. Continúa en el cielo, donde él «intercede» en favor nuestro. La epístola a los Hebreos brinda una valiosa información a este respecto.

A partir de entonces, Jesús es glorificado, y dice: «…todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:13, BJ). Liberado de las contingencias normalmente vinculadas al mundo actual de la existencia terrena, promete en todas partes su presencia: «…he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20, BJ). Y a todos los testigos que aceptan su

[115] *Vocabulaire de théologie biblique* (París: Cerf, 1971), p. 91.

[116] Alexandre WESTPHAL, *Jésus de Nazareth d'après les témoins de sa vie* (Lausana: La Concorde, 1914), II, p. 221.

[117] Frédéric GODET, *Études bibliques, op. cit.*, pp. 118, 119.

mandato sobre la tierra, les hace la promesa: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues...» (Mateo 28:18,19, BJ)[118].

> «Pero en esta gloriosa transformación de que es objeto, no se despoja en modo alguno de su humanidad. Es como hombre que se presenta a la mirada de un Esteban moribundo: "y dijo: 'Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios'" (Hechos 7:56). Jesús mismo había aplicado el término de Hijo del hombre a su persona glorificada: "Pero os digo que a partir de ahora veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo" (Mateo 26:64). He aquí, pues, a la naturaleza humana elevada en su representante normal en posesión de la vida divina, y convertida en órgano del pensamiento y de la voluntad supremas. He aquí el abismo entre lo finito y lo infinito colmado en un miembro de nuestra raza. Si Dios es amor, ¿no debiera ser esta la última palabra de su programa? No era concebible un fin superior; un propósito menos elevado habría dejado, pareciera, un déficit en el despliegue del amor divino. Tenemos, pues, derecho a concluir diciendo: Jesús fue verdadero hombre y ese verdadero hombre fue un hombre consumado. Desde el pesebre hasta la cruz, desde la cruz hasta el trono, el espectáculo de su vida nos arranca ese grito cuyo sentido, el mismo Pilatos, aun siendo el primero en proferirlo, no comprendía del todo: "He aquí el hombre", el hombre cumpliendo su desarrollo normal...[119]»

¿Fue Jesús un hombre como nosotros? Hay que responder sí, sin reservas. Sin embargo, la verdadera pregunta más bien me parece ser esta: ¿estoy yo convirtiéndome en un hombre como él?

[118] Todo poder y toda autoridad. *Exousia*, en griego (V. 109).

[119] Frédéric GODET, *Études bibliques, op. cit.,* pp. 116-117.

Resumen de la tercera parte

Hemos seguido a Jesús desde el pesebre hasta el monte de los Olivos, examinando su nacimiento sobrenatural, su enseñanza magistral, sus milagros inesperados, su santidad excepcional, su transfiguración sublime, su resurrección extraordinaria, su ascensión única. El análisis atento de los textos ha mostrado que nada, en ninguna ocasión, aporta un desmentido a la afirmación de su naturaleza humana integral. A partir de entonces, podemos suscribir las palabras de Ellen G. White:

> «La victoria y la obediencia de Cristo son las de un verdadero ser humano. [...] Nosotros cometemos muchos errores debido a nuestros falsos conceptos relativos a la naturaleza humana de nuestro Señor. Cuando conferimos a su naturaleza humana un poder del que los hombres no podrían disponer en sus conflictos con Satán, destruimos la integridad de su humanidad. Él ofrece, a quienquiera ponga su fe en él, la gracia y el poder del que él mismo estaba investido[120]».

[120] Ellen G. WHITE, Manuscrito I, 1892.

Cuarta parte

LA DIVINIDAD DE JESÚS

Capítulo 1

Más que un hombre

Fiel al método que hemos elegido y que Pannemberg llama «cristología desde abajo[121]», hemos considerado la experiencia humana de Jesús a partir de las informaciones de que disponemos sobre su recorrido en la tierra. Hemos descubierto en él todo lo que constituye la naturaleza humana. Y sin embargo, en el último capítulo dedicado a su naturaleza humana integral, hemos creído necesario examinar más de cerca un determinado número de hechos insólitos. Esto últimos ya revelan una situación especial, privilegiada, inesperada.

Es sabida la tenacidad que puso Ernest Renan en despojar a Cristo de su aura divina. Según él, Jesús es un simple hombre que se fue exaltando de forma gradual, hasta imaginarse, arrebatado por el entusiasmo, que era una aparición divina. No obstante, en una obra póstuma poco conocida, el célebre historiador deja hablar a su corazón:

> «La iglesia ha sido superada y se ha superado a sí misma, pero Jesús no, ni fuera ni dentro de su iglesia. ¡Qué prodigio! Quien quiera trazar el ideal de la virtud y lo sublime sigue sin poder tomar sus rasgos de nadie más que de Jesús. [...] El racionalismo más declarado retrocede ante su crítica, y yo no consiento en mirarlo con firmeza si no es de rodillas ante él. [...] ¡Oh, Jesús, ilumíname, tu verdad, tu vida! [...] ¡Oh! ¡Dime, pues, quién eres! [...] Sufro, Jesús

[121] Los expertos hablan también de cristología *exclusiva* e *inclusiva*. La cristología exclusiva atribuye a Jesús cualidades que le pertenecen propiamente. Este tipo de cristología es ontológica del principio al final, no concediendo atención alguna al desarrollo histórico en la vida de Jesús.

«En una cristología *inclusiva*, el acento inicial parece colocarse en la continuidad que existe entre la acción de Dios en el mundo y su acción en Jesús. En el seno de esa continuidad empieza a surgir una discontinuidad entre el Acontecimiento de Cristo y cualquier otra cosa en el mundo. En consecuencia, el punto de partida fundamental para discutir el carácter único y singular (*uniqueness)* de Jesús es, en primer lugar, la unidad fundamental de Jesús con la creación, la historia y la humanidad. En el contexto de esta unidad subyacente a las relaciones de Jesús con el mundo es donde se sitúa con más exactitud su carácter único y singular, comprendido en términos de encarnación, de escatología, de divinidad» (John GREEHEY y Matthew VELLANICKAL, en *Bible et Christologie*, París: Cerf, 1984, p. 177).

> por haber levantado tu problema. Es demasiado grave para mí, puesto que no soy más que un hombre, y tú, tú eras algo más[122]».

¿Algo más? Ese es precisamente el sentimiento del que no podemos sustraernos. Veamos por qué. Y, para empezar, ¿cómo se siente él mismo en nuestro globo?

1. Un mundo indigno de él

Un hombre le dijo un día: «"Te seguiré adondequiera que vayas." Jesús le dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza"» (Lucas 9:57,58, BJ). Ahora bien, cuando permanecía en la región de Cafarnaún, Jesús se alojaba en casa de Pedro, donde se sentía «en casa» (Marcos 2:1) El buen apóstol, patrón de pesca antes de seguir al Maestro, no carecía sin duda de medios. Ni de deferencia. No es soñar el imaginar que ofrecía a su huésped lo mejor que tenía. ¡Al menos, una almohada!

Las palabras de Cristo no deben, pues, entenderse en sentido literal. Tienen un sentido simbólico, espiritual, y traducen el malestar que experimenta aquí abajo. Los animales, en la tierra, se sienten en casa. Se encuentran a gusto. Pero él no. Respirar hondo le resulta difícil en nuestro mundo. Ninguna sociedad, ninguna iglesia da verdaderamente su talla. Por cierto, él cumplía un ministerio itinerante. Pero no era solo viajero entre nosotros. Era, sobre todo, extranjero. Al declarar que no tenía una piedra donde reclinar la cabeza, denunciaba toda la distancia que lo separaba de los hombres y del mundo. Decididamente, su reino no es de este mundo.

Primera constatación: nuestro mundo, tal como va, no está hecho a la medida de Cristo. Por otra parte, si Cristo no se sintió a gusto, el mundo se lo devolvió con creces, puesto que se deshizo de él[123].

---

[122] Ernest RENAN, *Essai Psychologique sur Jésus-Christ, e*scrito en mayo de 1845, publicado por primera vez en 1920, por la *Revue de Paris*, número del 15 de septiembre. Citado en Albert CADIER, *Introduction au Nouveau Testament* (París: Société Centrale Évangélique, 1947), pp. 16, 18.

[123] Platón ya presentaba que un hombre justo, en la tierra, sería rechazado. «…el justo será flagelado, torturado, encarcelado, le quemarán los ojos, y tras de haber padecido toda clase de males, será al fin empalado » (*República* 362 a.).

2. Todos los hombres inferiores a él

Segunda constatación: Jesús supera a todos los hombres. Ocupa un sitio aparte. Cuando el pincel ingenuo de los evangelistas esboza las escenas de su ministerio, a nadie se le escapa su relación única con Dios. Abrahán, es cierto, fue un maravilloso creyente. No es en vano si se cita como ejemplo su fe. Pero conoció flaquezas. Recordemos su estancia en Egipto. También Moisés fue un gigante del mundo antiguo. Dios llega hasta a llamarle amigo suyo (Éxodo 33:11). Pero su vida no es intachable. Solo de lejos pudo contemplar la tierra prometida. Elías, por su parte, es famoso en razón del celo que le devoraba por la gloria del Padre eterno. Es visto como el príncipe de los profetas. No obstante en su corazón se deslizó la amargura, mientras esperaba de la muerte una cobarde liberación. Luces y sombras. En cambio, ni la más mínima debilidad, ningún desfallecimiento en la vida de Jesús. Supera a todos los humanos.

3. Su relación única con Dios

De su lugar en el mundo y entre los hombres, hay que pasar a su relación con Dios. ¿Cómo no quedar sorprendido por su tranquilidad, por su calma, en medio de las situaciones más tensas y más desesperadas? He aquí un ejemplo entre muchos otros. Lázaro descansa en su tumba desde hace cuatro días. El proceso de descomposición ha empezado. Eso no impide que Jesús ordena que hagan rodar la piedra, levanta los ojos a lo alto y dice: « Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean» (Juan 11:42, BJ). ¡Una confianza tan segura en una situación semejante nos deja maravillados! (*Cf*. Juan 15:24).

Conviene admirar la excepcional intimidad que reinaba entre Jesús y Dios. El evangelio según Juan insiste en ello más que los sinópticos. Se lo ha acusado incluso de «novela teológica en la que los discursos de Jesús se supone que eran reconstrucciones –sin cuidado de la autenticidad ni la verosimilitud– a partir de la cristología de la iglesia primitiva[124]». Para nosotros, además de que los evangelios son complementarios, la distancia entre Juan y los sinópticos no es más que aparente.

[124] *Cf*. Pierre JULG, «La conscience du Christ», *Résurrection, Cahiers Théologiques*, nº 70 (París: Desclée de Brouwer, 1983), p. 26.

Así, cuando Jesús declara, según Juan: «…como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre…» (Juan 10:15, BJ), está perfectamente de acuerdo con sus palabras recogidas por Mateo (11:27) y por Lucas: «Mi Padre me lo ha entregado todo, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (10:22, BJ). En el mismo orden de ideas, Juan afirma aún: «A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado» (Juan 1:18, BJ). ¿Cómo decir eso de otro?

La consciencia filial de Jesús surge también de la escena dramática de su agonía en Getsemaní: «…decía: "¡Abba, Padre!; todo es posible para ti» (Marcos 14:36, BJ). *Papá* es la palabra que mejor corresponde a *Abba*. Con seguridad otros humanos llaman a Dios su Padre del cielo. Jesús mismo nos invita a hacerlo. No sin introducir, sin embargo, un matiz significativo: «Dícele Jesús: "[...] vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» (Juan 20:17, BJ). Su relación no se confunde del todo con la nuestra[125].

[125] La forma aramea *Abba* para Padre era muy inhabitual en el judaísmo. «No tenemos un solo ejemplo en que Dios sea llamado *Abba* en el judaísmo en tiempo de Jesús. Pero Jesús se dirige siempre a Dios de esta manera en su oración. Partiendo de aquí, debemos concluir que la oración *Abba* de Jesús expresa un sentido inhabitual y sin precedentes de la intimidad con Dios. En el Nuevo Testamento, el empleo de *Abba*, Padre, tal como se encuentran en Marcos 14:36; Mateo 11:25ss; Lucas 23:46; Gálatas 4:6; Romanos 8:15, expresan la confianza y la obediencia de un niño. La realidad divina que Jesús experimentaba en sus momentos de oración era tan vital y tan creativa que tenía que inventar una expresión en su invocación a Dios que, por su familiaridad, debía parecer chocante a la mayoría de sus contemporáneos. Solo ese lenguaje podía expresar la intimidad inhabitual que Jesús encontró en la plegaria; la intimidad, la confianza y la obediencia de un hijo hacia su padre» (John GREEHEY y Matthew VELLANICKAL, *Bible et Christologie*, *op. cit.*, p. 181).

Capítulo 2

«Las escrituras dan testimonio de mí»

Si el Antiguo Testamento no desembocara en Cristo, no tendría sentido alguno. Sería semejante a un ascensor que se abriera al vacío. Lutero tenía razón al escribir a Erasmo: «Quita a Cristo de las Escrituras. ¿Qué encontrarías en él?» Y Roland de Pury, comentando esta declaración, afirma:

> «Dios nunca tiene ninguna otra cosa que decirnos que su Hijo. Buscar entender la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento es buscar en él a Jesucristo. [...] Nada hay verdadero en él sino estrictamente la verdad que recoge de la venida de Jesucristo, la verdad que el Nuevo Testamento viene a introducir en él. En una palabra, el Antiguo Testamento es la profecía de Jesucristo, el testimonio de Jesucristo[126]».

1. El testimonio de Jesús

Se necesitaría un libro para desarrollar esta verdad. El lector atento del Nuevo Testamento sabe que este último se refiere constantemente al Antiguo. La historia de Jesús, en particular, está acompañada en muchas ocasiones por la constatación de que en él se cumplen las Escrituras. Basta con abrir una concordancia para convencerse. Por eso Jesús reprochó a los judíos que bucearan en las Escrituras sin comprender que se referían a él (Juan 5:39). Conociendo su admiración por Moisés, observa: «Porque, si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque él escribió de mí. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?» (Juan 5: 46,47, BJ). Más tarde, después de su resurrección, caminando con los discípulos de Emaús, les reprochará el ser torpes y tener el entendimiento lento para comprender todo lo que dijeron los profetas. «Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras» (Lucas 24:25-27, BJ).

[126] Roland de PURY, *Le Libérateur* (Cahors: P.C.P.J., 1945), pp. 10, 11.

2. El testimonio de Pablo

Por su parte, el apóstol Pablo, llamado a defender su fe delante el rey Agripa, mientras estaba prisionero en Cesarea hacia el año 60, declara: «…hasta el presente me he mantenido firme dando testimonio a pequeños y grandes, sin decir cosa que esté fuera de lo que los profetas y el mismo Moisés dijeron que había de suceder: que el Cristo había de padecer y que, después de resucitar el primero de entre los muertos, anunciaría la luz al pueblo y a los gentiles» (Hechos 26:22,23, BJ).

3. El testimonio de Pedro

El apóstol Pedro tiene un lenguaje diferente. Su primera epístola es una luminosa demostración de la actualización en Jesús de las promesas transmitidas por los profetas.

> «Sobre esta salvación investigaron e indagaron los profetas, que profetizaron sobre la gracia destinada a vosotros, procurando descubrir a qué tiempo y a qué circunstancias se refería El Espíritu de Cristo, que estaba en ellos, cuando les predecía los sufrimientos destinados a Cristo y las glorias que les seguirían» (1 Pedro 1:10,11, BJ).

Con ello, Pedro no solo reconoce el cumplimiento de las profecías en la vida de Cristo sino que también afirma misteriosamente que aquellos profetas ya estaban inspirados por el Espíritu del mismo Cristo. En otras palabras, lejos de ser tan solo aquel de quien da testimonio el Antiguo Testamento, Cristo es quien habla en el Antiguo Testamento. El Espíritu que inspiraba a los profetas era el Espíritu de Dios.

El Espíritu de Cristo. ¿No estamos dejando atrás la historia horizontal?

4. Tipología del Antiguo Testamento

No me quedo menos asombrado cuando constato que toda la historia del pueblo de Israel es, en cierto modo, una prefiguración de Cristo. Es lo que se llama la tipología del Antiguo Testamento. «La esperanza del Mesías es el alma misma del Antiguo Testamento todo le sirve de símbolo en la naturaleza y en la historia[127].» La demostración de Pablo es revela-

[127] Edmond de PRESSENSÉ, *Jésus-Christ*, 7ª ed. (París: Librairie Fischbacher, 1884), p. 89.

dora en este aspecto. Para él, Cristo es un nuevo Adán (Romanos 5:14); el paso del mar Rojo prefigura el bautismo (1 Corintios 10:1,2). Según la epístola a los Hebreos, Abel fue un tipo de mártir por excelencia; Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Altísimo, representa a nuestro eterno Sumo Sacerdote (12:24; 4:10); y Moisés, el legislador, condujo a los israelitas fuera de Egipto, como Cristo, nuestra Pascua, nos libera de la esclavitud del pecado (3:1-6) Lo que estaba como esbozado en acontecimientos o en hombres excepcionales, se abre y alcanza su pleno desarrollo y logra llegar en Cristo a una expresión ideal y perfecta.

Suzanne de Dietrich no exagera en absoluto cuando escribe:

> «Jesucristo está en el centro de la Biblia. Todo tiende hacia él y todo procede de él en este largo desarrollo de la historia en cuyo medio se erige una Cruz.
>
> »¿No bastaría entonces para conocer a Jesús leer los evangelios? No, pues los evangelios nos remiten sin cesar al Antiguo Testamento. No, ya que para conocer a Jesucristo, para saber quién es, necesitamos dejar que desfilen ante nosotros todos los testigos, patriarcas, profetas, apóstoles. ¿No se nos ha dicho que Abrahán vio su día y se alegró? ¿Que los profetas y los reyes esperaron ese día durante siglos? ¿Que en él todas las cosas creadas tienen su principio y su fin?
>
> »Si tomamos en serio el mensaje de la Biblia, viene a nosotros con una pretensión tan inmensa, una afirmación tan formidable, que hay que tener el valor de aceptarla o rechazarla por entero. Ya que si dice verdad, Jesús es el centro no solo de la historia bíblica sino de la historia a secas, la única respuesta de Dios al enigma de nuestro destino de hombres. Ya no nos encontramos en el nivel de las relatividades humanas, estamos ante el absoluto de Dios, el absoluto de su don y de su perdón»[128].

5. El Nuevo Testamento dice de Cristo lo que el Antiguo Testamento dice de Dios

Así pues, la persona de Jesús destaca, como en filigrana, de todo el Antiguo Testamento. Hecho turbador, extraño y singular. Pero aún hay

[128] Suzanne de DIETRICH, *Le renouveau biblique* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1945), pp. 26, 27.

más: todo lo que dice de Yahvé el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento lo repite aplicándolo a Jesús. He aquí algunos sorprendentes ejemplos:

- El Señor es mi pastor, Salmos 23:1-5. - Jesús es el buen pastor, Juan 10:11.
- El Señor es luz, Salmos 27:1 - Jesús es luz, Juan 1:5; 9:5.
- El Señor es roca, Salmos 18:3. - Jesús es roca, Mateo 16:18; 1 Corintios 10:4; 1 Pedro 2:7.
- El Señor es libertador, Salmos 18:3 - Jesús es libertador, Romanos 11:26.
- El Señor es justicia, Jeremías 23:6. - Jesús es justicia, 1 Corintios 1:30.
- El Señor es vida, Salmos 27:1; Deuteronomio 30: 15. - Jesús es vida, Juan 11:25.

La lista podría prolongarse. Pero ¿no es lo bastante elocuente? Debemos recordar el monoteísmo judío, tan celoso de las prerrogativas divinas. Y esta enumeración se vuelve entonces o blasfema o sublime. En verdad, los milagros más fantásticos operados por el Maestro son menos reveladores. Pues Eliseo, Pedro y Pablo, también resucitaron muertos. Pero ningún hombre puede identificarse con la justicia, la luz y la vida. ¿Es banal que Jesús sea todo lo que es Yahvé? La extraordinaria atmósfera que se desprende de las Escrituras depende del hecho de que Jesús parece ofrecer él solo la revelación más perfecta de Dios. Ahora bien, esta revelación constituye un hecho histórico, contingente, delimitado en el tiempo. No es una simple idea, una teoría entre otras muchas otras. Jesús es la verdad concreta y tangible de Dios. Nuestro conocimiento de Dios pasa por la transferencia a su cuenta de lo que sabemos de Cristo. Esta transferencia se requiere de nuestra fe. Cristo es revelador del Padre.

6. El misterio de Cristo

«…nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino movido por el Espíritu Santo», confiesa el apóstol Pablo (1 Corintios 12:3, BJ). Estamos, en efecto, en la conjunción del tiempo y la eternidad, de la tierra y el cielo. Estamos teniendo en cierta medida la experiencia de Pedro, Santiago y Juan, cuando quisieron levantar tiendas para acampar en la montaña

mientras Jesús estaba viviendo la transfiguración. O la de los discípulos en el monte de los Olivos en la ascensión. Quisiéramos retenerlo; él desaparece en medio de una nube de oro. Así sucede con la humanidad de Jesús. Cuanto más la delimitamos, más se escapa a la razón pura. Pero el corazón, como bien sabemos, tiene también su razón, sus intuiciones, su fe.

A propósito de ello, Pablo se expresa empleando la palabra *misterio*. Sabemos la prodigiosa fortuna de este término en las religiones helenísticas, en las que reviste una iniciación más o menos secreta, que garantiza la salvación y una dicha eterna en otro mundo[129]. En la Biblia, esa palabra se refiere a la revelación del designio redentor de Dios. Un misterio es un conocimiento inaccesible desde la mera razón y no lo que nos vemos obligados a ignorar. Nadie sabrá jamás cuántos granos de arena adornan nuestras playas. Sin embargo, eso no es un misterio. Es misterio una verdad accesible por la fe solamente, gracias a una revelación (Efesios 3:1-3).

Y en el corazón de ese misterio reside precisamente Cristo. «…podéis entender mi conocimiento del misterio de Cristo» (Efesios 3:4, BJ). En ese misterio se disciernen varios elementos constitutivos: la presencia oculta del reino de Dios en Jesús (Marcos 4:11), su victoria de la cruz (1 Corintios 2:6-8), su presencia en nosotros (Colosenses 1:27), y la constitución de la iglesia que reúne a judíos y paganos (Efesios 3:5,6) para unirlos a Cristo como la esposa está unida al esposo (Efesios 5:25-33). El misterio adquiere incluso una dimensión cósmica, ya que el designio de Dios es «…hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Efesios 1:10, BJ). En lugar de traducir como la Reina-Valera: «reunir todas las cosas en Cristo» (RVR95), diremos con más precisión: «reducir bajo una sola cabeza todas las criaturas en el Cristo, las que están en los cielos y las que están sobre la tierra, en él[130]». La palabra adquiere entonces una resonancia escatológica. Conocer y contemplar ese misterio constituye el ideal de todo cristiano (Colosenses 2:2,3). Un día llegará en que todos los poderes maléficos desaparecerán, disipando los dramas que hoy hacen correr tanta lágrimas.

[129] Existe a este respecto una literatura abundante. Un excelente estudio lo presenta K. PRÜMM, en *Dictionnaire de la Bible*, ed. L. PIROT, suplemento, fascículo XXX, pp. 1-226.

[130] Charles MASSON, *L'Épitre de Saint Paul aux Éphésiens*, (París: Delachaux et Niestlé, 1952), p. 143. El verbo griego *anakephalaiôsastha* es famoso en exégesis.

7. Resumen

Sin abandonar et terreno de la historia, nuestro encuentro con Jesús nos colma de asombro. Nuestro planeta no paree hecho para él. Los hombres resisten mal ser comparados con él. Su relación con Dios es insólita. Sin él, el Antiguo Testamento pierde toda credibilidad. Los escritores del Nuevo Testamento se refieren a él constantemente para justificar su adhesión. No solo las declaraciones proféticas se refieren a él sino que la vida de grandes hombres así como los acontecimientos históricos prefiguran a menudo su propia existencia. Es revelado ya por el culto judío y por las grandes ceremonias.

Pero ¿cómo dominar la emoción cuando nos vemos confrontados a la identificación entre el gran Yahvé y la naturaleza de Jesús, el Cristo? A partir de ese momento, nos sumergimos en pleno misterio, donde la inteligencia del corazón prolonga la de la razón, para llegar a ser fe o, para hablar como Chouraqui, adhesión. La fe, es Dios sensible en el corazón a favor de nuestro encuentro con Jesús. Si el amor nace en presencia de un ser que amar, la fe se enciende en el alma al contemplar a Cristo. Brota, igual que una chispa eléctrica, entre dos polos que se acercan; que el alma humana encuentre al Hijo del hombre, y la fe se pone a vibrar. Cuanto más lejos llevamos la investigación histórica, más confusos se vuelven sus límites. El misterio flota a lo largo de su frontera. El Cristo humano nos conduce entonces al Cristo divino. A él es a quien ahora intentamos descubrir.

Capítulo 3

Los signos de su divinidad

«¡Señor mío y Dios mío!», Juan 20:28

Jesús vivió, pues, la vida del hombre hasta la máxima incandescencia, hasta la muerte y la resurrección. Vamos a mostrar ahora que el testimonio neotestamentario afirma categóricamente también su naturaleza divina. Admitamos que se trata de un fenómeno difícil de comprender, único en su género. No vemos nada conocido que pueda servir de punto de comparación. Jesús ocupa en la historia un lugar que nunca nadie más tendrá. Es el «de una vez para siempre» de la epístola a los Hebreos (7:27; 9:26; 10:10).

Los cristianos deben ser conscientes de que la única interpretación posible de los hechos y gestos posibles de Cristo es la que han dado los testigos inspirados del Nuevo testamento. No podemos encontrar a Cristo si no es aceptando el modo en que se presentó. Se confió a sus apóstoles, y por ellos a su iglesia, para que nosotros lo encontráramos por un acto de fe. ¿No es la fe la única manera correcta de conocer completamente a Cristo en lo que él es de verdad? De hecho, la fe no añade nada a la historia, propiamente hablando. Pero permite conocer lo que pasó en toda su profundidad y en toda su transparencia, hasta el misterio mismo de Dios que se dio a conocer en Jesucristo.

1. El Mesías

Los autores del Nuevo Testamento no elaboraron una cristología. No se encuentra, surgida de su pluma, una exposición de teología sistemática, como iban a intentar hacerlo a partir del siglo IV los concilios ecuménicos, como resultado de numerosas discusiones que se desarrollaban en el interior de la iglesia. Había que precisar quién era Jesús: ¿un profeta?, ¿un reformador?, ¿un místico?, ¿Dios? (véase la introducción a las notas).

Según Juan, los discípulos reconocieron de inmediato en él al Mesías. Andrés dijo a Simón: «Andrés, el hermano de Simón Pedro, uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Éste encuentra primeramente a su propio hermano, Simón, y le dice: “Hemos encontrado al Mesías” –que quiere decir, Cristo» (Juan 1:40,41). Pensaba que se trataba de un hombre fuerte, sostenido maravillosamente por Dios, para echar a

los romanos y devolver al pueblo judío su hegemonía. Su trono subsistiría para siempre. Muchas son, en el Antiguo Testamento, las promesas que justifican una expectativa semejante. Esas son las que fueron privilegiadas en detrimento de los textos que revelaban un aspecto totalmente distinto de su misión, como el pasaje de Isaías 53, en el que el Mesías se describe como humillado antes de morir. Aun cuando esta idea es rara vez expresada, podemos preguntarnos por qué no nos ha llamado la atención.

La respuesta parece evidente. Desde hacía cinco siglos el pueblo judío estaba oprimido. Los babilonios, los medos y los persas, los griegos y los romanos se habían sucedido a la cabeza de un imperio que dejaba muy poca libertad a los pueblos sometidos. Aparecieron numerosas publicaciones, de la denominada literatura apocalíptica, en el intervalo entre los dos Testamentos[131]. Daban libre curso al nacionalismo exacerbado, abandonándose a sueños locos de independencia. Cuando Jesús apareció, dotado de todas las virtudes, no tuvieron ninguna dificultad en identificarlo como el Mesías tan esperado.

¿Qué sucede con el mismo Jesús? ¿Qué conciencia tenía de sí mismo? La cuestión es de las más delicadas, y se ha respondido de todas las maneras imaginables. En todo caso, una cosa parece cierta: en el transcurso de la memorable conversación con Nicodemo, que llegó muy pronto al principio del ministerio, Jesús tenía ya una concepción clara de su misión (Juan 3).

Los discípulos, por su parte, estaban desconcertados. ¿Cómo desembarazarse del ocupante si hay que presentar la mejilla izquierda a quien golpea la derecha, caminar una milla más –o sea, alrededor de 1.500 m– con el soldado romano que los conmina a llevar su carga durante una milla; en resumen, si no hay que resistir al malvado? (Mateo 5:38-42) Las ocasiones no faltan para amotinar a la multitud. ¡Ya están formados los batallones que no piden sino hacer correr la sangre impura! Pero el Maestro pierde el tren, cada vez. Desperdicia todas las oportunidades. Fieles, aunque desconcertados, los discípulos no saben ya dónde van.

[131] Por ejemplo: *Testamento de Abrahán, Los Testamentos de los 12 Patriarcas, Asunción de Moisés, El Libro de Hénoc*, traducido del texto egipcio por François MARTIN, L. DELAPORTE, J. FRANÇON, R. LEGRIS, J. PRESSOIR, Arché, 1975, 46, 3 y 4. *Los Salmos de Salomón*, texto griego traducido por J. VITEAU, Letouzey y Ané, París, 1911, pp. 82, 83, 105, 106, 351-361.

En este sentido, se puede comprender mejor la insistencia de Jesús en que no se dé a conocer su condición de Mesías. El evangelio según Marcos es característico a este respecto. Se ha dicho que hay un tema que lo recorre en su integridad, que es el secreto mesiánico de Jesús. Publicar esta misión está formalmente prohibido:

- a los demonios, Marcos 1:34; 3:12,
- a los enfermos curados, 1:44; 5:43; 7:36; 8:26,
- a los muertos resucitados, 5:43,
- a los discípulos, 8:30; 9:9.

Marcos parece tener sistematizado este secreto, preocupado sin duda por evitar una falsa interpretación, de tipo político. Jesús no podía divulgar con claridad su naturaleza y su misión antes de desvelar por su muerte y su resurrección la verdadera significación de sus títulos. El hombre no puede captar a Dios. Es Dios quien se da al hombre.

Marcos tiene empeño en mostrar que toda la actividad terrenal de Jesús pertenece al gran combate escatológico que opone a Dios a Satán. Ese combate alcanza su punto culminante en la cruz y se desanuda en la resurrección. Toda la historia de Jesús es, pues, un acontecimiento escatológico. Por ella, el *eschaton,* o el fin de la historia, se inscribe ya en nuestra historia.

Por eso la existencia de los discípulos, como la de la iglesia, no puede ser una existencia gloriosa., liberada, desembarazada de toda tribulación. Ser creyente es aceptar servir, aunque haya de ser al precio de la adversidad (Marcos 8:31-38; 9:30-37; 10:32-34). Tienen razón los que han llamado al evangelio según Marcos el libro de la epifanía secreta de Dios[132].

No obstante, después de muchas contrariedades, casi al final del ministerio terrenal, cuando Jesús interroga a los suyos camino de Cesarea de Filipo, acerca de los rumores que corren sobre él, Pedro no duda en responder: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mateo 16:13-20; Marcos 8:27-30). Enseguida, cuando el Maestro felicita a Pedro no es por su inteligencia, o por la lógica de sus deducciones, sino mucho más porque había recibido el Espíritu Santo. Es una advertencia para nosotros en este punto al que hemos llegado. Por muy maravillosa que sea la inteligencia

[132] André FEUILLET y André ROBERT, *Introduction à la Bible* (Tournay: Desclée, 1959), tomo II, pp. 216-218. *Cf.* Francis REFOULE, en *Jésus: Génies et réalités* (París: Hachette, 1971), p. 65.

humana, puede disipar ingenuas ilusiones, pero no controlar toda la realidad de la vida. Merece la pena intentar al menos ir más lejos.

2. La preexistencia

Hemos visto que Jesús se identifica con el Mesías anunciado. Más inquietante es el hecho de que afirma haber existido antes de su nacimiento en Belén. Es indemostrable, evidentemente. Pero el mentiroso rara vez queda limpio. Generalmente acaba por traicionarse. El lector deberá, pues, someterse a la prueba de la sinceridad frente a la pregunta: Jesús, ¿tiene aspecto de ser un mentiroso o un cuentista, un creador de fábulas? Pedro, el más realista de los Doce, no duda en escribir que no fue víctima de fábulas imaginadas con habilidad (2 Pedro 1:16).

a. Afirmaciones explícitas de Jesús

- «Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloría que tenía a tu lado antes que el mundo fuese» (Juan 17:5, BJ).
- «...los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo» (Juan 17:24, BJ).
- «…antes de que Abrahán existiera, Yo soy» (Juan 8:58, BJ). Estudiaremos esta declaración más adelante. Observemos ya que implica una singular preexistencia.
- «En el principio existía la Palabra [...]. Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros...» (Juan 1:1,14, BJ).
- «¿Y cuando veáis al Hijo del hombre subir a donde estaba antes?» (Juan 6:62, BJ).

b. Afirmaciones de Pablo

- «…Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza» (2 Corintios 8:9 BJ).
- «…por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo» (Efesios 1:4, BJ).
- «El cual, siendo de condición divina, […] se despojó de sí mismo [...]. Asumiendo semejanza humana…» (Filipenses 2:5-11, BJ).

- «…porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra…» (Colosenses 1:16, BJ).
- «…por su propia determinación y por su gracia que nos dio desde toda la eternidad en Cristo Jesús, y que se ha manifestado ahora en la Manifestación de nuestro Salvador Cristo Jesús...» (2 Timoteo 1:9,10, BJ).

c. Declaraciones implícitas de Jesús

A esta lista, que no es exhaustiva, merece la pena añadir algunas declaraciones implícitas pronunciadas por Jesús:

- «No he sido *enviado* más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 15:24, BJ, énfasis añadido).
- «…que tampoco el Hijo del hombre *ha venido* ha venido a ser servido, sino a servir» (Marcos 10:45, BJ, énfasis añadido).
- «…pues el Hijo del hombre *ha venido* a buscar y salvar lo que estaba perdido». (Lucas 19:10, BJ, énfasis añadido).

d. El Antiguo Testamento

Merecen también nuestra atención estas dos frases mesiánicas del Antiguo Testamento:

- «…de ti sacaré al que ha de ser gobernador de Israel; sus orígenes son antiguos, desde tiempos remotos.». (Miqueas 5:1, BJ). Afirmar que el origen se remonta a la eternidad es una manera de hacer comprender que se escapa al tiempo que se puede medir, así pues, a todo control humano. Esto equivale a decir que el Mesías preexiste eternamente.
- «…y se llamará su nombre "Maravilla de Consejero", "Dios Fuerte", "Siempre Padre", "Príncipe de Paz"» (Isaías 9:5, BJ).

Este texto difícil[133] tiene por marco la espera de un reino de paz cuyo artífice sería Dios mismo. Yahvé ha roto el yugo, el bastón del opresor de

[133] Las distintas traducciones de este texto revelan ya su dificultad. He aquí la del Rabinato francés: «Es que nos ha nacido un niño; un hijo nos ha sido dado. la Soberanía se ha posado en su hombro y se le ha llamado Consejero maravilloso, Héroe divino, Padre de la conquista, Príncipe de la paz».

Por su parte, la traducción ecuménica de la Biblia (TOB) que sigue «lo más de cerca posible el texto masorético, pero iluminándolo por el trabajo de los grandes exégetas judíos de la Edad Media»

su pueblo, es decir el poder de Asur. Nos enteramos entonces de que el Ungido va a subir al trono.

> «El niño, el nacido, el hijo, el que se nos ha dado, no es un menor de edad; es el Ungido que, según el salmo 2, 7 en el momento de su "coronación" […]. Dado que el Ungido es investido con el privilegio de ser lugarteniente de Dios, se le conceden también los títulos reales. […] Es especialmente importante el primero: pues si el Ungido es llamado «maravilloso en el dar consejo», se alude a la deliberación que tiene con el rey del universo (cf. 2 Sam 16, 23); está en conversación permanente con Yahvéh acerca del gobierno del mundo. Los fundamentos de su trono son el derecho y la justicia, y en su reino "no tiene fin la salvación"[134].»

Cualquiera que sea finalmente la traducción que se adopte para este pasaje célebre, difícilmente se podrá poner en duda que atribuye al Mesías títulos emparentados a la persona divina. Se trata de

> «…un rey davídico al cual, contrariamente a los reyes de la historia, se le atribuyen nombres divinos de entronización que son comparables a los títulos del faraón egipcio y tal vez se inspiran en él. El rey adquiere así el perfil de un soberano universal y se encuentra puesto en relación muy próxima con el mismo Dios»[135].

Se lee también en las notas de la TOB, a propósito del título «Dios Fuerte»:

> «Literalmente, Dios-héroe (o valiente). Este título es dado con bastante frecuencia al mismo Dios (*cf*. Isaías 10:21); Deuteronomio 10:17; Nehemías 9:32; Jeremías 32:18; Salmos 24:8; y también Salmos 20:7; 21:2,14), pero se aplica igualmente al rey (*cf*., por ejemplo, Ezequiel 32:21 y Daniel 11:3) que recibe de Dios el espí-

traduce el final de Isaías 9:5 de la siguiente manera: «Se proclama su nombre: Maravilloso-Consejero-Dios Fuerte» (*Ancien Testament*. Édition intégrale, París: Cerf, 1988, pp. 28, 788.)

[134] Gerhard von RAD, *Teología del Antiguo Testamento* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 2000) tomo II, pp. 214-216.

[135] Alfons DEISSLER, «La Composante sociale dans le Message messianique de l'Ancien Testament», en *Bible et Christologie* (París: Cerf, 1984), p. 163.

> ritu de valentía (Isaías 11:2) y al cual su adopción por parte de Dios puede permitir que se le dé un título divino (*cf.* Salmos 45: 7)[136].»

Robert Schroeder va más lejos. Según él, «el título de Admirable y de Maravilloso, a veces traducido por "Misterio, Misterioso" (en hebreo *pele),* es el mismo que se atribuye el Ángel del Señor en Jueces 13:18. Ahora bien, este Ángel se identifica con Dios en el versículo 22 del mismo capítulo[137]».

Los judíos no tenían ciertamente ninguna conciencia de la divinidad del Mesías. Eran demasiado monoteístas para eso. Tenían que comprender, no obstante, que el Cristo estaría tan cerca de él que sería la expresión misma de la divinidad.

En conclusión, hay que aceptar que no hubo nunca un tiempo en que Cristo no estuviera en estrecha colaboración con Dios. Podríamos decir con Ellen G. White:

> «Cristo era uno con el Padre antes de que los fundamentos del mundo se hubieran colocado. Esta es la luz que brilla en un lugar oscuro. [...] Esta verdad sumamente misteriosa en sí misma explica otras verdades igualmente misteriosas, que sin ello serían inexplicables, aun estando al mismo tiempo envueltas en luz, inaccesibles e incomprensibles[138]».

3. El Enviado

Este capítulo será corto pero no desprovisto de importancia. Descansa enteramente sobre un principio de derecho judío repetido unas diez veces en el Talmud: «El enviado *(shaliaj)* es como el hombre mismo por quien es enviado». El mandatario es entonces plenipotenciario. Dicho de otro modo, está revestido de la autoridad de su señor. Esta noción está en la base de la institución apostólica. «A estos doce envió Jesús…» (Mateo 10:5, BJ) tras darles sus instrucciones, debían, manifiestamente, gozar de este privilegio[139].

---

[136] TOB, *Ancien Testament*. Édition intégrale (París: Cerf, 1983), p. 788.

[137] Robert SCHROEDER, *Le Messie de la Bible* (Braine-l'Alleud: Éditeurs de Littérature biblique, 1974), p. 21.

[138] Ellen G. WHITE, *Review and Herald*, 5 de abril de 1906.

[139] Véase RENGSTORF, artículo «Apostolos», en ThWNT.

Jesús dio además una dimensión mística al valor del *shaliaj*. Varias frases son decisivas a este respecto. «Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado» (Mateo 10:40, BJ). Por otro lado, vestir a un desdichado viene a ser vestir al Hijo del hombre en uno de entre los más pequeños de sus hermanos. «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mateo 25:40, BJ).

> «Hay que llegar a la conclusión de que este Hombre llegó a ser tan hombre que, de manera misteriosa pero muy real, tomó e hizo suyos el lugar y el destino de cada hombre. [...] No obstante es verdad que Cristo está particularmente presente en sus enviados, sus apóstoles *(sheljin)* según el uso judío. Pero Pablo especifica con las palabras: "gloria de Cristo" que el enviado de una iglesia no es solamente un mandatario en el sentido jurídico y profano; para quienes lo reciben el jefe del cuerpo está presente en él con toda su gloria, su divina *shekinah.* La *Didaché* ordena también (4.1) honrar "como al Señor a aquel que te anuncia la Palabra. Pues allí donde el Señorío es proclamado, allí está el Señor"[140].»

Valiéndonos de esta información, que con certeza conocían los contemporáneos de Jesús, ya no puede extrañarnos leer que también Jesús es apóstol. «…Considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión, a Jesús, que es fiel al que le instituyó...» (Hebreos 3:1, BJ).

La tradición de Juan repite en varias ocasiones que Jesús es el enviado, (Juan 9:7; 17:3,18; 20:21; 1 Juan 4:10). Por este hecho, es el plenipotenciario de Dios y debe ser considerado como Dios mismo. Y porque es enviado, viene. Viene al mundo en cuanto profeta (Juan 6:14; 11:27; 12:46); viene de lo alto, del Padre (Juan 3:31; 7:28; 8:42) viene para el juicio (Juan 9:36), para la vida (Juan 10:10), para la salvación (Juan 12:47). Y esta venida del enviado reviste tal importancia que, después de una ausencia necesaria, volverá para tomar a los suyos consigo (Juan 14:3,18,23).

Observemos también que el sumo sacerdote al entrar en el lugar santísimo del santuario, el *Yom Kippur* era igualmente *shaliaj*. Así, al atribuir este título a Cristo, el autor de la epístola a los Hebreos introduce uno de sus más grandes temas. Jesús nos fue enviado como representante

[140] Théo PREISS, *La Vie en Christ* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1951), pp. 86, 69, 70.

y lugarteniente de Dios. Regresó a su Padre como sumo sacerdote, representante y lugarteniente de los hombres. «…Cristo no entró en un santuario [...], sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro…» (Hebreos 9:24, BJ). Con una rara audacia, Pablo el visionario afirma que en Jesucristo nosotros estamos ya sentados en los lugares celestiales (Efesios 2:6).

Resumen

Hemos visto que la Biblia enseña categóricamente la preexistencia de Jesús. Presente junto al Padre en su eternidad, fue enviado a la tierra, entre los hombres, investido de la autoridad divina. En él, Dios mismo estaba, pues, presente en medio de nosotros.

Capítulo 4

Los atributos divinos

Nuestras observaciones van a permitir ahora al lector entrar más adentro en el núcleo del secreto de Jesús. Hemos descubierto ya que era, igual que Dios, luz, pastor, roca... En última instancia, podrían reducirse estas afirmaciones a simples comparaciones sin consecuencias de orden ontológico. Pero la rápida investigación a la que vamos a entregarnos nos inclinará sin duda a no minimizar el alcance de esas imágenes.

Se han escrito tratados enteros sobre la naturaleza de Dios. Hay que admitir los límites. Voltaire no se equivocaba del todo cuando bromeaba a propósito de la maravillosa afirmación del Génesis: «Dios creó al hombre a su imagen, pero el hombre se lo devolvió con creces.» Se impone una purificación de la idea de Dios. ¡Cuántos malentendidos en ese ámbito!

Aun así, nosotros no podemos separar nuestra idea de Dios de una serie de atributos, sin los cuales ya no sería Dios: la vida, la inmutabilidad, la verdad, la santidad, la eternidad, la omnipresencia, la omnipotencia. Ahora bien, no se puede escapar a la conclusión de que Cristo posee los mismos atributos.

1. La vida

- «…ella (el Logos, o Verbo, o Palabra) era la vida» (Juan 1:4, BJ).
- «Yo soy la resurrección y la vida…» (Juan 11:25, RVR95).
- «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.» (Juan 14:6, BJ).
- «…Dios nos ha dado la vida eterna y esta vida está en su Hijo.» (1 Juan 5:11, BJ).
- «…Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la Vida eterna.» (1 Juan 5:20, BJ).

En este orden de ideas, Jesús no duda en identificarse con el ser.

Sigámoslo a Jerusalén, donde se celebra la alegre fiesta de los Tabernáculos, que recuerda a los israelitas su salida de Egipto para marchar hacia la Tierra Prometida. Cada día, todo el pueblo, conducido por un sacerdote, bajaba del Templo a la fuente de Siloé, palabra que significa el *enviado*. El sacerdote llenaba en ella un cántaro con agua y la llevaba al

atrio en medio de gritos de júbilo, al son de címbalos y trompetas. El sacerdote subía al altar y derramaba el agua mientras el pueblo cantaba las palabras del profeta Isaías: «Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación» (Isaías 12:3, RVR95)

El evangelista Juan escribe que el último día de la fiesta, Jesús se levantó en medio de la multitud y lanzó estas palabras con voz fuerte: «Si alguno tiene sed, que venga a mí, y beberá el que cree en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva...» (Juan 7:37-39, BJ). ¡Qué promesa! ¡Qué participación maravillosa en la vida que está en Cristo! Y qué audacia, pues Cristo se identifica con Aquel en quien nosotros vivimos, nos movemos y existimos (Hechos 17:28).

Poco tiempo después, una áspera discusión se levantó entre Jesús y los fariseos. Él les dijo: «…si no creéis que *Yo Soy*, moriréis en vuestros pecados. […] Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que *Yo Soy*…» (Juan 8:24,28, BJ).

Los judíos lo acusaron de ser un samaritano, de tener un demonio (Juan 8:48). Él replicó:

> «"Yo no tengo un demonio; sino que honro a mi Padre, [...] si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte jamás"[141] […]
>
> »Le dijeron los judíos: «¿Eres tú acaso más grande que nuestro padre Abrahán, que murió?... ¿Por quién te tienes a ti mismo? […]
>
> »Jesús les respondió:
>
> »"En verdad, en verdad os digo: antes que Abrahán existiera, Yo Soy» (Juan 8:48-58).[142]

Al oír esto, los judíos tomaron piedras para arrojárselas (Juan 8: 59).

Obviamente, Jesús emplea aquí el nombre de la divinidad, explícitamente asociado al origen de la vida y del ser:

- «Yo soy El Sadday…» (Génesis 17:1, BJ).
- «Dijo Dios a Moisés: "Yo soy el que soy"» (Éxodo 3:14, BJ).
- «…yo soy Yahvé, el que te sana» (Éxodo 15:26, BJ).
- «¡Yo soy tu salvación!» (Salmos 35:3, RVR95).

[141] El texto griego no dice: «…no verá la muerte jamás» sino «no la verá»: *eis ton aiôna*.

[142] En la traducción del Nuevo Mundo, de los Testigos de Jehová, se puede leer: «Antes que Abrahán llegara a existir, yo he sido». Esto no se corresponde con el texto original.

- «Yo, yo mismo limpiaba tus delitos por mi respeto…» (Isaías 43:25, BJ).
- «Yo, yo soy tu consolador» (Isaías 51:12, BJ).
- «Pues yo, Yahvé, amo el derecho…» (Isaías 61: 8, BJ).
- «…piadoso soy… no guardo rencor para siempre» (Jeremías 3:12, BJ).
- «¿Soy yo un Dios sólo de cerca… y no soy Dios de lejos?» (Jeremías 23:23, BJ)[143].

Se encuentra exactamente la misma fraseología en el Apocalipsis a propósito de Jesús:

- «Yo soy el Alfa y la Omega» (Apocalipsis 1:8, BJ).
- «…yo soy el que escudriña la mente y el corazón» (Apocalipsis 2:23, RVR95).
- «…yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin» (Apocalipsis 21:6, BJ).
- «Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último» (Apocalipsis 22:13, BJ).
- «Yo soy…, el Lucero radiante del alba» (Apocalipsis 22:16, BJ).

La misma constatación en el evangelio según Juan:

- «Yo soy el pan de la vida» (Juan 6:35, BJ).
- «Yo soy el que doy testimonio de mí mismo…» (Juan 8:18, BJ).
- «…yo soy la puerta de las ovejas» (Juan 10:7, BJ).
- «Yo soy el buen pastor (Juan 10:11, BJ).
- «Yo soy la resurrección y la vida…» (Juan 11:25, RVR95).
- «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Juan 14:6, BJ).
- «Yo soy la vid verdadera…» (Juan 15:1, BJ).

Y en todas partes, el texto griego presenta, en lugar de la forma simple, *eimi = soy*, la forma enfática *egô eimi = yo soy*, que repite el Antiguo Testamento cuando es Dios quien habla[144]. ¿Cómo no quedar impresio-

[143] En la LXX traducción griega del Antiguo Testamento, se encuentra en todas partes *Egô eimi*, como en Juan 8:58.

[144] El pronombre personal *egô* = yo vuelve a los labios de Cristo: 29 veces en Mateo, 17 veces en Marcos, 23 veces en Lucas, 134 veces en Juan que con ello quiere subrayar las reivindicaciones personales de Jesús. Juan quedó impresionado por el carácter trascendente de la vida de Jesús.

nado? Si el fenómeno se presentara una o dos veces, se podría creer en una coincidencia. Pero la constancia del fenómeno demuestra que corresponde a una voluntad determinada.

Volvamos ahora a Juan: «…antes de que Abrahán existiera *(genesthai)*, Yo Soy *(egô eimi)*» (8:58, BJ).

> «De Dios en cuanto Dios, no se podría decir que ha llegado a ser, que vino a la existencia, porque es desde toda la eternidad. Está claro que Juan se propone representar a Jesús como el que reclama para sí mismo el ser independiente del tiempo de la Deidad, en tanto que se diferencia de la existencia temporal del hombre. Tal es el significado del presente "yo soy"[145].»

> «Cayó el silencio sobre la vasta concurrencia. El nombre de Dios, dado a Moisés para expresar la presencia eterna había sido reclamado como suyo por este Rabino galileo. Se había proclamado a sí mismo como el que tenía existencia propia, el que había sido prometido a Israel, "cuya procedencia es de antiguo tiempo, desde los días de la eternidad"[146].»

Días más tarde, tras haber instituido la santa Cena, Jesús fue al huerto de Getsemaní. Con los puños armados de antorchas y lanzas, los soldados de la cohorte y los guardianes de los sacerdotes, guiados por Judas, fueron a su encuentro para detenerlo. Jesús, avanzando hacia ellos, les dijo: «"¿A quién buscáis?" Le contestaron: "A Jesús el Nazareno". Díceles: "Yo soy"» (Juan 18:4, BJ). Una vez más, la respuesta de Jesús en griego se lee: «*Egô eimi* [Yo soy]». Y el escritor observa: «Cuando les dijo: *Egô eimi*, retrocedieron y cayeron en tierra». (Juan 18:6, BJ). ¡Tal es el efecto que produce el nombre de Dios en los que no están en condiciones de oírlo!

2. La santidad

Hemos descrito más arriba la santidad de Jesús en perfecta armonía con su dimensión plenamente humana. No se trata de renegar un ápice de

---

Joachim Jeremias, en su *Teología del Nuevo Testamento*, 6.ª ed. (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1993), dedica un capítulo a «El ἐγώ enfático», pp. 291-296.

[145] Roland E. LOASBY, *Méditation sur la personne de Jésus-Christ, op. cit.*, p. 11.

[146] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes, op. cit*., p. 435.

lo que hemos dicho. Pero una vez más llegamos a una frontera imperceptible. Emil Brunner tiene razón:

> «Aunque en el Nuevo Testamento la noción de santidad esté menos acentuada que en el Nuevo Testamento para designar la esencia divina, sin embargo está supuesta por todas partes y aparece en primer plano allí donde toda la revelación de Cristo y su obra redentora están resumidas en cuanto revelación del nombre: Padre santo, guárdalos en tu nombre, el nombre que tú me has dado» (Juan 17:11)[147].

En el pensamiento hebraico, el nombre designa a la persona. Jesús pide, pues, a su Padre que haga uso de su poder para mantener a la comunidad cristiana en la unidad. Pero añade: «el nombre que tú me has dado». Él recibió la misión de revelar el carácter de Dios (Juan 17:6). Además, el nombre de Dios se le da para compartirlo. En otras palabras: su persona misma es reveladora de Dios. «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre», decía Jesús a Felipe (Juan 14:9, BJ).

> «La Guemará de Jerusalén nos dice que el sumo sacerdote pronunciaba hasta diez veces el Nombre de Yahvé. [...] Esta invocación del Nombre parece tener su correspondencia en Juan 17 con la mención cuatro veces repetida del "Nombre del Padre". [...] La revelación del Nombre del Padre a los hombres, es la comunicación que se les hace de un conocimiento nuevo [...] compromete todas las potencias del hombre y debe llevarlo a comulgar con la vida misma de Dios. La revelación del Nombre del Padre tiene un doble objeto: enseña a los hombres que Dios es el Padre de Jesucristo en un sentido absolutamente único; enseña igualmente que Dios quiere convertirse en su Padre de una manera totalmente nueva[148]».

¡Santo, santo, santo es el Señor! Todo el Antiguo Testamento lo proclama (Levítico 19:3; 20:26; Isaías 6:3). En un primer momento, la santidad lo separa de todos los seres. La palabra hebrea *qadosh* que expresa la santidad contiene la idea de separación. Pero este movimiento de separa-

[147] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, vol. I, *La doctrine chrétienne de Dieu* (Ginebra: Labor et Fides, 1964), p. 173. La tradición manuscrita de Juan 17:11 ofrece muchas variantes. Varias ediciones recientes de la Biblia señalan, como Brunner: «guárdalos en tu nombre que tú me has dado» Biblia de Jerusalén, TOB, Maredsous. No sin razón.

[148] André FEUILLET, *Le sacerdoce du Christ et de ses ministres* (Paris: Éditions de Paris, 1971), p. 49.

ción es inseparable de otro que, al contrario, lleva a querer que todos los hombres lo conozcan y lo reconozcan en un acto de consagración. Y en Cristo es donde se opera el encuentro. Pues Cristo también es santo.

El espíritu impuro que habitaba al poseído de Cafarnaún no evita reconocer: «Sé quién eres tú: el Santo de Dios» (Marcos 1:24, BJ).

Por cierto, más dulce para los oídos de Jesús es la confesión de Pedro: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos muy bien que tú eres el Santo de Dios» (Juan 6:68,69, BJ). Después de Pentecostés, el mismo apóstol proclama en pleno discurso a Jerusalén: «Vosotros renegasteis del Santo y del Justo…» (Hechos 3:14, BJ). Santo, desde su nacimiento (Lucas 1:35) hasta su muerte (Hechos 4:27), Jesús que recibió el Nombre de Dios, comparte con él uno de sus atributos principales.

3. La verdad

En el pensamiento hebraico, la palabra *verdad* evoca una realidad muy concreta, como la solidez, la seguridad, la fidelidad, la constancia. La verdad de Dios es su fidelidad.

> «Yahvé es el Dios de la verdad o de la fidelidad (Éxodo 34:6; Salmos 31:6). En la historia de la salvación, Dios no revela su esencia; muestra solamente que con respecto a su pueblo, cambiante a capricho de las circunstancias, su actitud permanece constante. Por eso esta revelación es, por su misma continuidad, una revelación de la *emet* de Dios, de su fidelidad a la alianza y a la elección (Nehemías (9:39), a sus promesas y a sus beneficios» (Génesis 32:11)[149].

En el Nuevo Testamento, la misma idea se encuentra aplicada a la revelación de Dios en Jesucristo. No se trata de un conocimiento abstracto o teórico, sino de una realidad dinámica. Jesús es la verdad en cuanto persona, no solo por sus palabras, sino en su manera de ser. Él mismo es una manifestación de Dios mismo.

En este sentido, la declaración del apóstol Juan adquiere un relieve conmovedor: «…sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para conocer al Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo» (1 Juan 5:20, BJ). Así pues, estamos en Dios

[149] Hendrik von den BUSCHE y Marc LODS, en *Dictionnaire Encyclopédique de la Bible* (Maredsous: Brepols, 1987), p. 1301.

cuando estamos en Cristo. No se puede afirmar mejor la perfecta simbiosis del Padre y del Hijo. La verdad, atributo divino, se encuentra realmente en Jesús.

4. La eternidad

La palabra *eternidad* no aparece con frecuencia en el Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento griego no posee ninguna palabra en particular para traducirla. Habla solamente de «eras» de «siglos». Aun así, se encuentra la expresión «Dios de eternidad » en Génesis 21:33 y en Isaías 40:28. El equivalente aparece una sola vez en el Nuevo Testamento, de la pluma de Pablo (Romanos 16:26). En cambio, el adjetivo «eterno», los adverbios y expresiones adverbiales relativos a la noción de eternidad se encuentran frecuentemente asociados al nombre de Dios, a su reino o a su trono. La idea es sobre todo que Dios era antes que el mundo fuera, antes de toda criatura. «Antes de ser engendrados los montes, antes de que naciesen tierra y orbe, desde siempre hasta siempre tú eres Dios» (Salmos 90:2, BJ). Además «su tiempo desborda, enmarca, envuelve todos los demás. Él es Dios de eternidad en eternidad[150]».

¿Diremos, con O. Cullmann: «La eternidad…, no difiere del tiempo más que por su carácter ilimitado; es comprendida, por consiguiente, como una línea temporal infinita»[151]? O más bien ¿con K. Barth: «Eterno es el ser en cuya duración el comienzo, la sucesión y el final no son tres cosas, sino una sola y misma cosa única y simultánea. La eternidad es esta simultaneidad, y es así como ha permanecido pura»[152]? Parece seguro que la eternidad de Dios pertenece a una dimensión distinta que nuestro tiempo.

Bástenos con observar aquí que el Nuevo Testamento atribuye a Jesús la misma eternidad afirmada claramente a propósito de Dios. Al principio, antes de que el mundo fuera, Cristo estaba con Dios (Juan 1:2). Él es el alfa y la omega, el comienzo y el fin (Apocalipsis 1:8; 21:6). «…él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia» (Colosenses 1:17, BJ). «Ha llegado el reinado sobre el mundo de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 11:15,

[150] Étienne TROCMÉ, en *Vocabulaire Biblique* (París: Delachaux et Niestlé, 1954), p. 289.

[151] Oscar CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, Barcelona: Editorial Estela, 1967, p. 57.

[152] Karl BARTH, *Dogmatique* (Ginebra: Labor et Fides, 1957), II, 1, 2, p. 363.

BJ; Hebreos 13:21)[153]. «Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 5:13, BJ).

5. La inmutabilidad

La eternidad y la inmutabilidad son la supremacía de Dios sobre el tiempo. La inmutabilidad está emparentada de manera más específica con la fidelidad y la longanimidad. A pesar del pecado, Dios mantiene el plan de su creación (2 Corintios 1:18-22). Podría acabar con el hombre pecador, sin dejar de ser santo, y tal vez precisamente en razón de su santidad. Pero su misericordia es inmutable (Romanos 2:4).

Con el mismo ánimo, se dice que: «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8, BJ).

6. La omnipresencia

La omnipresencia es la supremacía de Dios sobre el espacio. La inmutabilidad y la omnipresencia son las dos caras complementarias de la relación de Dios con el mundo: «Mientras que pertenece a la naturaleza del ser creado ser localizado –aquí y no allí– corresponde al ser de Dios el ser él mismo elevado por encima de esta limitación que él ha impuesto a lo que es creado. Dios "llena" todo el universo, y no hay lugar del universo en que no esté Dios[154]».

Es inútil extenderse. Esta noción es racionalmente inaprensible. Todos nuestros conceptos se inscriben en el tiempo y en el espacio. No está en el poder de nuestra imaginación concebir otra cosa. Pero la Escritura es categórica. «¿Adónde iré lejos de tu espíritu, adónde podré huir de tu presencia? Si subo hasta el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el Seol, allí estás. Si me remonto con las alas de la aurora, si me instalo en los confines del mar, también allí tu mano me conduce, también allí me alcanza tu diestra» (Salmos 139:7-10, BJ). David sabía que Dios lo llena todo. Me viene a la mente el célebre verso de Victor Hugo que describe a Caín cavando una tumba para ocultarse en ella a la mirada divina: «Y el ojo estaba allí, mirando a Caín».

[153] Frente a su eternidad, la condición filiar divina de Cristo plantea un serio problema que examinaremos en el próximo capítulo IV.

[154] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, *op. cit.*, p. 280.

El apóstol Pablo, por su parte, observa que Cristo «…la plenitud del que llena todo en todo» (Efesios 1:23, BJ; Colosenses 3:11). Al despedirse de sus discípulos, Jesús se lo había prometido: «…yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20, BJ). Ninguna contingencia más para él, después de la resurrección.

7. La omnipotencia

No nos es posible extendernos aquí sobre este tema delicado, no obstante no podemos evitar señalar la diferencia entre la enseñanza de la Biblia a propósito del poder divino y la especulación filosófica sobre la *omnipotentia.* «La enseñanza bíblica nos hace ver a Dios ejerciendo su poder sobre todas las cosas, mientras que la idea de *omnipotentia* tiene el valor de un concepto abstracto que significa que Dios lo puede todo[155].» Recordemos la famosa pregunta: ¿Puede Dios crear una montaña tal alta que él no pueda escalarla?... La Biblia no se presta a este tipo de trampas. Existe una manera abstracta de concebir la omnipotencia de Dios que hace desaparecer toda autonomía de la criatura en pro de un determinismo absoluto. Pero entonces, la responsabilidad se vuelve absoluta frente a todas las desgracias que hacen estragos en este mundo.

> «Lo que hay que entender por omnipotencia de Dios en el testimonio de la revelación bíblica, es esa libertad de Dios de disponer en todo tiempo y de la manera que quiera de aquello creado por él. Es un poder divino ilimitado de tal naturaleza que no suprime la autonomía de la criatura, sino que une su existencia totalmente a Dios, y una limitación semejante del poder de Dios, fundada únicamente en la voluntad del Creador y conservador de todas las cosas, no afecta al carácter no condicionado de su libertad, sino al contrario, le concede desplegarse plenamente[156].»

De hecho, el salmista estaba totalmente inspirado al escribir: «Todo lo que quiere Yahvé, lo hace en el cielo y la tierra, en el mar y en los abismos» (Salmos 135:6, BJ). Dios puede lo que quiere, pero no quiere sino lo que es compatible con su ser íntegro, cuya esencia es el amor. Leemos «Dios es amor» (1 Juan 4:16), pero nunca: «Dios es omnipotencia».

[155] Ibíd., p. 269.

[156] Ibíd., p. 273.

Frente al que intenta usurpar el poder divino –que Jesús llama «el Príncipe de este mundo» y Pablo «el dios de este mundo» (Juan 12:31; 2 Corintios 4:4)– y frente a todas las criaturas que se dejan subyugar por él, Dios «…sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguemos a la conversión» (2 Pedro 3:9, BJ). Su reino no aparece, pues, ni incondicional ni absoluto, Jesús nos sugiere que oremos sin cesar para que venga su reino y que su *voluntas* se haga así en la tierra como en el cielo.

> «En la cruz, cuando se cumplió el hecho decisivo de la salvación, esta limitación de Dios por Dios mismo alcanza su apogeo: en la persona de su Hijo, Dios se abandona a la oposición de los hombres y en este abandono revela precisamente el carácter único de su omnipotencia que ningún pensamiento humano sería capaz de descubrir. Dios es hasta tal punto soberano de la marcha del mundo que utiliza la resistencia máxima a su voluntad para cumplir su revelación y desplegar su dominio[157].»

Del mal supremo –la crucifixión de su Hijo muy amado– Dios hace surgir el bien supremo, la restauración del mundo y de los hombres (*cf*. Génesis 50:20). Estamos evolucionando en lo sublime y tocamos el núcleo del problema. El *pantokrator*, o todopoderoso, sobre todo en el Apocalipsis, es el que finaliza todas las cosas para encaminar al mundo hacia la renovación total, el que va a asumir su «…inmenso poder para establecer tu reinado» (Apocalipsis 11:17, BJ; *cf*. 1:8; 4:8; 15:3; 16:7; 19:6; 21:22).

Ahora bien, una vez más, Jesús el Cristo está estrechamente asociado a este *pantokrator*. Al despedirse de sus amigos en su ascensión, declara: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18, BJ; *cf*. Juan 3:35). «Porque Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos» (Romanos 14:9, BJ). «Porque ha sometido todas las cosas bajo sus pies» (1 Corintios 15:27, BJ). El apóstol Pedro es del mismo parecer: «…que, habiendo ido al cielo, está a la diestra de Dios, y le están sometidos los ángeles, las dominaciones y las potestades» (1 Pedro 3:22, BJ). Añadiremos, por último, con el Apocalipsis: «…el Cordero, como es Señor de Señores y Rey de Reyes, los vencerá en unión

[157] Ibíd., p. 276.

con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles» (Apocalipsis 17:14, BJ).

Asociado al combate de su Padre hasta las lágrimas y el sudor de sangre, hasta los salivazos y los desgarros de su carne, Jesús tiene derecho a la gloria gracias a su victoria. Participa en el poder para que se perfeccione y florezca para siempre el triunfo del bien y del amor.

Conclusión

No está cerrada la lista de los atributos de Dios que hemos revisado. Hemos escogido los más evidentes y constatado a cada vez que Cristo los comparte sin reserva con Dios. ¿Sería posible si no fuera él mismo persona divina? Lo que define a una persona son sus atributos, unidos a su esencia propiamente dicha. Aun cuando las palabras resultan torpes para traducir el misterio, debemos admitir que Jesús poseía la divinidad.

Capítulo 5

Obras divinas

En todos los tiempos, la idolatría ha constituido un escollo para los hombres. La palabra *ídolo* tiene la misma raíz que *idea*. Ambas palabras vienen de un verbo griego que significa «ver». La idea es la forma comprensible que reviste un pensamiento. El ídolo es la forma visible que el hombre atribuye a la divinidad. No es, en definitiva, sino una idea humana divinizada. Visto de este modo, a nuestro mundo no le faltan ídolos, aunque no nos sintamos inclinados a prosternarnos ante los ídolos antiguos, hechos de madera o de piedra.

Toda la historia de Israel está marcada por esta dramática impotencia para adorar a un solo Dios. El Dios-Espíritu, que reveló su nombre inefable a Moisés en el trascurso de una inolvidable teofanía cerca de una zarza en llamas que no se consumía, en pleno desierto de Horeb, no bastaba para los sentidos ávidos de un Dios visible y palpable. En múltiples ocasiones a lo largo de la historia, las protestas doloridas del Señor llegarán hasta sus hijos por boca de los profetas.

En este caso, casi siempre, Dios protesta invocando las obras. Los ídolos no son capaces de nada. Por el contrario, Dios actúa. Encontraremos un ejemplo significativo en Isaías. El texto termina con esta constatación desengañada: «A quien se apega a la ceniza, su corazón engañado le extravía. No salvará su vida. Nunca dirá: "¿Acaso lo que tengo en la mano es engañoso?» (44:20, BJ). Los ídolos no son capaces de nada; Dios es capaz de todo. Ahora bien, Jesús podía afirmar: «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo» (Juan 5:17, BJ). Examinemos esto más de cerca.

1. La creación

- «En el principio creó Dios el cielo y la tierra» (Génesis 1:1, BJ).
- «En el principio existía la Palabra... junto a Dios. [...] Todo se hizo por ella» (Juan 1:1-3, BJ).
- «…habló Dios [...]. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo..., por quien también hizo el universo… (Hebreos 1:1,2, BJ).

- «…porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, tronos, dominaciones, principados, potestades: todo fue creado por él y para él» (Colosenses 1:16, BJ).

Hay un matiz interesante que probablemente no pasará por alto el investigador. Los textos muestran a veces al Padre como fuente o causa primera de la creación, y a Jesús como medio de acción o causa intermedia. Así, el apóstol Pablo escribe a los romanos: «…¿quién le dio primero que tenga derecho a la recompensa? Porque de él [*ex autou*], por él y para él son todas las cosas. ¡A él la gloria por los siglos! Amén» (Romanos 11:35,36, BJ). Pablo dice literalmente «fuera de él [*ex autou*]», y repite lo mismo a los Corintios: «…para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden [*ex ou*] todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por él» (1 Corintios 8:6, BJ).

Un matiz similar se desprende de Hebreos: «Convenía a aquel [Dios, el Padre] por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten...» (Hebreos 2:10, RVR95). A la inversa, no se encuentra ninguna declaración que sitúe en Cristo la causa primera. Es realmente el Padre quien creó todas las cosas (Efesios 3:9) por intermedio del Hijo.

Esto es conforme a todo lo que nosotros sabemos del Padre y del Hijo: están siempre juntos y hacen todo juntos, pero siempre bajo la iniciativa del Padre.

2. La creación sustentada

El poder de Dios no se manifiesta solo en el nivel de la creación sino también en el del mantenimiento y el cuidado de ella. El mundo no queda abandonado al azar. A pesar de la obra de un enemigo al que debemos la cizaña y la desarmonía (Mateo 13:28), la obra divina sigue llevando la impronta de su autor. La permanencia de las leyes sin las cuales la vida se volvería imposible se debe, entre otras cosas, a la inmanencia divina. «Por la voluntad de Dios el universo subsiste (Apoc. 4:11). Si Dios cesase de tenerlo en mente, de quererlo, de cuidarlo, el mundo cesaría de existir. (Neh. 9:6)[158]».

[158] Alfred-Félix VAUCHER, *La historia de la salvación* (Madrid: Editorial Safeliz, 1988), p. 104.

El misterioso cosmos que nos impresiona por su inmensidad, no es solamente una cantidad fría e impersonal de galaxias que se extienden hasta el infinito, sino un universo controlado y dirigido por Aquel de quien Jesús ha revelado el amor. Puede inquietarnos cierta ausencia de Dios. No obstante, la presencia de Dios debe darnos seguridad.

Ahora bien, también aquí Cristo está estrechamente asociado con su Padre. «…todas las cosas en el subsisten» (Colosenses 1:17, RVR95). Siendo el reflejo de la gloria divina y la impronta de su persona, «el que sostiene todo con su palabra poderosa» (Hebreos 1:3, BJ)[159].

> «El Padre y el Hijo son inseparables. El Hijo revela al Padre, es el reflejo del Padre. Cuando miramos el sol, no vemos el sol sino sus rayos; tampoco vemos al Padre sino al Hijo, pues el Padre es invisible, "habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver" (1 Tim. 6:16)[160].»

> «En el Nuevo testamento, la gloria *(doxa)*, significa casi siempre la naturaleza divina en cuanto manifestada a los hombres (*cf.* Juan 1:14; 2:11); implica un matiz de luz radiante (*cf.* Apocalipsis 21:23; 2 Corintios 4:6). Decir que el Hijo es el resplandor de la gloria es expresar, en una metáfora de una luz reflejada, su relación directa con el Padre que es luz, la comunidad de naturaleza de ambos, lo que la teología posterior llamaría la consustancialidad[161].»

El autor de la epístola a los Hebreos insiste. Añade que el Hijo es «impronta de su sustancia» del Padre. La versión francesa de Louis Segond traduce: «la impronta de su persona», pero «substancia» corresponde perfectamente al original. La palabra griega *charaktêr*, traducido como «impronta», es más fuerte que imagen. La imagen puede no representar sino una semejanza. La impronta es el sello exacto. No deja lugar a que vague la imaginación. Jesús es la exacta representación de Dios. Tal es el

---

[159] *«Apaugasma tês doxês»*, en Hebreos 1:3, subraya la majestad del Hijo; *«Charaktêr tês hypostaseôs»*: recuerda su conformidad con el Padre. «El rol cósmico del hijo es sobrehumano. De ahí la tentativa de definir la naturaleza divina de ese revelador excepcional y sus relaciones con Dios. A falta de términos adecuados, hay que usar metáforas; aquí, *apaugasma* es resplandor. [...] *Apaugasma* expresa, pues, una triple noción: el origen divino, la semejanza con Dios, la individualidad personal» (Ceslas SPICQ, *L'Épître aux hebreux*, París: Gabalda, 1977, pp. 59-60).

[160] «Resplandor» [Hebreos 1:3], *Comentario bíblico adventista del séptimo día* (*CBA*), tomo 7, *Filipenses a Apocalipsis*, ed. F. D. Nichol, trad. V. E. Ampuero Matta, 2.ª ed. (Boise, Idaho: Publicaciones Interamericanas, Pacific Press Publishing Association, 1990), p. 7:411.

[161] Ceslas SPICQ, *L'Épître aux Hébreux*, *op. cit.*, p. 60.

Hijo, así es el Padre. Hasta tal punto que Jesús puede afirmar: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10:30, BJ).

La epístola a los Hebreos recuerda con claridad que «El Hijo participa de manera muy especial en la gloria del Padre. No es solo semejante al Padre. Es de la misma esencia, aunque le esté subordinado[162]». Se encuentra además en este pasaje una clara alusión al triple oficio de Cristo: es profeta, ya que Dios habla a través de él; es sacerdote, ya que efectúa la purificación de los pecados; es rey, ya que está sentado a la derecha de Dios. Sabemos que la epístola en su integridad desarrolla estos temas de un modo magistral. En esos ámbitos también Jesús actúa con Dios

3. La creación restaurada

a. La redención

- «…yo sé que mi Redentor vive» (Job 19:25, RVR95).
- «Nuestro redentor, cuyo nombre es Yahvé Sebaot, el Santo de Israel…» (Isaías 47:4, BJ).
- «Así dice Yahvé, tu redentor, el Santo de Israel. Yo, Yahvé, tu Dios, te instruyo en lo que es provechoso y te marco el camino por donde debes ir» (Isaías 48:17, BJ).

Así es la obra de Dios. Y he aquí la de Cristo:

- «…Jesús… partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades» (Mateo 11:1, BJ).
- «…justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Romanos 3:24, RVR95).

Esta noción es omnipresente en el Nuevo Testamento. No es, pues, necesario multiplicar las citas. El Hijo y el Padre son inseparables en la obra de la redención. Jesús poseía incluso el derecho de perdonar los pecados (Marcos 2:5-12; Juan 1:29).

b. La resurrección

En Job 19:25-27, la redención está estrechamente ligada a la resurrección. A este respecto, el Nuevo Testamento asigna el papel principal a Cristo. «…llega la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán

[162] Jean HERING, *L'Épitre aux Hébreux* (París: Delachaux et Niestlé, 1954), p. 22.

su voz y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida…» (Juan 5:28-29, BJ).

- «Porque como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere» (Juan 5:21, BJ).
- «Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día» (Juan 6:40, BJ).
- «El mismo Señor bajará del cielo […], y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar» (1 Tesalonicenses 4:16, BJ).

El Padre y el Hijo, al tener la vida en sí mismos, son señores de la vida y de la resurrección.

c. El juicio

Dios deja que las naciones sigan sus propios caminos (Hechos 14:16), pero en el momento oportuno intervendrá para restablecer el orden y la armonía. Es una de las condiciones inherentes a las promesas hechas a los elegidos. En el éxodo de Egipto, Dios no podía salvar a su pueblo más allá del mar Rojo sino volviendo a cerrar las aguas sobre los que se obstinaban en obstaculizar el plan de la salvación. Actuará de igual modo cuando los tiempos se hayan cumplido. No hay reparación sin sanción. El Nuevo Testamento, igual que el Antiguo, proclama la universalidad del juicio, al cual los mismos ángeles no escaparán. La realización del amor de Dios está condicionada por el juicio. «…para el día en que Dios juzgará las acciones secretas de los hombres, según mi Evangelio, por Cristo Jesús» (Romanos 2:16, BJ). «…porque ha fijado el día en que va a juzgar al mundo según justicia, por el hombre que ha destinado, dando a todos una garantía al resucitarlo de entre los muertos» (Hechos 17:31, BJ).

«…la representación de este mundo pasajera» (1 Corintios 7:31), –dice también el apóstol Pablo–. «Pero nosotros somos ciudadanos del cielo de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas» (Filipenses 3:20,21, BJ).

Entonces, la creación será restaurada. Misión cumplida por toda la Divinidad.

Capítulo 6

Culto, oración y adoración

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos cuenta una historia apasionante. Describe la extraordinaria obra de construcción en la que se edifican las iglesias de Cristo, bajo el impulso constante del Espíritu Santo. Si todo empezó como una lámpara brillando en un lugar oscuro, nos quedamos atónitos por la rapidez del desarrollo. Alrededor de treinta años después de la ascensión existían ya las grandes iglesias a las cuales se dirigen las epístolas del Nuevo Testamento.

La resurrección engendró el estremecimiento de la comunidad cristiana que está despertando a un culto nuevo. Desde hacía tiempo, los discípulos sentían hacia su maestro una religiosa veneración. Jesús se había atrevido a decir: «…para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo ha enviado» (Juan 5:23, BJ). Pero es la resurrección la que ha transformado el respeto en adoración y la esperanza en plegaria.

Desde antes de la conversión de Saulo de Tarso, el testimonio de Esteban es impresionante. Arrastrado por quienes le oían llenos de ira, y lapidado por ellos, el valeroso diácono exclama: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios» (Hechos 7:56, BJ). Eso era proclamar que Jesús es el Señor.

> «Hay que buscar en esta línea –dice de Grandmaison–, las asociaciones de creencias, pensamientos, recuerdos y sentimientos que explican, en la medida que puede explicarse humanamente, el hecho generador de todo el dogma cristiano, la adoración común de Jesús, desde los primeros tiempos, por todos sus fieles[163]».

Es verdaderamente extraordinario que los primeros cristianos surgidos de medios judíos tan fuertemente monoteístas, hayan continuado dirigiendo su adoración y sus oraciones a Dios, el Padre, haciéndolo al mismo tiempo a Jesús reconocido como Dios, antes de la entrada en la iglesia de los discípulos helénicos. Es verdad que empleaban fórmulas matizadas y modestas. No obstante, tenían toda su esperanza, sin restric-

[163] Léonce de GRANDMAISON, *Jésus-Christ, op. cit.,* II, p. 566, que cita a su vez a Fernand MÉNÉGOZ, *Le problème de la prière* (París y Estrasburgo: Librairie Istra, 1925), p. 285.

ción alguna, puesta en su Señor. Confiaron en él en este siglo presente y en el siglo futuro.

Así sucedió con Esteban, «lleno de gracia y de poder», mientras su rostro brillaba «como el de un ángel» mientras sucumbía bajo las piedras homicidas orando: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Es seguro que los más antiguos discípulos rendían a su Maestro el homenaje supremo de la adoración. Bajo la influencia del Espíritu, se organizó muy pronto un culto al margen del templo, en el cual los elementos generadores fueron la conmemoración del Señor, la oración y la fracción del pan.

En cuanto a Saulo, metamorfoseado en apóstol de Jesucristo, no quería saber otra cosa que Jesucristo (1 Corintios 2:2) hasta el punto de poder lanzar esta fórmula radiante: «…para mí el vivir es Cristo…» (Filipenses 1:21, RVR95).

La oración más antigua surgida de la liturgia cristiana es sin duda *Maranatha,* que probablemente hay que leer *Marana tha,* lo que quiere decir: «Nuestro Señor, ven», oración que cierra el Apocalipsis: «¡Ven, Señor Jesús!» (22:20, BJ). Esta invocación era tan popular que Pablo no juzga necesario traducirla (1 Corintios 16:22). Ella resume la aspiración de todos los cristianos consecuentes.

Desde el principio al fin de su ministerio, Jesús no cesó de orientar a los discípulos hacia su Padre. «Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro...» En otras partes los exhorta a orar en su nombre (Juan 14:13). Sin embargo, los urge también a venir a él (Mateo 11:28). Según san Pablo, fue soberanamente elevado y recibió el nombre que está por encima de todo nombre, «Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:9-11, BJ). El mismo apóstol nos invita a confesar con nuestra boca al Señor Jesús, porque es así que se alcanza la salvación (Romanos 10:9-11).

En la epístola a los Hebreos, Dios mismo ordena a los ángeles que adoren a su Hijo (1:6).

El Apocalipsis es un libro muy significativo a este respecto. Importantes trabajos han mostrado que se alimenta de liturgias a la vez terrenales y celestiales[164]. Los primeros credos estuvieron centrados en la confe-

[164] *Cf.* Pierre PRIGENT, *Apocalypse et Liturgie* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1964) y Jean de MONLÉON, *Le sens mystique de l'Apocalypse* (París: Nouvelles Éditions Latines, 1984).

sión de Jesús como Señor. Daremos un solo ejemplo del culto celebrado a la gloria de Cristo.

Durante una de sus visiones celestiales, Juan vio en la mano de Dios un rollo extraño, escrito por ambas caras y sellado por siete sellos. Para despertar la curiosidad del apóstol, un ángel exclama: «¿Quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos?» Ahora bien, el Cordero está presente, Cuatro seres vivientes y veinticuatro ancianos se postran ante él. Y cantan un cántico nuevo, diciendo: «Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos...» Entretanto, una multitud de ángeles aparecen alrededor del trono, uniendo sus voces a las de los santos. Había miles de miles, millares de millares, un número imposible de evaluar, y aclamaban:

> «"Digno es el cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza." Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, respondían: "Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos." Y los cuatro Vivientes decían "Amén"; y los Ancianos se postraron para adorar» (Apocalipsis 5:1-14, BJ).

Recordemos que en el lenguaje bíblico decir que Jesús es digno de recibir la gloria es reconocer explícitamente su divinidad. El hecho es tanto más extraordinario cuanto en el mismo libro del Apocalipsis se nos dice que el mismo Juan cayó a los pies de un ángel, durante una conversación con él. Pero el ángel lo reprendió: «¡Mira, no lo hagas! Yo soy consiervo tuyo…» (Apocalipsis 19:10, RVR95). Jesús, en cambio, reacciona de un modo muy distinto, cuando Tomás, al fin convencido de la resurrección, exclamó: «"Señor mío y Dios mío." Dícele Jesús: "Porque me has visto has creído"» (Juan 20:26-29, BJ). Es el último velo que cae[165].

[165] *Cf*. Hermann KLEINKNECHT, Gottfried QUELL, Ethelbert STAUFFER y Karl Georg Gerhard KUHN, *Dieu, Dictionnaire biblique Kittel*, trad. Hormut Lucke (Ginebra: Labor et Fides, 1968), p. 90.

Capítulo 7

Jesús, llamado Dios

La importancia del nombre es algo reconocido entre todos los pueblos. Vale para la persona que representa, hasta el punto de que insultar al nombre equivale a causar un daño a la persona. Al contrario, exaltar el nombre es glorificar a la persona. Borrarlo es atentar contra la vida misma de la persona. Así se explica la práctica de borrar con cincel y a martillazos ciertos nombres en muchos monumentos antiguos, en Egipto y otros lugares, A la inversa, poner nombre, nombrar, a un ser es, de alguna manera, llamarlo a la existencia. Esta identificación práctica del nombre con la persona ha dado lugar, por supuesto, a extraños abusos, desembocando en la magia que la Biblia condena sin reservas. Entender bien esto, arroja cierta luz sobre textos como Génesis 2:18-24, Éxodo 3:11-14 o Isaías 52:6. Existe un culto al nombre divino. Este nombre, en la antigua alianza, era impronunciable. En la nueva, estamos invitados a orar para que el nombre del Padre sea santificado.

Ya hemos tenido ocasión de señalar, de paso, que el nombre del Hijo se asocia a menudo al nombre del Padre en pie de igualdad. Los ejemplos son abundantes: Mateo 28:19; Juan 5:19; 14:7,23; 1 Corintios 1:3; 2 Tesalonicenses 2:16, y otros. Ha llegado el momento de que nos preguntemos si Jesús es a veces llamado claramente Dios. Reconozcamos que, en el punto al que hemos llegado, debemos admitir una presunción favorable. Jesús es identificado con el Mesías anunciado; su preexistencia es innegable; Dios lo envió entre nosotros como plenipotenciario; participa en todas las obras divinas y es objeto del culto divino, recibiendo plegarias y adoración de los hombres y los ángeles. ¿Puede imaginarse simbiosis más perfecta? Nos faltan palabras para expresar toda la intimidad, toda la comunión que unen al Padre y al Hijo. Solo la magia del nombre puede lograrlo, como en un matrimonio en el que el marido da su apellido a la esposa y la esposa adopta el apellido del marido, manifestando así su voluntad común de no ser ya dos sino uno.

Desde esta perspectiva, me gusta especialmente la lección de los antiguos manuscritos de Juan 17:12: «yo los guardaba *en tu nombre; a los que me diste*» (RVR95). Nos protege en el nombre que él mismo ha recibido, a fin de que por nuestra parte podamos acceder a la comunión divina. «…para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que

ellos también sean uno en nosotros» (Juan 17:21, BJ). Es la cima más alta que haya alcanzado jamás una palabra humana.

La imagen del matrimonio me parece típica de algo que convendrá recordar a propósito de los nombres divinos de Jesús. Una exposición sistemática de este problema requeriría un libro completo. Nos limitaremos a señalar lo que nos parece más significativo en relación con nuestro tema.

1. El Antiguo Testamento

No volveremos a insistir en Miqueas 5:2 e Isaías 9:5 de los cuales hemos hablado ya. Son las únicas declaraciones explícitas de la divinidad del Mesías. En cambio, existen textos en los que el nombre sagrado Yahvé se emplea en el Antiguo Testamento y se aplica a Jesús en el Nuevo. Esto es tanto más significativo cuanto Dios se muestra celoso de ese nombre: «Yo, Yahvé, ése es mi nombre; mi gloria a otro no cedo...» (Isaías 42:8, BJ). El salmista Asaf dice también: «¡…para que sepan que tu nombre es Yahvé, Altísimo sobre toda la tierra!» (Salmos 83 [82]:19 [18], BJ).

El Nuevo Testamento aplica el nombre de Yahvé a Cristo, ejemplos:

- Salmos 68:18-19 y Efesios 4:8-10; el apóstol Pablo, de formación rabínica, sabía a qué atenerse. No podía elegir esta referencia a la ligera.
- Salmos 102:19-29 y Hebreos 1:10-12, particularmente dirigidos a judíos.
- Isaías 40:3 y Mateo 3:3, destinado también a los cristianos de origen judío.

Estas referencias invitan a pensar que los judíos que se hicieron cristianos no dudaban en dar a Cristo el nombre de Yahvé.

2. El apóstol Pablo

Empezamos por Pablo porque su testimonio es uno de los más antiguos del patrimonio neotestamentario. Muchos de los nombres que encontramos en los evangelios y en los Hechos no figuran en parte alguna en sus escritos. Es el caso de Rabí, Rabboni, Maestro, Profeta, Hijo de David, Hijo de María, Hijo de José, Hijo del hombre, Rey de Israel, El que ha de venir, el Santo, el Justo. ¿Los conocía? ¿Los desdeñó porque

no expresaban lo suficiente su veneración por Jesús? Es difícil dar una respuesta.

a. Señor-Kyrios

Sus nombres preferidos parecen ser Jesús, Cristo y Señor. Jesús es utilizado menos de 200 veces; Cristo, más de 400. Es la palabra estrella de las epístolas. «Jesús» ha seguido siendo para san Pablo el nombre propio por excelencia de Cristo, pero suele ir acompañado de títulos eminentes: «Nuestro Señor Jesucristo». *Jesús* es ese hombre que Dios resucitó y a quien confía la dignidad del Cristo, Salvador mesiánico. *Cristo***,** en cambio, supone generalmente el ser preexistente que se manifestó en un hombre, Jesús de Nazaret.

Se encuentra:

- 4 veces «Hijo de Dios» (Romanos 1:4; 2 Corintios 1:19; Gálatas 2:20; Efesios 4:13).
- 2 veces «el Hijo» (1 Corintios 15:28; Colosenses 1:13).
- 11 veces «su Hijo» (Romanos 1:3,9; 5:10; 8:3,29,32; 1 Corintios 1:9; Gálatas 1:16; 4:4,6; 1 Tesalonicenses 1:10).

Es de destacar que el apóstol emplea al menos 138 veces la expresión «nuestro Señor». A sus ojos, «Señor» es el verdadero título, empleado siempre con una profunda deferencia. No olvidemos que Saulo fue «atrapado» en el camino de Damasco (Filipenses 3:12). Su fe se inflamó al contacto con el Cristo glorioso. «Cristo es para él el Señor que reina, ejerce su autoridad, impone preceptos; y si la actitud del creyente está hecha de fe en él, no lo está menos de obediencia a sus órdenes[166].»

El teólogo católico L. Cerfaux dedicó un estudio profundo al significado que san Pablo confiere al nombre «Señor», aplicado a Cristo[167]. Existen varias teorías contradictorias acerca de este tema. Por ejemplo, por el hecho de que el título religioso *Kyrios*, de origen oriental, designaba a las divinidades situadas en el centro de los cultos místéricos, habría que buscar en Antioquía, en tierra helenística, el origen del culto del Señor Jesús. Dicho culto sería una réplica exacta del culto a los emperado-

[166] Vincent TAYLOR, *La Personne du Christ dans le Nouveau Testament*, *op. cit*., p. 54.

[167] Sobre el tema *Kyrios* en el Antiguo y el Nuevo Testamento, véase Lucien CERFAUX, en *Dictionnaire de la Bible*, ed. F. VIGOROUX, Supplément V, col. 200-228; Lucien CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul* (París: Cerf, 1951), pp. 345-360; Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, *op. cit*., pp. 263-311.

res y los reyes orientales. Cuando llegaron las persecuciones, parece que la simetría se volvió antagonismo, y los cristianos tenían que escoger entre el *Kyrios Christos* y el *Kyrios Caesar*.

> «A estas teorías tan aventuradas –dice Cerfaux– se les opone a menudo una respuesta simplista. Ese título, *Kyrios*, dado a Jesús sería el nombre propio que Dios tenía en el Antiguo Testamento: decir que Jesús es *Kyrios* es afirmar su divinidad puesto que recibe el nombre propio que Dios se había reservado a sí mismo, *Kyrios-Adonai-Yahvé*[168].»

Cullmann considera dicho título como perteneciente a las intuiciones fundamentales del cristianismo, especialmente en relación con la resurrección y la parusía. La resurrección entroniza a Cristo en su función señorial. Llamado a la derecha de Dios, él es el soberano que prepara su regreso.

La iniciativa de llamar a Jesús «Señor» no pertenece a Pablo. La controversia del apóstol Pedro acerca del Salmo 110, en Jerusalén, después de Pentecostés, parece indicar que este uso se remonta hasta el mismo Jesús (Hechos 2:32-36,21; Juan 13:13)[169]. Pero Pablo sistematizó este uso. Aunque hay que señalar que, en su vocabulario, el Padre sigue siendo el Señor supremo. Aplicado al Padre, el título Señor conserva su valor de nombre propio. Pero Cristo es su lugarteniente, reina en el lugar de Dios. Por consiguiente, se establece un paralelismo entre *Theos* y *Kyrios* aplicado a Cristo.

Esto destaca en particular del gran pasaje cristológico de la epístola a los Filipenses (2:5-11), en el que Pablo afirma que el nombre atribuido a Cristo es el nombre inefable que pertenece al Padre en el Antiguo Testamento y que expresaba su poder. Él, que había sido doctor de la ley, sabía evidentemente que la traducción griega del Antiguo Testamento llamada

[168] Lucien CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul, op. cit.*, p. 347. Véase Joseph BONSIRVEN, *Exégèse rabbinique et exégèse paulinienne* (París: Beauchesne et ses fils, 1939), p. 377.

[169] «Jesús sumió un día a los fariseos en un gran aprieto al recordarles las primeras palabras del Salmo 110. "¿De dónde viene, les preguntó, que David que hablaba por el Espíritu, llamara a Cristo Señor? Si le llama Señor, ¿cómo es que es hijo suyo?" Él quería obligarles a reconocer que, si el Cristo desciende de David por la carne, tiene al mismo tiempo un origen celestial, y se encuentra siendo a la vez el Hijo y el Señor de David; así pues, no se le puede acusar de blasfemo si proclama su divinidad (Mateo 22:41-46; Marcos 12:36; Lucas 20:42).» (Jacques KALTENBACH, *Le Livre qui chante la Gloire de Dieu*, Estrasburgo: Oberlin, 1949, p. 252).

de los Setenta transcribe siempre el nombre de *Yahvé* por *Kyrios*. A menudo, el Nuevo Testamento aplica sin más a Jesús pasajes en los que esta palabra designa a Dios en el Antiguo Testamento. Tal es el caso, por ejemplo, en Isaías 45:23, pasaje citado en el himno de Filipenses 2:10, en que las criaturas doblan la rodilla y confiesan la soberanía del *Kyrios* Jesús.

Cullmann cita Hebreos 1:10 como el ejemplo más sorprendente.

> «Se trata de una cita de Sal 102, 25ss: "Tú, Señor, desde el principio fundaste la tierra; y los cielos son obra de tus manos". El texto del antiguo testamento alude obviamente a Dios Padre, Creador. Pero el autor de Hebreos, aplicando a Jesús el nombre de *Kyrios*, no vacila en dirigirse a él con las palabras de ese salmo presentándole así como creador de cielo y tierra. El mismo autor había dicho expresamente (*cf*. Heb 1, 8) que esa cita –como la anterior de Sal 45, 7s, donde aparece incluso el término Dios (ὁ Θεός)– se refiere al Hijo[170].»

En definitiva, la enseñanza de Pablo no carece de matices. Como perfecto pedagogo, toma en cuenta la gran sensibilidad judía al recurrir a confesiones binarias: «para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por él» (1 Corintios 8:6, BJ). Pero al mismo tiempo asocia estrechamente al Hijo con el Padre en la obra divina de la creación desde el principio, hasta tal punto que el título de *Kyrios* adopta muy claramente una significación divina, sin perjuicio de la primacía del Padre.

> «El hecho de que a Jesús se le atribuya el nombre *Kyrios* tiene otra consecuencia: todos los títulos que se atribuían a Dios –a excepción del de *Padre*– pueden aplicarse en adelante a Jesús. Si, conforme a la fe primitiva, se le ha concedido a Jesús el nombre "sobre todo nombre", es decir, el nombre mismo de Dios (Señor, *Adonai*, *Kyrios*), eso significa que se le pueden aplicar, sin límite alguno, los restantes atributos divinos[171].»

En resumen, el nombre de *Kyrios-Señor*, aplicado a Jesús, constituye realmente un título divino. A pesar del monoteísmo judío, el teólogo Pa-

[170] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, *op. cit.*, p. 308.

[171] Ibíd., p. 311.

blo ha situado al Señor-Jesús en perfecta simbiosis con el Señor-Dios. Su fe fue llevada por la certeza de que Cristo es en lo sucesivo el centro del culto y el origen de la santificación sin la cual nadie verá al Señor. De él es de quien depende la salvación. Así pues, él ha recibido el nombre por encima de todo nombre que lo incorpora, más allá de su dignidad de Señor, a la intimidad inefable e inaccesible de la sustancia divina. «¿Podría una criatura traspasar el umbral de ese santuario? Cristo no introduce en él su humanidad sino porque su persona no la ha abandonado nunca. Vamos más allá de lo que fue la historia temporal de Cristo y penetramos en su estado de eternidad[172].»

b. ¿Pablo llama Dios a Jesús?

No es fácil responder a esta pregunta de manera categórica. Por otra parte, no tiene demasiada importancia, ya que el título *Kyrios*, profusamente empleado, presupone la divinidad de Cristo, y da cuenta de su soberanía presente. Así pues, no nos sorprendemos al constatar que el gran apóstol reserva generalmente el nombre *Theos*, Dios, a la persona divina que él llama Padre y que nosotros mismos aún hoy solemos entender al decir Dios. El paso del monoteísmo judío a la noción cristiana de familia divina, Padre-Hijo-Espíritu, seguramente no dejó de llamar la atención a un teólogo tan consecuente. Por eso, Pablo no cambió fundamentalmente su manera de hablar de Dios. El Dios-Padre es el Dios del Antiguo Testamento, que él llama «su Dios»:

- «…doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo…» (Romanos 1:8, BJ; Filipenses 1:3; Filemón 4).
- «…temo que cuando vuelva, me humille Dios entre vosotros...» (2 Corintios 12:21).

Mantiene la aclamación solemne «un solo Dios» (1 Corintios 8:6) y conserve el giro del Antiguo Testamento: Dios de paz, Dios de paciencia y de consuelo[173], Dios de juicio (Romanos 2:1-16).

Sin embargo, tiene razón Cerfaux al señalar que *Theos* no es solamente el nombre propio del Padre.

---

[172] Lucien CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul*, *op. cit.*, p. 385.

[173] *Cf.* Ibíd., p. 388. Romanos 15:33; 16:20; 1 Tesalonicenses 5:23; Filipenses 4:9; 1 Corintios 14:33; Romanos 15:5.

> «El término *Theos* dice otra cosa además de la persona de Dios. Significa también la manera de ser de su divinidad y representa la naturaleza y los atributos de Dios. Se ve con claridad, tanto en el ámbito del Antiguo Testamento como en el de la fe nueva, que se inicia una distinción entre la persona de Dios (de Dios Padre) y su naturaleza o sus atributos. [...] Distinguimos, pues, entre la persona, el que quiere, que concibe planes, que crea, que envía a su hijo, a su Espíritu, etcétera, y la naturaleza, las maneras de esta na[174].»

Habiendo enunciado esta precisión, podemos considerar con total libertad los textos en los que Pablo podría haber llamado Dios a Jesús.

c. Romanos 9:5

La exégesis de este texto, citado con frecuencia, tiene ya una larga historia. Está llena de controversias. Esto tiene que ver con el hecho de que los manuscritos griegos no tienen ninguna puntuación. Por consiguiente, el traductor puede leer el pasaje de cuatro maneras distintas:

1. «... de quien salió, según la carne, Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito eternamente» (L. Segond, Jerusalem, TOB, Maredsous, Turmel-Delafosse, D. Brown, Tertuliano, Lagrange, Bonsirven, Amiot, Cullmann; Guignebert, Sanday y Headlam, Moulton, y muchos otros, incluido Chouraqui). En este caso, Cristo es llamado Dios por encima de todas las cosas, bendito eternamente.
2. «... de quien ha salido, según la carne, Cristo que está por encima de todas las cosas. Dios sea bendito eternamente.» Aquí la doxología no se aplica ya al Hijo sino al Padre.
3. «... de quien ha salido, según la carne, Cristo. Que Dios, que está por encima de todas las cosas, sea bendito eternamente» (Erasmo, Tischendorf, Socino, Wettstein, Sember, Boehme, Rueckert, Winzer, Reiche, Koeliner, Baur, Zeller, Ewald, Reuss, Goguel-Monnier, H. Meyer, J. Denney, C.A. Anderson Scott, C.H. Dodd, V. Taylor, y otros que piensan que Pablo no llama nunca Dios a Jesús). La doxología más completa está dirigida al Padre.

[174] Ibíd., pp. 388, 389.

4. «... de quien ha salido, según la carne, Cristo. Él está por encima de todas las cosas Dios bendito eternamente.»

En las cuatro propuestas hemos mantenido poco más o menos las mismas palabras para que el lector no especialista pueda ver que las diferencias proceden únicamente de la puntuación. Alphonse Maillot, que se ha quedado con la última opción, traduce: «...y es de ellos de quien viene Cristo en cuanto hombre. ¡Y que él, que está por encima de todo, sea bendito por siempre[175]!»

Este texto es uno de los más discutidos del Nuevo Testamento, y los especialistas aguzan sus argumentos para justificar sus conclusiones. Es imposible entrar aquí en sus debates. Escuchemos solamente a tres de entre ellos, entre los más grandes y más recientes.

Cerfaux piensa que Pablo tiene por norma no llamar a Jesús Dios.

> «Para afirmar que viola su propia norma, se necesitarían textos muy evidentes. El texto de Romanos 9:5 [...] ¿es lo bastante claro para afirmar que Pablo, al menos una vez, ha derogado su costumbre? No creemos que sea así, a pesar de las autoridades competentes y de las buenas razones que pueden aportarse en favor de otra exégesis. Estamos, en primer lugar, en presencia de una doxología. [...] Pablo ha continuado los usos habituales de las sinagogas. [...] Nada se opone a mantener a Dios en la doxología habitual y por ello a preservar, según la norma, su propio nombre, *Theos.* Así evitaremos el gran inconveniente de alterar el vocabulario paulino[176].»

Gerhard Kittel, en su célebre vocabulario teológico del Nuevo Testamento, emite otra opinión, pero con prudencia. Recordando que el título oficial más elevado en el Antiguo Testamento es transferido a Cristo, escribe:

> «Pablo ha inaugurado ya probablemente esta evolución cuando al enumerar las particularidades de Israel que atañen a la historia de la salvación (Romanos 9:4s.), termina diciendo: "de quien Cristo ha salido según la carne, el cual está por encima de todo, Dios bendito eternamente". La interpretación más cercana consiste en tomar la proposición final de la frase, "el cual está" *(ho ôn...)* como aposi-

[175] Alphonse MAILLOT, *L'Épître aux Romains* (París-Ginebra: Le Centurion, Labor et Fides, 1984), p. 238.

[176] Lucien CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul*, *op. cit.*, pp. 389-391.

> ción del último nominativo que le precede, a saber "Cristo". Es verdad que en este caso sería no solo la designación "Dios" la que sería transferida a Cristo, sino al mismo tiempo una bendición de "Dios" con toda su resonancia, como generalmente nunca es pronunciada, ni en el judaísmo ni en el mismo Pablo, sino es acerca de Dios mismo[177]».

Oscar Cullmann recuerda a su vez que dos grandes interpretaciones son posibles. «Ciertamente, –añade– no debe preferirse *a priori*, y por razones teológicas, una u otra de estas soluciones.» Pero el estudio del contexto inclina claramente a aplicar toda la frase a Cristo. Las palabras «sobre todas las cosas» son más comprensibles si se refieren a Cristo.

> «Se convierten así en algo más que una mera fórmula retórica, haciendo que la enumeración de los signos de elección de Israel culmine en esta afirmación final: "de Israel ha salido, según la carne, aquel que está sobre todas las cosas". Por consiguiente, aunque no podamos probarlo a ciencia cierta, podemos decir, al menos con probabilidad, que Rom 9, 5 ha llamado a Cristo Dios.[178]»

En lo que a mí respecta, yo optaría de buen grado por una síntesis entre las conclusiones de Cerfaux y Cullmann. La palabra *Dios* se aplica efectivamente a Cristo, pero para designar su naturaleza, sus atributos y su manera de ser en su función salvadora. No se trata, entonces, del nombre propio de Dios, reservado al Padre. La divinidad del Hijo no es cuestionada, ni mucho menos. Pero la distinción entre el Padre y el Hijo es respetada.

d. 2 Tesalonicenses 1:12

Este versículo, que a menudo se cita para aportar la prueba de que Jesús es llamado Dios, no ofrece ninguna garantía. Se puede traducir de dos maneras:

- «…según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.» (BJ), o

[177] Hermann KLEINKNECHT et al., *Dieu*, *Dictionnaire biblique Kittel*, *op. cit.*, pp. 88, 89.

[178] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, *op. cit.*, pp. 398, 399.

Será provechoso consultar el estudio dedicado a Romanos 9:5 en *Problems on Bible Translation*, *op. cit.*, pp. 218-272. Texto establecido por el Committee on Problems in Bible Translation.

- «…según la gracia de nuestro Dios que es el Señor Jesucristo[179].»

La comparación con 2 Corintios 1:2 muestra que es totalmente plausible la primera traducción, en la que se trata en primer lugar de Dios y a continuación de Cristo. Si se quiere probar más de lo que se puede, el argumento pierde fuerza.

e. Tito 2:13

Henos aquí, por último, ante una declaración en la que haría falta muy mala voluntad para negar que Jesús es llamado Dios. Hay que traducir: «aguardando la esperanza feliz, es decir [la] manifestación esplendorosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» (MI). Hay tres razones al menos abogando por este sentido. En primer lugar, esta interpretación está en perfecto acuerdo con la sintaxis griega[180]. A continuación, el apóstol Pablo invita a Tito a esperar la parusía, a la cual se refiere la epifanía, la manifestación esplendorosa. Ahora bien, la parusía no se pone nunca en relación con Dios Padre. Dios es invisible en el cielo. No es posible acercarse a él sino por Jesucristo. Por último, el Padre nunca es llamado «gran». Jesús, en cambio, es el gran pastor (Hebreos 13:20), el gran sumo sacerdote (Hebreos 4:14), el gran Rey (Mateo 5:35). Y aquí, ¡el gran Dios!

Cullmann piensa que son posibles otras interpretaciones, pero reconoce que la más verosímil consiste en aplicar a Cristo el nombre de Dios. Una manifestación escatológica simultánea de Dios y de Cristo no corresponde a la expectativa general.

---

[179] «…según la gracia de nuestro Dios y Señor, Jesucristo» (MI) [*N. del E.*]. La sintaxis griega dice: cuando *kai* une dos nombres y no se repite delante del segundo, este artículo se refiere a los dos nombres. El segundo nombre es entonces una aposición y describe al primero. *Kai* es entonces epexegético, o explicativo (*Cf.* F.-M. Abel, *Grammaire du grec biblique*, París: Gabalda, 1927, p. 342). Efesios 4:11 proporciona un ejemplo tipo: «los pastores que son también doctores». Si se aplica esta regla a 2 Tesalonicenses 1:12, hay que comprender: «según la gracia de nuestro Dios que es el Señor Jesucristo» Tenemos que admitir que la regla funciona en numerosos casos. Pero no sin excepción, lamentablemente. Así, en 2 Corintios 1:2: «Gracia y paz *apo theou patros hêmôn kai kyriou Iêsou Christou»*, donde es difícil admitir que Dios, nuestro Padre, es también el Señor Jesucristo.

[180] Tito 2:13. *«kai epiphaneian tês doxês tou megalou theou kai sôtêros hêmôn Iêsou Christou.»* «Aquí, los dos complementos están ligados por el *hêmôn* (nuestro) del final; así pues, probablemente, se refieren, juntos, a Cristo. Por el contrario, en 2 Pedro 1:1, el *hêmôn* separa (como en 2 Tesalonicenses 1:12), los dos complementos. "…por la justicia de nuestro Dios y del Salvador Jesucristo"» (Hermann KLEINKNECHT *et al*., *Dieu, Dictionnaire biblique Kittel, op. cit*., p. 91.)

3. La epístola a los Hebreos 1:8,9

Aquí el equívoco desaparece, ya que el predicado *Dios* de un pasaje del Antiguo Testamento es indudablemente aplicado a Jesús. He aquí el pasaje en la traducción de la Biblia de Jerusalén: «[8]Pero del Hijo [dice]: Tu trono, ¡*oh Dios*!, por los siglos de los siglos; y: El cetro de tu realeza, cetro de equidad. [9]Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió, ¡*oh Dios*!, tu Dios con óleo de alegría entre tus compañeros.»

Sin embargo aparece una dificultad real. Este pasaje cita según la versión griega de los Setenta el Salmo 45:7,8, que es un epitalamio, es decir, un canto nupcial. El poeta celebra las bodas de su rey. ¿Cómo pudo dirigirse a él con el vocablo *dios*? Sorprendidos, los intérpretes han sugerido diversas correcciones de manuscritos hebreos. Pero, además del hecho de ser subjetivas, estas correcciones pueden, eventualmente aplicarse al texto hebreo, pero no al texto griego tal como aparece en la Septuaginta y en el Nuevo Testamento[181].

Estaría más acertado admitir que el salmista, según un uso protocolario, atestiguado en la antigüedad, se dirige al rey como a un ser divino. La Biblia emplea el mismo término, Elohim, para los ángeles y para los jueces. «Es también el estilo hiperbólico del protocolo que autoriza a hablar de la eternidad a propósito de un ser humano; para este caso, abundan los ejemplos antiguos. Lo que no es más que una hipérbole con respecto a un hombre, será realidad para el rey-Mesías[182].»

«Desde muy pronto, el Salmo se usó, como el Cántico, a Dios y a Israel. La tradición judía lo ha entendido también del Mesías; del mismo

[181] La versión francesa de la Biblia conocida como *La Bible du Centenaire* traduce:

Versículo 8: «Tu trono, oh Dios, subsiste siglo tras siglo». En una nota se explica que el texto hebreo citado según la LXX está alterado. Primitivamente ponía: «Tu trono subsistirá siglo tras siglo.» El verbo YHYH pareciera haberse convertido en YHWH, Yahvé.

Versículo 9: «Tu cetro real es el cetro de la rectitud, tú has amado la justicia y odiado la iniquidad. Por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con aceite de gozo más que a tus compañeros».

Algunos especialistas admiten la traducción del versículo 9, pero casi todos rechazan la corrección del versículo 8. Hay que aceptar, pues, la presencia de *Theos* en el texto. (*Cf.* Louis JACQUET, *Les Psaumes*, París: Duculot, 1977, p. 47.)

[182] Louis DESNOYERS, *Les Psaumes* (París: Desclée de Brouwer, 1935), p. 179. Véase también Jean HERING, *L'Épitre aux Hébreux*, *op. cit*., p. 26. La mayoría de los comentarios van en el mismo sentido.

modo, la tradición cristiana, y es esta una interpretación que no se puede desechar[183].»

Conviene también destacar que es el Padre mismo quien se dirige a su Hijo. Por eso, el título oficial más elevado es transferido a Cristo de la manera más solemne. Así, la epístola a los Hebreos presenta una cristología muy completa. «En ningún lugar en el Nuevo Testamento, escribió H.R. Mackintosch, se ha puesto de relieve la plena humanidad de Cristo de manera más llamativa[184].» Pero después de haber estado entre los hombres en calidad de Mesías, el Hijo de Dios se encuentra ahora junto a Dios como representante de la humanidad. Toda la esperanza de la humanidad descansa en él. Es el heredero de todas las cosas, superior a todo lo que se puede imaginar. Nosotros diremos, pues, con el autor de la epístola: «Tu trono, oh Dios, permanece para siempre[185]».

Hay dos traducciones posibles para el versículo 9:

- «Por eso, oh Dios, tu Dios te ha ungido», o
- «Por eso Dios, tu Dios, te ha ungido».

Pero toda duda desaparece en cuanto al versículo 8; es, efectivamente, a Jesús, a quien Dios declara: «Tu trono, ¡oh Dios!, por los siglos de los siglos».

4. El apóstol Juan

De la pluma de Juan surge el testimonio más incontestable acerca de la divinidad de Cristo. Las afirmaciones son muchas e irrefutables. El prólogo del evangelio es probablemente la pieza más sublime de teología que se haya compuesto jamás. Sin desconocer los impulsos más audaces del pensamiento humano, tanto judío como pagano, el autor, igual que un águila, se eleva hasta las más altas cumbres de la trascendencia. La inspiración divina aflora en la más pura luz.

Lo esencial se ha dicho en nuestra exposición acerca del comienzo de Jesús según Juan. Pero podemos aportar algunos complementos útiles,

[183] Joseph BONSIRVEN, *Saint Paul: Épître aux Hébreux* (París: Beauchesne, 1943), p. 195.

[184] Hugh Ross. MACKINTOSCH, *The Doctrine of the Person of Jesus Christ,* (Nueva York: C. Scribner's Sons, 1912), p. 79. *Cf.* Vincent TAYLOR, *La Personne du Christ dans le Nouveau Testament, op. cit*., p. 99.

[185] Resultará de provecho consultar el estudio del Salmo 45:6, publicado por el Committee on Problems in Bible Translation, bajo el título *Problems on Bible Translation, op. cit*., pp. 148-150.

pues en su evangelio Juan verdaderamente ha consumado el conocimiento que tenemos de Cristo. Su cristología presenta varios puntos comunes con la de la epístola a los Hebreos. La naturaleza humana queda debidamente atestiguada.

Durante su ministerio, Jesús dependía completamente de Dios. No podía hacer nada sin su Padre. Los nombres elegidos son tradicionales, como Jesús, Rabí, Profetas, Esposo, El que viene, el Santo de Dios. Pero Juan le da también nombres nuevos: Pan de vida, Luz del mundo, Puerta de las ovejas, Buen pastor, Vid verdadera, Camino, Verdad, Vida.

a. Juan 1:1,14

Desde antes de la creación del tiempo, Jesús es Dios, junto a Dios, en el corazón de la eternidad. Pero se manifestó en la carne. Ese será el objeto de la sexta parte de este libro, dedicado a la encarnación propiamente dicha, o sea, al paso de la eternidad al tiempo, del ser al devenir, de la situación divina a la situación humana. Además de su extraordinaria dimensión metafísica, puesto que levanta el velo que recubre el origen de la vida, el prólogo de Juan habla también a nuestro corazón. «Palabra de Dios», Jesús personifica para nosotros todo lo que Dios quiere decirnos a propósito de nuestra salvación.

Todo sucede, pues, como si el diálogo interrumpido entre el cielo y la tierra quedara al fin plenamente restablecido. No por persona interpuesta, ya que en Jesucristo es Dios mismo quien habla. Es él quien lucha por un mundo que le pertenece y que no quiere perder a ningún precio. Cueste lo que cueste, quiere salvarlo. Rompe el silencio y nos habla. De entrada, la luz aparece, cálida y reconfortante. Nosotros oímos su voz. De lejos, quizá. Pero cualquiera que sea la distancia que aún nos separa, dejamos ya de estar perdidos.

Ver con claridad, saber a dónde vamos, ¡vivir, al fin! No con esa vida nuestra limitada, mezquina, que corre, a través de las degradaciones cotidianas, hacia una muerte absurda. Sino dar un sentido a nuestra vida e incluso a nuestra muerte. No avanzar ya a tientas. Penetrar el misterio de nuestro destino y vivir una vida clara y gozosa, porque la luz ha brillado entre las tinieblas.

¡Hablar! ¿No es eso renunciar a vivir sin los otros, manifestarles interés y querer entrar en relación con ellos? Cada vez se extiende más la idea de que el mundo es resultado del azar y la necesidad. Dios, si existe,

se interesa poco por los hombres. Pero el apóstol Juan pulveriza este paganismo que envenena nuestros pensamientos. El Dios de Jesucristo no es un Dios que se calla. Nosotros no estamos en este mundo como prisioneros en un calabozo o exiliados en un lugar salvaje. En Jesucristo, Dios nos habla y nos infunde confianza.

b. Juan 1:5

Los manuscritos descubiertos en las cercanías del mar Muerto desde 1947 nos han enseñado que la oposición luz-tinieblas era muy conocida en el Bajo Judaísmo. Juan utiliza ese concepto dándole una perspectiva nueva. Gracias a Cristo, los dos siglos cabalgan uno sobre otro. Ahora, ya se nos ofrece la gracia de no ser nunca más sometidos a las tinieblas. «…y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron» (Juan 1:5, BJ).

La última afirmación es misteriosa. Se puede entender de varias maneras. Algunos privilegian el sentido moral: los hombres, al tener la mente oscurecida por el pecado, no son capaces de comprender la vida y la obra de Cristo (Romanos 1:21). Otros piensan que para entender las verdades del Evangelio es importante vivir en la luz (Juan 3:21). Una nota de la TOB sugiere una interpretación muy distinta, y propone como traducción: «las tinieblas no pudieron hacerse dueñas de ella». Dicho con otras palabras, las tinieblas no lograron triunfar sobre la luz. Literalmente, habría que decir: «las tinieblas no se apoderaron de ella». Este último verbo tiene varios sentidos: coger, obtener, comprender; o: tomar, capturar, apresar. En su comentario, Claude Molla sugiere que se retengan los dos sentidos a la vez.

> «La oposición de los hombres que condujo a Jesucristo a la cruz fue fundamentalmente el rehusar a recibirlo, de acogerlo, de creer en él (3:19-21; 5:43), pero no pudo, sin embargo, eliminarlo, apartarlo. La victoria aparente de los hombres expresaba en realidad su derrota. Se juzgaban y se condenaban a sí mismos (12:31; 16:33). Ese conflicto dramático es lo que describe el autor[186].»

[186] Claude F. MOLLA, *Le quatrième Évangile*, *op. cit*., p. 27.

c. Juan 1:18

«Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer» (RVR95). «…el hombre no puede verme y vivir» (CI). Dios mismo se lo dijo a Moisés (Éxodo 33:20). Juan recuerda varias veces este principio fundamental (5:37; 6:46). Ninguna iniciación mística puede quitar ese velo. Jesús es el único revelador. La razón por la que citamos aquí este versículo es porque nos reserva una sorpresa. En los mejores manuscritos no se lee: «…el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre…», sino: «el *Dios* Hijo único» o «el Dios único, caro, precioso[187]». Juan quiere hacer comprender la profunda intimidad que une al Hijo a su Padre. Para ello, no duda en llamarlo Dios como Dios, y precisa que permanece en el seno del Padre mientras vive en la tierra, convertido en simple hombre entre los hombres. Lenguaje irracional, por supuesto, accesible tan solo al corazón y a la fe. Juan intenta levantar el velo que cubre una constante y eterna comunidad de amor.

d. «¡Señor mío y Dios mío!», Juan 20:28

Cuando caen las dudas y desaparecen los interrogantes sinceros, la luz se vuelve hermosa como después de una tormenta. Tal es la experiencia de Tomás. Su escepticismo no era más que el reverso de una esperanza emocionante dolorosamente defraudada. No hay en él ninguna idea preconcebida, ninguna obstinación arraigada en algún formalismo irreflexivo. ¡No! Amaba a Jesús y sufría por haberlo perdido. Su vida había dejado de tener sentido. Ahora bien, he aquí que todo renace, que todo empieza de nuevo. Jesús está realmente allí, ante él, vivo, a pesar de las señales del suplicio vencido. Entonces estalla el grito de fe, el grito de alegría: «¡Señor mío y Dios mío!».

Se dice que esta expresión compuesta de las dos palabras se empleaba en el siglo I en un contexto pagano. El emperador Domiciano (81-98), por ejemplo, deseaba que se dirigieran a él en los mismos términos *(dominus et deus noster)*. ¿Qué importa? Tomás no era discípulo del César, y en sus labios, el alcance de una expresión como esta no engaña: solo uno puede pretender el verdadero señorío, el que ha vencido la muer-

[187] Así, en el famoso papiro Bodmer, que data del siglo II –el más antiguo–, se puede leer: «*ho monogenês theos ho on eis ton kosmon tou patros*». Observemos la presencia del artículo *ho.* En Juan 1:1, los Testigos de Jehová se basan erróneamente en la ausencia de artículo delante de *theos* para negar la divinidad del Logos. Véase también Hermann KLEINKNECHT et al., *Dieu, Dictionnaire biblique Kittel, op. cit*., p. 90. Estudiaremos más adelante el sentido exacto de *monogenês*.

te en la mañana de Pascua. El Señor Dios, ¡es Jesús! «El final del Evangelio viene al encuentro de su comienzo: el Dios Hijo único que se había velado en nuestra carne se ha manifestado por medio de ella transfigurándola.[188] »

e. «Este es el Dios verdadero y la Vida eterna», 1 Juan 5:20

El principio de la primera epístola de Juan se parece asombrosamente al principio del evangelio. En ella se encuentra incluso el famoso término *Logos* en la expresión «palabra de vida», que C.H. Dodd comenta diciendo: «El Verbo de Dios dador de vida que vino a los hombres por Cristo y se encarna en el Evangelio[189]».

El mismo tema reaparece en el capítulo 5: «Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. Quien tiene al Hijo, tiene la Vida; quien no tiene al Hijo de Dios, no tiene la Vida» (5:11,12, BJ).

La conclusión de la epístola se presenta en forma de apoteosis. El mundo entero yace bajo el imperio del Maligno. Igual que un poder magnético, el mal nos atrae. Pero el Hijo de Dios ha venido. Gracias a él, el hombre puede escrutar el mundo de Dios y conocerlo como aquel que nos libera de la nada. La inteligencia de la fe no se reduce a un conocimiento intelectual del «Verdadero», ya que en Cristo estamos en el Verdadero. La alusión es concisa hasta el extremo. No por ello contiene de forma menos clara la revelación de una posibilidad que se ofrece a los hombres de participar en la naturaleza divina. No podría descubrirse una verdad más audaz, ni más perturbadora.

> «Esta comunión sin defecto, Juan la subraya desde el principio de su carta, pero en ninguna parte de una manera tan insistente como aquí, donde no duda en declarar que Jesucristo es el Verdadero, que es Dios y la vida eterna. [...] ¿Se trata de un eco del prólogo del evangelio según Juan que anuncia que “el Verbo era Dios” (Juan 1:1) y. al menos según algunos manuscritos, que “el único, Dios,

[188] Louis BOUYER, *Le quatrième Évangile* (París: Je Sers; Ginebra: Labor, 1938), p. 260.

N.B. El texto griego comporta también el artículo *ho* delante de *theos: «ho kyrios mou kai ho theos mou»*. El nombre de Dios es inequívoco. «Se objeta el monoteísmo de Tomás. Pero precisamente porque este discípulo comprende que a partir de entonces profesa a Jesús un sentimiento que sobrepasa lo que puede concederse a una criatura, es por lo que su mismo monoteísmo le obliga a situar a ese ser en el seno de la divinidad» (Frédéric GODET, *Commentaire sur l’Évangile de Saint Jean*, Neuchâtel: Attinger, 1876, tomo II, p. 500).

[189] Charles Harold DODD, *The Johannine Epistles* (Nueva York: Harper, 1946), pp. 4, 5.

> que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer" (Juan 1:18)? ¿O la voz de Tomás exclamando: "¡Señor mío y Dios mío!" (Juan 20:28)? [...] Ahora ya no hay duda: al ser el Hijo de Dios, Cristo no es diferente de Dios. Vive en tanto que Dios. Donde está Dios, allí está él también. Él es la vida eterna en el cielo y en la tierra. Todo lo que intenta separar a Dios y a Cristo es idólatra, confusión de lo verdadero y lo falso. Todo concepto de la mente que suprima la comunión total de Cristo con Dios suprime también la comunión del hombre con Dios[190]».

Resumen

1. La confesión de Ernest Renan, el historiador en quien no puede sospecharse prejuicio favorable a lo sobrenatural, nos ha llevado a descubrir que Jesús es más que un hombre:

- el mundo no lo ha soportado: él no está hecho a su medida;
- ningún hombre resiste la comparación con él;
- su relación con Dios es única.

2. Por otra parte, la persona de Cristo aparece de manera implícita o claramente en todas las páginas de la Biblia. Juan, Pablo y Pedro lo confirman. Las grandes páginas de la historia del Antiguo Testamento proporcionan un anticipo de lo que se cumplió de una forma perfecta en él. Esta idea se expresa al decir que Jesús es el antitipo de los tipos veterotestamentarios.

---

[190] Flemming FLEINERT-JENSEN, *Commentaire de la Première Épître de Jean* (París: Cerf, 1982), pp. 123, 124. Excelentes teólogos aceptan la misma traducción, aplicando el nombre de Dios a Cristo (Véase Hermann KLEINKNECHT et al., *Dieu, Dictionnaire biblique Kittel, op. cit*., p. 90; trad. de la «École biblique de Jerusalem»; TOB, etcétera).

«Esta interpretación… se impone no sólo por razones filológicas, sino también a causa del contenido mismo del pasaje...» (Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento, op. cit.*, p. 395.)

Para A. CHARUE, aplicar al Padre la declaración: «Este es el verdadero Dios», «es suponer en la frase una tautología y un equívoco: la gramática refiere *houtos* normalmente al sustantivo más cercano, que aquí es *"to huios autou"*.» (La Sainte Bible publicada bajo la dirección de L. PIROT, tomo XII, p. 554).

Por el contrario, el *Comentario bíblico adventista* piensa que es preferible referir el nombre de Dios al Padre, porque es de él de quien acaba de hablar Juan («Este es el verdadero Dios» [1 Juan 5:20], *CBA*, tomo 7, *op. cit.*, p. 7:698). Sea como fuere, el sentido de este pasaje no cambia fundamentalmente.

Por supuesto, todo esto podría ser fortuito. Por contra, cuando el Nuevo Testamento aplica a Jesús resueltamente las descripciones reservadas a Yahvé en el Antiguo, no se puede hablar de casualidad. Estamos ante una voluntad decidida a desvelar el misterio de la persona de Cristo.

3. Llegados aquí, el corazón ilumina la mirada de los ojos, y la fe prolonga la comprensión de los acontecimientos. Descubrimos que Jesús es el Mesías prometido. Su preexistencia se hace evidente y él es el enviado de Dios a la tierra, lo que implica su coexistencia antes del comienzo. No se trata simplemente de una vocación en calidad de profeta. Enviado por Dios, Jesús debe ser recibido como Dios (*Shaliaj*). De hecho, le descubrimos todos los atributos divinos, especialmente después de la Pascua. Además, no hay ninguna obra divina a la que esté asociado personal y directamente. ¿Sería esto posible si no fuera más que una criatura? Y ¿qué diremos cuando los ángeles y los hombres son invitados a rendirle el culto que se debe solo a Dios? Y ¡la misma oración que se dirige a él! La conclusión se impone: Jesucristo es Dios. No es de extrañar que a veces se le dé el nombre de Dios. En raras ocasiones, es cierto, y sin poner en peligro el monoteísmo del Antiguo Testamento. Se ve la noción de una divinidad plural –verdadera familia divina–, que más adelante vamos a aclarar la naturaleza.

Quinta parte

JESÚS, HIJO DE DIOS

Dificultad: ¿Esta condición filial es compatible con la eternidad?

En nuestra antigua lógica cartesiana, quien dice hijo dice comienzo. Automáticamente nos vemos llevados a pensar que Dios no siempre ha sido padre, que Jesús no siempre ha existido. Y ya está cuestionada su eternidad y, de inmediato, su divinidad. ¿Nuestras conclusiones anteriores serían entonces inexactas? Esto me recuerda la trágica historia de Miguel Servet, el médico español apasionado con la teología y contemporáneo de Juan Calvino... para su desgracia. Había ido a Ginebra tras haber caído en manos de la Inquisición en Francia, en Vienne. Una viva disputa teológica nació entre él y el austero reformador. Aun admitiendo la revelación sobrenatural, negaba la naturaleza divina de Cristo y en particular su preexistencia eterna.

Ahora bien, en el siglo XVI, se consideraba una misión sagrada del estado la extirpación de las falsas doctrinas con la espada y el fuego. Así pues, convencido de servir a la verdad, Calvino ordenó el suplicio de Servet. Este último, al oír la sentencia gritó: «¡Misericordia! ¡Misericordia!» Le pidieron que se retractara. Solo tenía que decir una cosa: Jesús es el *Hijo eterno* de Dios. Se negó y murió heroicamente, quemado vivo en la plaza Champel de Ginebra, repitiendo leal y valerosamente: «¡Jesús, Hijo del Dios eterno, ten piedad de mí![191]»

Es de destacar que los calvinistas han erigido un monumento de arrepentimiento. Otros monumentos semejantes deberían elevarse hacia el cielo, erigidos por otras manos, inspirados por otros arrepentimientos. Pues nada hay peor que la corrupción de las mejores cosas. ¡Cuánta sangre derramada, cuántas lágrimas, a causa de la intolerancia!

Jesús, Hijo de Dios. La expresión se repite 31 veces en los evangelios sinópticos, 42 veces en las epístolas, 23 veces en el evangelio según Juan, tres veces en los Hechos de los apóstoles y una vez en el Apocalipsis. Esto pone de manifiesto su importancia a los ojos de los escritores inspirados del Nuevo Testamento[192]. Pero ¿cómo debemos entenderla?

[191] Jules GINDRAUX, *Histoire du christianisme* (Ginebra: Jeheber, 1901), pp. 329 ss.

[192] Pierre BONNARD, *Vocabulaire biblique* (París: Delachaux et Niestlé, 1954), p. 136.

Capítulo 1

El Hijo de Dios en la antigüedad pagana

Poseemos a este respecto una rica documentación que basta, en este caso, con resumir brevemente. Los antiguos empleaban con frecuencia esta expresión para designar personajes heroicos y excepcionales que sobrepasaban la medida humana. En la mitología griega, por ejemplo, héroes, semidioses, reyes sacerdotes son llamados así. El título no estaba reservado exclusivamente a los monarcas. Se aplicaba a todos aquellos a los que se les atribuían fuerzas divinas.

La misma práctica era corriente en Egipto, donde los faraones pasaban por hijos del dios solar Ra. Se la encuentra también en Babilonia y en todas las cortes orientales. «En la época del nuevo testamento podían encontrarse por doquier hombres que, en virtud de su vocación particular o de sus fuerzas sobrenaturales, se apodaban a sí mismos *hijos de Dios.* El título carecía pues del carácter único y singular que tiene en el nuevo testamento[193].» Estaba relacionado con un título, asociado a una función, teniendo ante todo un valor honorífico. Ninguna alusión automática a una unión física.

[193] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento, op. cit.*, p. 353.

Capítulo 2

El Hijo de Dios en el Antiguo Testamento

Varios grupos de personas reciben este título en el Antiguo Testamento.

1. Los piadosos *adoradores* del Eterno. Salmos 73:15; Proverbios 14: 26 (texto original).
2. El Israel obediente y fiel, en cuanto *pueblo* de Dios; por ejemplo: Moisés recibe la orden de decir al faraón: «Israel es mi hijo, mi primogénito» (Éxodo 4:22, RVR95; *cf.* Deuteronomio 14:22; Jeremías 31:9; Oseas 11:1). Todos estos pasajes tienen la intención de expresar la intensidad del amor de Dios por los suyos. Ninguna relación humana puede ilustrarlo mejor que la de un padre para con sus hijos.
3. Los *reyes* piadosos, 2 Samuel 7:14; Salmos 2:7; 89:27. El rey es hijo en su calidad de elegido y mandatario de Dios. En el Salmo 2, el autor refiere las palabras por las cuales el Eterno acaba de consagrar su rey en Sion. En el versículo 12, el hebreo dice: besad al Hijo, es decir, rendid homenaje al Hijo del Eterno. El beso era signo de homenaje y respeto (1 Samuel 10:1; 1 Reyes 19:18).
4. Los seres celestiales que entran directamente en contacto con Dios, Job 1:6; 2: 1; 38:7; Salmos 89:7; Daniel 3:25.

El examen de los ejemplos citados muestra que la expresión «Hijo de Dios» en el Antiguo Testamento:

> «…no expresa pertenencia de naturaleza, ni una unión metafísica: eso se desprende de la misma diversidad de los individuos a quienes se les concede esta denominación y de que se dirige incluso a seres colectivos. Es una expresión figurada que expresa una unión de esos personajes con Dios, a consecuencia de la cual pertenecen a Dios más de cerca que los otros; *es la expresión de la unión y la adhesión espirituales*[194]».

[194] Hugues OLTRAMARE, *Commentaire sur l'Épître aux Romains* (París: Fischbacher, 1881), tomo I, p. 130.

Así pues, seamos desde ahora muy conscientes de que en la lengua del Antiguo Testamento, llamar a alguien Hijo no es explicar su origen. La expresión Hijo de Dios no tiene una connotación fisiológica. No caracteriza,

> «…la posesión de una fuerza excepcional, ni una relación sustancial con Dios (como si tuviera que ser divinamente engendrado por Dios). Lo que está en el fondo es la idea de *elección:* el *hijo de Dios* participa en una obra divina, realizando la tarea que Dios le ha encomendado y siendo así obediente al Dios que le ha llamado[195]».

No está implicada necesariamente la idea de un comienzo. Como los autores del Nuevo Testamento se nutren del Antiguo, podemos esperar encontrar en él la misma noción semántica.

[195] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, *op. cit*., p. 356. Véase también Gerhard von RAD, *Théologie de l'Ancien Testament* (Ginebra: Labor et Fides, 1967), tomo I, p. 278.

Capítulo 3

El Hijo de Dios en el Nuevo Testamento

1. La palabra *Hijo*

En vista de la importancia del problema al que nos enfrentamos, merece la pena detenerse primero en el uso de esta palabra en diversas expresiones. He aquí las más importantes:

- Hijos del esposo: Mateo 9:15. L. Segond traduce «amigos del esposo». Mateo 12:19; Lucas 5:34. Ese es realmente el sentido.
- Hijo del reino: Mateo 8:12. Es un hombre destinado al reino.
- Hijo del maligno: Mateo 13:38. Véase Juan 8:44. Un malvado, astuto.
- Hijo del diablo: Hechos 13:10. Es aquel que el diablo o el maligno inspira
- Hijo de la gehena: Mateo 23:15. El maldito.
- Hijo de Abrahán: Lucas 19:9. El que toma a Abrahán como modelo. El apóstol Pablo explica claramente: «No es haya fallado la palabra de Dios. Pues no todos los descendientes de Israel son Israel. Ni por ser descendientes de Abrahán, son todos hijos». (Romanos 9:6,7, BJ). «Así, Abrahán creyó en Dios y le fue reputado como justicia. Tened, pues, entendido que los que creen, ésos son los hijos de Abrahán» (Gálatas 3:6,7, BJ).
- Hijos de los profetas: Hechos 3:25. Son los discípulos de los profetas.
- Hijos de la rebelión: Efesios 2:2; 5:6; Colosenses 3:6. Son los rebeldes.
- Hijo de perdición: 2 Tesalonicenses 2:3. Un perdido.
- Hijas de Jerusalén: Lucas 23:28. Las habitantes de la ciudad.

Es imposible negar que la palabra *hijo* en todas estas expresiones está totalmente desprovisto de una resonancia metafísica o de una connotación fisiológica. Lo mismo sucede con frecuencia cuando la palabra se emplea sola. Veamos algunos ejemplos. Dirigiéndose a los cristianos de Galacia, Pablo escribe: «Y, como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo...» (Gálatas 4:6, BJ). La epístola a los Hebreos afirma

que Dios: «…llevara muchos hijos a la gloria...» (Hebreos 2:10, BJ); la exhortación se les dirige como a hijos y ellos son educados como hijos (12:5-8). En este último pasaje, el verbo griego *paideyô* se traduce a menudo por «castigar», cuando en realidad procede de la raíz *pais*, que significa «hijo». Dios educa a sus hijos, lo cual a veces requiere enderezar de manera dolorosa. La finalidad es pedagógica y no jurídica.

Otra indicación interesante la proporciona 1 Pedro 5:13, en la que el apóstol llama a Juan Marcos «mi hijo», cuando en realidad no existe entre ellos ningún lazo de parentesco de sangre. De hecho, Juan Marcos es su discípulo y su secretario.

2. La expresión «Hijo de Dios»

Aparte de Lucas 3:38, donde se emplea en sentido propio, en cualquier otro lugar tiene un sentido figurado. E incluso aquí, «Adán, hijo de Dios» constituye un caso particular. Se trata realmente de explicar el origen del hombre, pero sin referirse a la filiación habitual. En otras partes encontramos primero la expresión como en el Antiguo Testamento, usada para hablar de los adoradores de Dios, más tarde llamados cristianos. Así, según Jesús, los que trabajan por la paz los va a llamar Dios «hijos de Dios» (Mateo 5:9). Y en su bellísima explicación sobre el amor a los enemigos, invita a los suyos a orar por los que los maltratan y los persiguen «…para que seáis hijos de vuestro Padre celestial…» (5:45, BJ; *cf*. Lucas 6:35; 20:36; Romanos 8:14,19; Gálatas 3:26; 4:6-8; Apocalipsis 21:7).

La misma expresión se encuentra en Romanos 9:26, aplicada a los cristianos, cuando Pablo cita a Oseas 2:25, donde se refiere a Israel. El mismo uso aparece en 2 Corintios 6:18, cita de Isaías 43:6; 52:11.

Por último, encontramos las palabras «hijo de» designando a Jesús, en pasajes que retoman textos del Antiguo Testamento. Ese es el caso en Mateo 2:15 cuando cita Oseas: «Cuando Israel era niño lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo» (Oseas 11:1); y en Hechos 13:33 y Hebreos 1:5; 5:5 al citar el Salmo 2: «Tú eres mi hijo» (Salmos 2:7).

El profesor Hugues Oltramare, en quien se inspiran las líneas que preceden, añade:

> «Esta designación de Hijo de Dios, que expresa un vínculo y una unión espiritual más o menos íntima con Dios, se adecuaba a Jesús

> mejor que a cualquier otro. ¡A quién se aplicaba más directamente que al Mesías! ¿Quién podía tener más derecho a ello que él? Por eso la recibió por excelencia e incluso de manera absoluta. Era ese uno de los nombres que le esperaban[196]».

a. El Mesías-Hijo

Tan pronto como los apóstoles se dieron cuenta de que Jesús era el Mesías, le atribuyeron de forma natural el título de Hijo de Dios. La confesión de Pedro en el camino a Cesarea de Filipo está en todas las memorias: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mateo 16:16, BJ). Unos meses más tarde, cuando el sumo sacerdote Caifás interrogó al Maestro delante del Sanedrín, le dijo: «"Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios." Dícele Jesús: "Tú lo has dicho"» (Mateo 26:63, BJ). Confesión definitiva que nos sitúa delante del secreto religioso en el que vivía[197].

A veces se emplea la expresión sin que vaya emparejada con el título de Mesías. Fue entonces, durante una manifestación de poder comprendida por los suyos como signo de su mesianidad. Así, después de la primera multiplicación de los panes, la noche en que Jesús fue al encuentro de sus discípulos caminando sobre las aguas, mientras que la barca era sacudida por las olas, los que estaban en la barca fueron a postrarse ante él y dijeron: «Verdaderamente eres Hijo de Dios» (Mateo 14:22-33, BJ).

b. El Hijo muy amado

En otros pasajes, la palabra *Hijo* parece destinada a destacar el amor especial existente entre Dios y Jesús. Ese es el caso en el bautismo: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mateo 3:17, BJ; Marcos 1:11; Lucas 3:22). O durante la transfiguración (Mateo 17:5; Marcos 9:7; Lucas 9:25; 2 Pedro 1:17). La relación de amor sobresale también en los textos que aluden a la muerte de Cristo para la salvación del mundo (Juan 3:16; Romanos 5:10; 8:32; 1 Juan 1:7; 4:9,10,14,15) Desde este punto de vista nos invita el apóstol Pablo a dar gracias al Padre que nos ha transportado al reino de su Hijo querido (Colosenses 1:13).

---

[196] Hugues OLTRAMARE, *Commentaire sur l'Épître aux Romains*, *op. cit*., p. 131.

[197] *Cf*. Charles MASSON, *L'Évangile de Marc et l'Église de Rome* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1968), pp. 76-90.

c. El Hijo asociado

Si otros son llamados «hijos de Dios» en el Nuevo Testamento, no tardamos en descubrir que Jesús lleva el título de una manera especial y exclusiva. Así se pone en evidencia el grado excepcional de la pertenencia del Hijo a su Padre. Esto se desprende, paradójicamente, de la famosa confidencia de Jesús a propósito de su regreso: «Mas aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mateo 24:36, BJ; Marcos 13:32). Volveremos sobre esta limitación del Hijo. Admitamos ya que la manera en que es mencionada confiere al Hijo un sitio aparte. Lo mismo se constatará al leer a Juan 1:18; Romanos 8:3; 1 Corintios 1:9; 15:28; Gálatas 1:16; 2:20; 4:4; Hebreos 1:2; 3:6; 4:14; 5:8; 10:29.

d. La pareja Padre-Hijo

Aquí la denominación reviste un sentido absoluto. Dios es el Padre y Jesús es el Hijo. Juan 3:35; 5:19-26; 6:40; 14:13; 17:1; 1 Juan 2:22-24; 5:10-13; 2 Juan 3:9.

En el punto al que hemos llegado en nuestra búsqueda, podemos retener que la expresión «Hijo de Dios» o más sencillamente la palabra *Hijo*, aplicadas a Jesús, expresan, en perfecta sintonía con el lenguaje de la época, la relación perfecta del Padre y el Hijo, en la misma misión, basada en el amor.

3. La expresión Hijo único (*monogenês*)

Jesús es llamado también «el Hijo único» de Dios. «Único» traduce la palabra griega *monogenês,* que a menudo se ha traducido por «único engendrado». Si fuera necesario quedarse con esta noción, se impondría de nuevo la hipótesis de un comienzo, cuestionando la eternidad de Cristo y, en consecuencia, su divinidad. Por eso es importante considerar este problema con toda objetividad.

En la versión griega del Antiguo Testamento, la llamada Septuaginta, encontramos *monogenês* como traducción del hebreo *yajid,* que significa: querido, precioso, bien amado. Sería de esperar encontrar *agapêtos*, en griego, pero es *monogenês* la palabra empleada. Así, en Salmos 22:21 (21:21 en la Septuaginta), se lee: «…libra mi vida de la espada, mi persona de las garras de los perros…» (BJ).

Igualmente, en Salmos 35:17 (34:17 en la Septuaginta): «Libra mi vida de sus garras, mi existencia de esos leones» (BJ).

La idea de vínculo y de valor está claramente asociada a la palabra *monogenês.* Este término está formado por *monos*, solo, y por *genos*, especie, raza. Con toda evidencia, el énfasis está puesto en *monos*, solo, para señalar un caso excepcional[198].

En el Nuevo Testamento *monogenês* aparece 9 veces, de las cuales 5 en los escritos de Juan para designar a Jesús (Juan 1:14,18; 3:16,18; 1 Juan 4:9). El uso de la palabra en el Antiguo Testamento inclina a pensar que hay que seguir traduciendo por «precioso, único, excepcional». La manera en que se aplica a Isaac en Hebreos 11:17 lo confirma: «Por la fe, Abrahán, sometido a la prueba, ofreció a Isaac como ofrenda, y, el que había recibido las promesas, ofrecía a *su único hijo*...» (BJ).

Isaac, todos lo sabemos, no era el único engendrado por Abrahán, ni tampoco su primogénito. Ismael había nacido primero, de la unión de Abrahán con Agar, su sierva. Después de la muerte de Sara, tomó aún otra mujer, llamada Queturá, que le dio a luz seis hijos (Génesis 25:1). En cambio, Isaac ocupa un lugar aparte. Es fruto de un milagro. El apóstol Pablo escribe de Abrahán: «No vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor –tenía unos cien años– y el seno de Sara, igualmente estéril» (Romanos 4:19, BJ). El texto original declara con crudeza que el cuerpo de Abrahán estaba «necrosado» y que la matriz de Sara estaba «necrosada». Pero las promesas de Dios se ríen de las contingencias humanas. Y desde entonces, Isaac es *monogenês,* único en su género.

¡Con cuánta más razón Jesús! No hemos cesado de descubrir, al seguirlo, que ocupa un lugar que ningún otro podía tomar, asumiendo una misión que nadie más podía cumplir, así fuese un gran dirigente o un pensador excepcional. Jesús es único en cuanto a su origen, misterioso antes de la creación del tiempo y sobrenatural en su devenir terrenal, desde su encarnación; único en cuanto a su experiencia humana, en la que

[198] Moulton y Milligan escriben a propósito de *monogenês:* «... literalmente, único en su especie, único *(unicus),* y no "solo –único– engendrado", lo que requeriría *monogennêtos (unigenitus),* empleado comúnmente en este sentido en la LXX» (James Hope MOULTON y George MILLIGAN, *The Vocabulary of the Greek New Testament, op. cit*., pp. 416, 417).

«Podemos con razón comprender la expresión "Hijo único" aplicada a Jesús en el sentido de parentesco no engendrado.» (W. E. VINE, *An Expository Dictionary of New Testament Words,* 1940-1957, p. 140).

Cf. Norbert HUGEDÉ, *L'Épître aux Colossiens* (Ginebra: Labor et Fides, 1968), p. 55, nota 165.

nunca nada le separó de Dios; único en cuanto a su ministerio en el que nada le desvió de la fidelidad.

Al no haber comprendido esto, identificando a toda costa en *monogenês* una alusión al origen, algunos han imaginado la idea de un engendramiento eterno. Fue Orígenes de Alejandría quien introdujo esta explicación hacia el año 230. «Pues su generación es tan eterna y perdurable como el brillo del sol. En efecto, no es recibiendo el aliento de vida como llegó a ser Hijo por un acto externo, sino en virtud de su propia naturaleza[199].»

Partiendo de ahí, *monogenês* ha sido a menudo traducido al latín por *unigenitus*, único engendrado, en la literatura eclesiástica. ¡Pero es un error[200]!

> «La idea generalizada de una condición filial preexistente y eterna es una concepción eclesiástica. Es una fórmula teológica que no tiene ninguna base en el griego *koiné* del Nuevo Testamento, fundada en una mala traducción de la palabra *monogenês.* Suponemos que Juan pensaba no solamente en "solo, único..." sino también en "precioso, querido".[201]»

Otro hecho se debe mencionar en apoyo a esta conclusión. En los escritos de Juan, el nombre de «Padre» refiriéndose a Dios se emplea alrededor de 136 veces. Tema favorito, ciertamente. En cambio, tiene buen cuidado en reservar *huios*, hijo, exclusivamente para Jesús. Para los creyentes, elige siempre *tekna*, niños. Ahora bien, *teknon* viene del verbo *tiktô*, que significa engendrar. Los hombres deben convertirse en hijos de

[199] ORÍGENES, *De principiis* 1.2.4., P.G., II, 1857, p. 153.

[200] El léxico de Thayer, por lo que respecta a los descubrimientos de papiros, muestra que *monogenês* es traducido por *unigenitus* y que esta traducción es inexacta. El profesor Loasby, a quien debemos esta información, cita el *International Critical Commentary* sobre Juan 1:14: «Algunas de las antiguas versiones latinas... traducen *monogenês* por *unicus*, que es el sentido original, más bien que *unigenitus*, que se ha convertido en la traducción usual a raíz de las controversias suscitadas alrededor de la persona y de la naturaleza de Cristo». (J. H. BERNARD, *The Gospel According to St. John – International Critical Commentary,* 1, 23– citado por Roland E. LOASBY, *Méditation sur la personne de Jésus-Christ, op. cit.,* p. 16), que añade en las páginas 20, 21: «Así pues, si predicadores y profesores de teología hablan del hijo *único engendrado*, y por ello entienden el engendramiento de Jesús preencarnado, su doctrina debe ser rechazada. No es conforme a la palabra de Dios. Jesús no lo enseñó. La palabra "único engendrado" que corresponde al griego *monogennêtos,* no se encuentra ni en el Nuevo Testamento griego ni en la LXX. Jesús es, es verdad, el *monogenês*... el solo, el único, literalmente el único de su especie. Las Escrituras no lo llaman nunca el *monogennêtos,* el único engendrado...»

[201] Roland E. LOASBY, *Méditation sur la personne de Jésus-Christ. op. cit.,* p. 16.

Dios (Juan 1:12); su filiación divina es un don que procede del amor divino (Juan 3:1). Pero Jesús era desde toda la eternidad el único.

Debemos añadir finalmente, que él tenía conciencia de ser ese único. La lectura de los evangelios no puede dejar duda alguna a este respecto. «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mateo 11:27, BJ)[202]. La incognoscibilidad del Hijo no tiene paralelo. Por otra parte, en la tradición hebraica, el conocimiento de Dios reivindicado por Jesús no es posible sino gracias a una relación personal directa. Es de importancia fundamental, además de un hecho afortunado, que otros puedan gozar de ello gracias a él. Su condición filial, aunque única, es creadora de una condición filial nueva de los hombres con respecto a Dios.

En resumen, la expresión «Hijo único» no explica el origen de Cristo, ni en el cielo ni en la tierra. Su relación con Dios le ha permitido experimentar tal intimidad, tal confianza, tal aprobación, tal responsabilidad, que la única manera de expresarla era recurrir al binomio Padre-Hijo. Esta noción, presente en los sinópticos, es especialmente desarrollada en los escritos de Juan.

> «...No debemos tomar esta palabra (*Hijo*) demasiado al pie de la letra y sacar de ella comparaciones humanas. Cuando la Escritura llama a Jesús el Hijo, no significa que ha obtenido de Dios su origen, y que es "el Hijo" porque ha sido engendrado por Dios. Para los seres humanos, la filiación justifica una conclusión de esa índole, pero el apóstol lo niega categóricamente. El Hijo posee la naturaleza divina, como nuestros hijos participan de la nuestra, pero el Hijo ha poseído siempre la divinidad.
>
> »El significado profundo de la palabra *Hijo* nos supera –y es muy normal–, ya que estamos tratando aquí de la naturaleza del mismo Dios, el Dios único que existe con sus distinciones personales trinitarias. Podemos decir que, igual que en otras partes del Nuevo Tes-

[202] La resonancia joánica de este versículo ha hecho pensar que no está en su sitio en los sinópticos. En realidad, es el que ha influido en la tradición de Juan. Sirve de piedra angular en las diversas tentativas que se han hecho para penetrar hasta la consciencia que Jesús tenía de sí mismo. *Cf.* Lucas 10:21,22.

tamento, el lenguaje del "Hijo" resalta el valor de las funciones en vez de los orígenes divinos[203].»

«Si alguna vez Jesús habló como poeta, como inspirado, como creador de sugerencias inefables, incluso irresistibles, en una palabra, como Revelador, es el día en que afirmó ser el Hijo del Padre. Lamentablemente una frase como esa que era toda religión, perfume del alma, secreto de la conciencia y espiritualidad pura, fue sumergida en un baño de teología, como una rosa arrojada en aceite hirviendo. [...] Todavía hoy, hay cristianos que se excomulgan, porque no expresan con las mismas fórmulas metafísicas la quintaesencia de la insondable palabra: el Hijo[204].»

[203] William JOHNSSON, *In Absolute Confidence: The Book of Hebrews speaks to our Day* (Nashville, Tennessee: Southern Publishing Association, 1979), p. 48.

[204] Wilfred MONOD, *Quand même* (Ginebra: éd. Jeheber, 1943), p. 101.

Capítulo 4

El primogénito (*prôtotokos*)

Una cita de H. L. Miéville va a plantear de entrada el problema al que ahora nos vemos confrontados:

> «Se ha querido ver en el término *prôtotokos*, (primero en nacer, primer engendrado, primogénito), una designación que no atañe sino al rango, a la dignidad, y no a la generación en un momento del tiempo, antes que las otras criaturas. Pero como señala J. Bovon, sigue siendo incontestable que la palabra *primogénito* trae a la mente la idea de una serie subsecuente, que se vincula con un término inicial que le es análogo, así cuando Jesús es llamado "el primogénito de entre los muertos" (Colosenses 1:18), "primogénito entre muchos hermanos" (Romanos 8:29). [...] En todo caso, un primogénito no podría ser eterno[205]».

1. Siete referencias

En el Nuevo Testamento se encuentran siete referencias en las que aparece *prôtotokos* empleado en relación con Jesús: Mateo 1:25 en algunos manuscritos tardíos solamente; Lucas 2:7; Romanos 8:29; Colosenses 1:15,18; Hebreos 1:6; Apocalipsis 1:5.

En los dos primeros casos, Jesús es llamado el primogénito de María. El sentido más natural es el que se impone, aunque «primero» supone una continuación. Ahora bien, no es seguro en absoluto que María haya tenido otros hijos. Es verdad que el Nuevo Testamento habla de los hermanos y hermanas de Jesús, pero la tradición inclina a pensar que puede tratarse más bien de los hijos de una primera unión de José[206].

---

[205] Henri-L. MIÉVILLE, *Étude critique sur le dogme trinitaire* (Lausana: La Concorde, 1937), p. 8, citando a Jules BOVON. *Théologie du Nouveau Testament* (Lausana: Georges Bridel,), p. 286.

[206] Esta idea empieza a dejarse de lado, incluso por parte de los exégetas católicos. Véase a este respecto el libro de Jean GILLES, *Les frères et sœurs de Jésus* (París: Aubier, 1979). Este autor concluye que María tuvo otros hijos, hermanos y hermanas de Jesús. «En presencia de estos datos que forman un bloque coherente, sin fisuras, la posición tradicional parece vulnerable, frágil para sostenerla. La Realidad esencial de Jesucristo, [...] no queda en absoluto afectada por lo que el estudio lleva a pensar de los suyos». (p. 125).

2. En el Antiguo Testamento

Esto no impide que *prôtotokos* puede tener otro significado y que se impone en varias ocasiones. Así pues, es importante estudiar cada caso por separado. Para empezar, veamos qué enseñanza se desprenden del uso de esta palabra en el Antiguo Testamento.

Se encuentra, en primer lugar, en su sentido natural (de *prôtos tiktô* = primero en nacer, primogénito), ya sea a propósito de los hombres (Génesis 10:15; 27:19,32), ya sea a propósito de los animales (Génesis 4:4; Éxodo 13:2). En las familias, el primer hijo recibía generalmente el derecho de primogenitura que le daba acceso a la herencia (Deuteronomio 21:17). Pero pronto la idea de engendramiento se fue desvaneciendo en beneficio de la prioridad. Ocurre incluso que la noción de prioridad se exprese en contradicción con el orden cronológico de aparición. He aquí algunos ejemplos típicos que conviene tomar en consideración:

- «Así dice Yahvé: Mi hijo primogénito es Israel» (Éxodo 4:22, 23, BJ). Ahora bien, el primero fue Esaú y no Jacob-Israel (Génesis 25: 25,26)
- «Y yo lo nombraré mi primogénito...» (Salmos 89:28, BJ). Se trata esta vez de David que era el más joven de los hijos de Isaí (1 Samuel 16:10-12).
- «…Efraín es mi primogénito» (Jeremías 31:9). En realidad, «Llamó José al primogénito Manasés, [...] y al segundo le llamó Efraín.» (Génesis 41:50-52, BJ).

En todos estos ejemplos, *prôtotokos* depende de la preeminencia en la dignidad, sin consideración por el orden de aparición.

Prôtotokos dio lugar a dos palabras griegas, empleadas principalmente por la Septuaginta para el Antiguo Testamento, donde solo interviene la idea de primacía. Se trata de *prôtotokeia* o *prôtotokia* que significan «derecho de primogenitura» (Génesis 25:32) y *prôtotokeuein*, dar el derecho de primogenitura (Deuteronomio 21:16).

3. En el Nuevo Testamento

Detengámonos ahora en los pasajes del Nuevo Testamento en los que Jesús es llamado *prôtotokos*, sin referencia a María; iremos del caso más sencillo al más complicado.

a. Primogénito entre sus hermanos, Romanos 8:29

«Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos...» (Romanos 8:29, BJ). Al escribir esto, Pablo, el teólogo, llega al final de su magistral exposición sobre la iniciativa de Dios para arrancar al hombre de un destino absurdo. Un plan de salvamento se estableció desde la eternidad. Todo estuvo previsto por parte de Dios. Vio incluso, anticipadamente, al no estar sujeto al tiempo, cuál sería la libre respuesta de los hombres a su invitación. Estos gozan de las medidas adoptadas en su favor y que les permiten metamorfosearse a imagen de Cristo.

Como bien había comprendido ya Juan Crisóstomo, «la presciencia [...] no es predeterminante con respecto a los acontecimientos futuros, es solo previsora[207]». Karl Barth tenía razón al escribir que «la doctrina de la elección gratuita de Dios es la suma del Evangelio[208]».

> «Como Jesucristo es el mediador de la creación, –escribe Emil Brunner–, es el mediador de la elección. *En* él y *por medio de él*, nosotros somos elegidos, pero no *por* él. No solo la elección y la libertad no son mutuamente excluyentes, sino que aún la libertad tiene su fundamento en la elección. Solo aquel que se sabe elegido, que en Jesucristo toma su elección, es verdaderamente libre. [...] La única verdadera libertad consiste en estar, por el Hijo, destinado por toda la eternidad a la comunión de Dios[209].»

Tal es el contenido de la corta declaración del apóstol, que concluye: «…para que fuera él el primogénito [*prôtotokos*] entre muchos hermanos…» (BJ). La cuestión está en saber si Jesús fue el *prôtotokos* con relación a Dios o con relación a sus hermanos. En el primer caso sería el primogénito de Dios con relación a sus hermanos, lo cual no tiene ningún sentido; ya que el acento no está puesto en el origen de Cristo, sino en el hecho de que él es el Hijo a cuya imagen los otros se metamorfosearán. Nos vemos, pues, llevados a la otra interpretación: *prôtotokos* se dice de Jesús en relación a sus hermanos y expresa su preeminencia con respecto a ellos. Es el primero, por su existencia eterna en primer lugar, pero sobre

[207] Juan, llamado Crisóstomo (347-407), *Oeuvres complètes*, traduction Jeannin, VI, p. 458.

[208] Karl BARTH, *Dogmatique* (Ginebra: Labor et Fides, 1958), II, 2, 1, p. 8.

[209] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, vol. I, *op. cit*., pp. 337, 336.

todo en calidad de hombre por su vida victoriosa, por su resurrección y su ascensión. El designio de Dios es procurar que los hombres puedan ser conformados a su Hijo.

No es el origen de Cristo lo que está en cuestión, sino realmente su victoria sobre el pecado y sobre la muerte. La idea de engendramiento no entra aquí en consideración. Jesús, victorioso, se sitúa a la cabeza del pelotón de los elegidos. «Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (1 Corintios 15:57, BJ), nuestro hermano mayor, nuestro *prôtotokos*, que conquistó con gran esfuerzo el derecho de primogenitura *(prôtotokeia)* para ofrecernos el privilegio de convertirnos en coherederos suyos (Romanos 8:17).

b. Primogénito de entre los muertos, Apocalipsis 1:5; Colosenses 1:18

En el Apocalipsis, estamos en presencia de un texto en forma de carta antigua, introducida por una bendición. Juan se dirige a las siete iglesias de Asia «"Aquel que es, que era y que va a venir", de parte de los siete Espíritus que están ante su trono, y de parte de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra» (Apocalipsis 1:4,5, BJ). Jesús es el primogénito *(prôtotokos)* de los muertos.

El otro texto (Colosenses 1:18) pertenece a un himno crístico. Según Norbert Hugedé, parece que Pablo conservó para nosotros cinco estrofas de un cántico de la iglesia primitiva. «Los exégetas han señalado ya, uno tras otro, el carácter litúrgico, el ritmo particular, que hace que no solo se descomponga en versos, por todo un juego de asonancias y de paralelismos, sino también que esos versos se agrupen de manera muy natural en estrofas regulares...[210]»

No nos resistimos al placer de citar este cántico tal como N. Hugedé lo ha reconstruido:

15 Él que es la imagen del Dios invisible,
aquel que en todo ser creado reconoce a su primogénito
16 porque en él fueron creados todos los seres,
en los cielos y en la tierra,
tanto visibles como invisibles,
Tronos y Señoríos

[210] Norbert HUGEDÉ, *L'Épître aux Colossiens*, *op. cit.*, p. 48.

Principados, Autoridades
todos fueron creados en función de él y por él;

17 y él es ante todo,
y todo subsiste en él
(y es también la cabeza del cuerpo, la iglesia)
18 él que es al principio, el primogénito de los muertos,
a fin de que sea en todo, él, el primero;

19 pues en él plugo
a toda la plenitud permanecer
20 y gracias a él reconciliar
a todos los seres consigo

después de haber hecho la paz,
habida cuenta de la sangre de la cruz,
gracias a él, sea lo que está sobre la tierra
sea lo que está en los cielos.

El himno es de una grandísima riqueza. El apóstol le confiere, claro está, la autoridad de su propia inspiración. Difícilmente se podría poner mejor en evidencia toda la plenitud de Cristo en todos los ámbitos:

- Primero en el orden metafísico por su trascendencia.
- Primero en el orden dela naturaleza porque es su creador.
- Primero en el orden de la gracia y la salvación, ya que Dios ha querido, por él, reconciliarlo todo consigo mismo, tanto lo que está en la tierra como lo que está en los cielos...
- Primero en el orden moral y espiritual ya que nos ofrece la participación en la naturaleza divina.
- Primero, por último, en el orden escatológico que inaugura por su resurrección, preludio y garantía de la resurrección de los muertos.

El autor proclama a Jesús el primogénito de entre los muertos[211]. Ahora bien, entenderlo en un contexto cronológico sería ir contra la historia, ya que otros casos de vuelta a la vida se produjeron antes que el del Galileo (2 Reyes 4:32-37); Judas 9; Mateo 9:18-26; Lucas 7:11-17; Juan 11:38-44; Mateo 27:51-53). Pero no debemos olvidar nunca que él es la

[211] Apocalipsis 1:5 dice *prôtotokos tôn nekrôn,* primogénito de entre los muertos, que afirma con mayor claridad el hecho de que Jesús ha formado parte de la multitud de los muertos.

cabeza del cuerpo, la iglesia, que por lo tanto es su complemento, como el tronco es el complemento de la cabeza. La cabeza nada puede sin el cuerpo. Sin la iglesia, Cristo sería un ser incompleto. Con mayor motivo, sin Cristo la iglesia está desprovista de vida, muerta. Ningún muerto, entonces, ha podido nunca volver a la vida sin una intervención directa de Cristo. Su resurrección inaugura ya el mundo nuevo y glorioso, abierto a todos los elegidos.

Al designarlo como la cabeza, Pablo sobreentiende que la iglesia no es un desarrollo tardío, una organización contingente, una solución desesperada. Al contrario, la comunidad de los fieles tiene su origen en la eternidad. A lo largo de toda su historia, su vida procede de la cabeza. La imagen –¿cómo no sentirlo?– expresa una verdad suprema y sublime. La iglesia, a pesar de sus debilidades, es indispensable.

Cabeza de la iglesia, Cristo sigue siendo comienzo o principio[212], primer nacido o primogénito de los muertos, ¡a fin de ser en todo, él, el primero! El contexto muestra claramente la intención del autor de situar a Jesús en el más alto rango. Pero además, la elección de la palabra *prôtotokos* puede que le haya sido sugerida por la comparación entre la resurrección y un nacimiento. La resurrección es un nuevo nacimiento El ingenio de las palabras bien elegidas ¿no es acaso la posibilidad de tener, a veces, varios sentidos?

La muerte, fue Jesucristo quien la venció. Nadie más. Él es la resurrección y la vida, la fuente, el principio, el primero en nacer y el primogénito de los resucitados de ayer y de mañana. Quienquiera que ame la vida debe amar a Cristo, so pena de ser inconsecuente.

Con claridad, *prôtotokos,* aquí, debe comprenderse en función de la resurrección de cuyo beneficio gozó Jesús en la mañana del día de Pascua. No podemos sacar de ello ninguna información acerca de su origen.

c. Primogénito de toda la creación, Colosenses 1:15

¿Quiere esto decir que el mismo Jesús es un ser creado? No se puede aceptar esto sin entrar en contradicción con toda la enseñanza de la Escri-

[212] *Archê,* comienzo o principio. Este último sentido es rechazado por muchos exégetas, Para mi sorpresa, pues el genio de Pablo es haber sabido, permaneciendo fiel a la semántica hebraica, enriquecer su vocabulario por sus contactos con el pensamiento griego. Yo suscribo las palabras de Lagrange: «no solo lo que camina delante o el principio, sino la fuente y la razón de ser». (LAGRANGE, *Revue Biblique,* 1936, p. 24; *cf.* PIROT i.l.).

tura. Por lo demás, el contexto inmediato excluye la idea de una serie de seres creados, de los cuales él sería el primero. La prueba se da en el versículo 16: «…porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra…» (BJ). Este versículo introducido por «porque»[213] explica el versículo 15 al presentar a Cristo como el creador de todas las cosas. ¿Cómo podría el apóstol Pablo, con un razonamiento tan sólido, argumentar diciendo: «Jesús es un ser creado porque él es el creador de todo cuanto existe»? Esta falta absoluta de lógica puede imputarse al lector distraído, pero ciertamente no al fino teólogo que nos ocupa. Intentemos, pues, descubrir su verdadero pensamiento.

Primera afirmación: «Él [Jesús] es Imagen de Dios invisible». Recordemos que la palabra *imagen*, en las lenguas bíblicas, implica algo más que una simple representación de una cosa o de un ser. Para los antiguos, la imagen es la proyección de la esencia. Pablo, sin duda, tiene en mente el texto de Génesis 1:26. Piensa en Adán, tipo de Cristo (Romanos 5:14,15). Al crear a Adán, Dios tenía ya a la vista a Jesucristo.

Sin Adán, la creación habría quedado impersonal, sorda, ciega y sin voz. Llamado a reinar sobre toda la creación, el hombre la acaba, la domina y la corona. Pero ya no es sino un rey caído. En Cristo es en quien el hombre, a imagen de Dios, aparece al fin, sin tacha y perfecto, en el centro de la historia de la salvación. Dios es invisible. Jesús es una imagen visible. Porque él mismo es creador (1:6). Porque es revelador (Juan 1:18; 14:9). Porque zarandea, con sus milagros, la realidad mórbida (Mateo 11:2-6. Porque funda el reino (Mateo 4:17; 12:28).

Que haya entre su Padre y él identidad de esencias, o de sustancia –*homousía*, como habrían de afirmar los concilios de la iglesia–, no podríamos dudarlo. Si la palabra *imagen* no lo revela explícitamente, por cierto que no lo excluye tampoco. Así pues, la idea principal no deja de ser que en Jesús tenemos ante todo una revelación existencial de Dios.

Segunda afirmación: «Primogénito de toda la creación». Hemos denunciado ya el contrasentido que hay que evitar: incluir a Jesús entre los seres creados. Sabemos también que el Antiguo Testamento empleaba la palabra *prôtotokos* en el sentido de primogénito o de «querido, precioso, bien amado». Tal parece ser realmente el final de nuestro texto. Jesús no solo es creador (versículo 18); es precioso y muy amado en su regia posición por encima de todo y de todos. Así entendido, el cántico en su totali-

[213] *Hoti* = pues, porque.

dad es perfectamente homogéneo, canta el amor profundo y lúcido de quienes han descubierto a Cristo Jesús.

d. «Yo te he engendrado hoy», Hebreos 1:5; Salmos 2:7

«En efecto, ¿a qué ángel dijo alguna vez: Hijo mío eres tú, *yo te he engendrado* hoy; y también: Yo seré pare el un padre y él será para mí un hijo? Y nuevamente al introducir a su *primogénito* en el mundo dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios» (Hebreos 1:5,6, BJ).

Los cristianos de origen judío a quienes el autor dirige esta epístola se han enfriado. Están cansados de esperar a un Señor que tarda. Por eso hay que exhortarlos a que recobren el ánimo (13:22). A tal efecto, se les presentan cuatro sermones:

1. Sacando la ilustración de la navegación, les ruega que no pierdan el rumbo, con riesgo de comprometer tan grande salvación (2:14).
2. La historia de Israel le proporciona el segundo tema: en el desierto, a la salida de Egipto, los judíos se rebelaron. En consecuencia, no entraron en el reposo de Dios. ¡Se ruega no imitarlos! «Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones…» (3:1 a 4:11).
3. El tercer sermón está ilustrado por la naturaleza: una tierra empapada por la lluvia produce hierba provechosa... Ahora bien, los cristianos en cuestión son de comprensión lenta. Cuando deberían tener maestría, no son capaces siquiera de absorber el alimento destinado a los lactantes (5:11 a 6:20). Se parecen a una tierra estéril.
4. El último argumento procede del santuario. Mientras que el acceso al lugar santísimo estaba reservado al sumo sacerdote, solo una vez al año, y bajo condiciones, he aquí que se ha inaugurado una entrada libre, que nos da acceso a Dios, en Jesucristo. Este es el punto culminante de la epístola. Ya no hay separación entre Dios y nosotros[214].

Es de destacar que estos cuatro sermones están envueltos en teología. ¡Y no de menor importancia! Es algo así como si el predicador clamara: «¡A vosotros os gustaría suero de leche! ¡Yo os ofrezco comida sólida!»

[214] Véase William JOHNSSON, *In Absolute Confidence*, *op. cit.*

¿Puede, después de todo, que fuera ese el mejor remedio? Permítaseme creer que, un poco, sí. ¡Un poco… mucho!

Un pensamiento acertado, cuando uno se encuentra en pleno desconcierto, es como una llama en medio de la noche. Decir al afligido: «no llores», es no decir nada mientras no se le explique por qué debe enjugar sus lágrimas. Tratemos de modificar intelectualmente el aspecto mismo de su dolor para que cese de parecerse a una inscripción indescifrable. Nuestros destinos individuales no llevan en sí mismos su fin supremo. Acontecimientos e incidentes de toda clase se cruzan y entrecruzan aparentemente al azar, cuando pueden servir a un fin superior, integrarse dentro de un plan de conjunto. ¿Y qué sería la historia de nuestro mundo si no fuese la historia de nuestra redención en Jesucristo? –Acabo de evocar el contenido de la teología–.

Los destinatarios experimentaban sin duda cierta nostalgia con relación a ciertas ceremonias sagradas que habían abandonado. La superioridad del cristianismo debía serles demostrada. El autor abre el debate con un prólogo (1:1-14) que resume su tema de manera admirable. Luego, construye de modo sistemático su exposición. Jesús es superior a los ángeles (1:4 a 2:18); superior a Moisés (3:1 a 4:13); superior a los sacerdotes de la Antigua Alianza (4:14 a 7:28).

Hasta aquí la demostración se refiere a la persona de Cristo. La segunda parte del texto está dedicada a su obra (8:1–10:18), mientras que del final se desprenden las conclusiones prácticas: manteneos firmes (10:19-39); creed (11:1 a 12.2); perseverad (10:3-29). El capítulo 13, en forma de apéndice, hace figura de posdata, enumerando algunas normas de conducta, sin orden lógico[215].

Nuestro texto (1:5,6) pertenece a la sección que demuestra la superioridad de Cristo con relación a los ángeles. La afirmación de su condición filial divina no es suficiente, ya que los ángeles son también, a su manera, hijos de Dios (Job 1:6; 2:1). Por añadidura, comparten con el Hijo el privilegio de habitar en el cielo y participar en la salvación de los hombres. En múltiples ocasiones, han estado asociados a misiones importantes (Gálatas 3:19). Los judíos los tenían en muy alta estima. Por eso el autor ha de insistir. Citemos, a este respecto, a Jean-Samuel Javet.

[215] *Cf.* Jean-Samuel JAVET, *Dieu nous parle* (París: Je Sers, 1941), p. 207.

> «Mediante siete citas (siete es el número simbólico que expresa la plenitud) sacadas del Antiguo Testamento, el autor mostrará que la superioridad de Cristo con respecto a los ángeles no es una verdad nueva, sino que es conforme a la enseñanza de la Escritura Las tres primera citas (versículos 5 y 6) dan testimonio de la superioridad en cuanto Hijo; las dos citas siguientes (versículos 7-9), de su superioridad en cuanto rey; la cita de los versículos 10-12, de su superioridad en calidad de creador; finalmente, la última cita (versículo 13) y el versículo 14 establecen el contraste entre la situación actual del Hijo y la de los ángeles[216].»

Solo nos interesan aquí las tres primeras citas, sacadas de Salmos 2:7; 2 Samuel 7:14 y probablemente Salmos 97:7, citado según la Septuaginta.

El Salmo 2 fue compuesto con ocasión de la entronización de un rey. Los territorios ocupados solían aprovechar esas ocasiones para crear subversión e intentar un levantamiento contra el nuevo rey. También este fragmento está redactado por David (Hechos 4:25) en forma de un gran poema dramático en cuatro estrofas. La primera nos presenta la inquietud de David a propósito de la revuelta de las naciones (1-3); la segunda describe la reacción amenazadora de Dios (4-6); la tercera es una declaración directa del Hijo (7-9). La voz del salmista, inspirado por el Espíritu Santo, resuena de nuevo, con solemnidad, en la cuarta, que lanza una grave advertencia a las naciones (10-12).

¿Podemos permanecer insensibles delante de la pregunta de ayer y de hoy, pregunta de siempre: «¿Por qué se amotinan las naciones…?» Es que el hombre quiere suplantar a Dios. En primer lugar, poniendo en duda su palabra (Génesis 3:4,5), luego, quebrantando la convicción de su existencia. Durante una gran convocatoria para celebrar el centenario de la publicación de *El origen de las especies* de Darwin en 1959 en la Universidad de Chicago, el orador principal, Sir Julian Huxley, se jactó de que «el darwinismo había retirado el propio concepto de Dios de la esfera de toda discusión racional[217]».

La respuesta de Dios es una trágica ironía: «El que habita en el cielo se ríe, Yahvé se burla de ellos. Después les habla irritado, los espanta

[216] Ibíd., p. 26.

[217] *Cf.* Henry M. MORRIS, *Psaumes choisis* (Miami: Vida, 1986), p. 83.

lleno de cólera: "Yo mismo he consagrado a mi rey, en Sión, mi monte santo"» (Salmos 2:4-6, BJ). Dios llama y el hombre se resiste; extiende la mano y nadie hace caso, no les gustan las reprimendas (Proverbios 1:24-26). Que las naciones sigan sus propios caminos (Hechos 14:16). Dios, no por eso lleva menos las riendas, interviniendo en el momento oportuno. Su rey recibe la entronización.

Jesús conoce el designio de Dios, de donde le vienen fuerza y coraje. Así pues, publica el decreto:

> «El Señor me ha dicho: "Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy". La palabra "hoy" muestra con claridad que el salmo se aplica, en sentido literal, a un hombre. Un día, en efecto, David recibió de Dios, por intermedio del profeta Natán, la seguridad de que su hijo reinaría después de él, y que Dios le trataría como un padre trata a su hijo (2 Samuel 7:14,15). En el pensamiento de Natán, esta promesa era válida no solo para el heredero directo, sino también para todos los descendientes posteriores de David (2 Samuel 7:16), y fue así como David lo entendió (2 Samuel 7:29; 23:5). Nos explicamos entonces que el salmista, al dedicar su poema a un rey de Judá, pudiera poner en su boca estas palabras: El Señor me ha dicho: "Tú eres mi hijo hoy, yo te he engendrado." "Hoy" es el día de su unción real, que lo sitúa en el beneficio de la promesa hecha a su antepasado[218]».

> «En la antigüedad oriental tanto como en la grecolatina, a los reyes se les consideraba a menudo como surgidos directamente de la sangre de los dioses. Israel tenía cierta idea de la filiación divina del rey, pero solo en su calidad de rey, y aun así, esta idea no aparece sino rara vez en la Biblia[219]».

Comoquiera que sea, la condición filial está asociada exclusivamente a la entronización, y nunca al origen. El engendramiento debe, pues, entenderse en un sentido particular.

Una primera aplicación del salmo conviene sin duda a Salomón.

> «Quienquiera que fuese el príncipe en cuyo honor fue compuesto, los términos que emplea no son los adecuados para referirse a nin-

[218] Jacques KALTENBACH, *Le Livre qui chante la Gloire de Dieu*, *op. cit.*, p. 246.

[219] Louis DESNOYERS, *Les Psaumes*, *op. cit.*, p. 68.

> guno de los soberanos que se sucedieron en Jerusalén o en Samaria. Los reyes de Israel, que reinaban sobre un territorio que apenas igualaba el de dos o tres departamentos franceses, no podían ver que se produjera contra ellos un levantamiento universal, ni pedir a Dios que extendiera su dominio hasta los extremos de la tierra. Estas palabras, al contrario, tenían perfectamente su lugar y circunstancia, en relación al rey de su tiempo, si el salmista contemplaba la imagen aún imprecisa de Aquel que un día debía declarar: "Yo soy rey" (Juan 18:37)[220].»

Por eso, ¿hay que pensar en el bautismo, cuando Dios designó a Jesús como su Hijo muy amado? Esto no debiera descartarse[221]. Pero el apóstol Pablo nos propone una interpretación más precisa. Jesús «...nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad por su *resurrección* de entre los muertos» (Romanos 1:3,4, BJ). Está fuera de duda que los primeros cristianos vieron en la resurrección el cumplimiento del Salmo 2. El discurso pronunciado por Pablo en la Sinagoga de Antioquía de Psidia es muy claro: «También nosotros os anunciamos la Buena Nueva de que la promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en los salmos: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy» (Hechos 13:32,33, BJ).

Tras esta imprescindible digresión a través del Salmo 2, podemos volver a la epístola a los Hebreos, en la que la cita se repite dos veces con el mismo sentido, en 1:5 y en 5:5. Habíamos dicho que la superioridad de Cristo con respecto a los ángeles está demostrada por siete citas del Antiguo Testamento y que las tres primeras son las que nos interesan dentro del marco de nuestro tema. Hemos considerado el Salmo 2:7 y 2 Samuel 7:14. Nos queda la tercera: «Y adórenle todos los ángeles de Dios» (Hebreos 1:6, BJ). Probablemente esté sacada del Salmo 97:7, en el que la versión griega ha leído «los ángeles» en lugar de «los dioses».

Una vez más, Jesús es llamado «primogénito», pero el autor precisa que es en el momento en que Dios lo introduce de nuevo en el mundo (Hebreos 1:6a), es decir, en su resurrección.

---

[220] Jacques KALTENBACH, *Le Livre qui chante la Gloire de Dieu*, *op. cit.*, p. 246.

[221] A condición, sin embargo, de eliminar la interpretación adopcionista según la cual Jesús es un simple hombre elevado al rango de hijo de Dios en su bautismo.

Digámoslo con claridad: seguir invocando estos pasajes para pretender que Jesús tuvo un comienzo como un ser creado implica una inconsecuencia. El período intertestamentario había visto desarrollarse el culto a los ángeles gracias a la amalgama entre las religiones orientales y occidentales, estimulada por la civilización helenística. Como reacción, la epístola a los Hebreos demuestra la superioridad única e incomparable de Cristo, para quien el rol intermediario de los ángeles no es necesario. Mientras los ángeles se van a ocupar de su ministerio, Jesús se sienta a la derecha de Dios, como rey de reyes (Apocalipsis 19:16); se ha cumplido la última entronización[222].

e. «Yahvé me creó, primicia de su actividad...», Proverbios 8:22

Otro argumento que suele invocarse para demostrar que Jesús tuvo un comienzo, en contra de su divinidad, procede de Proverbios 8:22. En plena disertación sobre la sabiduría, el poeta escribe: «Yahvé me *creó*, primicia de su actividad, antes de sus obras antiguas». El paralelismo remite a Juan 1:14 y a Colosenses 1:15-17, revelando que generalmente se aplican esos términos a Jesús.

---

[222] Merece la pena mencionar aquí una observación de Robert Schroeder, a propósito del Ángel del Señor, título empleado a veces en el Antiguo Testamento de tal manera que se debe identificarlo con Cristo.

«Resultará de utilidad confrontar los siguientes pasajes:

Ángel del Señor	**Identificación con el Señor**
Génesis 16:7	Génesis 16:13
18:2	18:13
22:11	22:16
31.11	31:13
32:24	32:30
48:16	48:15
Éxodo 3:2	Éxodo 3:6
14:19	13:21
Jueces 6:12	Jueces 6:23
13:13	13:22

«El Ángel del Eterno aparece bien diferenciado del Eterno y, sin embargo, se identifica con él. [...] El Dios invisible, aquel que nadie puede ver y quedar con vida (Éxodo 33:20) no ha temido manifestarse a los hombres en forma corporal, ya sea en el Ángel del Señor, ya sea de otra forma, por ejemplo, en su aparición a Moisés y sus compañeros (Éxodo 24:10) o al profeta Isaías (Isaías 6:1)» (Robert SCHROEDER, *Le Messie de la Bible, op. cit.*, pp. 27, 28).

Desde que Arrio, en el siglo IV, abrió su controversia contra la divinidad de Cristo, este versículo fue uno de los más controvertidos del Antiguo Testamento. La gran pregunta es saber si su traducción es correcta. Los especialistas en hebreo observan que el autor no escogió el verbo *bara*, crear, sino *qanah*, poseer. *Bara* se emplea únicamente cuando el sujeto es Dios. Indica la acción creadora que produce lo que no existía. En cambio, *qanah* significa poseer sin referencia al origen[223].

El profesor F. Davidson piensa que el significado en hebreo, aquí, no es crear[224]. El autor quiere decir que Dios poseía la sabiduría desde el principio. Él es el dueño de todas las cosas (Génesis 14:19,22). La sabiduría no puede ser separada de él. Mejor aún, debemos comprender que la sabiduría estaba con Dios desde toda la eternidad. Precedió a todas las cosas creadas, incluso al abismo primordial (versículo 24). El sabio revela además que la sabiduría estaba obrando junto a Dios, como mediadora de la creación (versículo 30). Quienes la escuchan son llamados hijos suyos a los que ella entrega sus instrucciones (versículo 32).

Robert Schroeder hace una observación muy pertinente: «¿Puede concebirse que la Sabiduría de Dios tuvo un principio? ¿Puede Dios ser perfectible? Como la Biblia le atribuye inmutabilidad (Salmos 102:28; Santiago 1:17), la Sabiduría de Dios es tan eterna como él mismo[225].»

No nos engañemos. Nos encontramos ante un giro estilístico muy corriente: la personificación. Los hebreos, poco dados a la abstracción, concretaban todos sus pensamientos. El autor de los Proverbios es un moralista que se expresa como un poeta, y no como filósofo que especula acerca de la naturaleza de Dios.

P. Van Imschoot, autor de una teología del Antiguo Testamento, lo comprendió muy bien:

> «La sabiduría aparece como un predicador popular que se planta en los cruces de las calles y llama a los transeúntes, los invita a entrar en su casa y a sentarse a su mesa para escuchar sus lecciones (Proverbios 9:1ss); pero no es más una persona real que dama loca, su igual y su contraste, que les ofrece “aguas revueltas”, es decir, doctrinas o goces adulterados que conducen a la muerte (Proverbios

[223] La LXX dice: *«ektisen», me ha creado* o me ha fundado.

[224] Francis DAVIDSON, *The New Bible Commentary* (Londres: The Inter-Varsity Fellowship, 1962), p. 525.

[225] Robert SCHROEDER, *Le Messie de la Bible, op. cit.*, p. 64.

> 9:13-18). Cuando el autor sagrado representa la sabiduría [...] tiene a la vista el atributo divino que se manifiesta en el orden y la belleza de la obra divina [...] y quiere exaltar el origen divino [...] y la antigüedad de las enseñanzas morales de las que es depositaria y que comunica a sus discípulos (Proverbios 8:32-36); no pretende abrir perspectivas nuevas sobre la naturaleza íntima de la Divinidad. Aquí, la sabiduría divina está poéticamente personificada, pero nada más.[226]»

Ciertamente, está permitido aplicárselo a Cristo, él que se hizo sabiduría para nosotros (1 Corintios 1:30). A condición, no obstante, de tener presentes los límites de una imagen. Comparar no es razonar. En consecuencia, no podemos quedarnos con la explicación arriana para Proverbios 8:22, porque entra en conflicto con todas las enseñanzas positivas de la revelación a propósito de Cristo, mientras que su lectura normal se acomoda perfectamente a ellas[227].

f. «...yo he salido y vengo de Dios...» Juan 8:42; 16:28; 17:8

El capítulo 8 del evangelio según Juan nos brinda un dramático ejemplo de la hostilidad de la Sinagoga con respecto a Jesús. Aparece claramente una gradación en el conflicto. Primero, le tienden una trampa al Señor (8:1-11); después, se anima una discusión cada vez más descortés, para terminar en tentativa de asesinato (8:59).

Estamos una vez más en el contexto de la fiesta de los Tabernáculos. Jesús se ha identificado ya con el agua viva de Siloé. Ahora se presenta como la luz frente a las tinieblas, aprovechando, tal vez, la iluminación del atrio de las mujeres que se hacía al atardecer del primer día. El tema es importante y se reitera con frecuencia en el evangelio según Juan (1:4-9; 3:19-21; 9:5; 12:35-46). Nosotros necesitamos luz, pues estamos enca-

---

[226] Paul van IMSCHOOT, *Théologie de l'Ancien Testament* (París: Desclée, 1954), tomo I, p. 229.

[227] «Entre los judíos hay modelos, textos y doctrinas que se han utilizado y, de hecho, han servido para pensar y para expresar la doctrina de la divinidad de Jesús y de su preexistencia. En el A.T., la Palabra de Dios, la Sabiduría de Dios eran consideradas como preexistentes y presentes en la obra de la creación: Prov 8: 22... Pero conviene hacer una distinción absolutamente esencial. Estos conceptos pueden ayudar a entender mejor, formular mejor la fe en la preexistencia y en la divinidad de Cristo, pero no pueden ser la fuente de estas doctrinas. ¿Por qué? Porque la Palabra, la Sabiduría, se trata de atributos divinos personificados por una suerte de ficción literaria, como se puede imaginar a Dios en una discusión entre su justicia y su misericordia...» (François DREYFUS, *Jésus savait-il qu'il était Dieu?*, París: Cerf, 1984, p. 62).

denados a situaciones falsas, desordenadas y sin salida. Ahora bien, la luz transforma nuestras condiciones de vida, a condición de que la aceptemos. Portadora de salvación, puede convertirse en ocasión de caída.

Precisamente, los fariseos discuten y acusan:

> «"Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no vale." Jesús les respondió: "Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio vale, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. [...] no estoy yo solo, sino yo y el que me ha enviado..."» (Juan 8:13-16, BJ).

Jesús viene del Padre y regresa a su Padre. Viene del cielo y regresa al cielo. En la tierra está, en cierta manera, en tránsito. Pero los fariseos, esclavos de las apariencias, no disciernen el origen ni el significado de su misión. Están en plena ceguera y reclaman una clarificación. ¿Quién es, pues, este rabí que habla de sí mismo de una manera tan enigmática? Y Jesús responde resumiendo: «[25]Desde el principio, lo que os estoy diciendo[228]. [...] [28]Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy...» (8:25-28, BJ).

Familiarizados con el Antiguo Testamento, los oyentes no podían dejar de captar la alusión a la famosa teofanía de Horeb, en la que Moisés oyó por primera vez el nombre que no es un nombre y que ningún judío pronuncia. La audacia de Cristo aumenta a medida que sus interlocutores se irritan. Ni siquiera sus explosiones de ira le impiden afirmar: «…antes de que Abrahán existiera, Yo soy». (8:58, BJ)

Lamentablemente, la posteridad de Abrahán según la carne no entra siempre en el designio de Dios. Y según Jesús, su negativa a reconocerlo da testimonio de su esclavitud. Consciente o inconscientemente, están a la escucha de Satán, incluso si su genealogía justifica una peligrosa soberbia. Él, viene de Dios; ellos, vienen del diablo.

> «…yo he salido y vengo de Dios; no he venido por mi cuenta, sino que él me ha enviado. ¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el

[228] El texto original es difícil de traducir. La Vulgata comprendió que Jesús se declaraba Principio de todas las cosas *Principium*, en latín; *archê* en griego). Esta interpretación está hoy día generalmente abandonada «Desde el principio, lo que os estoy diciendo…» (Jerusalén); «Para empezar, ¿por qué iba a hablaros?» (Centenaire); «exactamente lo que os declaro» (Maredsous); «Lo que no ceso de deciros desde el comienzo.» (TOB).

> diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre[229]» (Juan 8:42-44, BJ).

La oposición: él, de Dios, ellos del diablo, proporciona la clave del pasaje. El telón de fondo es ante todo espiritual. Se trata de conocimiento, de pertenencia y de obediencia. La oposición es radical. Pero Jesús aprovecha la oportunidad para ir más lejos. Pues, tratándose de él, la pertenencia a Dios es eterna y sin defecto. Su situación está en relación directa con su naturaleza. Él estaba junto a Dios en la gloria celestial. Y de ella es de donde salió para venir a estar entre nosotros.

> «La idea que sugiere Jesús no es que vino como podría hacerlo un ángel, sino que siendo el verdadero ser esencial de Dios, vino a este mundo como tal para encarnarse para beneficio del hombre. Por eso dice: "Y estoy aquí". Se trata de una existencia sin principio ni fin. Revela la consciencia de un Ser eterno[230].»

Cada vez que Jesús declara haber salido de Dios, es en relación con su venida al mundo (8:42; 16:28; 17:8). Una vez al menos la afirmación es sin ambigüedad: «Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre» (Juan 16:28, BJ). Es así como las grandes etapas de su ministerio quedan definidas: preexistencia, encarnación, crucifixión y ascensión.

g. Resumen

Por su resurrección en la Pascua, Jesús se convierte en el primogénito de entre los muertos. Es también el muy amado de Dios y el primogénito de todas las criaturas, pues logró el primer lugar por derecho de creación y de redención. Dios considera su resurrección como una especie de engendramiento. Él es el Hijo de Dios, *Huios Theou,* mientras que los redimidos son *tekna Theou,* hijos de Dios. El lugar de Cristo es absolutamente único. A partir de aquí, considerarlo una criatura basándose en Proverbios 8:22 es un contrasentido literario y una sinrazón teológica. Acerca del origen de Cristo antes de que el mundo fuese creado en él, por él y para él, debemos resignarnos a no poseer más información que acerca del origen de Dios. Es el misterio de la fe y de la piedad (1 Timoteo

[229] En Juan 8:42, *hêkô* es un presente enfático. Es el verbo que pronunciaban los actores cuando entraban en escena: he venido de tal lugar, y «estoy aquí».

[230] Roland E. LOASBY, *Méditation sur la personne de Jésus-Christ, op. cit.*, p. 10.

3:16). Al principio de los tiempos, surgido de la eternidad, el Cristo Logos era Dios, junto a Dios, por toda la eternidad.

> «El Señor Jesucristo, el divino Hijo de Dios, existió por toda la eternidad, en tanto que persona distinta y sin embargo una con el Padre. Él era la gloria incomparable del cielo. Era la cabeza de las inteligencias celestiales, y tenía derecho a la adoración de los ángeles. Esto no era una usurpación[231].»

Al ofrecerse por su propia voluntad para venir a vivir nuestra lucha en la tierra invadida por el mal, Jesús asumió riesgos indecibles. Se puso en una situación de debilidad (2 Corintios 13:4) y de constante dependencia con respecto a Dios. La fragilidad de su estado, la vulnerabilidad de su nueva naturaleza crearon entre su Padre y él una disposición afectiva de una calidad incomparable. Solo las relaciones privilegiadas de un padre con su hijo son aptas para evocarla. ¡Nunca acabaremos de admirar el ejemplo de ese Padre y ese Hijo!

[231] Ellen G. WHITE, *Review and Herald*, 5 de abril de 1906.

Sexta parte

LA ENCARNACIÓN: IMPLICACIONES Y CONSECUENCIAS

Capítulo 1

Emmanuel: Dios con nosotros

Para descubrir a Cristo, hemos elegido el método más natural. Hemos seguido a Jesús durante su ministerio en la Tierra, utilizando la información disponible, cuidando de evitar la acusación según la cual nuestro Señor pertenece a la fe y no a la historia. Si partimos de una verdad teológica (cristología de lo alto), nos exponemos a verla evaporarse en un mito. Preferimos, más bien, una teología que tenga sus raíces en la historia, en la vida vivida (cristología desde abajo).

Pero de modo igualmente natural, hemos sido llevados a elevarnos por encima de la historia. En Jesucristo, hemos descubierto a Dios, convencidos de que hace falta la complicidad de los ojos del corazón, aunque la razón encuentre también apoyo en el momento en que deja de oponerle una barrera sistemática. Jesús, plenamente hombre, nacido de María en Belén; Jesús Dios, con Dios desde toda la eternidad. Pero entonces ¿cómo pasó de la eternidad al tiempo, del cielo a la tierra, de la divinidad a la humanidad? La respuesta a estas preguntas lleva un nombre que no aparece en la Biblia, aunque se ajusta de manera admirable a su enseñanza; se trata de la Encarnación, palabra útil cuyo sentido importa mucho captar debidamente. La encarnación de la que procedió la vida de Jesús no merece ni que se la rechace como un absurdo ni que se la exalte hasta emparentarla con la mitología. Debemos guardarnos tanto del menosprecio como de la superstición.

El tema reviste una importancia capital. Hasta aquí hemos tratado de decir quién es Cristo. Ahora vamos a descubrir lo que es para nosotros, lo que podemos llegar a ser gracias a él. Todo cuanto constituye nuestras relaciones con Dios está en tela de juicio. En otras palabras, nuestra *religión*, en el más noble sentido del término, desprovista del fárrago de las tradiciones imaginadas por los hombres.

1. Complejidad de Dios

Sin el Polo Norte, la orientación de la aguja imantada de una brújula deja de tener explicación. Del mismo modo, sin Dios, los pasos de nuestro espíritu, los impulsos del corazón, la misma rebeldía, difícilmente serian explicables. «A Dios no se lo demuestra, pero ocurre que se lo

experimenta. No hay prueba alguna sino itinerarios que pasan por esa consciencia de que el mundo no se basta a sí mismo. Lo que cuenta es la presencia de Dios. Ahora bien, una presencia, en el plano existencial, es algo que no se demuestra.»

Así se expresaba el filósofo Gabriel Marcel en una encuesta que se realizó en Francia sobre la *idea de Dios*[232]. No obstante, este postulado de Dios no está en todos los hombres. Según el apóstol Pablo, Dios «…con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos…» (Hechos 17:27,28, BJ). No se encuentra a Dios sino buscándolo.

Esta búsqueda de Dios adopta a veces el aspecto de un auténtico tormento. «En todos los caminos que sigue la caravana humana, podríamos encontrar, junto a cisternas agrietadas, impotentes para calmar su sed, de esas almas hechas jirones y sangrantes de las que habla san Agustín[233].» Dios, tormento de los hombres que lo rechazan, como Nietzsche; tormento igualmente de los hombres que se aferran a la fe, gritando al mismo tiempo, con el profeta, «¡Si rasgaras los cielos y descendieras…!» (Isaías 64:1, [63:19], RVR95). Sucede que Dios se impone como una evidencia. Pero con frecuencia la duda se ensaña a medida que se agudiza la reflexión.

¡Y es que el hombre necesita tanto ver para creer! La fe, visión del corazón, oído del corazón, no siempre es fácil de mantener ni de experimentar. ¿Cómo podríamos olvidar la idolatría de Israel, apenas liberado de Egipto a través del mar Rojo, llevado por el Señor como en alas de águila? Mientras Moisés mantenía con Dios en el Sinaí su encuentro sagrado, el pueblo donó sus joyas a Aarón para que le hiciera un dios que anduviera delante de él. A través de toda su historia, uno de sus más dramáticos errores fue su incapacidad de adorar en espíritu y en verdad.

Tres grandes series de afirmaciones atraviesan la Biblia acerca de este tema, muy bien descritas por el exdecano de la Facultad de Teología de Ginebra, Jacques de Senarclens[234].

---

[232] Gabriel MARCEL, *L'Âge Nouveau*, nº 90, enero de 1955, p. 37.

[233] Citado por Marc BOEGNER, *Dieu, l'éternel tourment des hommes* (París: Je Sers, 1929).

[234] Jacques de SENARCLENS, *La personne et l'oeuvre de Jésus-Christ* (Ginebra: Labor et Fides, 1958), pp. 7-28; texto que resumimos.

a. Dios, muy cerca de nosotros

Su presencia queda formalmente testificada en la proximidad más inmediata de los personajes bíblicos. Dios se acerca a ellos sorprendiéndolos con sus intervenciones, hablándoles como a amigos. No hay necesidad de elevarse hasta los cielos para oírlo. Así, por ejemplo, en el huerto del Edén. Adán y Eva, tras haber sucumbido a la tentación, se escondieron lejos de la faz del Eterno. Pero Dios recorrió el huerto hacia el atardecer, llamando al hombre: «¿Dónde estás?». Y el hombre respondió: «Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí». (Génesis 3:7-10, RVR95).

> «Adán y Eva, sin duda, habrían preferido con mucho, después de la caída, que Dios permaneciera en su lejana eternidad. [...] Hay momentos en que la ausencia de Dios es infinitamente preferible a su presencia. [...] Mientras Dios mora en su alejamiento, nos molesta muy poco. Especular acerca de un Ser supremo, perdido en su infinito, nunca ha perturbado ni comprometido a nadie. Cuanto más lejos, más desdibujado y cómodo[235].»

Pero ese Dios de la Biblia, lejos de ser una simple idea, es una presencia concreta, turbadora y a veces acusadora.

> «¿Adónde iré lejos de tu espíritu,
> adónde podré huir de tu presencia? –pregunta David–.
> Si subo hasta el cielo, allí estás tú,
> si me acuesto en el Seol, allí estás.
> (Salmos 139:7,8, BJ).

Dios aparece, pues, a veces, de una manera personal. Viene a anunciar a Abrahán su alianza (Génesis 17:1); se impone a Jacob en el vado de Yaboc (Génesis 32): llama a Moisés desde dentro de la zarza ardiente (Éxodo 3:4); encuentra a Elías y le habla como a un siervo: «¿Qué haces aquí, Elías?» (1 Reyes 19:13).

«La historia del Antiguo Testamento tropieza constantemente con él, ya sea que se presente en persona, ya que hable o ya que delegue sus ángeles o incluso enviados especiales, en forma humana pero que vienen

[235] Ibíd., p. 8.

de no se sabe dónde y desaparecen de súbito, envueltos en misterio[236].» Tan cerca de nosotros.

b. El Eterno, Dios de los cielos

«Ese Dios cercano, histórico y terrenal, por así decir, no deja de ser, no obstante, al mismo tiempo, el Dios del cielo, el Eterno. Esta segunda serie de afirmaciones está también tan fuertemente marcada como la anterior[237].» Desde sus primeras palabras, la Escritura lo dice con precisión y sin ambigüedad: «En el principio… Dios...». Creador de todas las cosas, es también el Señor incomparable. «Pues ¿con quién asemejaréis a Dios, qué semejanza le aplicaréis? –clama el profeta Isaías–. [...] Él está sentado sobre el orbe terrestre [...]; él expande los cielos como un tul, y los ha desplegado como una tienda que se habita» (Isaías 40:18,22, BJ). Salomón, por su parte, afirma: «Los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte, ¡cuánto menos este templo que yo te he construido! (1 Reyes 8:27, BJ).

No podemos encerrar a Dios en un concepto simple, pues él es a la vez lejano y próximo, eterno y presente, creador y compasivo, fuego y amor. Su majestad exige su reserva; a falta de ella, nos aplastaría al acercarse. Fijémonos en lo sucede cuando pide a Moisés que le construya un santuario: «Hazme un Santuario para que yo habite en medio de ellos» (Éxodo, 25:8, BJ). Es cierto, ¡pero se encierra en el lugar Santísimo, inaccesible al pueblo! Presente y oculto. Oculto pero revelándose: «Allí me encontraré contigo; desde encima del propiciatorio, de en medio de los dos querubines colocados sobre el arca del Testimonio, te comunicaré todo lo que haya de ordenarte para los israelitas» (Éxodo 25:22). Sí, un Dios que se esconde y que, no obstante, salva. (Isaías 45:15).

> «Su presencia, casi familiar, no es una comodidad: "quítate el calzado para acercarte, dijo a Moisés; pues aunque a tu lado, soy yo quien te habla desde este arbusto". De Dios se ha dicho que él es el que ama en su libertad: él se acerca a nosotros y eso es su amor pero sigue siendo él mismo, al mismo tiempo que viene hacia nosotros –y eso es su libertad–[238].»

[236] Ibíd., p. 9.

[237] Ibíd., p. 10.

[238] Ibíd., p. 11.

c. El gran encuentro

Henos aquí ante la tercera afirmación, a saber la firme voluntad de Dios de encontrarnos e incluso de coexistir con nosotros. Dios desciende siempre hacia los hombres. Su venida aporta a veces el juicio, como tras la construcción de la torre de Babel: «Bajemos, pues, y, una vez allí, confundamos su lenguaje, de modo que no se entiendan entre sí» (Génesis 11:7, BJ). La mayoría de las veces le impulsa a hacerlo la compasión: «Yahvé le dijo: "He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios... » (Éxodo 3:7,8, BJ) David tuvo la misma experiencia. Tras un largo tiempo de prueba, pudo exclamar con alegría: «Inclinó los cielos y bajó, con espeso nublado a sus pies» (2 Samuel 22:10, BJ). ¿No es este mensaje lo que atraviesa todas las páginas de la Biblia? Dios desciende hasta las profundidades de nuestras protestas o de nuestros sufrimientos para encontrarse con nosotros allí donde estemos. Es él quien viene hacia nosotros, quien se rebaja hasta nosotros.

> «Esta decisión de Dios y este movimiento son el contenido de la Buena Nueva, el objeto del testimonio bíblico. Dios no nos deja escapar delante de él; viene a nuestro encuentro y a colocarse junto a nosotros para resolver nuestro propio problema. La palabra *gracia*, de la que se han dado a veces explicaciones vagas y abstractas, designa en realidad ese increíble desplazamiento de Dios, para entrar él mismo, personalmente, en nuestro combate y triunfar con nosotros[239].»

2. Nacimiento en Belén

El grito de Isaías: «¡Si rasgaras los cielos y descendieras…!» (Isaías 64:1, [63:19], RVR95), no se queda en una vana llamada en la noche. Una noche, en Belén, Jesús nació. Los pastores oyeron unas voces lejanas; multitudes celestiales anunciaban la paz a las multitudes terrenales: Paz en la tierra a los hombres que agradan a Dios que son objeto de su predilección. Entonces comienza, como diría Charles Péguy:

«La más hermosa historia de la tierra
Y también la más grande historia que nunca haya sido,
La única gran historia que haya sido

[239] Ibíd., p. 13.

La más grande historia del mundo entero
La única historia interesante que jamás haya sucedido.»

Desde hace alrededor de dos mil años, los artistas no han cesado de cantar el acontecimiento. Para José y María, en primer lugar, fue una auténtica conmoción. Los rabinos recomendaban a los hombres que se casaran a los 18 años. Por lo que respecta a las muchachas, alcanzaban la edad idónea a los 12 años y seis meses, pero se casaban generalmente entre los 13 y los 14 años[240]. Un padre que impidiera a su hija casarse a esa edad era acusado de querer convertirla en una cortesana.

Si tenemos buenas razones para pensar que José estaba en la treintena, era viudo con cuatro hijos –Santiago, José, Judá y Simón y al menos dos hijas–, no sucede lo mismo con María, que debía de ser verdaderamente muy joven[241]. Según la costumbre, desde el momento de los esponsales a ella la colocaron bajo la autoridad de su marido. El contrato de matrimonio, firmado previamente, fijaba la suma debida a la esposa, la dote puesta a disposición del marido y la renta a entregar a la esposa en caso de divorcio o fallecimiento del esposo. La publicación del compromiso confería a los prometidos el título de esposos, aunque la novia permaneciera aún en casa de su padre durante un año, hasta la fiesta de las bodas.

Estos datos aclaran el relato de Mateo, al describir el nacimiento de Jesús: «Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mateo 1:18, BJ). El contrato de matrimonio estaba, pues, firmado, el compromiso hecho público, pero el año de espera no había transcurrido aún.

Fue la misma María quien debió advertir a José de su estado. El arcángel Gabriel le había dicho: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra... » (Lucas 1:35, BJ). Podéis juzgar la consternación de José. Es fácil imaginar el desgarro de su corazón. El desdichado no se dejó convencer: «Su marido José, que era justo, pero no quería infamarla, resolvió repudiarla en privado» (Mateo 1:19, BJ). Uno se pregunta cuál de los dos era más digno de lástima.

[240] Según Abraham COHEN, *Everyman's Talmud* (Nueva York: E. P. Dutton and Company, 1949), p. 162; Werner FOERSTER, *From the Exile to Christ* (Filadelfia: Fortress Press, 1975), p. 127.

[241] *Cf.* Marcos 6: 3; Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes, op. cit.*, pp. 65-70.

Pero cuando Dios nos conduce a un *impasse*, prepara también la salida. Un ángel del Señor se apareció a José y dijo:

> «"José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados." Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta: Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel…» (Mateo 1:20-23, BJ).

Desde ese momento, la angustia se desvanece para dar paso al ensueño asombroso. Sin embargo, la prueba aún no ha terminado. Las malas lenguas experimentan tanto placer en segregar su veneno. El mismo Jesús tuvo que sufrir por ello. «Entre las amarguras que caen en suerte a la humanidad, no hubo ninguna que no le tocó a Cristo. Había quienes trataban de vilipendiarle a causa de su nacimiento, y aun en su niñez tuvo que hacer frente a sus miradas escarnecedoras e impías murmuraciones[242].» Más tarde, en el momento de su juicio: «Los sacerdotes y gobernantes se olvidaron de la dignidad de su oficio, y ultrajaron al Hijo de Dios con epítetos obscenos. Le escarnecieron acerca de su parentesco…[243]»

María había previsto seguramente todos estos pesares. Por eso su respuesta al cielo, llena de candor, es aún más conmovedora: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lucas 1:38, BJ).

3. Emmanuel

Mateo 1:23 es una cita de Isaías 7:14. Estos textos, muy controvertidos, tienen una larga historia. En Isaías, Emmanuel es el nombre simbólico que Yahvé dio como señal al rey Acaz. En efecto, Isaías, próximo a la corte real de Jerusalén, no dudaba en desvelar los planes de Dios allí donde los dirigentes se empeñaban en encontrar soluciones humanas. Nos encontramos alrededor del año 734 a.C. Israel y Siria entran en coalición contra Judá, donde reina Acaz, en Jerusalén. Temblando ante la amenaza, el rey prepara cuidadosamente una alianza con Asiria, gran imperio del Este que intenta extenderse hacia el Oeste. Pero ¡aliarse con un coloso semejante tiene un precio! Acaz envía tesoros y alinea el culto de Judá de

[242] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes*, *op. cit.*, p. 67.

[243] Ibíd., p. 662.

acuerdo con el modelo asirio (2 Reyes 16). A ojos del profeta, escandalizado, están emprendiendo un grave compromiso, en lugar de poner su confianza en Dios. Isaías advierte solemnemente al rey. En concordancia con el talante profético, el discurso va acompañado de una señal, a pesar de la infidelidad del rey. La señal será el nacimiento de un niño.

«La madre es una "almah", término que la LXX interpreta (más que traduce), como *parthenos.* [...] En todo caso, el término hebreo indica que el nacimiento es el de un primer hijo[244].» Designa sin precisión a una joven, no siempre virgen; pero que puede serlo. Ahora bien, Mateo eligió la palabra *parthenos,* que designa siempre a una persona sin experiencia sexual. El famoso templo de Atenas, llamado Partenón, estaba dedicado precisamente a la virgen Atenea, patrona de la ciudad.

La palabra hebrea *almah,* providencialmente escogida por Isaías, se aplica así perfectamente a dos situaciones diferentes, pero complementarias: el nacimiento del primer Emmanuel es señal para Israel de que Dios se manifiesta a pesar de su infidelidad; el nacimiento del segundo Emmanuel demuestra al mundo que Dios interviene en la historia en el momento preciso.

> «Es durante el reinado de Acaz (siglo VIII a.C.) cuando se realizará la profecía de Isaías; el texto lo dice con mucha claridad. Pero Emmanuel es un hito mesiánico en la historia de la salvación. Cuando Mateo 1:22,23 ve en Jesús al Emmanuel anunciado por Isaías, quiere decir que Jesús es, en cierto modo, más Emmanuel que el Emmanuel del tiempo de Isaías[245].»

Mateo cuida bien de revelarnos que Emmanuel significa «Dios con nosotros». Ya no oculto en el lugar santísimo del santuario, sino donado en Jesucristo. Un cristiano no es un hombre que ha elaborado un sistema de filosofía religiosa. Es un hombre que experimenta el poder de una intervención soberana, una iniciativa de Dios en el mundo y en su vida. En Jesús, descubre el rostro de Dios, presente de nuevo igual que al principio, o casi. De hecho, presiente, gracias a los signos que jalonan el ministerio terrenal de Emmanuel, lo que puede ser un mundo en el que Dios reina.

---

[244] André LACOCQUE, *Dictionnaire encyclopédique de la Bible* (Maredsous: Brepols, 1987), p. 408.

[245] Ibíd. Véase también *Problems in Bible Translation, op. cit.,* 1954, pp. 151-169.

La singular originalidad de Jesús, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, es haber venido de Dios. Tener fe en Dios es querer la plena realización de Dios en el futuro. Dios se ha presentado, pero no se ha manifestado aún totalmente. Es paciente, esperando que todas nuestras facultades se conviertan en cómplices de su advenimiento, en aliadas de su causa. Tener fe en Dios no es una simple creencia intelectual; es un acto heroico, una afiliación personal al servicio de la verdad, de la justicia, de la belleza, del amor. No se equivocaba aquel pensador que decía: Dios es la suprema decisión del alma.

Capítulo 2

La Palabra hecha carne

Juan 1:14

Al estudiar el comienzo de Jesús según Juan hemos descubierto una revelación capital acerca de lo que hay que llamar la divinidad de Jesús. A este respecto, no hay nada que pueda superar el prólogo del cuarto evangelio, si exceptuamos algunos pasajes de Pablo. Por lo demás, Pablo y Juan tienen en común el hecho de haber tenido visiones del Cristo glorioso. Las impresionantes visiones de Cristo en el cielo, descritas en el Apocalipsis, han precedido a la redacción del evangelio. Juan está como impregnado de ellas cuando decide completar los sinópticos. Lo que nos brinda una fragancia de trascendencia inalterable a lo largo de todos los relatos. No sin razón llaman a Juan el águila de Patmos, pues el águila es capaz de mirar al sol de frente.

En el versículo 14 llegamos al punto culminante del pensamiento de Juan. Los comentaristas rivalizan en elocuencia para subrayar este hecho. Louis Bouyer cita el versículo y escribe: «Esas últimas palabras son como el eje de cristal alrededor del cual gira todo el firmamento del IV Evangelio[246].» Más recientemente, Claude F. Molla declaraba:

> «La clave del misterio finalmente se revela. El texto súbitamente se ilumina y uno cae en la cuenta de que el evangelista escribió los versículos que preceden a la luz de un acontecimiento histórico particular. Mediante una progresión al explicitar, ha llevado a sus lectores a esta afirmación fantástica[247].»

De entrada, puntualicemos la traducción del texto. La versión francesa de Segond propone: «La Palabra *fue hecha* carne.» Ahora bien, hay que decir: «La Palabra (o el Verbo, o el *Logos*) *se hizo* carne.» Qué extraño resulta; en 2 Corintios 5:21, donde debe traducirse: «A quien no conoció pecado, le *hizo* pecado por nosotros…», Segond escribe: «Aquel que no conoció pecado, Él hizo que *se hiciera* pecado por nosotros». Ahora bien, Jesús no pactó nunca con el mal; nunca entró en el devenir del pecado. La expresión elegida por Pablo pertenece sin duda al vocabu-

[246] Louis BOUYER, *Le quatrième Évangile, op. cit.*, p. 65.

[247] Claude F. MOLLA, *Le quatrième Évangile, op. cit.*, p. 29.

lario ritual y significa que Jesús fue colocado en la situación del sacrificio a causa del pecado. Se convierte entonces en el desvelamiento por excelencia del pecado de los hombres.

Juan, por el contrario, afirma con precisión que «la Palabra se hizo carne», lo cual es una antítesis con el primer versículo: «La Palabra era Dios». La Palabra que era Dios en la permanencia de la eternidad, ahora se ha hecho carne, en la precariedad del tiempo. La oposición tiene que ver a la vez con el verbo: era –se hizo–, y con el atributo: Dios-carne.

La palabra *carne* sirve en este caso para designar todo lo que hay en la humanidad, a saber la naturaleza humana en su integridad. En sentido estricto, indica las partes blandas del cuerpo por oposición a las partes duras, los huesos. Adán dice de Eva que es hueso de sus huesos y carne de su carne (Génesis 2:23). Nada hay en ello de peyorativo, es evidente, porque el pecado no existía aún. –De ese sentido restringido se deriva otro más amplio: el cuerpo humano en el punto de vista de su sustancia (1 Corintios 15:39)–. «Por último, como la carne en sentido estricto es la sede de la sensibilidad física, esta palabra designa con frecuencia, por metonimia, al ser humano en su totalidad, en tanto que en su estado natural está dominado por la sensibilidad con respecto al placer y al dolor[248].» El veredicto de Dios antes del diluvio es revelador con relación a este tema: «No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne…». (Génesis 6:3, BJ). Sin esta doble sensibilidad al placer y al dolor el hombre sería *inhumano*, y la vida perdería todo su encanto. Al contrario, estas dos tendencias son la base de todas las tentaciones. La carne es el dominio en el que, en calidad de hombres, oponemos a Dios la resistencia más fuerte.

En la pluma del apóstol Pablo, el término adoptó un valor claramente negativo. Para él, la carne tiene deseos contrarios al espíritu (Gálatas 5:17). A raíz de ello, estamos invitados a no cumplir los deseos de la carne (Gálatas 5:16) ya que el apego a la carne, enemistad contra Dios, conduce a la muerte (Romanos 8:6,7). Juan, evidentemente, no tiene en mente ese sentido cuando aplica esa palabra a Jesús. Afirma sin ambigüedad que «…en él no hay pecado» (1 Juan 3:5, BJ). No obstante, no se puede excluir una alusión a una situación crítica. El autor de la epístola a los Hebreos es totalmente consciente de ello cuando escribe que Jesús participó con los suyos en la misma carne y sangre (2:14). ¿Podía acaso

[248] Frédéric GODET, *Commentaire sur l'Évangile de Saint Jean*, *op. cit.*, tomo II, p. 68.

ignorar la enseñanza de Pablo a los Corintios: «La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios…» (1 Corintios 15:50, BJ)[249]? La realidad y la integridad del modo de ser humano en el cual entró el *Logos* están, pues, fundamentalmente implicadas en el pasaje.

El verbo «*se hizo*» merece igualmente nuestra atención. Significa que se produjo una transformación profunda en el paso de un estado al otro. La esencia misma de la existencia del *Logos*, se conservó.

> «En cierto modo, sin que podamos analizar esto en detalle, la naturaleza íntegra de la Divinidad y la naturaleza perfecta de la humanidad se han fundido en una personalidad única. La encarnación no ha aniquilado al Logos. Cuando el agua se convirtió en vino, el agua no quedó aniquilada, sino que recibió nuevos elementos del poder creador de Cristo que la constituyó en vino. Cuando el Logos se hizo carne, revistió la humanidad con todas sus facultades y condiciones, y fue constituido en Jesús, el Salvador de los hombres. Sin embargo, no por eso era menos Dios[250].»

Hecho carne, el *Logos* vino a habitar entre nosotros. El verbo original traducido por «habitar» está formado a partir del sustantivo que designa «el santuario», «el tabernáculo». Es cierto que puede hacer que se asocie con la idea de vida precaria, en una tienda, como es la de los nómadas. Pero la alusión al santuario prevalece. Tras haber habitado en medio de Israel en el santuario, Dios viene ahora al mundo en Jesucristo, encargado a su vez de edificar una casa espiritual hecha de piedras vivas y abierta a todos los hombres. La antigua *shekinah*, la columna de nube brillando en la noche como un fuego, descendió primero sobre el tabernáculo (Éxodo 40:34) y luego se estableció en el templo (1 Reyes 8:10; 2 Crónicas 5:13). A partir de ahora estará en Cristo. «…hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14, BJ). El sello del Padre está puesto en él hasta tal punto que se convierte en la impronta de Dios. Desde la encarnación, sin esperar la transfiguración, o la resurrección, o la ascensión aunque el desvelamiento

[249] Volveremos a ello más adelante, al exponer las consecuencias de la encarnación. Véase la sexta parte de esta obra, capítulo 11.

[250] Roland E. LOASBY, *Méditation sur la personne de Jésus-Christ, op. cit.*, p. 15.

«El Hijo de Dios une el hombre a su propia existencia, conservando al mismo tiempo su esencia divina. De esta unidad resulta que en él se produce una unión real de dos naturalezas» (Karl BARTH, *Dogmatique*, Ginebra: Labor et Fides, 1968, IV, 2, 1, p. 63).

se va realizando de forma progresiva. La gloria es una irradiación de la presencia de Dios a través de su vivencia cotidiana.

«Aquel que de toda la eternidad tenía el ser, hizo pie en la historia de los hombres», escribe Emile Brunner[251]. Habían hablado profetas en nombre de Dios. Pero el más grande de todos ellos, Moisés, no pudo verlo. Lo propio, exclusivo, de Cristo, no solo con relación a los profetas judíos sino a todos los jefes religiosos, es que vino de Dios. Esta pequeña palabra, «vino», subraya el hecho esencial de la revelación bíblica. Esta trata siempre de la venida de Dios entre los hombres. En Jesús, es Dios quien se encuentra con nosotros.

¿Dios me encuentra? ¿Cómo traducir mi emoción? Dios no tiene carne, pues la carne es lo que se ve, se toca, con los pies en la tierra; es lo que nace, vive, muere. Por ello ese Dios invisible apela a mi fe. Estamos de acuerdo. Pero esa fe, no es algo evidente para todos. Y los mejores se oyen a sí mismos suspirar a veces: «¡Creo, ayuda a mi poca fe!» (Marcos 9:24, BJ). Lo confieso, no siempre es fácil, ya que hay en la existencia mucho más fuego, truenos y temblores de tierra que suaves y ligeros murmullos (1 Reyes 19). Nuestra búsqueda de Dios se ve con frecuencia contrariada, sacudida.

Sin embargo, algo de Dios, un día, se encarnó en la tierra. Juan nos dice que es el *Logos*, la palabra, el pensamiento, la acción, el ser íntimo de Dios. Del Dios «invisible, inmortal, solo Dios», algo adquirió un rostro, y cuerpo, y corazón. Un ser viviente entre nosotros llevó plenamente en él mismo el carácter de ese Dios que nosotros estamos intentando conocer, adorar, amar. Es Jesucristo. A él lo hemos visto, lo hemos oído, lo hemos tocado, lo hemos conocido; lo conocemos. Aun cuando siga estando envuelto en misterio –¿cómo podría ser de otro modo?– no es más que misterio, puesto que es carne. *Carne*, esa palabra tan pequeña, que dice algo inmenso. Cuando unos pasos dejan huellas en el suelo, es que alguien ha pasado. Con Cristo, la impronta de Dios se ha manifestado entre nosotros. La palabra hecha carne es la verdadera respuesta, la única, a la demanda de un Dios que camina delante de nosotros.

Nuestro mundo, aún tan hermoso, vive dolorosamente la rotura del pecado. Y es a este mundo, quebrado por su propia aflicción, adonde viene el Señor. Como dice un bello canto de Marie-Claire Pichaud[252]:

[251] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, *op. cit.*, p. 394.

[252] Marie-Claire PICHAUD, Disque Studio SM 45-12.

> «Adopta un rostro de niño para hacernos revivir nuestra infancia perdida; adopta un rostro de hombre para que su fuerza crezca en nosotros; hasta adopta un rostro de noche, para orar con nuestra pena y sentir dolor en nuestro corazón; adopta, al fin, un rostro de amor, para compartirlo todo con nosotros y darnos hasta su cuerpo».

La encarnación es como una nueva creación. Pero mientras que la primera brota en la alegría, la segunda fue dada a luz en el sufrimiento de la cruz.

Existe verdaderamente una carne, una persona, un hombre, que no se explica únicamente desde abajo y en quien se personifica la proximidad de Dios, su soberanía y su lucha con nosotros. No es en los espacios infinitos donde reina un silencio eterno donde hay que buscar a Dios. En Jesucristo, Dios se ha hecho palabra viva. Pascal diría: «Fuego, fuego, fuego... Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob... ¡Dios de Jesucristo!»

«Y nosotros estamos en comunión –declara el apóstol Juan– con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1:3, BJ).

La divinidad de la que se trata y que descubrimos en Jesucristo, no es una fuerza impersonal, ciega y muda. El Padre con el que nos comunicamos no es tan solo el creador de las nebulosas y las hormigas, el dueño de las constelaciones gigantes como de las moléculas microscópicas. Es el Padre de Jesucristo y de los hombres. Un Dios muy cercano, un Dios encarnado, un Dios que lucha, capaz de lanzarse en una dolorosa aventura en favor nuestro.

> «Un escultor famoso acababa de terminar una de sus obras más hermosas. Se erigía ante sus ojos con tanta intensidad de vida, que el artista, al posar su cincel no pudo evitar gritarle. "¡Habla!". Cuando Dios hubo erigido en su Ley y en la conciencia la imagen ideal del santo, esta permanecía inmóvil y fría en su esplendor de justicia y de amor, como todo ideal que no ha alcanzado aún la llama de vida. Entonces, Dios le dijo: "¡Vive!"... y ese fue Jesús. ¿Qué modelo, qué líder para la juventud el Amigo en quien se ha realizado la perfección del hombre[253]?»

[253] Paul GOUNELLE, *Parole de Vie* (París: S.C.E., 1956), p. 60.

Capítulo 3

El despojarse

Filipenses 2:5-11

El texto, cuyo significado trataremos ahora de extraer, es una de las joyas de la literatura cristiana primitiva. A pesar del impresionante volumen de estudios que ha generado, sin duda no ha desvelado aún todos los secretos que encierra, pues son notables las dificultades que entraña. Al igual que en Colosenses 1:15-20, el texto se presenta en forma de himno. Algunos expertos creen que es anterior al apóstol Pablo; otros piensan que es el mismo apóstol quien «replica a los falsos doctores de Colosas, utilizando la terminología que les era familiar[254]». Este problema es poco importante para nosotros, ya que de todas maneras, Pablo confiere al texto el crédito de estar inspirado.

De cualquier modo, Jean-François Collange, uno de los más recientes comentaristas de la epístola –y que opta por la anterioridad del himno– tiene razón cuando escribe que muy pronto:

> «…se planteó la cuestión de las relaciones entre Cristo-Señor y Aquel de quien tomaba el Nombre (¡*Yahvé* = *Kyrios*!), las funciones de Señor omnipotente y Único, Dios. Dado el rigor del texto veterotestamentario y judío en lo que atañe al monoteísmo, principalmente expresado en el "Nombre", se comprende que el cristianismo no haya podido evitar este problema[255]».

He aquí la traducción que propone Collange[256]:

5. Entre vosotros, comportaos así; así es en Jesucristo;
6. Siendo en forma de Dios
   no se aprovechó de su igualdad con Dios
7. Sino que él mismo se despojó

[254] Vincent TAYLOR, *La Personne du Christ dans le Nouveau Testament, op. cit.*, p. 73.

[255] Jean-François COLLANGE, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1973), p. 82. *Cf.* Pierre BONNARD, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1950), pp. 47-49. «Nos encontramos en presencia de un himno primitivo que los cristianos de Filipos probablemente conocían y que Pablo pudo hacer uso para las necesidades de su exhortación...» (p. 47).

[256] Jean-François COLLANGE, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens, op. cit.*, p. 74.

Tomando forma de esclavo.
Convertido en un hombre
Y juzgado como un hombre
8. Se rebajó a sí mismo,
Haciéndose obediente hasta la muerte
La muerte de la Cruz.
9. Por eso Dios lo elevó a lo más alto
Y le dio el don del Nombre
Que está por encima de todo nombre,
10. A fin de que al nombre de Jesús
Toda rodilla se doble
En el cielo, en la tierra y en el infierno
11. Y que toda lengua confiese
Que Señor es Jesucristo
A la gloria de Dios Padre.»

En ninguna otra parte de la Biblia se encuentra una alabanza más exhaustiva referente a Cristo. Y lo que es más, la riqueza teológica del pasaje es excepcional. Es tanto más sorprendente porque la epístola a los Filipenses es una carta de circunstancias, que expresa agradecimiento a la iglesia por las ayudas recibidas, sin preocupaciones dogmáticas en particular. Pablo, prisionero, ignora la suerte que le aguarda. Pero su confianza permanece inquebrantable. Su situación ha servido incluso a la causa del Evangelio. En sí, el propósito es muy sencillo, dar las gracias y tranquilizar a los amigos.

Pero no hay nada banal que salga de la pluma de este hombre. Quiere a los filipenses con la ternura de Jesucristo, deseando que Dios pueda acabar en ellos la obra que inició (1:3-11). Pero en su corazón pesa una inquietud. Su gozo no es del todo perfecto. Sus amigos no tienen un sentimiento unánime, un mismo amor, una misma alma, un mismo pensamiento (2:2) Hasta tal punto que cuando ejercen su generosidad o su celo misionero, se dejan invadir por un espíritu partidista y por sentimientos de rivalidad. ¿Por qué invocar los dones que han recibido para cultivar pretensiones de superioridad? La riqueza de la iglesia reside precisamente en la diversidad de las cualidades. «El apóstol lucha contra el ánimo de vanagloria y complacencia religiosas[257].»

[257] Nos apartamos aquí de la traducción de L. Segond: «Que cada uno de vosotros, en vez de considerar sus propios intereses, considere también los de los otros» (Filipenses 2:4). Al texto origi-

Había que hacerlo, con toda seguridad, pero exhortar nunca es una tarea fácil. ¿No existe el riesgo de que, al herir, se haga más daño que bien? El autor es demasiado sensible para olvidarlo. Por eso le viene a la mente, de forma natural, la gran referencia, la única referencia, en verdad, Jesucristo. Con o sin ayuda de un cántico –esta precisión no deja de ser secundaria– evoca la incomparable y sublime epopeya de Cristo Jesús. Cuando se está en Cristo, se reconocen y aprecian las cualidades de los demás tanto como las propias. Tal es el sentido probable del versículo 5. No: «tened *en vosotros* los mismos sentimientos que Cristo» (aun cuando este pensamiento es fascinante), sino «tened *entre vosotros* las disposiciones que se experimentan cuando se está en Cristo». En resumen, ello equivale a pedir a los filipenses que sean consecuentes. Si están en Cristo, que den prueba de ello en su comportamiento los unos para con los otros. Por eso, Pablo ve en la descripción de la encarnación la ilustración de su propósito.

1. Versículos 6 y 7a

«Siendo en forma de Dios, no se aprovechó de su igualdad con Dios, sino que él mismo se despojó, tomando forma de esclavo.»

Aquí, cada palabra, separada del contexto bíblico, da problemas, hasta tal punto que hay dos escuelas diametralmente opuestas que extraen del pasaje argumentos en favor de sus respectivas posiciones. Por una parte, la escuela tradicional: «…que ve en este texto la confirmación de la doctrina trinitaria, y sobre todo cristológica de la iglesia, según la cual Cristo engendrado y no creado está junto al Padre desde toda la eternidad y comparte la divinidad con el mismo título que él». Por otra parte, la escuela adopcionista, «que hace de Cristo un personaje inferior al Padre pero que, habiendo llevado la humanidad hasta el extremo, recibió del Padre todo poder sobre todo y sobre todos[258]».

nal le falta claridad. Me parece más coherente si se aplican los neutros *ta heautôn – ta heterôn* a los carismas más bien que a los intereses. *Cf.* Pierre BONNARD, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens*, *op. cit.*, p. 41. Darby traduce: «No mirando cada cual a lo que es suyo, sino cada cual también a lo que es de los otros» (Nueva edición, 1970).

[258] Alphonse MAILLOT, *Aux Philippiens d'aujourd'hui* (Ginebra: Labor et Fides, 1974), p. 55.

a. «...en forma de...»

Debemos destacar en primer lugar que Pablo afirma de forma concluyente la preexistencia de Jesús ¡Cristo existía en forma de Dios! Pero ¿qué significa la palabra *forma*? ¿Designa una simple apariencia externa? ¿O, al contrario, una identidad de esencia? La respuesta es tanto más importante ya que la misma palabra define la posición de Cristo en la tierra, en su encarnación. El paralelismo salta a la vista: *en morphê Theou hyparchôn –morphên doulou labôn* = existiendo en forma de Dios – habiendo tomado forma de esclavo.

Conviene señalar que esa palabra *forma* no aparece sino aquí en las epístolas paulinas. En consecuencia, no hay ningún punto de comparación para fijar el significado preciso. Para escapar de este callejón sin salida, lo mejor es pasar revista a los posibles sentidos y confrontarlos con los contextos interno y externo[259], para encontrar el que se adapte mejor con el pensamiento del autor.

- Si *forma* (*morphê*) tiene un sentido filosófico, hay que traducirla por «esencia», «substancia». Se entiende entonces que Cristo tenía la esencia divina, lo cual está en perfecta armonía con muchos otros textos, que hemos estudiado ya. Pero entonces, el verbo siguiente, *ekenôsen = se vació*, conduce a un error, porque un ser vaciado de su esencia queda simplemente reducido a nada. Ahora bien, Jesús vino bajo otra «forma», pero siendo igualmente él mismo. Existe una misteriosa continuidad entre lo que era antes de su encarnación, lo que devino en su encarnación y lo que es después de su ascensión. Su oración sacerdotal da fe de ello: «Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese» (Juan 17:5, BJ). Es evidente que el sentido filosófico no es el apropiado [260].
- El segundo sentido posible de *forma* (*morphê*) es «apariencia». Así es como lo comprenden los adopcionistas; Jesús no es Dios

[259] Contexto interno: el que precede y el que sigue al pasaje que nos ocupa. Contexto externo: todo lo que sabemos del pensamiento paulino gracias al conjunto de su obra.

[260] Kennedy ha mostrado, según el uso de *morphê* en las LXX, que la palabra adquirió en el griego tardío un sentido vago, muy alejado de su sentido metafísico, en Platón y Aristóteles. Por tanto, no se puede exprimir en exceso el texto de Pablo, aunque *morphê* siga significando una forma que expresa completa y fielmente al ser que evoca. Esto se desprende de diversos papiros. (Según Moulton y Milligan. *Cf.* Vincent TAYLOR, *La Personne du Christ dans le Nouveau Testament, op. cit*., p. 76).

pero tenía la apariencia de serlo. Pero ¿en qué queda entonces el paralelismo con «forma de esclavo»? Desde este punto de vista, al no tener Jesús más que la apariencia de Dios, no se habría revestido también más que de la apariencia de un hombre en su encarnación. Nos encontraríamos ante un ser extraño, ni hombre ni Dios, que tendría que ver más con la mitología que con la historia de la salvación. Tal interpretación es indigna de Pablo. Sobre todo, está en contradicción con lo que sabemos de Jesús.

- Queda aún el tercer sentido «que no describe la naturaleza ni la apariencia de Cristo sino, de modo más general, su condición, su posición, o su gloria. [...] La palabra *condición* nos parece la más afortunada».[261] Así se expresa Pierre Bonnard, muy conocido por sus trabajos sobre el Nuevo Testamento[262]. Y añade: «Al primer Adán (y no a Satán) que quiso apropiarse la divinidad y hacerse "como Dios" (Génesis 3:5), se opondría aquí el segundo Adán, figura que goza de una posición única cerca de Dios y que renuncia voluntariamente a los honores divinos para salvar a la humanidad adoptando la humilde condición de un esclavo».

  Esta es la única interpretación compatible con el conjunto de las Escrituras. Pablo no compara dos naturalezas sino dos situaciones, dos posiciones, dos condiciones de vida.

*b. «...siendo (*hyparchôn*) en forma de...»*

Pablo no emplea el verbo *ser* habitual, sino un verbo que sugiere una existencia anterior en una condición anterior[263]. Así pues, confirma el sentido que hemos retenido de la palabra *forma*.

c. «... no se aprovechó de su igualdad con Dios...»

La noción de igualdad con Dios se presenta sin equívoco (*To einai Isa Theô*), y concierne a los atributos o la condición, y no a la naturale-

[261] «…siendo de *condición* divina…» (BJ, cursiva añadida); «…siendo… de *condición* divina» (MI, cursiva añadida) (*N. del E.*).

[262] Pierre BONNARD, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens*, *op. cit.*, pp. 42, 43. Cullmann aproxima *morphê* a *eikôn*, en Génesis 1:26, evocando no la naturaleza divina, sino la imagen de Dios en Jesucristo. Desde el comienzo, Cristo sería el hombre celestial. *Cf.* Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, *op. cit.*, pp. 240-242.

[263] ABBOTT-SMITT, en *Manual Greek Lexikon of the New Testament* sugieren varios textos de referencia.

za[264]. En cambio, el resto de la afirmación requiere una explicación. La igualdad de situación con Dios no se ha contemplado como *harpagmon*. Esa palabra fue elegida por Molière para encarnar al personaje principal [Harpagón] de su famosa obra *El avaro*. Desde entonces, a un avaro en francés se le llama a menudo un *harpagon*. Y por cierto, vamos bien encaminados recordando que Cristo no fue un *harpagon*. Pero debemos ser más precisos.

La palabra griega *harpagmos* puede designar un botín ya tomado y del que se quiere sacar provecho, o una presa codiciada que alguien va a tratar de apropiarse. ¿Qué sentido era el que tenía Pablo en mente? Si es cierto que la comparación con Adán está bien en la trama del texto –nosotros así lo creemos– el segundo sentido es más verosímil. Bajo la instigación de Satán, Adán y Eva quisieron ser como Dios, para encontrarse en la misma condición que él. En cambio, Jesús, aunque Dios-igual a Dios, no deseó nunca ocupar el lugar de su Padre. Como se trata de situación, la naturaleza divina de Cristo no se cuestiona con esta interpretación.

No obstante, el primer sentido es igualmente plausible. Simplemente desplaza el acento de la comparación. Desde este punto de vista, Jesús no consideró su privilegio –el de beneficiarse de la gloria del Padre– como un impedimento para venir a nuestro encuentro en nuestra situación desesperada.

Claramente, son posibles dos interpretaciones:

a) Al no tener la misma función que su Padre, habría podido codiciar su lugar, y no lo hizo.

b) Gozando de la gloria de Dios, no dudó en deshacerse de ella para venir a la tierra.

Ambas ideas son probablemente complementarias.

Resumiendo, la traducción propuesta por F. Collange es adecuada: Cristo «no se aprovechó de su igualdad con Dios» para abandonarnos a nuestra triste suerte. Citemos también a Alphonse Maillot:

> «Cristo se conduce como contra-Adán. Cumple la acción contraria a la del primer hombre y la de todos los hombres. No se erige en enemigo de Dios; él, Cristo, quiere ser como el hombre. Eso es lo

[264] *Isa* en neutro designa los atributos o la condición. Si Pablo había pensado en la naturaleza debería haber empleado *Isos* en masculino.

> esencial. [...] Su divinidad real es su humillación. Es su amor total por los hombres y por mí. La otra divinidad, la de los filósofos y los sabios, la que consiste en la omnipresencia, la omnipotencia, la omnisciencia, la omni de todo lo que se quiera, esa no me interesa. Y no parece tampoco haber interesado precisamente a Cristo[265]».

No suscribo de manera formal esta afirmación de Alphonse Maillot, cuya sonrisa se adivina, pero no está exenta de encanto ni de verdad. La intención del texto es mucho más espiritual que metafísica.

d. «…Sino que él mismo se despojó…»

El verbo *ekenôsen* significa: él vació, o él despojó. Aquí está empleado en la forma reflexiva; así pues, *él se vació*, o *él se despojó* a sí mismo. El énfasis está puesto en «él mismo». Nadie lo forzó. Él se impuso voluntaria y conscientemente el paso de una situación a otra.

Una teoría famosa, la kenosis, fue elaborada en el siglo XIX en Alemania, sobre la base de este verbo, e insiste en la modificación completa que intervino en el momento de la encarnación en la naturaleza de Cristo. Esta teoría pretende que Cristo se vació de todos sus «atributos relativos» a la divinidad, tales como la omnisciencia, la omnipresencia, la omnipotencia, manteniendo al mismo tiempo los «atributos esenciales», tales como la santidad, la justicia y el amor: La mayoría de los especialistas, desde hace algunas décadas, reaccionaron vivamente contra este concepto.

Con seguridad, Cristo nunca dejó de ser él mismo. No sacrificó su identidad personal. No fue aniquilado para dejar sitio a algún otro. Todos sus diálogos con el Padre son la prueba de ello. En cambio, no se puede negar el acontecimiento extraordinario que evoca el verbo *ekenôsen*. Se encuentra varias veces en voz pasiva con un sentido peyorativo:

- Romanos 4:14, la fe que se vuelve vana, vacía de toda significación;
- Corintios 1:17, la cruz que se vuelve inoperante, inútil, vacía de su eficacia;
- 2 Corintios 9:3, un elogio reducido a nada, desmentido por los hechos.

[265] Alphonse MAILLOT, *Aux Philippiens d'aujourd'hui*, *op. cit.*, pp. 57-58.

En estos ejemplos, el verbo describe una violencia que se hace a la fe, a la cruz, al apóstol. Cristo, por su parte, hizo violencia a sí mismo: se vació, se despojó. «Vaciar» sería demasiado fuerte, con una connotación metafísica, ya que siguió realmente siendo él mismo. «Despojar» sería demasiado débil, en el sentido de una realidad únicamente externa. Cristo no cesó de ser, pero cambió completamente su manera de ser; y renunció a las ventajas de su situación. En lugar de la adoración de los ángeles, la burla y los escupitajos de los hombres.

Nos sentimos tentados de añadir: «Igual que un rey destronado». Pero ninguna imagen es adecuada para describir lo que escapa a nuestra lógica. Solo adoración se requiere aquí, con la osadía y la humildad de la fe.

e. «…tomando forma de esclavo»

«Habiendo tomado» sería más exacto. No se trata de un proceso en curso de ejecución; Cristo asumió por entero la condición (*morphê*) de esclavo (*doulos*) en el momento de su nacimiento en Belén.

Ciertamente, la palabra *esclavo* está revestida a veces de un sentido honorífico en el Nuevo Testamento. Cuando Pablo se dirige a los romanos como «esclavo de Cristo» (Romanos 1:1), no tiene nada de degradante. Quiere decir que su personalidad se borra hasta tal punto ante su Señor, que toda barrera desaparece entre ellos. Por tanto, él representa perfectamente a su Maestro.

Este no es, evidentemente, el sentido aquí. En vez de gozar del señorío, en cuanto Dios, Jesús asume la condición fundamental del hombre, su situación existencial. Enviado por Dios, salió de Dios (Juan 8:42). Pasó del ser a la existencia[266] sin dejar de todos modos su esencia divina. Milagro incomprensible e insondable. Cristo entró concretamente en una condición histórica con la voluntad de servir.

Liberándose de toda reserva filosófica o teórica, Alphonse Maillot escribe con audacia que Cristo aceptó nuestras cadenas. «Si fue necesario que Cristo tomara nuestras cadenas, esa es la prueba de que nosotros no podíamos "desalienarnos" ni convertirnos en mayores de edad[267].» El mismo autor observa con razón que esta expresión echa por tierra el do-

[266] *Hyparchôn* (6a) es estática, alusión a su divinidad, a su ser. *Labôn* (7a) y *genomenos* (7b) se oponen a la noción estática para indicar un devenir, una existencia. Y sin embargo, aún en ese caso, Jesús permanece en el seno del Padre (Juan 1:18).

[267] Alphonse MAILLOT, *Aux Philippiens d'aujourd'hui, op. cit.*, pp. 57, 58.

cetismo, esa explicación de la naturaleza de Cristo según la cual él tan solo habría aparentado ser hombre. Y añade «Asesta un golpe severo a las doctrinas tradicionales que quisieran eximir a Cristo de las consecuencias del pecado, y a la doctrina que, además, quisiera liberar a su madre, la misma Virgen María, del pecado original: la doctrina de la Inmaculada Concepción[268]...». Pero tocamos aquí un tema delicado, que más adelante, requerirá un desarrollo matizado.

Destaquemos ya que Jesús nunca «se convirtió en» esclavo –lo cual implicaría el hecho de haber pecado– sino que tuvo que *tomar la condición* de esclavo ¡Nada más y nada menos!

2. Versículos 7b y 8

«Convertido en un hombre y juzgado como un hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, la muerte de la cruz.»

Con esta traducción, seguimos la puntuación admitida por Jean-François Collange, basada en la estructura del texto. La preexistencia de Cristo apuntaba en la primera estrofa. La segunda lo describe en su situación histórica de hombre encarnado.

a. «Convertido en un hombre...»

«En homoiômati» es una expresión exclusivamente paulina que a veces se debilita de manera indebida. Los mejores especialistas observan que no se trata de una apariencia externa sino de una identidad profunda. Así pues, Pablo afirma la realidad de la humanidad de Cristo y su destino histórico.

b. «...juzgado como un hombre...»

Literalmente, «habiendo estado en semejanza de hombre». En otras palabras, habiendo vivido verdaderamente una existencia humana, con todo lo que ello implica, incluida la tentación y los riesgos que comporta. «El hecho de que Cristo vivió, sufrió, habló y murió como un hombre no pertenece a la apariencia de su persona sino a la naturaleza misma de su servicio; era necesario que fuera visto y contemplado en este servicio[269].»

[268] Ibíd., p. 64.

[269] Pierre BONNARD, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens, op. cit.*, p. 44.

A. Maillot va aún más lejos en este sentido al interpretar el versículo: «Se hizo (tan) semejante a los hombres que lo tomaban verdaderamente por un hombre». Maillot quiere así subrayar el aspecto «incógnito» de la presentación de Cristo. La apariencia de Cristo no obligaba a nadie a descubrir en él a una persona divina.

> «Si es una herejía indiscutible olvidar que este hombre era el Hijo de Dios, considero esta herejía menos nefasta que la inversa, que robó a Cristo a los hombres, y que hace de él una especie de centauro que, como todos los centauros, se ha vuelto mitológico. Al querer engrandecer a Cristo de otra manera que lo hará Dios [...], la iglesia ha hecho a Cristo inaccesible, increíble. [...] Ha deshecho, por amor a Cristo, lo que Cristo había hecho por amor a los hombres[270].»

c. «…se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, la muerte de la cruz.»

El primer verbo, «se despojó», del versículo 7a, tiene que ver con el paso del cielo a la tierra. El segundo verbo, «se rebajó», del versículo 8, indica lo que sucedió a partir de la encarnación en el proceso de humillación.

He ahí claramente indicado el desenlace del despojamiento. Cristo se rebajó o se humilló hasta la obediencia a costa de pagar con su vida. El Señor de los cielos y la tierra obedeció sin retroceder ante la muerte más infame. Una obediencia que, lejos de ser espontánea, le costó lágrimas. Por muy increíble que pueda parecer, debió de aprender a obedecer. Y ante la muerte, vaciló. Pero había que ir hasta el fondo del abismo en el que precipita al hombre el pecado. Hecho hombre, siguió siéndolo hasta el final, hasta la situación humana más desesperada. Hasta el extremo más opuesto al señorío del que gozaba en el cielo[271]. No estamos ya ante un Dios que deja hacer, sino en presencia de un Dios que se deja hacer. No se cruza de brazos sino que los pone en cruz. Verdaderamente, tenía que ser el hombre lo que es, un ser desviado; y Dios, un Dios de amor.

[270] Alphonse MAILLOT, *Aux Philippiens d'aujourd'hui, op. cit.*, p. 71.

[271] L. Cerfaux piensa que Isaías 53 pudo tener un papel en la elaboración del himno. «Al tomar Cristo una naturaleza humana, se rebaja en esta naturaleza haciendo la función del "servidor de Dios" del profeta Isaías. [...] La palabra esencial *etapeinôsen*, hace eco a *en tê tapeinôsei* de Isaías 53:8...» (Lucien CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de saint Paul, op. cit.*, p. 293.)

Ante el despojamiento total del Padre y su Hijo, los hombres, quitándose todas sus máscaras, se muestran tal como son. Dios sufre entonces en Jesucristo tormentos que el hombre no puede imaginar.

3. Versículo 9

«Por eso Dios lo elevó a lo más alto y dio el don del Nombre que está por encima de todo nombre.»

El texto griego introduce esta afirmación por medio de *dio kai*, es decir, «por eso». Pero, curiosamente, los comentaristas no admiten el sentido real de esta conjunción. P. Bonnard escribe: «No hay vínculo lógico o psicológico entre la cruz de Cristo y su elevación; ese vínculo no existe sino en la autoridad y la gracia de Dios (*echarisato*)[272] ». Igualmente J. F. Collange: «El *dio kai* (por eso) que abre el versículo 9 no señala [...] ni la recompensa [...] ni la consecuencia de una ley determinada [...] sino el acto gracioso y soberano de Dios[273]».

Permítaseme brindar una explicación diferente. En su discurso de Pentecostés, Pedro afirma terminantemente que Dios resucitó a Jesús liberándolo de las ataduras de la muerte «…pues no era posible que lo retuviera bajo su dominio…» (Hechos 2:24, BJ). Y el mismo Jesús, antes de que lo prendieran, había dicho a los apóstoles que el Espíritu Santo convencería a los hombres de justicia en razón de su resurrección (Juan 16:10). ¿Por qué se convierte la resurrección en una prueba de la justicia divina? ¿Por qué no era posible que Jesús permaneciera prisionero de la muerte? La respuesta se impone: es que fue obediente hasta el extremo, hasta el límite de la muerte. Con seguridad, para Jesús la muerte no fue el salario del pecado. Sería una injusticia suprema, que habría pulverizado por completo toda fe en Dios, si no le hubiese devuelto la vida, probando así que la Justicia existe, a pesar de todo.

Por consiguiente, nos atreveremos a decir que Jesús fue exaltado porque fue maravillosamente obediente. Constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos (Romanos 1:4). Convenía substituir la corona de espinas por la corona de victoria, y exaltar al vencedor por encima de todas las cosas, a lo más alto de los cielos.

---

[272] Pierre BONNARD, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens, op. cit.*, p. 45.

[273] Jean-François COLLANGE, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens, op. cit.*, p. 95. Véase también Alphonse MAILLOT, *Aux Philippiens d'aujourd'hui*, p. 78.

Además (*kai*), Dios le hizo el don del nombre que está por encima de todo nombre. ¿Cómo puede concebirse ese don? Pablo empleó el famoso verbo *charizomai*, al cual suele dar el sentido de «conceder gracia», con la idea de perdón. Huelga decir que ese no es el sentido en este caso. ¿Diremos, con Pierre Bonnard, que «el verbo *dar* (*echarisato*) excluye toda idea de mérito de Cristo; subraya la soberana libertad de Dios a quien place elevar a los humildes»? No, ya que Cristo tiene el mérito de haber vencido. El propio apóstol Pablo escribe a los romanos: «…por la obediencia de uno (hombre) todos serán constituidos justos» (5:19, BJ). Se ha subestimado demasiado este aspecto de la redención. Cómo olvidar el coro cantado por los seres celestiales: «Eres digno [...] y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza y lengua, pueblo y nación…» (Apocalipsis 5:9, BJ). «Su número era miríadas de miríadas y millares de millares, y decían con fuerte voz: "Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza"» (Apocalipsis 5:12, BJ).

Es verdad que en su soberana libertad, Dios de nada es deudor para con nadie; a nadie debe rendir cuentas de nada. Una vez traspasado el umbral de la muerte, estamos a su merced. En este aspecto, toda resurrección es un don, o graciosa intervención de Dios. No obstante, tratándose de Jesús, el don es debido. Como hemos visto ya, él conquistó el derecho a la vida (Juan 10:18)[274].

Sin embargo, no perdamos de vista que en el texto el don es el Nombre que está por encima de todo nombre. El nombre, sin duda, evoca el poder y la autoridad a los que el Hijo había vuelto la espalda al aceptar la encarnación, y que le son devueltos por la resurrección y la ascensión. La gravedad de la *kenosis* está demostrada por la necesidad del don con el objetivo de la rehabilitación. Pasó ya el tiempo de la debilidad (2 Corintios 13:4); llegó la hora del triunfo. Pero, al mismo tiempo, la del Amor del Padre. Dios estaba en Cristo en la crucifixión (2 Corintios 5:19) –¡e imaginamos con qué tormentos!– y sigue estando en Cristo en la glorificación –y su gozo estalla y se despliega hasta tal punto que el universo entero se le une–.

[274] A pesar de la gran riqueza teológica de todo este pasaje, Pablo no menciona explícitamente la resurrección. Sería una gran equivocación sacar de ello argumento contra la resurrección corporal. La exaltación de Cristo la supone, por una parte, y por otra, el autor se explica acerca de ello con claridad en 1 Corintios 15. La realidad física de la encarnación apela a la realidad física de la exaltación.

Recordemos que el valor del nombre, en la antigüedad, va más allá de todo lo que representa hoy para nosotros. Hay dos puntos que parecen estar fuera de toda duda, según L. Cerfaux:

> «1. El nombre es como una personificación; alcanza el fondo de un ser, señalando su poder, su función, su naturaleza.
>
> »2. El nombre por excelencia [...] designa el nombre misterioso que es el fondo último del ser divino. [...] El nombre atribuido a Cristo es el nombre inefable que pertenecía a Dios en el Antiguo Testamento y que manifestaba su poder[275]».

4. Versículos 10 y 11

«…a fin de que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el infierno, y que toda lengua confiese que Señor es Jesucristo, a la gloria de Dios Padre.»

- «… a fin de que *al nombre de Jesús*…»: el nombre humano de Cristo está, pues, envuelto por la gloria del nombre divino. Es decir que su humanidad participa plenamente en su glorificación. Esta queda transfigurada, pero no abandonada.
- La adoración es absolutamente universal. La palabra *infierno* es la traducción latina hispanizada del griego *katachthonios*, que significa «bajo tierra». Es, pues, una alusión a los muertos que se levantarán al regreso de Cristo para participar en su Señorío y quizá también a los ángeles caídos que siguieron a Satán en su rebelión. La victoria de Jesús es total. Nada puede quedar excluido de ella.
- El apóstol Pablo cita a Isaías 45:23 que insiste en el carácter universal y exclusivo de la salvación. «Es importante señalar que la exaltación de Cristo está descrita en este caso por uno de los textos más monoteístas del Antiguo Testamento pero no le arrebata esta dignidad[276].» Así:

> «…la fe proclamada por la iglesia naciente debe caracterizarse por su universalismo y, frente a la multiplicidad de los cultos paganos, por su exclusivismo. Así lo indican también las tres categorías de seres mencionadas al final del versículo: no hay nada en la crea-

[275] Lucien CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de saint Paul*, *op. cit.*, p. 357.

[276] Pierre BONNARD, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens*, *op. cit.*, p. 46.

ción, ni visible ni invisible, que pueda vencer definitivamente al Señorío de Cristo[277]».

- El final del himno es una verdadera llamada al culto y a la adoración. Que todos confiesen a Jesucristo, lo aclamen y lo adoren, pero a la gloria de Dios Padre. El himno empieza mencionando el rango de Dios y termina mencionando la gloria del Padre. La soberanía del Hijo, lejos de eclipsar a la del Padre, la realza, al situarse en la proyección de su luz.

5. Conclusión

Debemos mucho al apóstol Pablo por habernos entregado este maravilloso pasaje. Aunque pertenezca al género de la exhortación, su riqueza es inconmensurable. La divinidad de Cristo se menciona en él de manera explícita. Ahora bien, Dios nunca puede dejar de ser Dios. Ser Dios un día implica ser Dios para siempre. Si Jesús era Dios antes de su encarnación, Dios sigue siendo inevitablemente incluso en su humillación. Dejar de ser Dios equivale a no haber sido nunca Dios. Por eso, si Jesús ha perdido la condición de Dios, es que era Dios y que sigue siéndolo por los siglos de los siglos.

El Hijo de Dios se rebajó a sí mismo, sin presión externa. Allí y entonces empieza ya su sacrificio, integrándose en el designio eterno del Padre (Efesios 3:11). No dejó de ser Dios pero fue privado, durante un tiempo, de todas las ventajas, todos los privilegios, todos los honores normalmente inherentes a su esencia. Se exilió, pero incluso en la lejanía, nunca fue ajeno a sí mismo[278]. Obedeció a su Padre hasta la dolorosa insatisfacción de la súplica que hizo inexorable su muerte. Nada podía conferir más nobleza a la obediencia. A la humillación le sucede la exaltación suprema. Por toda la eternidad los elegidos darán gracias a Jesucristo.

[277] Jean-François COLLANGE, *L'Épitre de St. Paul aux Philippiens*, *op. cit.*, p. 96.

[278] Karl BARTH, *Dogmatique*, *op. cit.*, IV, 1, 1, p. 188.

Capítulo 4

Empobrecido para enriquecer

2 Corintios 8:9

«Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza.» (BJ)

Aunque más conciso, este texto se parece al anterior. Viene sugerido por una situación particular, sin relación directa con un problema teológico. De hecho, la preocupación del apóstol Pablo es eminentemente práctica; está pensando en la colecta a beneficio de la iglesia de Jerusalén. Dicha colecta ocupa un lugar importante en su ministerio. Nunca la descuidó (Gálatas 2:10), y le atribuyó un alto alcance espiritual[279].

Ahora bien, los macedonios se mostraron generosos hasta el extremo de considerar como una gracia la posibilidad de tomar parte en la asistencia destinada a los santos. (2 Corintios 8:4). Para llegar a esto hay que haberse entregado uno mismo al Señor (8:5). A partir de ahí, con mucha naturalidad se presenta el ejemplo de Cristo. Él fue quien inspiró a los cristianos de Macedonia. Hacia él, pues, deben ir siempre todos nuestros pensamientos incluso en lo que atañe a los problemas materiales. La referencia a Cristo da a la generosidad su verdadero valor al ser portadora de amor.

Siendo rico, Cristo se hizo pobre, alusión a la encarnación enfocada también aquí como una humillación, un despojamiento (Filipenses 2:6) ¡En vez de honores, la humildad! Esto nos recuerda al siervo de Isaías 53. Pero para ser siervo, Jesús debe recurrir a la entrega, revestirse de la naturaleza humana y vivir en esta condición. El momento en que el Logos se hace carne no es lo que está en el primer plano de este pensamiento, sino más bien toda una vida de humillación sin las prerrogativas divinas.

Todo esto, dice el autor, Jesús lo ha hecho «por vosotros», a causa de vosotros, a fin de que por su pobreza fueseis enriquecidos. La antítesis es muy típica paulina; para Cristo, la pobreza; para nosotros, la riqueza. Para

[279] Pablo emplea términos como *leitourgia* (liturgia, servicio), *diakonia* (servicio ministerio) o *koinônia* (comunión eucarística o compartir los bienes). Maurice CARREZ, *La deuxième épitre de Saint Paul aux Corinthiens* (Ginebra: Labor et Fides, 1986), p. 179.

él, la carne y la muerte; para nosotros, la metamorfosis y la vida. El enriquecimiento previsto depende de la resurrección, siendo la de Cristo primicias de la nuestra. Nada le obligaba a venir a compartir nuestra existencia miserable. Es por amor a nosotros por lo que dejó su refugio inaccesible para venir a un mundo en el que le esperaba la violencia impía. Pero desde el seno de la muerte, él desactiva la muerte. Pablo compara la muerte con una abeja que ella misma se condena a morir al plantar su aguijón en la carne de Cristo. «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Corintios 15:55, BJ).

Admitamos que los creyentes, en general, conscientemente o no, quisieran el enriquecimiento de inmediato. Buscan a Dios por las ventajas que dan por descontado que encontrarán en Él, por la seguridad a la que aspiran. Nos gustaría manejar a Dios como se maneja una de esas máquinas titánicas capaces de cambiar de arriba abajo la faz del mundo. Queremos a Dios como medio para resolver nuestros problemas y colmar nuestros deseos. Quisiéramos dar un salto por encima del tiempo de prueba –la economía del sufrimiento– para acceder de inmediato al enriquecimiento –la economía de la gloria–. Pero «…en esperanza somos salvos; mas la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿á qué esperarlo?» (Romanos 8:24, RV1909). Lo que no quiere decir que nuestra esperanza sea problemática, como si esperáramos la salvación sin creer demasiado en ello. ¡No!, somos salvos, dice el apóstol Pablo. Pero la actualización de la salvación se cumplirá al regreso de Cristo, después de que la paciencia de Dios –una palabra que señala un padecimiento– haya dejado al mayor número, según el apóstol Pedro, tiempo para el arrepentimiento (2 Pedro 3:9).

Y acto seguido, el reposo para nuestras almas (Mateo 11:29), la paz que da Jesús para que nuestro corazón deje de alarmarse (Juan 14:27), la alegría en abundancia (Juan 15:11).

Pronto, la indecible riqueza de la vida eterna, al abrigo de lágrimas, sufrimientos y duelos crueles (Apocalipsis 21:4). Para brindarnos todos estos bienes tomó toda nuestra pobreza. Si preguntamos a Dios: «¿Qué tienes que ofrecernos?», Él responde: «¡Yo, nada más que yo!» Pero en Él se esconden «…todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia». (Colosenses 2:3, BJ).

Para concluir, citaremos unas líneas de Georges Godet:

«Sería imposible enseñar con más claridad que lo hace Pablo en este pasaje la preexistencia personal y la humillación real, el despojamiento del Hijo de Dios. Una preexistencia ideal [...], en la que la simple renuncia al uso de las perfecciones divinas, o un velo echado sobre su resplandor, todo ello queda en directa oposición con la enseñanza del apóstol, tal como se desprende de manera incontestable, de este versículo y de Filipenses 2. Y esta enseñanza es tanto más notable porque, tanto aquí como en Filipenses 2, está dada de paso y de manera totalmente accidental, para apoyar un sencillo precepto práctico; así pues, no se trata, como suele decirse a la ligera, de una tesis especulativa sin verdadero alcance religioso, de un teorema en el cual Pablo intentaba sistematizar su concepto de la persona de Cristo, [...] sino de un hecho, de un acto que a sus ojos es el más grande ejemplo de amor, de abnegación y sacrificio, y que, entre todos, es adecuado para despertar en el corazón de los lectores un amor, un espíritu de sacrificio en correspondencia[280].»

[280] Georges GODET (hijo de Frédéric Godet), *La seconde Épitre aux Corinthiens* (Neuchâtel: Imprimerie Attinger, 1914), pp. 240-241.

Capítulo 5

De la carne a la gloria

1 Timoteo 3:16

«Y sin duda alguna, grande es el misterio de la piedad:

Él ha sido manifestado en la carne,
justificado en el Espíritu,
aparecido a los ángeles,
proclamado a los gentiles,
creído en el mundo,
levantado a la gloria.» (BJ)

Las epístolas llamadas pastorales[281] (1 Timoteo, Tito, 2 Timoteo) no carecen de interés para el tema que nos ocupa. Se adivina toda la veneración que inspiran títulos como «nuestro Señor», «nuestro Señor Jesucristo», «Cristo Jesús, nuestro Señor», o «nuestro Salvador Jesucristo». Desde el primer versículo, Jesús es llamado «nuestra esperanza», idea que se precisa cuando Pablo invita a su discípulo Timoteo a vivir sin mancha y sin reproche «…hasta la Manifestación de nuestro Señor Jesucristo; que a su debido tiempo hará ostensible el Bienaventurado y único Soberano, el Rey de los reyes y el Señor de los señores…» (1 Timoteo 6:14,15, BJ). La segunda epístola a Timoteo, hablando del Señor, menciona a «…todos los que hayan esperado con amor su Manifestación» (2 Timoteo 4:8, BJ). La esperanza es, pues, escatológica y se refiere al retorno de Cristo.

Vincent Taylor observa que las pastorales hacen referencia al Jesús de la historia. La realidad de su humanidad es afirmada sin ambigüedad (1 Timoteo 2:15) Y añade:

> «Las pastorales aluden a la ascendencia davídica de Cristo (2 Timoteo 2:8), a su confesión o testimonio ante Poncio Pilatos (1 Timoteo 6:13), a su paciencia (1 Timoteo 1:16), a su resurrección (2 Timoteo 2:8), a su ascensión (1 Timoteo 3:16). [...] En un pasaje de gran belleza, el autor de la carta a Tito (3:4-7) habla del momento

[281] Así llamadas porque están dirigidas a pastores.

> en que "la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor" aparecieron en Jesucristo[282]».

Hemos manifestado ya a propósito de Tito 2:13, recordando que el autor aplica a Jesús el título de «gran Dios». No puede negarse que Jesús está situado en las tres epístolas en el mismo rango que Dios. Ejerce las mismas funciones y goza de los mismos poderes. Por eso no es una pérdida de tiempo conceder un poco de atención al himno citado al principio de este capítulo.

Acabamos de mencionar a la iglesia, llamada a presentar al mundo el gran misterio de la piedad. Nos encontramos en el corazón de la epístola. En Éfeso cantaban: «¡Grande es Diana de los efesios!» (Hechos 19:28,34, RVR95). El heraldo de Dios, por su parte, clama: «grande es el misterio de la piedad». Y siguen seis versos compuestos en el estilo de una plegaria ritmada. Presentan antítesis fundamentales: carne-espíritu, ángeles-paganos, mundo-gloria.

1. Manifestado en la carne

La primera antítesis recuerda que el Logos se hizo carne. Era invisible, pero gracias a la encarnación se ha manifestado, a pesar de lo que era considerado, en aquella época, como las humillaciones sangrientas de la gestación y el nacimiento.[283] A ojos de muchos, desde finales del siglo I, la encarnación era un escándalo.

> «…pues muchos falsos profetas han venido al mundo. En esto reconoceréis el espíritu de Dios –escribe el apóstol Juan–: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne mortal, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese tal es del Anticristo, de quien habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo.» (1 Juan 4:2,3, BJ).

No sin motivo los Padres de la iglesia tuvieron que repetir muy pronto, incansablemente, el adverbio «verdaderamente». Así, Ignacio de Antioquía: «Jesucristo, de la raza de David (hijo) de María, que *verdaderamente* nació, que comió y bebió, que fue *verdaderamente* llevado ante

[282] Vincent TAYLOR, *La Personne du Christ dans le Nouveau Testament*, *op. cit.*, p. 139.

[283] La reacción no se hizo esperar, en la forma del docetismo, tesis según la cual el Logos no tomó verdaderamente nuestra condición carnal. *Cf.* Bernard SESBOUÉ, *Jésus-Christ dans la tradition de l'Église* (París: Desclée, 1982), pp. 71 y ss.

Poncio Pilatos, que *verdaderamente* fue crucificado, y muerto [...] que también fue *verdaderamente* resucitado de entre los muertos[284]».

2. Justificado por el Espíritu

El verbo significa «ser declarado justo». Jesús fue declarado justo en virtud de un juicio imparcial porque nunca pecó. Al contrario, nosotros no podemos ser justificados sino por gracia, cuando por la fe nos adherimos a Cristo hasta el punto de no formar ya sino «una misma planta» con Él (Romanos 6:5). Y entonces, la justicia de Cristo nos es imputada de manera gratuita. Dios nos mira como si nunca hubiéramos pecado.

La mención al Espíritu evoca la naturaleza divina de Cristo, plenamente manifestada en la gloria de su resurrección.

> «Ya en el transcurso de la vida terrena de Jesús, el Espíritu aportó su testimonio. Su manifestación inaugura la trayectoria pública de Cristo (Mateo 3:16,17). Las Escrituras, inspiradas por el Espíritu, dan testimonio de la misión divina de Jesús (Juan 5:39). En los discursos después de la Cena, el Paráclito es anunciado como el que tomará la defensa de Jesús, lo justificará (Juan 16:8-11), dará testimonio acerca de él (Juan 15:26), lo glorificará (Juan 16:14). Cristo que, por un espíritu eterno, se ofreció a sí mismo a Dios, (Hebreos 9:14), es constituido por el Padre Hijo de Dios, en un espíritu de santidad, después de su resurrección de entre los muertos (Romanos 1:4,5). La resurrección es la prueba irrefutable de la justicia de la causa de Jesús; su exaltación como Señor a la derecha del Padre manifiesta a todos la realidad de su naturaleza divina que velaban las humillaciones de la *kenosis* (Filipenses 2:6-11). "…exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado; esto es lo que vosotros veis y oís" (Hechos 2:32,33). Se ha vuelto él mismo Espíritu de vida (1 Corintios 15:45); gracias al poder del Espíritu (Romanos 8:1)[285]».

Podemos preguntarnos cuál es el valor de la preposición *en*. ¿Jesús es justificado porque mantuvo la comunión con el Espíritu o es justificado por el Espíritu? Sin duda, ambas cosas. Pero el segundo sentido depende

[284] Citado por Bernard SESBOUÉ, *Jésus-Christ dans la tradition de l'Église, op. cit.*, p. 73.

[285] Pierre DORNIER, *Les Epîtres pastorales* (París: Gabalda, Sources Bibliques, 1969), pp. 69, 70.

del primero. Jesús dice con total certeza: «…el Hijo no puede hacer nada por su cuenta…» (Juan 5:19, BJ). Concebido por el Espíritu Santo, mantuvo fielmente el contacto con él. Ese es el secreto de su victoria.

3. Ángeles - paganos

La segunda antítesis «ángeles-paganos» subraya el aspecto universal de la obra de Cristo. Solemos olvidar con demasiada frecuencia que el drama del pecado es cósmico. No atañe únicamente a nuestra tierra. Nosotros no vemos, no conocemos sino un aspecto del mismo. Pero los apóstoles Pedro y Pablo descubren a menudo la otra cara (1 Pedro 1:12); Efesios 3:9,10). El mundo de arriba está representado aquí por los ángeles, el mundo de abajo por los paganos «extraños ni forasteros» (Efesios 2:19). El acceso de los paganos al cuerpo de Cristo, convirtiéndolos en coherederos es considerado como un misterio (Efesios 3:6). Aún más misterioso es el hecho de que nuestro mundo fue creado por Dios «…para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada a los principados y a las potestades en los cielos, mediante la Iglesia» (Efesios 3:9,10, BJ). Es impresionante caer en la cuenta que nuestros actos tienen repercusiones imprevisibles, incluso en el más allá.

4. Creído por el mundo, levantado a la gloria

La tercera antítesis retoma la segunda invirtiendo los términos. Cristo, «proclamado a los gentiles [paganos]» es ahora «creído en el mundo». Objeto de la visión de los «ángeles» es «llevado a la gloria», alusión evidente a su ascensión y a la entronización a la derecha de Dios (Lucas 9:51; Marcos 16:19; Hechos 1:2,11,22). La humillación desemboca en la exaltación. Lo mismo ocurre con nosotros: «Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mateo 16:25, BJ).

En resumen, comprobamos que Pablo, en 1 Timoteo 3:16, ofrece una sobrecogedora síntesis de la gran aventura de Cristo, del cielo a la tierra y después de la tierra al cielo. Epopeya necesaria para la salvación de los hombres; de ahí su nombre: gran misterio de la piedad. Historia única, cuyo héroe no podría ser nadie más que Jesús.

Capítulo 6

Humillado y después coronado

Hebreos 2:6-9

6. «¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?
   ¿O el hijo del hombre, para que de él te preocupes?
7. Lo hiciste por un poco inferior a los ángeles;
   de gloria y honor lo coronaste.
8. Todo lo sometiste bajo sus pies.» (BJ)

Salta a la vista el parentesco entre este pasaje y los anteriores: Filipenses 2:5-11, 2 Corintios 8:9 y 1 Timoteo 3:16. Es una cita del muy hermoso Salmo 8, canto de acción de gracias destinado a magnificar a Yahvé. El profesor Robert Martin-Achard traduce nuestro texto del modo siguiente:

5. «¿Qué es un mortal para que te acuerdes de él,
   Un (simple) hombre para que lo visites?
6. Apenas lo has hecho menor que un dios,
   De gloria y esplendor lo has coronado,
7. Lo has hecho reinar sobre la obra de tus manos,
   Tú lo has puesto todo bajo sus pies[286].»

Con frecuencia se cita el principio *in malam partem*, con un sentido muy peyorativo. Por otra parte, se aplica, en general, al hombre que ha caído, pecador, cometiendo así, a mi entender, un contrasentido. Para darse cuenta, basta con invertir el orden de las declaraciones, y queda más o menos así: «Tú lo has hecho verdaderamente glorioso, ese hombre que es miserable...» No es muy verosímil, ¿verdad? Pero aún más difícil de aceptar es la aplicación de ese pensamiento a Jesús en la epístola a los Hebreos, que de principio a fin trata de demostrar la superioridad absoluta de Cristo.

El malentendido viene sin duda de la palabra hebrea que escogió David para designar al hombre. No eligió *adam* que habría designado al

[286] Robert MARTIN-ACHARD, *Approche des Psaumes* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1969), p. 76.

hombre en general, sino *enosh*, que se refiere al hombre en su debilidad en su finitud.

Pero en eso precisamente reside el origen de la exclamación admirativa del salmista. Es cierto que el hombre parece no ser sino un grano de polvo en comparación con la inmensidad de los cielos. ¿No está acaso el Sol, la estrella más cercana, a unos ciento cincuenta millones de kilómetros de la Tierra? Pero ya desde el punto de vista estrictamente biológico, el hombre es infinitamente más complejo que una estrella. No se mide el valor de un elemento del universo por su tamaño. Y qué decir del hombre a imagen de Dios, capaz de pensar, de asentir, rehusar y querer.

Los astros están regulados mecánicamente, mientras que el hombre está en contacto directo con Dios por la consciencia y por el espíritu. Dios le habla cuando está atento, lo busca cuando se desvía. A pesar de su fragilidad, o tal vez a causa de ella, el hombre es objeto de la solicitud y el amor del Creador. El verbo traducido por «tener cuidado, estar alerta», significa también «reconocer» o «visitar». Como dice Robert Martin-Achard, el poeta:

> «…lee el mundo a la luz de su fe [...] situando a la criatura no frente una naturaleza anónima, sino en el centro de la creación de Yahvé. El hombre no está ante dos infinitos, por tomar la expresión de Pascal, sino ante el Dios de Israel cuyo nombre le es conocido. La relación que lo une a Yahvé lo dirige todo, es la que hará la grandeza del ser humano y no cualquier cualidad, ni siquiera el pensamiento[287]».

Cierta filosofía materialista se complace en considerar al hombre como una simple partícula orgánica accidental en un universo en evolución. En cambio, la Biblia afirma que Dios se interesa por el hombre que, según David, fue hecho «apenas inferior a un dios». El texto hebreo emplea la palabra *elohim*, que a veces se traduce por «Dios» pero que puede designar también espíritus divinos, o ángeles, que constituyen la corte de Yahvé y pueblan el mundo celestial. La Septuaginta ha traducido *elohim* por *ángeles* y la epístola a los Hebreos hace referencia a esta traducción griega. De acuerdo con la tradición del Génesis, David se maravilla de que el hombre, aunque sacado de la tierra, esté tan próximo del mundo

[287] Ibíd., p. 80.

divino. La gloria y el esplendor son atributos reales (Salmos 21:6), e incluso divinos (Salmos 29:1; 104:1).

«Esta estrofa establece la dignidad del hombre. Dios lo entroniza como rey del mundo, lo coloca a la cabeza de la creación y le confía todas sus obras[288].» David exalta la grandeza de cualquier ser humano, un simple mortal, como atestigua la expresión *ben adam*, hijo del hombre. No obstante, el hombre en estado de caída, y a pesar de todas sus conquistas, no es más que un subproducto degenerado de la creación divina. Es en Cristo en quien descubrimos al hombre normal, que realiza plenamente las posibilidades que tiene latentes. No es, pues, sorprendente, que la epístola a los Hebreos le aplique las palabras que había dicho David del hombre en general: «…coronándolo de gloria y esplendor, señor lo hiciste de las obras de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies». El Salmo 8 se considera como una profecía del destino de Cristo, preludio del nuestro.

Habiendo compartido con nosotros la carne y la sangre, se volvió un *enosh*, un hombre débil, caduco y limitado, rebajado por debajo de los ángeles, por un poco de tiempo. Pero esta humillación, que supone una preexistencia gloriosa, ha acabado en gloria y honor. A partir de entonces goza de la supremacía sobre todas las cosas.

Leído sin referencia a Cristo, el Salmo 8 alimentaría una ilusión, ya que la condición actual del hombre nada tiene de gloriosa. Sin embargo, en Cristo, todas las cosas pueden ser hechas nuevas, gracias a su victoria, a la que estamos invitados a asociarnos por la fe. El porvenir del hombre está directamente condicionado por el acontecimiento de la encarnación. La cristología, o arte de descubrir la naturaleza de Cristo, se vuelve soteriología, o comprensión de lo que Cristo ha hecho por nosotros. No se puede separar su obra de su naturaleza. Realizados por alguien distinto de él, los mismos actos y las mismas proezas no habrían generado las mismas consecuencias. Nuestro destino está unido al suyo. Otros textos nos ayudarán a precisar esta verdad. Venido al mundo aceptando la perfecta asunción de la naturaleza humana, Cristo se ha convertido en la cabeza, la recapitulación y la razón de ser del universo.

La interpretación cristológica del Antiguo Testamento es también escatológica; el hombre celestial encarnado, el que ha aparecido ya, es el que volverá. Debemos al apóstol Pablo un magistral desarrollo de esta

[288] Ibíd., p. 81.

idea cuyo origen se encuentra en Daniel 7:13, donde ya el Hijo del hombre viene «sobre nubes».

Capítulo 7

Los dos Adanes

1 Corintios 15:45-47

Desde el punto de vista bíblico, toda la historia de la salvación tiene sus raíces en Adán. Él es como el esbozo.

> «Pero sería no dar a Adán todo su valor si se lo considerara tan solo un comienzo. Es un tipo normativo el que nos ofrece, realizado en él lo que el Señor espera de todos nosotros: ser verdaderamente a su imagen. Tipo normativo también en otra dirección de pensamiento que nos revelará san Pablo. [...] Él es quien nos dice claramente que el primer Adán era el prototipo del nuevo Adán. Cristo Jesús es el tipo del hombre bíblico en su perfección; no hay sino un hombre bíblico, Cristo. Adán, por su parte, es el tipo imperfecto de Cristo[289].»

Así se expresa Albert Gelin, erudito exégeta y apreciado pedagogo, en un texto que retocó pocos días antes de su muerte y en el que vamos a inspirarnos. Al apóstol Pablo lo llama «un hombre eco y un hombre que apunta». Hombre eco, a la escucha de todas las corrientes y de todas las vibraciones de los mundos religiosos en los se formó y reformó, con verdadero genio asimilador. Hombre que apunta también, por saber superar todo lo que había percibido, constantemente iluminado por la deslumbrante presencia de Cristo, que nunca lo abandonó ya desde el gran encuentro en el camino de Damasco. Pablo, teólogo original y poderoso predicador.

Veamos en primer lugar lo que pudo conformar en el pensamiento de Pablo la doctrina, tan importante, de los dos Adanes.

1. La literatura apocalíptica

Esta literatura, recordamos, floreció en el judaísmo entre los años 150 a.C. y 100 d.C. y pretendía poseer un conocimiento secreto revelado del pasado, el presente y el futuro. Conocimiento que desemboca en el anun-

[289] Albert GELIN, *L'Homme selon la Bible* (París: Ligel, 1962), p. 96.

cio exacto del fin. Ahora bien, Pablo sufrió la influencia de estos círculos apocalípticos, en los que había mucho interés por Adán.

> «Afirmaron, en términos a veces patéticos, un vínculo entre la culpa del primer padre y la situación espiritual de la humanidad. Adán, para ellos, es un ejemplo, un mal ejemplo; es la facilidad para dejarse arrastrar por ese instinto malo que está en nosotros y al cual él fue el primero en ceder, pues, dicen los rabinos, había un instinto malo en Adán antes de su falta. Es él quien desencadenó en este mundo la entrada de la muerte[290].»

Según el *Apocalipsis de Esdras*, colocado al final de las biblias latinas y del que se han extraído algunos textos litúrgicos empleados por la Iglesia Católica, «cada cual prepara para su alma el castigo futuro». Adán es responsable por lo que atañe solo a sí mismo. Cada uno de nosotros es Adán para sí. No obstante, al ceder en la tentación, Adán precipitó a la humanidad en la desgracia.

El *Apocalipsis de Baruc* se expresa con el mismo tipo de enfoque acerca de la culpa. En el fondo, es una paráfrasis superficial del Génesis. No hay ninguna reflexión profunda. La utilidad principal de estos textos es mostrar el interés que se concedió al personaje de Adán[291].

2. La especulación de Filón

Hemos mencionado ya al filósofo judío Filón de Alejandría a propósito del origen de la palabra *Logos*, empleada por Juan en el prólogo de su evangelio. Su pensamiento se extendió antes del año 40 de nuestra era, de manera que Pablo debió conocerlo, si no leyéndolo él mismo de manera directa, al menos durante las discusiones en los medios rabínicos.

Filón especula acerca de los dos relatos de la creación al inicio del Génesis. Génesis 1 ofrece una descripción solemne de la creación que culmina en el nacimiento de Adán, imagen de Dios y rey del mundo. «Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó» (Génesis 1:27, BJ). En el capítulo 2, el autor enfoca su relato en Adán y Eva, Adán que salió de la tierra y Eva que salió de Adán. Revelación conmovedora, de una maravillosa riqueza.

[290] Ibíd., p. 97.

[291] *Cf.* 4 Esdras 7, 116 y ss., y Baruc 48, 42 y ss.

Son muy ingenuos quienes juzgan ingenuo este texto. Pero Filón extrae de él una extraña teoría.

El Adán del primer capítulo se convierte en «el primer Adán», mientras que el del capítulo 2 es llamado «el segundo Adán». El primero, a imagen de Dios, es celestial; el segundo, sacado del polvo, es terrenal.

> «Es el hombre celestial, el ideal del hombre, una especie de idea platónica del hombre[292], el que fue creado en primer lugar; y el segundo, el hombre empírico, menos perfecto, terrenal, es creado a continuación como padre de los hombres. Así pues, hay en Filón una distancia cronológica entre el primer hombre, el hombre celestial, y el segundo hombre, el hombre terrenal[293].»

«…nos parece cierto –escribe Oscar Cullmann– se refiere a esta doctrina atestiguada en Filón, pues él la critica en todos sus puntos esenciales[294].» No tardaremos en verlo, pero antes, echemos un vistazo a la tradición sinóptica.

3. La tradición sinóptica

¿Tuvo esta tradición influencia en Pablo? ¿Fue Pablo quien la marcó con su impronta? Cuando se trata de Lucas, la influencia de Pablo es evidente. Por lo que respecta a Marcos, si las investigaciones recientes son dignas de crédito y su primera redacción tuvo lugar antes del año 50 de nuestra era, Pablo pudo beneficiarse de ella[295].

Cuando **Marcos** describe a Jesús después de la tentación, en medio de los animales salvajes (1:13), es difícil negar una alusión a Adán. Mientras vivía en medio de los animales a los que dominaba en el Edén, Adán salió vencido de la tentación. Jesús salió vencedor e inaugura una era nueva en la que finalmente los niños conducirán a los leones, todos los

[292] Platón enseña la existencia de una distinción fundamental entre el mundo sensible y la verdadera realidad. Se burla de la falta de discernimiento de quienes creen solo en las cosas que pueden ver y tocar. La verdadera realidad es lo incorpóreo, lo invisible, lo impalpable. El mundo inteligible son las ideas, las esencias eternas. Y sobre todo la idea es la causa de la existencia de las cosas. Así, los árboles que vemos no son sino un reflejo, una sombra, de la realidad esencial que reside en la idea del árbol. Así, para Filón, el hombre de Génesis 1, el hombre celestial, sería entonces como la idea del hombre.

[293] Albert GELIN, *L'Homme selon la Bible*, *op. cit.*, p. 98.

[294] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, *op. cit.*, p. 232.

[295] Véase nuestra explicación en la nota 13.

animales comerán forraje y la serpiente no inspirará ya ningún temor (Isaías 11:6-8).

En **Lucas**, el relato de la tentación, que sigue a la genealogía que se remonta hasta Adán, revela claramente la intención del autor de trazar un puente entre la experiencia de Jesús y la de Adán. Lucas, sin duda el único escritor de la Biblia que no fue descendiente de Abrahán, pertenecía al círculo de Pablo; el predicador de la gracia ofrecida a todos los hombres, surgidos de la misma sangre, la de Adán. Para resumir, si es poco probable que Mateo haya pensado en Adán en relación con la tentación de Jesús, ese no es con seguridad el caso de Marcos y Lucas, en cuyos textos la victoria de Cristo adopta un talante de nuevo comienzo.

4. 1 Corintios 15:21-23

La primera epístola a los Corintios es polémica, de principio a fin. No cesa de combatir todo género de errores. Aquí, la controversia se refiere a la resurrección. Los miembros de esta iglesia, alimentados de filosofía griega, aceptaban la noción de la inmortalidad del alma, pero rechazaban la de la resurrección. Frente a este helenismo impenitente, nuestro apóstol desarrolla vigorosamente su argumentación. La resurrección de Jesús es un hecho, y este hecho es fundamento de la esperanza cristiana. Fuera de esto, todo el cristianismo se reduce a mentira y vanidad.

Volviendo resueltamente la espalda a esta hipótesis de pesadilla, Pablo, diciendo un «Pero ahora...» que hace pasar la página, desprende las gozosas consecuencias del acontecimiento que se produjo en la mañana de Pascua. «Cristo… primicia de los que murieron» (15:20, BJ). La misma idea, como ya hemos visto, se presenta en otro texto mediante la expresión «primogénito de entre los muertos». Resucitado, Jesús no pertenece ya al «presente siglo malo» (Gálatas 1:4, RVR95), que se confunde con el horizonte del cadáver; saborea ya los poderes del siglo futuro (Hebreos 6:5), de pie para la vida verdadera. «No devuelto a la vida de este mundo sino, como dirá el cuarto evangelista, "glorificado", es decir, accediendo a la vida divina revelada y comunicada. Eso es lo que da este carácter definitivo y único. Él abre el camino (1 Corintios 15:21), él es el nuevo comienzo (Colosenses 1:18)[296].»

[296] Maurice CARREZ, *De la souffrance à la gloire* (París: Delachaux et Niestlé, 1964), p. 13. *Cf.* Roland MEYER, «L'Herméneutique paulinienne de la résurrection d'après Corinthiens 15», tesis,

Pablo sitúa esta historia en una grandiosa visión histórica:

> «Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que por Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicia; luego los de Cristo en su venida.» (1 Corintios 15:21-23, BJ).

> «Cristo lo empieza todo de nuevo, lo renueva todo; él constituye el gran giro de la historia universal. [...] La humanidad está en camino hacia su destino, está en marcha, y se vincula a dos hombres cuya imagen lleva consigo. Una imagen no es simplemente una copia disminuida, sino más bien una fuerza que se deriva del original dando impulso para reproducirlo. Llevamos en nosotros la imagen del hombre terrenal y llevamos en nosotros la imagen del hombre celestial, como un dinamismo transformador. No llevamos estas imágenes en sobreimpresión sino que nos sometemos al dinamismo vencedor de la más fuerte de las dos. El primer hombre y el segundo hombre. El primero introduce la muerte en el mundo; el segundo vence la muerte por la resurrección. Adán es incapaz por su naturaleza de hacernos acceder a una economía de la resurrección; esta es característica del segundo Adán[297].»

Era realmente necesaria una intervención decisiva de Dios, como la resurrección de Cristo, para combatir la sensación de una fatalidad que emana de una caída original tan extendida en el mundo helenístico. En Adán, comienzo de una humanidad portadora de fracaso y de muerte. En Cristo, nuevo comienzo de la humanidad portadora de victoria y de vida.

5. 1 Corintios 15:45-50

Los límites de nuestro tema no nos permiten considerar los detalles de este maravilloso pasaje, tan rico desde el punto de vista cristológico y antropológico. Quedémonos con lo esencial. Pablo se refiere a la creación descrita en el Génesis y echa por tierra el razonamiento de Filón, según el cual, el primer hombre (Génesis 1) era celestial y el segundo (Génesis 2) terrenal. Falso, dice el apóstol, que se niega con razón a antagonizar esos

Estrasburgo, agosto, 1987, p. 78, en la que se encontrará también un estudio interesante sobre los dos Adán.

[297] Albert GELIN, *L'Homme selon la Bible*, *op. cit.*, pp. 102, 103.

dos Adanes. Génesis 2, lejos de presentar otra creación, precisa el relato de Génesis 1. Ese Adán es el primer Adán, el Adán terrenal. El segundo Adán, o último (*eschatos*), el Adán escatológico, el Adán de los últimos tiempos, el que inaugura el siglo por venir, es Jesucristo.

«Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida.» (1 Corintios 15:45, BJ)[298].

La expresión «alma viviente» es sinónimo de «ser viviente» o de un «organismo viviente». Se podría traducir por «una persona consciente». La teología clásica, en oposición a la Biblia, ha considerado al alma como la sede de la inmortalidad. Sin embargo, a lo largo de todas las Escrituras, el alma es declarada mortal. Con el transcurso de los siglos la palabra ha adquirido incluso una connotación peyorativa. Así, para los autores del Nuevo Testamento, el adjetivo *psychikos* que se deriva de *psyché* = alma, reviste rotundamente un sentido negativo. Hay que traducirlo por «animal», en contraposición con «espiritual» (*pneumatikos*, de *pneuma* = espíritu).

> «…el hombre natural (*psychikos*) –dice Pablo– no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio, el espiritual (*pneumatikos*) juzga todas las cosas, sin que él sea juzgado por nadie.» (1 Corintios 2:14,15, RVR95).

Judas también escribe con precisión a propósito de los hombres que caminan de acuerdo con sus concupiscencias impías: «Estos son los que crean divisiones, viven una vida sólo natural (*psychikoi*) sin tener el espíritu (*pneuma*)» (Judas 19, BJ).

En la creación, cuando Adán se convirtió en un alma viviente, tenía el espíritu, inherente al aliento de vida insuflado por Dios en su nariz (Génesis 2:7). Podía así comunicarse directamente con Dios. El efecto del pecado fue interrumpir esta relación directa. El pecado establece una separación entre nosotros y Dios (Isaías 59:2), lo cual provoca una especie de alienación espiritual. El único remedio consiste en el restablecimiento del vínculo del Espíritu entre nosotros y nuestro Creador, de quien dependen la vida, el movimiento y el ser (Hechos 17:28).

Pero el último Adán se convirtió en un «espíritu vivificante». Pablo escribe literalmente: «un espíritu que crea la vida». Es Cristo quien viene

[298] «*Egeneto... eis psychên zôsan... eschatos Adam eis pneuma zôopoioun*» (1 Corintios 15:45).

a restablecer la comunicación gracias a la cual nosotros tenemos acceso directamente al pensamiento, a los sentimientos y a la vida misma de Dios.

Pedro expresa este pensamiento con audacia al afirmar que «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:3,4, BJ).

Si bien es cierto que toda la teología viene a ser la descripción de la relación del hombre con Dios, acabamos de brindar aquí su resumen más sorprendente y completo. Tema que desarrollaremos, Dios mediante, en otra obra. Pero volvamos a la epístola a los Corintios. Pablo afirma que el segundo hombre, el espiritual, viene «a continuación», no en la creación, sino en la encarnación; no de la tierra, sino del cielo. Otra manera de recordar la preexistencia de Cristo, en situación divina.

De un modo genial, el apóstol Pablo ha enderezado la especulación de filoniana, ha ampliado la condición mesiánica de Cristo al mundo entero, más allá de las fronteras judías, ha puesto de relieve la importancia insoslayable de la resurrección y ha mostrado que la vida cristiana auténtica no se define en gestos rituales –en obras– sino en comunión espiritual con Dios gracias al vínculo del Cristo-Espíritu. «Pues la vida de la gracia es ya la gloria del cielo; la parusía no será ya sino la revelación de ese estado invisible pero real: "Y del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terrestre, llevaremos también la imagen del celeste" (1 Corintios 15:49)[299].»

6. Romanos 5:12-21

Es otra de las fuentes inagotables del pensamiento paulino. El autor se encuentra esta vez en plena catequesis. Está pasando el invierno del año 56 en Corinto antes de volver a Jerusalén en la primavera de 57. Con menos prisa que de costumbre, se toma tiempo para esbozar una síntesis del pensamiento cristiano. El resultado es lo que se ha dado en llamar «la llave de oro de las Escrituras». Calvino está en lo cierto al escribir que, con la comprensión de esta exposición magistral, tenemos la puerta abierta para entrar hasta los más recónditos tesoros de las Escrituras. Con un inaudito sentido de lo esencial, Pablo va directo a lo que importa y deja de lado todos los detalles.

[299] Albert GELIN, *L'Homme selon la Bible*, *op. cit.*, p. 104.

En el capítulo 3 plantea la gran pregunta: ¿cómo Dios que es justo puede seguir siendo justo y considerar justos a pecadores injustos? Su respuesta es precisa: es gracias a Jesucristo. Está bien. Pero ¿qué hay de común entre Jesucristo y nosotros? La respuesta se da en el capítulo 5. La humanidad se presenta en dos troncos, uno que desciende del primer Adán y el otro que emana del segundo Adán. En el capítulo 6 Pablo explica que pasamos del uno al otro por el bautismo.

Gelin habla de dos economías. Al primer tronco corresponde la economía del peso o la gravedad. Nacidos de Adán después del pecado, estamos naturalmente separados de Dios. Se impone una conversión si queremos volver a encontrar a Dios. Sin esta conversión, sufrimos automáticamente el peso del pecado. Cierto es que nosotros no somos condenados como pecadores por el pecado de Adán, lo cual constituiría una injusticia. Pero por su causa estamos sobre los pasos del pecado, a cuya solicitud no nos resistimos. Tal es la fecundidad del primer Adán. Él abrió una brecha por la que se precipita la tentación que nos sumerge. Toda la historia describe como se desencadena el poder del pecado, que arrastra a todos los hombres a la catástrofe. Así, de hecho que no de derecho, el pecado primordial de uno solo nos constituye misteriosamente en solidarios de su culpa. Esquemáticamente, hay que aceptar que en Adán todos somos pecadores.

Es una situación de quiebra de la que seríamos injustamente víctimas, sin una intervención de Dios. Ahora bien, Dios, precisamente, interviene en Jesucristo para devolvernos todas las oportunidades. Instituye «la economía de la energía», opuesta a la anterior. A la fecundidad del pecado separador, alienante, se opone la fecundidad de la comunión reparadora. Por el primer Adán entró la desobediencia; por el último Adán, la obediencia. Ninguna de estas economías se rige por un automatismo servil. Nadie se convierte en desobediente ni en obediente a su pesar. El poder de elegir que hace la dignidad del ser humano es respetado en ambos casos. Tras la polarización negativa, la polarización positiva.

Si por la fe llegamos a ser una sola planta con Cristo (Romanos 6:5) toda su justicia nos es imputada. Somos justificados de manera gratuita, considerados como si nunca hubiéramos pecado. Pero la gracia de Dios no se detiene ahí. «…que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente...» (Tito 2:12, BJ).

«Adán fuente – Cristo fuente […] la sombra de Adán se proyecta sobre Cristo y la luz de Cristo ilumina por contraste la figura primitiva de Adán [...] dos fuentes fecundas de manera desigual, fecundas en sentido opuesto, pero fecundas para toda la raza humana[300].»

Conviene insistir una vez más en el lugar que Pablo reserva a la obediencia en la definición existencial de Cristo (Romanos 5:19). Vino para obedecer (Hebreos 10:9). Aprendió a obedecer (Hebreos 5:8). Se alimentó de obediencia (Juan 4:34). Obedecer, en griego quiere decir escuchar, oír. Ahora bien, escuchar y oír suponen mantener la comunicación de la que resulta el don del Espíritu (Hechos 5:32) ¿Qué «alimento» más precioso se podría esperar? Aun cuando la obediencia debiera llegar hasta la muerte –«no lo que yo quiero sino lo que quieres tú» (Marcos 14:36)–, el Espíritu se entrega entonces para recuperarlo (Lucas 23:46; Romanos 1:4). La muerte es vaciada de su siniestro poder.

7. Conclusión

La comparación de Jesús con Adán se inscribe fundamentalmente dentro de un marco soteriológico, lo que significa que se refiere más a la obra de Cristo que a su naturaleza. No obstante, su preexistencia y su divinidad son inherentes a esta revelación. Si el hombre celestial tiene por misión salvar a la humanidad haciendo de ellos lo que es él mismo, es porque él mismo es la fuente de la vida. Los hombres recibieron su vida de Cristo en la creación. De él, y únicamente de él, es de quien pueden recuperarla después de haberla perdido. «… esta vida está en su Hijo» (1 Juan 5:11, BJ). Ahora bien, quien es la vida, es Dios.

Pero en Cristo, Dios mismo vino a comprometerse con nosotros. Se hizo hombre, segundo y último Adán. Se impone entonces una pregunta, sin duda delicada pero legítima: ¿Hasta dónde llegó la identificación de Jesús con nosotros? ¿Adoptó la naturaleza de Adán antes de la caída o la de Adán después del pecado? La respuesta viene en el capítulo siguiente.

[300] Ibíd., pp. 106, 107.

Capítulo 8

¿Qué naturaleza humana adoptó Jesús?

1. Una precisión necesaria

Así reza el título de un largo artículo publicado en junio de 1985 en *Ministry*, revista pastoral mundial, publicada por la Iglesia Adventista del Séptimo Día[301]. La Iglesia Adventista profesa la humanidad y la divinidad de Cristo. En los inicios de su formación, hacia mediados del siglo XIX, sus pioneros eran más bien unitaristas. En una importante asamblea celebrada en Minneapolis, en 1888, dos teólogos, Jones y Waggoner, pusieron el acento en la divinidad. Se les opuso una fuerte resistencia, pero les apoyó Ellen G. White, que ejercía una profunda influencia en la comunidad en razón de sus dones espirituales. Rápidamente, la divinidad fue aceptada de manera general[302].

En cambio, continúa la discusión en relación a un aspecto particular de la naturaleza humana de Jesús. ¿Tenía la naturaleza de Adán antes del pecado o la naturaleza de Adán tras la caída? ¿*Sinless* o *sinful nature*, por emplear los términos ingleses que suelen presentarse en oposición? En el número de *Ministry* que hemos mencionado, Benjamin Rand (pseudónimo) defiende el primer punto de vista: naturaleza sin pecado. En contraste, en las mismas páginas Kenneth Gage (pseudónimo igualmente) presenta el otro aspecto: carne de pecado. No hubo consenso final alguno.

Por el contrario, Ralph Larson, que fue profesor del Seminario Teológico Adventista de Extremo Oriente, publicó un volumen de 365 páginas con el título de *The Word Was Made Flesh* (La palabra se hizo carne) en el que recuerda la historia de la cristología en la Iglesia Adventista de 1852 a 1952. Su investigación desemboca en la clara conclusión de que Jesús tomó una carne de pecado[303].

---

[301] *Ministry, the international journal of the Seventh-Day Adventist Ministerial Association*, Review and Herald Publishing Association, Washington D.C., junio de 1985, pp. 8-21. En el debate actual, el *Ministry* está claramente del lado de la «*sinless human nature of Christ*».

[302] *Questions on Doctrine* (Washington D.C.: Review and Herald, 1957).

[303] Ralph LARSON, *The Word Was Made Flesh: One Hundred Years of Seventh-Day Adventist Christology, 1852-1952* (Cherry Valley, California: The Cherrystone Press, 1986). Este libro no supone autoridad alguna en todos los medios adventistas. En cambio, la posición de la iglesia está bien definida por Robert OLSON, director del Patrimonio Ellen G. White, en su folleto titulado *The*

Jean Zurcher llegó a la misma conclusión como resultado de un estudio que tituló «La enseñanza de los adventistas acerca de la naturaleza humana de Cristo durante la vida de Ellen G. White», presentado en el Patrimonio Ellen G. White en Washington en noviembre de 1986[304].

El interés de esta cuestión no tiene que ver con la especulación, atañe a la vivencia cotidiana. En efecto, el apóstol Juan afirma: «Quien dice que permanece en él, debe vivir como vivió él». (1 Juan 2:6, BJ). Por su parte, el apóstol Pablo nos invita «…y vivid en el amor, como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma» (Efesios 5:2, BJ). Y Pedro dice también que Cristo nos dejó un modelo para que siguiéramos sus huellas (1 Pedro 2: 21). Ahora bien, si Jesús no afrontó la tentación en las mismas condiciones que nosotros, la lucha es desigual y su ejemplo inadecuado. El modelo supera nuestras posibilidades. No obstante, tengamos cuidado de no tomar nuestros deseos por realidades. Eso sería introducir nuestras ideas en los textos cuando lo que debemos hacer es desprender las verdades que dichos textos revelan[305]. La revelación no se construye de manera empírica, viene a nosotros de lo alto. Volvamos, pues, a los textos.

2. ¿Cómo Adán antes del pecado?

El apóstol Pablo escribe en la epístola a los Romanos que Dios envió a su Hijo en una carne semejante a la del pecado (8:3). ¿Qué quiso decir exactamente? Lamentablemente, los comentarios son de poca utilidad, ya que encontramos algunos excelentes que se contradicen. El texto original emplea la expresión griega *en homoiômati sarkos harmartias*, que se traduce literalmente por «a semejanza (o similitud) de carne de pecado». Algunos teólogos insisten en las palabras «en semejanza», para señalar la diferencia; Jesús no vino en una carne de pecado sino en una carne tan solo «semejante» a la carne del pecado. Otros ponen el acento en «carne de pecado», pensando que la expresión «a semejanza» refuerza la idea de

Humanity of Christ, Selection from the Writings of Ellen G. White, compilado por Robert Olson (Pacific Press Publishing Association, 1989).

[304] Jean R. ZURCHER expone la enseñanza de Waggoner, Jones, Prescott y Haskell, que tomaron posición a favor de la *sinful nature of Christ*, con la aprobación de Ellen G. White. Vuelve a tratar la cuestión en el artículo publicado con el título «Le Message de Ellet J. WAGGONER sur la Justification par la foi», en *Servir*, 4º trimestre de 1988. *Servir* es una revista pastoral en lengua francesa que publica la Imprimerie Fides, 74160 Collonges-sous-Salève.

[305] Exégesis y no eisegesis.

identidad entre la naturaleza humana de Cristo y la nuestra. ¿No escribió Pablo en su epístola a los Filipenses que Jesús vino *en homoiômati anthrôpon*, a semejanza de los hombres? Ahora bien, sin lugar a duda, su intención es en este caso presentar a Jesús como un hombre verdadero, en todo *semejante* o idéntico a nosotros. El paralelismo entre Filipenses 2:7 y Romanos 8:3 favorece la idea de que Jesús fue enviado en una carne *idéntica* a la nuestra. ¿Cómo resolver el dilema? La expresión «a semejanza de» ¿señala una semejanza o una identidad?

Hagámonos primero una pregunta muy sencilla. ¿Se puede decir que Dios creó al primer Adán «a semejanza de carne de pecado»? Decididamente, no. Ni siquiera teniendo en cuenta el pecado que existía en el nivel de los ángeles, y cualquiera que sea el sentido que elijamos de las palabras «a semejanza de» tal afirmación resulta inconcebible. En primer lugar porque la naturaleza de los hombres difiere de la de los ángeles, y en segundo lugar porque Dios dijo al término de su obra creadora que todo era bueno (Génesis 1:31). Nada se encontraba, pues, en ella, que fuese «semejante» al pecado.

En consecuencia, no basta con denunciar la diferencia de las situaciones en que se encontraron los dos Adán –lo cual es la evidencia misma–, sino que, además, hay que reconocer que no vivieron en la misma carne o en la misma naturaleza. Adán salió de elementos puros, que el pecado no había torcido aún. Jesús, por su parte, nació humanamente de María, después de milenios de pecado.

> «Habría sido una humillación casi infinita para el Hijo de Dios revestirse de la naturaleza humana, aun cuando Adán poseía la inocencia del Edén. Pero Jesús aceptó la humanidad cuando la especie se hallaba debilitada por cuatro mil años de pecado. Como cualquier hijo de Adán, aceptó los efectos de la gran ley de la herencia[306].»

Varias declaraciones de la epístola a los Hebreos confirman nuestra convicción de que la naturaleza de Jesús no era idéntica a la de Adán antes de la caída:

[306] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes*, *op. cit*., p. 32). La autora hace numerosas declaraciones que van en el mismo sentido.

- «Por tanto, como los hijos comparten la sangre y la carne, así también compartió él las mismas...» (Hebreos 2:14, BJ). Jesús es semejante a los hijos y no a Adán antes de la caída.
- «Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel...» (Hebreos 2:17, BJ).
- La comparación se hace con los hermanos.
- «Pues no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado» (Hebreos 4:15, BJ). Para ser probado igual que nosotros, debía encontrarse en las mismas condiciones que nosotros. Si no admitimos esto, todo el pasaje pierde su fuerza y su rigor. La exhortación se vuelve ambigua. Ellen G. White dice, con razón: «Debe seguirse el ejemplo que él dejó. Él tomó sobre su naturaleza sin pecado nuestra naturaleza pecaminosa, para saber cómo socorrer a los que son tentados[307].» Y también: «Al tomar sobre sí la naturaleza humana en su condición caída, Cristo no participó en lo más mínimo en su pecado[308]». «Cristo llevó los pecados y las enfermedades de la raza [humana] tal como existían cuando vino a la tierra para ayudar al hombre. En nombre de la raza [humana], llevando sobre él las debilidades del hombre caído, debía soportar las tentaciones de Satanás en todos los puntos en los que el hombre sería asediado[309].»

3. ¿Cómo Adán después del pecado?

Decir que Jesús vivió en una carne semejante a la de Adán antes de la caída no es, pues, conforme a la revelación divina. Pero sería otro error pretender que era idéntico a Adán después de la caída. Nos encerramos en una falsa alternativa al querer definir a toda costa la naturaleza de Jesús simplemente con relación a Adán, ya sea antes o después del pecado. Una diferencia enorme, esencial, separa a Jesús del hombre que se convirtió

[307] Ellen G. WHITE, *El ministerio médico* (Florida Oeste, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2002), pp. 237, 238.

[308] Ellen G. WHITE, «Comentarios de Elena G. de White-Juan», en *CBA*, tomo 5, *op. cit*., p. 5:1105.

[309] Ellen G. WHITE, «The Temptation of Christ», *Review and Herald*, 28 de julio de 1874, p. 51.

en pecador y separado de Dios ontológicamente. El niño que viene al mundo hoy día no tiene por naturaleza ningún vínculo espiritual directo con Dios. Tiene que buscar a Dios, esforzarse en descubrirlo a tientas. Tiene que convertirse, nacer de nuevo y restablecer una comunión interrumpida desde el drama en el Edén.

¿Tuvo que convertirse Jesús para entrar en comunión con Dios? Ciertamente no, a pesar de que el bautismo fuera exigido por Cristo. Nadie se atrevería a afirmar esto en nombre de los evangelios. Aquí es donde se hace evidente la enorme importancia de aceptar por la fe la información relativa al nacimiento virginal. El vínculo del Espíritu, automáticamente interrumpido para todos los descendientes de Adán a causa de la caída original es restablecido por Dios en favor de Cristo en el momento de la encarnación. El arcángel Gabriel dice a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios» (Lucas 1:35, BJ). Así se restablece la comunicación directa con Dios, que Adán había puesto en riesgo y de la que nosotros no gozamos ya en estado natural. No la recuperamos sino en Cristo, hasta tal punto que a partir de entonces ni siquiera nuestras oraciones llegan a Dios si no es en nombre de Jesús (Juan 14:3).

El pecado original no es un simple error de orden moral. Implica una caída de consecuencias cósmicas, una desviación antropológica. El centro de gravedad del hombre se desplazó y pasó de la cabeza al vientre (Filipenses 3:10). Establece en nosotros la tendencia natural a reivindicar una autonomía personal, según la siniestra predicción de la serpiente: «seréis como dioses» (Génesis 3:5).Y entonces nos volvimos dioses, falsos dioses (Génesis 3:22; Juan 10:34).

Jesús no vivió esta experiencia. Desde su nacimiento lo toma el Padre «en sus manos». Dios ofrece a la humanidad un nuevo comienzo en aquel que recapitula en sí todo lo que tiene vida. ¿Es necesario recordar que nosotros fuimos creados en Cristo (Colosenses 1:16) y que todo cuanto existe recibe su vida de Cristo (Juan 1:3-4)? Este descubrimiento da un relieve deslumbrante a la comparación paulina de los dos Adanes. Jesús, el segundo Adán, es también el último Adán. Es la última oportunidad que se brinda a los hombres de volver a asentarse en la vida auténtica, la verdadera vida, que la muerte no puede ocultar sino temporalmente.

El vínculo con Dios, en el nivel del Espíritu, hace de Jesús desde su infancia «el santo niño». Nunca hubo otros. No los habrá nunca. En él es en quien Dios reúne y recapitula todas las cosas, en los cielos y en la tierra (Efesios 1:10). El misterio de la victoria de Cristo reside en el mantenimiento perseverante y sin falta del vínculo del Espíritu con Dios. Él podía decir: «Peo no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Juan 16:32, BJ). Incluso en el momento de su muerte, no es Jesús quien suelta la mano de Dios. Para nosotros, la muerte es siempre «la paga del pecado» (Romanos 6:23). Su muerte, en cambio, fue injusta, indebida, anormal, ya que el pecado no tuvo nada en él. Vemos también a Dios mismo obligado a «abandonar a su Hijo» a la muerte (Mateo 27:46). Horrible drama cuyas consecuencias dolorosas no podemos vislumbrar sino a través de los coágulos de sangre que caen en el huerto de Getsemaní (Lucas 22:44). Nunca una noche más negra (Marcos 15: 33) resonó con un grito más lúgubre: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»

Dios, el Señor único de la vida, dejó actuar a los hombres hasta el último límite de sus poderes de falsos dioses. Pero mi consuelo es inefable al oír la última palabra de Jesús: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23:46, RVR95). Él sabía que no se le despojaba del amor del Padre. Metafísicamente abandonado por Dios, no obstante permanecía unido afectivamente a su Padre muy amado.

4. ¿Qué carne?

Ahora, tras haber despejado el equívoco de la alternativa denunciada anteriormente –como Adán antes o después del pecado– vamos a intentar aportar una precisión adicional, a propósito de la naturaleza humana de Jesús, conscientes de internarnos en terreno difícil y sagrado en el que se imponen tanto la prudencia como la humildad.

Ellen G. White escribe:

> «Nunca dejéis, en forma alguna, la más leve impresión en las mentes humanas de que una mancha de corrupción o una inclinación hacia ella descansó sobre Cristo, o que en alguna manera se rindió a la corrupción [El texto en inglés dice: *…that a taint of, or inclination to, corruption rested upon Christ, or that He in any way yielded to corruption*.] Fue tentado en todo como el hombre es tentado, y sin embargo él es llamado “el Santo Ser”. Que Cristo pudiera ser tentado en todo como lo somos nosotros y sin embargo fuera sin

> pecado, es un misterio que no ha sido explicado a los mortales. La encarnación de Cristo siempre ha sido un misterio, y siempre seguirá siéndolo. Lo que se ha revelado es para nosotros y para nuestros hijos; pero que cada ser humano permanezca en guardia para que no haga a Cristo completamente humano, como uno de nosotros, porque esto no puede ser[310].»

Ellen G. White no siempre escribía con el rigor del que se supone que los teólogos deben hacer uso. Dedicó a Cristo miles de páginas que se cuentan entre las más hermosas y reveladoras que conozco. Pero en su esfuerzo por expresar verdades difíciles de perfilar, utiliza a veces la paradoja. «…cada ser humano permanezca en guardia –dice en este texto– para que no haga a Cristo completamente humano…» Ahora bien, ningún autor ha insistido nunca más que ella en la naturaleza humana de Jesús. Se podrían citar más de 250 declaraciones surgidas de su pluma en la época en que escribió las líneas citadas y en las cuales insiste en el hecho de que Jesús vino «*in the human nature of fallen man*», en la naturaleza humana del hombre caído. La cita de la epístola a los Romanos 8:3 vuelve a aparecer constantemente. No ha dudado en emplear una y otra vez la expresión: «…*he took upon him our sinful nature*», él tomó sobre sí nuestra naturaleza de pecado[311].

He aquí otra precisión llena de interés:

---

[310] Ellen G. WHITE, «Comentarios de Elena G. de White-Juan», en *CBA*, tomo 5, *op. cit*., p. 5:1103. Este texto procede de una carta llamada *The Baker Letter*, Ellen G. White, que estaba en Australia, se la escribió a un joven pastor en Tasmania, isla situada al sur de Australia. Su nombre era W.L.H. Baker. Carta de trece páginas llenas de palabras de aliento para su ministerio pastoral. Dos páginas únicamente se refieren a la naturaleza de Cristo e invitan al destinatario a no dar a entender en su enseñanza que Jesús pudiera haber tenido inclinaciones al mal («…*an evil propensity*…»). Desgraciadamente, este texto lleno de sabiduría es a veces usado para ocultar todas las demás explicaciones de Ellen G. White acerca de la naturaleza de Cristo.

Según Ralph Larson, se ha razonado del siguiente modo:

1. Ellen G. White escribió a Baker que Cristo no tenía ninguna inclinación al mal.

2. Con ello quiere decir que Cristo no tenía inclinación natural como el hombre en estado de caída.

3. De ello se deduce que Cristo no tenía la misma naturaleza que el hombre en estado de caída.

4. Así pues, Ellen G. White enseñó que Jesús tenía la naturaleza de Adán antes de la caída (Ralph LARSON, *The Word Was Made Flesh*, *op. cit.*, p. 29).

Huelga decir que tal razonamiento es falaz. Privilegia una declaración excepcional, sin considerar otros textos muy numerosos.

[311] Ellen G. WHITE, «The Importance of Obedience», *Review and Herald*, 15 de diciembre de 1896, p. 789.

> «Muchos dicen que Jesús no era como nosotros, que Él no era como nosotros en el mundo, que era divino y por lo tanto nosotros no podemos vencer como Él venció. Pero eso no es verdad, ciertamente no tomó sobre él la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre sí la simiente de Abrahán [...]. Él tomó sobre sí nuestra naturaleza[312]».

De hecho, Ellen G. White rechazaba la alternativa de la que hemos hablado, desconfiando tanto del arrianismo como del docetismo. Jesús no era solo Dios, no era solo hombre. Él ocupa un lugar aparte, verdaderamente nuevo, al comienzo de una era nueva, llamada el tiempo del fin. Con él empiezan «los últimos días» de la historia terrenal (Hechos 2:16,17), verdaderamente decisivos para el destino de los hombres y del mundo.

Pero ¿qué hay, exactamente, de la carne de Cristo y de sus disposiciones íntimas? ¿Hasta dónde llegó su identificación con nosotros? La opinión del gran teólogo católico Joseph Bonsirven merece citarse, ya que contra él no pueden sostenerse prejuicios de arrianismo. La idea de que María no heredó el pecado original no tiene ningún apoyo en la Biblia. A pesar de ello, no se descarta a fin de resguardar a Jesús enteramente al abrigo de las consecuencias de la caída. Pero he aquí la declaración de Bonsirven. Cita en primer lugar Gálatas 4:4: «…envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos» (BJ).

Comentario:

> «Él, para restaurar la condición humana, debía tomarla por entero. Encontramos la misma indicación en otro texto: “Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado” (Romanos 8:3); sabemos que eso significa, no una semejanza externa, sino una absoluta identidad: para repararla, debió, salvo el pecado, revestir la carne pecadora[313]».

Esta afirmación, en conjunto, me parece fundada. Jesús no aparentó ser un hombre. El combate que libró fue el nuestro, sin pantomima, sino

[312] Ellen G. WHITE, «Tempted in all points like as we are», *The Bible Echo*, 1 de noviembre de 1892, p. 322, col. 2.

[313] Joseph BONSIRVEN, *L'Évangile de Paul* (París: Aubier, Collection Théologie, 1946), pp. 170, 171.

en perfecta autenticidad. Yo tengo una reserva, sin embargo, con respecto a la expresión «carne pecadora». El autor quiso sin duda decir que Jesús era susceptible de pecar igual que nosotros. En esto tiene razón. Pero la expresión corre el riesgo de ser comprendida de otra manera. El adjetivo «pecador» y su femenino «pecadora» significa habitualmente «que peca». Un hombre pecador es un hombre que peca. Una mujer pecadora es una mujer que peca. Si el adjetivo puede significar también «que es propenso al pecado», hay que decir que este sentido es poco frecuente. Ahora bien, es necesario repetirlo, «…en él no hay pecado» (1 Juan 3:5). Sus enemigos más irreductibles y más críticos no pueden encontrar en él la menor falta (Juan 8:46). Él era santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores (Hebreos 7:26). Para todo el universo, su perfecta obediencia es la prueba de que las exigencias de Dios no son injustas (Hebreos 10:5-10).

Tal es incluso la ironía del texto en Romanos 8:3. Mientras el pecado estuvo condenado por la ley –y más concretamente por las dos tablas de piedra de los Diez Mandamientos (Deuteronomio 10:1,5)– todos los pecadores podían tomárselo a risa pretendiendo que era imposible ser conforme a la ley en la naturaleza humana. Pero a partir de ese momento es en la carne donde condena Dios el pecado, en Jesucristo. La demostración del apóstol Pablo no es válida sino con una condición inexcusable, a saber que Jesús resistiera en las mismas condiciones que nosotros. Si esto no se admite, todo el razonamiento queda falseado y su conclusión es inaceptable: «…a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el Espíritu» (Romanos 8:4, BJ). En otras palabras: si caminamos de acuerdo al Espíritu, podemos también nosotros cumplir la voluntad de Dios.

Joseph Bonsirven precisa en el mismo libro: «El Hijo de Dios [...] tomó todo sobre sí –exceptuando pecado y concupiscencia– de las imperfecciones de nuestra carne pecadora: pasibilidad, mortalidad, hasta el punto de que para su protección y su crecimiento necesitó el auxilio y los dones de Dios[314].» Tal es el matiz que importa captar bien y que podemos traicionar si no se eligen cuidadosamente las palabras para expresarlo. ¿No será precisamente esta la razón por la cual Pablo matiza su discurso cuando afirma que Jesús es verdaderamente un hombre (Filipenses 2:7) y que luchó contra el pecado en la misma condición que nosotros (Roma-

[314] Ibíd., p. 66.

nos 8:3)? Hombre como nosotros, sí, pero hombre nuevo. La misma situación que nosotros, por cierto, pero sin la participación en el pecado. «A semejanza de los hombres», «a semejanza de la carne pecadora», por muy sutil que sea, el matiz es de importancia capital.

No es este el lugar de llevar muy lejos el análisis antropológico. Sin embargo, es mi deber añadir una observación, para precisar una diferencia entre la naturaleza carnal de Cristo y la nuestra. El hecho de ceder al pecado en cierto modo instala el pecado en nosotros. Tomemos un ejemplo banal. No hay comparación entre la tentación de drogarse según se haya consumido droga ya anteriormente o no. El que nunca ha probado la droga puede experimentar por curiosidad el deseo de tomarla. Pero rechazar esta tentación es relativamente fácil. ¡Qué diferencia con alguien a quien le falta, devorado por la necesidad que le domina desde dentro hasta el punto de empujarlo hasta cualquier extremo para satisfacerla! Lo que es válido para la droga lo es también para todas las formas de pecado. La herencia no es lo único que pesa en contra nuestra. En razón de nuestras propias flaquezas, estamos vendidos al pecado, el pecado habita en nosotros, tenemos la voluntad pero no el poder de hacer el bien (Romanos 7:14-24). Jesús no vivió la experiencia de la caída; conoció tan solo la situación, con toda la debilidad inherente a la herencia que resulta de ello.

5. Una vez más, el bautismo

Todo lo que precede nos proporciona la ocasión de volver a hablar del bautismo de Jesús[315]. Fundándonos en el relato de Mateo, hemos visto que el bautismo de Jesús puede verse como el signo de una liberación. Ante la resistencia de Juan Bautista a darle satisfacción, el Maestro responde: «Libera, ahora», y no, como suele traducirse «Deja ahora». De ahí la pregunta: ¿Habría conocido Jesús alguna limitación de la que fuese necesario liberarlo? Creo deber responder afirmativamente. Sin volver a toda la polémica relativa a la *kenosis*, conviene tomar en serio la profunda inmersión de Jesús en la humanidad en estado de caída, desde su encarnación y hasta la crucifixión.

Cuando la Biblia afirma que Jesús llevó «los pecados de muchos», no los suyos (Hebreos 9:28: 1 Pedro 2:24), está describiendo un hecho existencial y no solo una decisión jurídica y sustitutiva. Jesús se colocó en

[315] Véase el capítulo «Comienzo según Marcos».

una situación crítica, sin comparación con la de Adán en el huerto del Edén. Para obedecer en lugar del primer Adán, Jesús no habría tenido que ofrecer oraciones y súplicas, a gritos y con lágrimas, a quien podía salvarlo de la muerte (Hebreos 5:7). Vivió ese drama porque había sido «enviado… en una carne semejante a la del pecado», nacido bajo la ley, de una mujer pecadora (Romanos 8:3; Gálatas 4:4).

> «Su amor filial hacia el Padre y fraterno hacia los hombres lo llevó a la *kenosis* de la encarnación y de la cruz, le hizo asumir libremente nuestra condición sufriente. Tuvo empeño en hacerse solidario con todo sufrimiento humano, inocente o consecuencia del pecado, y quiso compartir la experiencia del desamparo y la oscuridad, de la sinrazón y el escándalo del sufrimiento[316].»

Así se expresa el jesuita Bernard Sesboué, decano de la Facultad de Teología del Centro Sèvres, en París y miembro de la Comisión Teológica Internacional.

Este pensamiento se ajusta a la verdad, pero nosotros vamos más allá al afirmar la precariedad de la situación de Jesús, nacido bajo la ley, en una naturaleza deformada por cuatro mil años de pecados. Con toda certeza, haber nacido bajo la ley no implica necesariamente la condena de la ley, sino su presión dolorosa, debido al debilitamiento de la carne. Presión dolorosa producida no por sus propios pecados sino por los de la humanidad. He aquí de qué tenía que ser liberado. Ellen G. White escribe:

> «Cristo llevó los pecados y las debilidades de la raza humana tal como existían cuando vino a la tierra para ayudar al hombre. Con las debilidades del hombre caído sobre él, en favor de la raza humana había de soportar las tentaciones de Satanás en todos los puntos en los que pudiera ser atacado el hombre.
>
> »Adán estuvo rodeado con todo lo que podía desear su corazón. [...]
>
> »¡Qué contraste el del segundo Adán cuando fue al sombrío desierto para hacer frente sin ninguna ayuda a Satanás! Desde la caída, la raza humana había estado disminuyendo en tamaño y en fortaleza física, y hundiéndose más profundamente en la escala de la dignidad moral [...].Y a fin de elevar al hombre caído, Cristo debía al-

[316] Bernard SESBOUÉ, *Jésus-Christ, l'unique médiateur* (París: Desclée, 1988), p. 321.

> canzarlo donde estaba. Él tomó la naturaleza humana y llevó las debilidades y la degeneración del hombre[317]».

Claramente, aunque sin pecado, Jesús tuvo que ser liberado no solo de sus propias tentaciones, sino también de las debilidades transmitidas a su carne por María, bajo la presión de una pesada herencia. Esta liberación se le aseguró por el Espíritu Santo, cuya influencia en él debió acrecentarse a medida que su carne se desarrollaba. Pues si el espíritu es animoso, la carne es débil (Mateo 26:41).

Ahora bien, el Espíritu obró permanentemente en la experiencia terrenal de Cristo, de su nacimiento a su resurrección. Aunque su engendramiento en el seno de María fue ya dirigido por el Espíritu Santo, en su bautismo vio «al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y venía sobre él» (Mateo 3:16, BJ). Por añadidura, el apóstol dice que «Dios, pues da el Espíritu sin medida» (Juan 3:34, MI). Así pues, fue plenamente investido del poder del Espíritu y lleno de sus frutos. Por el Espíritu se ofreció él mismo a Dios como sacrificio sin defecto (Hebreos 9:14). Según el Espíritu igualmente fue constituido Hijo de Dios con poder por la resurrección (Romanos 1:4). Liberado, pues, y protegido sin cesar por el Espíritu Santo del poder de las tinieblas.

6. ¿Privilegiado con relación a nosotros?

Al llegar a este punto surge legítimamente una pregunta. Por su nacimiento sobrenatural, Jesús gozó de un contacto espontáneo con Dios. El lazo primordial y vital restablecido en favor suyo, y mantenido por él a conciencia a pesar de las circunstancias adversas, le permitió vencer al pecado. Pero ¿qué sucede con nosotros? Nosotros no tenemos ese privilegio. ¿Y entonces?

Este razonamiento solo es válido en apariencia. Sería justo si la experiencia de la encarnación se redujese a un hecho histórico puntual, válido exclusivamente para su héroe. Pero ese no es el caso. La encarnación de Cristo es un acto fundador, de una infinita fecundidad. A todos los que lo reciben, Jesús brinda «el querer y el obrar» (Filipenses 2:13), después de haber hecho de ellos hijos de Dios (Juan 1:12).

[317] Ellen G. WHITE, *Mensajes selectos*, tomo 1 (Coral Gables, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, Pacific Press Publishing Association, 1966), p. 314.

Al unirnos a Cristo por medio de la fe-adhesión, recuperamos así, de una manera sobrenatural, el vínculo con Dios. El cordón umbilical se reconstituye. Tenemos acceso directo al Padre, gozando de libre entrada al santuario, por la vía nueva y viviente inaugurada por Jesús (Hebreos 10:19,20). Gracias al mediador único (1 Timoteo 2:5), participamos todos en el santo sacerdocio. Se acabó la necesidad de recurrir a otros intermediarios (Hebreos 8:11). Vivimos una nueva alianza y podemos caminar según el Espíritu, liberados también nosotros de los obstáculos de la carne.

Nuestra conclusión está en consonancia con las siguientes declaraciones de Ellen G. White:

> «Jesús no habría podido ser un ejemplo perfecto para nosotros si no hubiera vivido en cuanto hombre dando testimonio de que el poder divino no se le concedía de manera distinta que a nosotros[318]».

> «Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió[319].»

Gracias a Jesucristo, el Espíritu Santo ejerce en favor nuestro el ministerio que cumplió en favor del Hijo de Dios. En esto reside un aspecto fundamental del Evangelio. La diferencia entre Cristo y nosotros nos resulta resueltamente ventajosa, pues él abrió una vía en la que nadie había caminado aún victoriosamente. Su fracaso habría acarreado no solo su ruina sino también la nuestra. Igual que el que va de primero en una cordada, él asegura a todos los que le siguen y los conduce a la cumbre. Por lo demás, la ayuda que nos brinda no es únicamente externa, ya que él posee además la virtud de insuflarnos su propia fuerza.

¡Qué reconfortante resulta saber que la humanidad comprometida por Adán, su jefe de filas, puede ser regenerada por Jesucristo en quien todas las cosas son hechas nuevas!

7. Resumen

Hay que evitar encerrarse en la alternativa: como Adán antes de la caída o como Adán después de la caída. Jesús tenía de Adán antes de la

[318] Ellen G. WHITE, Manuscrito 21, 1892.

[319] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes*, *op. cit.*, pp. 619, 620.

caída el privilegio de ser un comienzo, un nuevo comienzo. Para ello, gozó de la unión espontánea con Dios, gracias a su nacimiento sobrenatural, debida a la intervención del Espíritu Santo.

Pero de Adán después de la caída heredó por María una naturaleza debilitada por la herencia del pecado. Se colocó deliberadamente en situación de riesgo, sometido como nosotros a todas las tentaciones. Satán desplegó contra él todos los recursos de su arte maligno. Un solo instante de distracción habría sido fatal. Es colmado del Espíritu que fue liberado de las solicitudes vanas. Victoria personal. Victoria fundadora. Pero gracias a Dios, su Padre.

Por lo que nos atañe, nosotros podemos a partir de entonces, en Cristo, obtener la misma liberación. Jesús redimió en él definitivamente a la humanidad del pecado. A nosotros nos corresponde morir al pecado (Romanos 6:11), para que el cuerpo del pecado sea destruido (6:6) y que estemos vivos por Dios, en Jesucristo (6:11).

Capítulo 9

Colmado de la divinidad

Acabamos de considerar todas las implicaciones de la encarnación del *Logos* o Palabra en la persona de Jesús. Y hemos tenido que admitir que nada distingue su naturaleza humana de la nuestra, en su nacimiento. En cambio, hemos insistido en el papel del Espíritu Santo por quien el Cristo Dios preexistente se unió a su naturaleza humana. Aunque hemos presentado ya la integridad de su naturaleza divina, queremos tratar un texto importante sobre el cual hemos guardado silencio deliberadamente hasta este momento. He aquí dicho texto en la traducción de la Biblia de Jerusalén: «Porque en él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y vosotros alcanzáis la plenitud en él, que es la cabeza de todo principado y de toda potestad» (Colosenses 2:9,10, BJ).

1. La traducción

Aunque es exacta, esta traducción no deja que surja todo el sabor del original. Además, la separación entre los versículos 9 y 10 no respeta el ritmo de la frase griega. He aquí cómo podría quedar mejor plasmado el pensamiento de Pablo: «Porque en el habita corporalmente la plenitud total de la divinidad, y vosotros sois colmados en él que es la cabeza [jefe][320]».

2. El contexto

En su epístola a los Colosenses, el apóstol se dirige a cristianos que proceden en gran parte del paganismo, influenciados aún por sus supersticiones. Según Norbert Hugedé:

> «…alguien [...] había hecho propaganda dentro de la iglesia, pretendiendo asociar al Evangelio especulaciones de una sabiduría superior y que llevaban a los colosenses, cuya fe era aún un poco frágil, a unas prácticas de ascetismo que en estas regiones de Frigia se tenían en alta estima. [...] Pero desde la primera lectura da la impresión de que no se trata de prácticas de una superstición popular,

[320] *Katoikei* = habita de parte a parte. *to plêrôma... peplêrômenoi* = el colmo... colmados.

> sino de todo un sistema filosófico de explicación del mundo, en el que intervenían entre Dios y el hombre toda una jerarquía de agentes espirituales que debían desempeñar también un papel en la salvación; es decir que usurpaban el papel de Cristo[321]».

La plenitud de Cristo quedó ya descrita en el primer capítulo (versículos 12-20). El autor continúa en el capítulo segundo. «Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas basadas en las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo» (Colosenses 2:8, RVR95). Norbert Hugedé piensa que la palabra *stoicheia*, que generalmente se traduce por «rudimentos», implica mucho más que una banal alusión a las enseñanzas rudimentarias del mundo o al calendario judío con sus ritos y fiestas religiosas.

> «Pablo se sitúa en la perspectiva de la historia de la humanidad, antes y después de Cristo. La primacía de los ángeles sobre los hombres, su influencia sobre el destino del mundo, eventualmente el lado rudimentario de sus empresas para con la humanidad, llevaron al apóstol a emplear títulos que solían dárseles, el más típico, el más universalmente conocido: "Los Elementos del mundo". El mundo de antes de Cristo, cuyos representantes son los ángeles, tenía su vida religiosa, su propia búsqueda de la salvación. A ese régimen, Cristo le puso fin para siempre[322].»

3. La divinidad

Al añadir que la plenitud de la divinidad habita en Cristo, el autor tiene la intención de sugerir sin duda que la divinidad no se derrama en cualquier parte, de cualquier manera. Este mensaje no es menos útil hoy día, cuando el ocultismo reviste numerosas formas nuevas, a menudo pseudocientíficas. A esto se añaden las influencias de Oriente con aspecto de gurú, de yoguis o de meditación trascendental. Todas estas enseñanzas responden, es cierto, a una necesidad legítima. El hombre que piensa no se encierra en el interior estrecho de las limitaciones materiales. Una imperiosa necesidad de superación bulle en sus entrañas. Si no descubre el verdadero camino, corre un gran riesgo de ceder a solicitudes peligrosas.

[321] Norbert HUGEDÉ, *L'Épître aux Colossiens*, *op. cit.*, p. 9.

[322] Ibíd., p. 118.

En este aspecto no hay nada nuevo bajo el sol. Por eso la luz que arroja el apóstol Pablo conserva todo su valor.

En Cristo, y solo en él –nos dice– es donde conviene buscar a Dios; pues en él habita la divinidad. Dos palabras muy cercanas la una de la otra, ya que difieren tan solo en una letra, podían designar la divinidad: *theotês*, que describe la esencia misma de la naturaleza divina, y *theiotês*, que menciona la cualidad de lo que es divino. Pablo optó por la primera, la más fuerte. «Utiliza a voluntad el término filosófico más abstracto, el menos determinado, para incluir en un absoluto todos los aspectos de la divinidad y quitar de la idea toda posibilidad de revelación fuera de Cristo[323]». No es posible imaginarse palabras más precisas ni sugerentes para afirmar que Jesús es auténticamente Dios.

4. La humanidad

Pero el escritor añade a su afirmación el adverbio «corporalmente». Y lo que es más, el lugar de este adverbio en la frase muestra la importancia que se le ha querido dar. El comentarista Charles Masson no duda en escribir: «El enunciado del apóstol queda rematado por el adverbio que lo termina[324]». Hasta aquí, todos están de acuerdo. En cambio, las opiniones divergen de modo singular con respecto al alcance de este adverbio.

A mi parecer, el apóstol quiso, una vez más, evitar el error del docetismo. A propósito de una afirmación tan perentoria sobre la divinidad de Cristo, la prudencia y la sabiduría imponían que se recordara que en su cuerpo –en otras palabras: a pesar de su naturaleza humana y de acuerdo con ella– es donde Jesús acogió la plenitud de la divinidad. La alianza entre las dos naturalezas es perfecta e integral.

Pero tal como escribe Ellen G. White, lo propio de Dios Padre es ser invisible. Cristo, por el contrario, se hizo visible en su cuerpo. «El Padre no puede ser descrito por las cosas de la tierra. El Padre es toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y es invisible para los ojos mortales. El Hijo es toda la plenitud de la Deidad manifestada. La palabra de Dios declara que Él es "la imagen misma de su sustancia"[325].»

---

[323] Ibíd., p. 119.

[324] Charles MASSON, *L'Épitre de saint Paul aux Colossiens* (París: Delachaux et Niestlé, 1950), p. 124.

[325] Ellen G. WHITE, *Bible Training School*, marzo de 1906.

L. Cerfaux aplica el adverbio a Cristo resucitado. «Toda la fuerza de santificación de la divinidad, que tiende a abrirse y florecer en el mundo, ha venido a concentrarse en Cristo, en su cuerpo resucitado (Colosenses 1:19; 2:9). Ese al menos parece ser el alcance del enigmático *sômatikôs* de Colosenses 2:9[326].» Es verdad que la resurrección ocupa en el pensamiento del Nuevo Testamento un lugar de una importancia durante mucho tiempo desconocida. «…Cristo Jesús, el que murió, más aún el que resucitó» (Romanos 8:34, BJ). Sin la resurrección, la muerte de Jesús sería un fracaso más infligido por el enemigo a la justicia y el amor de Dios. Es cierto también que la divinidad de Cristo se ilumina en la gloria de su resurrección. Pero únicamente pudo florecer en la mañana de Pascua porque existía ya, aunque velada, a lo largo de todo el ministerio. Por eso Pablo puede asociarnos con el *plêrôma* mientras permanecemos aún, como él, en la carne (Filipenses 1:24), esperando la redención de nuestro cuerpo (Romanos 8:23).

5. Nuestra plenitud

Pasemos al versículo 10 que, como hemos dicho, forma cuerpo con el versículo 9. El apóstol Pablo, de una verdad fundamental –lo que es Cristo en sí–, desprende una revelación deslumbrante, muy necesaria para sus lectores: si Cristo es colmado, nosotros somos colmados en él. Y se trata de la plenitud de la divinidad.

Uno de los maestros de la tradición paulina propone la traducción siguiente: «En él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad, y vosotros participáis de esta plenitud, en él[327]...». Así se afirma con audacia el privilegio que se nos brinda, en Jesucristo, de participar en la naturaleza divina. Aquí tocamos el punto central de la teología cristiana. La cuestión de las relaciones entre el hombre y Dios no ha cesado de intrigar a los pensadores desde que el mundo existe. Pues sin Dios, el hombre, más o menos confusamente, se siente huérfano. Lo propio de la religión, bien entendida, es responder a esta necesidad de Dios.

Ahora bien, la expresión favorita de Pablo es indiscutiblemente *en Christô*, «en Cristo». Su pluma la repite 165 veces. Michel Bouttier la ha convertido en el título de un libro, en el que escribe:

[326] Lucien CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de saint Paul*, *op. cit.*, pp. 320, 321.

[327] François AMIOT, *Les idées maîtresses de saint Paul* (París: Cerf, 1962), p. 167.

> «*En Christô* no se comprende si no es con referencia a la historia (lo que Jesús hizo por nosotros), a la escatología (lo que el Señor hará de nosotros) y a la mística, por último, si por ello se entiende lo que él realiza en nosotros, la comunión que une al Señor y a los suyos y encuentra su expresión en la comunión de los suyos entre sí[328]».

6. Atañe a la iglesia

La idea de esta doble comunión del Señor con los suyos y de los suyos entre sí estaba tal vez presente en el pensamiento del apóstol cuando empleó el adverbio «corporalmente» en el versículo 9. Nosotros la hemos interpretado como una alusión a la encarnación. Pero recordemos que la iglesia también es presentada como el cuerpo de Cristo (Colosenses 1:24). Si el cristiano como individuo está invitado a participar de la naturaleza de Dios (2 Pedro 1:4), con cuánta más razón la iglesia en su conjunto. Así opinan Charles Masson y muchos otros exégetas: «Él [Pablo] debe especificar la condición para la presencia de la plenitud de la divinidad en Cristo. Sí, esta reside en él, pero en él con su cuerpo, del que no sabría separarse, en él *y en la iglesia*, única realidad lo bastante compleja y rica para servir de habitáculo a la plenitud de la divinidad[329]».

Las últimas líneas nos parecen demasiado exclusivas. Que la iglesia esté implicada, no lo dudamos. Ella es el cuerpo de Cristo, la plenitud del que llena todo en todos (Efesios 1:23). Se equivocan y son imprudentes muchos creyentes que deciden pasarla por alto. A pesar de sus debilidades, forma parte del plan de Dios para la salvación de los hombres. Antes de dejar a sus apóstoles, Jesús declaró: «edificaré mi iglesia» (Mateo 16:18). Pero que esté directamente implicada en la realización de la participación no está expresado en los textos. En verdad, el Nuevo Testamento presenta varios aspectos del *plêrôma* (plenitud) a favor del cristiano: plenitud de la inteligencia (Colosenses 2:2), de la esperanza (Hebreos 6:11), de la bendición (Romanos 15:29), del Espíritu (Efesios 5:18), de la ley en el amor (Romanos 13:10)[330]. Y cada uno está invitado a crecer «a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efesios 4:13, RVR95).

---

[328] BOUTTIER, Michel, *En Christ*, Presses Universitaires de France, París, 1962, p. 133.

[329] Charles MASSON, *L'Épitre de saint Paul aux Colossiens*, *op. cit.*, p. 125.

[330] El original emplea *plêrôma* o *plêrophoria.*

7. La circuncisión de Cristo

En este orden de cosas escribe Juan: «…de su plenitud (*ek tou plêrômatos autou*) hemos recibido todos, y gracia por gracia» (Juan 1:16, BJ). La plenitud en cuestión queda definida más arriba: «Y la Palabra [...] puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito» (1:14, BJ).

En otro lugar, Pablo formula el voto de que «…os llenéis de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3:19, BJ). La tentación de retroceder ante tales revelaciones es enorme. Pero seamos consecuentes; no se puede glorificar a Cristo sin elevar con él a los que aceptan dejarlo entrar en su corazón. Si Cristo está en mí, me aporta, en gracia, todo lo que representa. Esta es la asombrosa verdad de la participación.

> «Dentro de la esfera de Cristo el hombre no sólo puede su meta de perfección, sino también puede recibir poder para alcanzarla. Cuando aceptamos su sabiduría nos hacemos sabios. Mediante una comunión diaria con él, la semejanza con lo divino se convierte en una realidad dentro del alma humana. No hay hada para esta vida o para la eternidad que el hombre no pueda recibir por medio de la unión espiritual con Cristo. Podemos llegar a ser completos en él[331].»

Ellen G. White expresa la misma convicción:

> «Aunque superior a todos los ángeles, tan grande como el Padre en el trono del cielo, Jesús se hizo uno con nosotros. En él, Dios y el hombre se han hecho uno: en este hecho se encuentra la esperanza de nuestra raza caída. Al contemplar a Cristo en carne, contemplamos a Dios en la humanidad, vemos en él el resplandor de una gloria divina, imagen grabada de Dios Padre[332]».

A los colosenses que buscaban un medio de participar en la divinidad, el gran apóstol les entrega su secreto: no hay nada divino fuera de Cristo, concreción personal de la esencia divina. Así pues, es él, solo él, quien puede hacernos partícipes de la plenitud. En consecuencia, nosotros tenemos en Cristo la verdadera circuncisión, infinitamente más gratifican-

[331] «Estáis completos en él» [Colosenses 2:10], *CBA*, tomo 7, *op. cit.*, p. 7:208.

[332] Ellen G. WHITE, *Youth's Instructor*, 21 de noviembre de 1895.

te que el pobre rito humano. La circuncisión de Cristo va hasta «desvestir al creyente de su cuerpo de carne[333]».

> «Ahora bien, como la carne es para san Pablo la sede del pecado, como alimenta la voluntad rebelde para con Dios, "desvestir" al hombre de su "cuerpo de carne" es liberarlo del pecado que atrae sobre él la condenación y la muerte, es hacer que para él sean posibles la obediencia y la vida en comunión con Dios. Esta circuncisión divina arranca la raíz misma del pecado y realiza lo que la circuncisión ritual no hacía más que esbozar[334].»

Se inicia una verdadera metamorfosis, de la que más adelante volveremos a hablar.

[333] *En tê apekdysei tou sômatos… tês sarkos*, Colosenses 2:11.

[334] Charles MASSON, *L'Épitre de saint Paul aux Colossiens*, *op. cit.*, p. 126.

Capítulo 10

Dos criterios de verdad

1. Jesucristo, Hijo de Dios, venido en carne

Se encuentra con facilidad personas informadas dispuestas a criticar a Jesús. Cada cual se pone de acuerdo, en general, para reconocerle auténticas virtudes y cierto resplandor. En algunos medios, se lo considera un yogui excepcional. Los musulmanes lo consideran profeta y destacados judíos le han dedicado libros elogiosos[335]. No obstante, el consenso está lejos de quedar establecido a propósito de su naturaleza divino-humana. No es para menos, y no es nada nuevo. Juan escribía ya al término de su vida:

> «Han venido al mundo muchos seductores negando que Jesucristo haya venido en carne mortal. Ese es el Seductor y el Anticristo. Cuidad de vosotros, para no perder el fruto de vuestro trabajo, sino para que recibáis una amplia recompensa. Todo el que se excede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee a Dios. El que permanece en la doctrina, ese sí posee al Padre y al Hijo.» (2 Juan 7-10, BJ).

El apóstol Juan señala en su primera epístola, probablemente una forma de dualismo gnóstico que rehúsa admitir la naturaleza carnal de

[335] Por ejemplo, David FLUSSER, *Jésus* (París: Éditions du Seuil, 1970). El autor es profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén y especialista en la época del Nuevo Testamento.

En su prólogo, B.-D. DUPUY, O.P., escribe: «El Jesús de Nazaret que los judíos creyeron durante tanto tiempo lejano a su tradición, opuesto a los fariseos e infiel, ahora es seguro que está más cerca de ellos de lo se imaginaba, y que puede ser también para ellos como un faro, al alba de la gran tradición espiritual del judaísmo, que proyecta una viva luz sobre esos maestros de los primeros siglos, todavía secretos para nosotros, pero cuya enseñanza se encuentra al escrutar el Talmud. ¿Jesús, escollo para algunos y piedra de escándalo para muchos? Sí, por cierto, pero también "el hermano universal que tiende una mano a cada lado, a los judíos por una parte y a los cristianos por otra"». (Martin BUBER, pp. 19, 20).

En el Corán Jesús es llamado «Mesías», «Hijo de María», «Servidor de Dios», «Palabra que emana de Alá». «Es un humano, un profeta anunciador de Mahoma. Se le atribuyen muchos milagros; y vino a traer el Evangelio a los hijos de Israel. No lo crucificaron: Alá lo elevó hacia él.» (*Dictionnaire de la Bible et des religions du Livre, Judaïsme, Christianisme, Islam*, S.A. Brepols, 1985, p. 246).

Cristo[336]. Escritos cristianos contemporáneos, pero no bíblicos (*Didaché*, Pastor de Hermas, Padres apostólicos), muestran que los falsos profetas pululaban por doquier. Por este motivo la fe de los cristianos estaba en peligro. Juan,

> «…lucha contra un grupo cuyos miembros pretendían tener un verdadero conocimiento de Dios (2:4) y ver a Dios (3:6); eran unos iluminados que caminaban en la luz celestial (2:9) y se declaraban sin mancha (1:8-10), ya que vivían en comunión con Dios (1:6). Esto los llevaba a negar que Jesús fuera el Cristo y el Hijo de Dios (2:22,23; 4:15[337]».

Para diferenciar la verdad del error, Juan se refiere a la actitud adoptada con respecto a Cristo. Él propone un criterio preciso: «En esto reconoceréis al espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne mortal, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese tal es del Anticristo; de quien habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo» (1 Juan 4:2,3, BJ).

Un poco más adelante, en el mismo capítulo, el apóstol sigue escribiendo: «Si uno confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios mora en él y él en Dios». (1 Juan 4:15, BJ). Así, los dos polos de la naturaleza de Cristo son fundamentales para identificar la revelación divina. Su ausencia, o la ausencia de uno de los dos polos solamente, denuncia la ausencia del Espíritu de Dios. Unas décadas más tarde, Policarpo, obispo de Esmirna, que murió después del año 155, se expresaba poco más o menos de la misma manera: «Aquel que no confiese que Jesucristo vino en la carne es

[336] «Gnosis: el término designa un movimiento filosófico o religioso ampliamente extendido en el transcurso de los tres primeros siglos después de Jesucristo. Su convicción fundamental es que, a pesar de la ignorancia y la ilusión en que se encuentra la humanidad, se puede [...] alcanzar una liberación espiritual, es decir un vínculo de parentesco entre la propia identidad y lo divino.» (Ibíd., p. 202). Los gnósticos consideran que el mal tiene su principio en la constitución del cuerpo y la satisfacción de las codicias sensuales. Algunos afectaban un profundo desprecio hacia el mundo y se entregaban a un ascetismo exagerado; otros, so pretexto de no ser perturbados por el mundo, se entregaban a todas sus codicias para desafiar a la materia. Los movimientos gnósticos son conocidos sobre todo en la segunda mitad del siglo II. pero sin duda fueron el producto de una evolución bastante larga. Existían ya elementos pregnósticos cuando Juan escribió sus epístolas.

[337] Flemming FLEINERT-JENSEN, *Commentaire la Première Épitre de Jean* (París: Cerf, 1982), pp. 14, 15.

el anticristo, y el que no confiese el testimonio de la cruz es del diablo[338]».

Es sugerente la asociación entre la venida en carne y la cruz, ya que solo un ser verdaderamente humano puede sufrir una muerte auténtica. Por otra parte, la combinación de ambos nombres, *Jesús* y *Cristo* es también reveladora. Los herejes retrocedían, en efecto, ante la asociación de los dos nombres porque supone la unidad de las dos naturalezas. O establecían entre ambas un divorcio irrebatible. Por otra parte, una encuesta actual sobre el estado de esta cuestión no dejaría de sorprendernos, hasta tal punto estamos acostumbrados a pensar que una barrera estanca separa a Dios del hombre. ¿No nos hemos habituado acaso a considerar a Dios como «el totalmente otro»? ¡Expresión no exenta de verdad en el reino del pecado! Pero con Jesucristo, todo cambia, pues con él Dios mismo está presente (Romanos 10:5-10; Juan 14:9; 17)

Muchos son los que imaginan una distancia absoluta, una separación definitiva entre Dios y el hombre. En ese caso no es concebible que Dios haya podido asociarse a un ser de este mundo, a saber Jesús de Nazaret. La carne y la sangre son corruptibles; solo el espíritu es incorruptible y está ligado a lo divino.

Ante este concepto, Juan adopta una posición clara y neta: el Hijo de Dios realmente se encarnó. El cielo visitó a la tierra. Dios y el hombre no solo se encontraron sino que se unieron. Fleinert-Jensen observa con razón:

> «Si Jesús fuera tan solo el profeta de Nazaret que los ojos humanos contemplaron y que manos humanas tocaron, su función no sería más que ayudar al hombre a salvarse por medio de su propia fuerza, no sería sino un sabio, un ejemplo moral. Pero si era el rostro de Dios en el mundo, la palabra y el pensamiento encarnado de Dios y que fue carne para salvar al hombre en su integridad, la situación cambia. Es entonces cuando Dios a través suyo hizo posible lo que el hombre no podía adquirir de otro modo: el perdón de los pecados[339]».

[338] POLICARPO, Filipenses 7:1, citado por Flemming FLEINERT-JENSEN, *Commentaire la Première Épitre de Jean, op. cit.*, p. 85.

[339] Flemming FLEINERT-JENSEN, *Commentaire la Première Épitre de Jean, op. cit.*, p. 87.

En 1 Juan 4:3, nuestras versiones suelen decir: «…todo espíritu que no confiesa a Jesús...». Según otros manuscritos puede leerse: «…todo espíritu que divida (o que deshace a) Jesús...». En el fondo, ambos textos coinciden. El segundo tiene el mérito de indicar cómo se ha comprendido el pensamiento del apóstol; en la persona de Jesucristo, divinidad y humanidad son inseparables. Sin esta verdad, el Evangelio queda vacío de su sustancia esencial.

He aquí por qué la acusación es fulgurante: Anticristo-enemigo de Cristo –el que no confiesa que Jesús es el Hijo de Dios venido en la carne– Como dice Joseph Chaine:

> «…los falsos doctores participan en el espíritu del Anticristo, como los fieles en el Espíritu de Dios. [...] Si se consideran juntos 2:18 y este otro versículo, se desprende que el Anticristo es a los ojos de Juan un ser de razón, sea un adversario típico o una doctrina, que tiene un espíritu específico. Por su espíritu, el Anticristo vive en los falsos doctores herejes, es idéntico a ellos[340]».

Por otra parte, conviene recordar que la palabra *anticristo* es la transcripción del griego *antichristos*, que sugiere igualmente la idea de ocupar el lugar de Cristo. Otra manera, evidentemente, de dañarlo. La mejor traducción sería entonces «vice-Cristo». En este sentido, Satán es el primero de la fila. Pero continúa inspirando hábilmente todo sistema que pretenda velar, por poco que sea, la preeminencia única del Hijo de Dios.

2. Las dos naturalezas

a. ¿Qué significa esta expresión?

A propósito de lo que hemos llamado los dos polos de la naturaleza de Cristo, se habla con frecuencia de *las dos naturalezas*. Lo cual lleva de un modo natural a pensar que, en cuanto Dios, podría haber hecho a veces cosas que no podría realizar en cuanto hombre o, en cuanto hombre, cosas que no hubiera podido hacer en cuanto Dios. Uno puede preguntarse entonces si no estamos introduciendo a Jesucristo, involuntariamente y a pesar nuestro, en una categoría un poco mitológica.

Estoy de acuerdo en que la expresión «dos naturalezas» resulta cómoda, por lo difícil que resulta, incluso imposible, delimitar racionalmen-

[340] Joseph CHAINE, *Les Épitres catholiques*, 2ª ed. (París: J. Gabalda et Cie., 1939), p. 198.

te toda la vivencia del Señor. Y habría que evitar, además, al utilizarla, caer en la trampa del dualismo, como si Jesús hubiera podido ser resultado de la simple adición de una entidad divina más una entidad humana. El dualismo antropológico introducido en el cristianismo bajo la influencia de la filosofía griega[341] tuvo, por cierto, su rol en el dualismo cristológico. En el sentido riguroso de las palabras, la expresión «dos naturalezas» no es precisamente la más lograda para describir a la persona de Jesucristo.

El profesor Oscar Cullmann lo reconoce desde el principio de su libro magistral dedicado a la cristología: «…en último término, la discusión sobre las dos *naturalezas* constituye un problema griego y no judío ni bíblico[342]». Según él, el Nuevo Testamento no habla casi nunca de la persona de Cristo de una manera puramente abstracta, sino más bien en relación con su obra. Preguntar «¿Quién es Cristo?», revela no tanto una preocupación relativa a su naturaleza como a su función, aun cuando los títulos de Cristo «…esos títulos plantean ya implícitamente el tema de la relación personal y originaria entre Cristo y Dios [343]». El nacimiento de las herejías y la necesidad de combatirlas fue lo que llevó a los Padres de la iglesia a subordinar el concepto de la persona y de la obra de Cristo a la cuestión de las *naturalezas*.

> «Cristo está ligado a toda la historia de la revelación y salvación, empezando por la creación. Este es…, un rasgo esencial de la cristología del nuevo testamento. No hay historia de salvación sin cristología. Y no existe tampoco una cristología que pueda separarse de la historia de salvación que se despliega en el tiempo. La cristología no es, por lo tanto, una ciencia de las *naturalezas* de Jesucristo, sino la ciencia de un *acontecimiento*, de una historia[344].»

Desde la caída en el Edén, el hombre por sí mismo es incapaz de vencer el mal. Cristo viene en su ayuda «…con su fortaleza humana y

[341] Véase Jean ZURCHER, *L'homme, sa nature et sa destinée* (París: Delachaux et Niestlé, 1953), donde el autor hace una fuerte crítica al dualismo alma-cuerpo. El profesor Ch. Werner escribe en el prólogo: «El alma y el cuerpo no son dos cosas diferentes, sino que el cuerpo es la expresión del alma; el alma no existe verdaderamente sino en la medida en que se da a sí misma un cuerpo. El valor del hombre está en el acto que constituye el alma y, por eso mismo, el cuerpo. El hombre no es nada más que un alma viviente» (p. 4).

[342] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento, op. cit.*, p. 56.

[343] Ibíd.

[344] Ibíd., p. 61.

divina combinadas. [...] A fin de proporcionar esperanza al hombre y salvarlo de su completa ruina, se humilló a sí mismo al tomar la naturaleza humana, para que, con su poder divino combinado con el humano, pudiera alcanzar al hombre donde éste está.[345]». La autora de estas líneas, Ellen G. White, plantea la pregunta: La naturaleza humana del hijo de María ¿fue cambiada en naturaleza divina? Ella misma responde: «No; las dos naturalezas se combinaron misteriosamente en una persona: El hombre Cristo Jesús[346]».

No simplemente dos naturalezas hermanadas y llamadas a vivir en buen entendimiento, sino una persona homogénea, en perfecta comunión con Dios al mismo tiempo que estaba totalmente inmerso en la humanidad. Un poco como el alma viviente, resultado de la misteriosa síntesis del cuerpo y el espíritu. Nosotros no podemos actuar en tanto que cuerpo o en tanto que espíritu. Toda forma de actividad debe hacerse a cuenta de la persona por entero. La persona interviene por entero, ya sea la acción física, psíquica o espiritual. Así, Jesucristo es una persona verdaderamente homogénea, el hombre nuevo, el segundo Adán, constituyendo entre nosotros al que Dios había querido y concebido desde toda la eternidad[347].

¿Qué significa la historia del mundo si en la intersección de los dos tiempos no estuviera inscrito el acontecimiento que la domina? ¿Si todas las épocas que precedieron la aparición de Jesús no fuesen el largo prefacio de la encarnación del Hijo de Dios? ¿Si todas las épocas que siguieron no se hicieran eco de la venida del Hijo del Hombre? Con Jesucristo la historia se convierte en historia de la salvación porque en Jesucristo descubrimos el destino de los hombres.

b. Una subordinación de función

Los pasajes de las Escrituras que exaltan la persona de Jesús son numerosos y elocuentes. No obstante, su subordinación con respecto al Padre está también claramente revelado. Él es el Hijo, lo ha recibido todo

[345] Ellen G. WHITE, *Mensajes selectos*, tomo 1, *op. cit.*, p. 327.

[346] «4. La encarnación de Cristo» [Adventistas del séptimo día], *CBA*, tomo 5, *op. cit.*, p. 5:895.

[347] Los ebionitas estuvieron entre los primeros que negaron la divinidad de Cristo. Los docetas niegan su humanidad. Los arrianos contestan su eternidad. Nestorio protestó contra la confusión de las dos naturalezas, mezcladas en una sola. Fue combatido por Eutiques que negaba las dos naturalezas después de la encarnación. Los unitaristas rechazaban la Trinidad y niegan, por tanto, la divinidad de Jesús. Véase Anexo.

del Padre, sin el Padre, nada puede hacer, el Padre es más grande que él (Juan 14:28). Es del Padre de quien recibe toda su autoridad y su gloria (Juan 5:21,22,26,27; 17:22). Cristo es de Dios (1 Corintios 3:23).

En vano intentaríamos explicar estas afirmaciones aplicándolas únicamente a la vida terrenal de Jesús. Cuando el Padre envía a su Hijo, la encarnación no está aún realizada. Más allá de la ascensión, introducido de nuevo en su gloria, el Hijo recibe todo poder (Mateo 28:18) para someter todas las cosas a su Padre. Pero después de esta tarea, él mismo «…se someterá a Aquel que ha sometido a él todas las cosas…» (1 Corintios 15:28, BJ).

«La subordinación [...] no es, pues, una situación puramente temporal, un estado de hecho relevante de su condición terrestre; pertenece a un orden divino de relaciones; la existencia humana de Jesús no hace sino proporcionarle las circunstancias de su manifestación[348].»

Dicha subordinación no cuestiona la divinidad de Jesús. Hay que mantenerla, no obstante su carácter increado y eterno. No veamos en ello una desigualdad de naturaleza, sino una relación fundada en el amor, en la que cada uno encuentra su verdadero lugar. El Padre es siempre el primero, el Hijo es siempre el segundo, aunque divinos el uno y el otro. «No es la relación de un siervo con un señor, de un inferior con un superior, sino la de dos seres que viven en una unidad perfecta, en una eterna comunidad de amor[349].»

3. Cuestión de consciencia

En la continuación de este capítulo, me atrevo a plantear una pregunta delicada. ¿Sabía Jesús que era Dios? «Desde un punto de vista bíblico –escribe el eminente exégeta Raymond E. Brown–, esta pregunta está tan mal formulada que no puede recibir respuesta y no debe plantearse[350].» Pero la mente está hecha de tal manera que difícilmente se impone límites. Por lo demás, toda pregunta puede ser estimulante con tal de que aceptemos no confundir nuestras respuestas hipotéticas con la realidad.

A priori, me parece imprescindible precisar la pregunta atendiendo a un factor cronológico. El niño Jesús, en el pesebre de Belén ¿sabía que era Dios? ¿Hay que responder que sí so pretexto de que Dios no puede

[348] Vincent TAYLOR, *La Personne du Christ dans le Nouveau Testament, op. cit*., p. 112.

[349] Ibíd., p. 113.

[350] Raymond E. BROWN, *Jesus, God and Man* (Milwaukee: Bruce Pub. Co., 1968), p. 86.

perder consciencia de sí mismo? La revelación no nos obliga a ello, al contrario. Una de las escasas informaciones relativas a su infancia es que Jesús crecía, en estatura, en sabiduría y en gracia. Con este detalle, Lucas parece querer mostrar que Jesús fue un niño como los otros. El episodio del templo, en el que Jesús a la edad de doce años habla de Dios como su Padre no debe forzarse en exceso. Pues una de las enseñanzas de la *Bar Mitzvá*[351] consistía precisamente en la paternidad divina. No obstante, admitamos que Jesús fue especialmente sensible a ello y que ciertamente ahí recibió uno de los primeros destellos de consciencia a propósito de su misión, y tal vez también de su relación íntima con Dios.

Después de esto, silencio total acerca del desarrollo de Jesús hasta su bautismo. Pero en esta ocasión su Padre habla: «Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia» (Marcos 1:11, RVR95). *Ho agapêtos*, «el amado». En la LXX, *agapêtos* traduce 7 veces, de 15, la palabra hebrea *yajid*, el único. Se puede, pues, traducir indistintamente por único, favorito, querido, amado.

La forma gramatical traducida por «tengo» puede tener valor de presente. La frase se convierte en: «Tú eres mi Hijo único, objeto de mi amor[352]». Esta vez ya no se trata de una enseñanza recibida de los doctores (Lucas 22:48), sino de una revelación directa que viene del cielo. Si se conjuga esta revelación con el descenso visible del Espíritu, esto nos lleva a pensar que desde entonces la toma de conciencia debió confirmarse.

Más tarde, las conversaciones de Jesús con sus discípulos muestran que conocía ese secreto de su naturaleza. Habría que carecer de candor para negarlo. Tomemos algunos ejemplos:

- «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mateo 11:28-30, BJ) Ese descanso implica una verdadera reconciliación consigo mismo en la seguridad del perdón. Ahora bien, los judíos eran conscientes que solo Dios puede perdonar.
- «Yo soy el pan de vida» (Juan 6:35, BJ). Ni siquiera el mismo Moisés pudo dar el pan del cielo.

[351] Ceremonia en la que se recibe al judío como miembro de la comunidad y se convierte en «hijo del mandamiento». *Cf.* Abraham COHEN, *Le Talmud* (París: Payot, 1958), p. 119.

[352] Aoristo que corresponde a un perfecto hebreo de estado con valor de presente (Osty).

- «…quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Marcos 8:35-38, BJ).
- «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá» (Juan 11:25, RVR95). Nuestra vida eterna depende directamente de nuestra relación con él.

Jesús no solo nos invita a recibir una doctrina, o adherirnos a un movimiento. Es a él mismo a quien debemos acoger. A él es a quien hay que adherirse, sin reservas. ¿Hubiera podido emplear ese lenguaje sin ser consciente de su naturaleza divina? En este aspecto, François Dreyfus resume con acierto la situación en estos términos:

> «Jesús se manifiesta como quien tiene una relación de intimidad y de cercanía con Dios absolutamente única.
>
> »Dicha intimidad coloca a Jesús por encima de los ángeles del cielo, lo sitúa como un ser celestial al mismo tiempo que terrenal.
>
> »Jesús conoce al Padre como el Padre conoce al Hijo. Con esto se insinúa que, ya que por naturaleza el Padre conoce perfectamente a Jesús, así también Jesús conoce perfectamente al Padre. Se sitúa por encima de todas las criaturas que no pueden conocer sino de manera imperfecta al creador.
>
> »Por último, el vocablo *Abba* sugiere que entre Jesús y su Padre existe una intimidad que no tiene ninguna analogía en la relación de los hombres con Dios, por muy privilegiados que sean[353]».

El mismo autor extrae de la historia un argumento que merece consideración. Muy pronto, después de Pascua, en el seno de la primera comunidad cristiana, la actitud del fiel con respecto a Jesús resucitado es idéntica a la del creyente judío con relación a Yahvé:

> «Desde el punto de vista estricto del historiador, parece que se puede decir: la irrupción sumamente rápida de la fe en la preexistencia y la divinidad de Jesús, que se había adquirido al cabo de menos de veinte años tras su muerte, plantea un problema que el historiador no puede esquivar. ¿Dónde tiene su origen esta fe? La explicación por una creación de la comunidad, fracasa. No queda más que una explicación posible: se trata de una enseñanza dada por Jesús. Eso es lo que pretende el cuarto evangelio. Y el historiador leal debe

[353] François DREYFUS, *Jésus savait-il qu'il était Dieu?* (París: Cerf, 1984), p. 55.

> decir que esta pretensión parece confirmada por los datos del mismo evangelio, y por los testigos de una tradición digna de fe (San Ireneo)[354].»

En conclusión, pensamos que debemos admitir que Jesús fue descubriendo progresivamente su secreto, a medida que se desarrollaba su crecimiento (Lucas 2:52), y que Dios mismo lo elevaba a la perfección (Hebreos 2:10).

[354] Ibíd., p. 71.

Capítulo 11

Desvelamiento de la encarnación

1. En Dios, todos uno

De todas las palabras pronunciadas por los hombres, las más sagradas pertenecen sin duda a las oraciones que dirigen al Señor. Y entre todas las oraciones, las de Cristo tiene un valor particular. Pero qué decir de la oración sacerdotal, la que pronunció en circunstancias dramáticas que preludiaban su muerte, tras la institución de la santa Cena. Jesús habla a su Padre y le transmite, de modo solemne, su testamento espiritual. Nada puede ser más conmovedor.

Y en el corazón de ese testamento, como en la cima de una montaña que desaparece en el cielo, esta intercesión: «No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que *ellos también sean uno en nosotros*, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Juan 17:20,21, BJ).

Lo confieso sin rodeos y con plena consciencia: esta oración me conmueve en lo más profundo. Ningún otro pasaje insiste más que este en la unidad del Padre y el Hijo. Jesús recuerda explícitamente la eternidad *pasada* y reclama la gloria de que disponía antes de que el mundo fuera (17:5). Y en este contexto imperecedero, habla de nuestra unidad con el Padre y el Hijo a la luz de la unidad entre el Padre y el Hijo. A menos que uno tenga la mente confusa o el corazón cerrado, no puede dejar de descubrir, una vez más, el misterio de la piedad (1 Timoteo 3:16).

Así, lejos de ser definitiva y absolutamente exclusiva, la unidad de Jesús con Dios, aunque esencialmente única, es generosamente fundadora. Hemos encontrado ya varias veces esta idea, y en ella quisiéramos ahora insistir. Conviene volver en primer lugar al fenómeno propiamente dicho de la encarnación.

2. Implicación de la encarnación

Dejemos hablar a Louis Goumaz, teólogo suizo que dedicó un libro muy hermoso a este tema.

> «La encarnación, de la que procedió toda la vida religiosa de Jesús, y que la hizo posible, no merece ni que se la niegue como un absurdo, ni que se la exalte hasta hacerla salir de la esfera de nuestra inteligencia. Lejos de nuestra intención, a la vez, ese desdén y esa superstición. [...] La teología con facilidad suele [...] desnaturalizarla al no insistir, prácticamente, más que en uno de los dos aspectos de la naturaleza divino-humana de Cristo. Los hombres de la derecha, partidarios del misterio a toda costa, ponen el acento en la divinidad de Jesús; sus adversarios escépticos de izquierda, en su humanidad. Y, por no haber sabido mantener el equilibrio, los primeros construyen un Cristo al que el fondo de su naturaleza la separa por entero de nosotros, y los segundos un Cristo al que nada distingue ya de sus hermanos. Pero por ambas partes [...] se condenan a no comprender ya nada de Cristo como salvador, ya que, o bien lo han despojado de todo contacto con nuestra especie, o bien lo han reclamado tan torpemente como nuestro que su originalidad desaparece[355].»

Recordemos que toda religión auténtica reside en su capacidad de restablecer la armonía entre Dios y el hombre. Ahora bien, para hacerlo así, debe existir una doble relación esencial, de Jesús a Dios y de Jesús al hombre. Sin esta, su propiedad mediadora desaparece. La consecuencia es que en vano busca Dios en nosotros a sus hijos, y en vano tratamos de encontrar en Dios a nuestro Padre.

Es, pues, legítimo preguntarse si las teologías de la naturaleza de Cristo no están con demasiada frecuencia hipotecadas por un concepto erróneo de lo divino y lo humano. Desde el momento en que se establece un divorcio fundamental, un abismo infranqueable entre lo divino y lo humano, estamos condenados a admitir el docetismo o el ebionismo.

> «Dios y el hombre, se dice, son dos seres de esencia fundamentalmente diferente y que, por consiguiente, un abismo separa. Se hace de Cristo el puente que une las dos orillas, pero así la distancia se ve aun mejor [...]. Si quien ha visto al Hijo ha visto al Padre, ¿qué significa esta revelación de Dios en un ser de carne y hueso? Es que lo divino y lo humano no están separados por naturaleza, como se ha pretendido, sino que, al contrario, su esencia íntima se funde en

[355] Louis GOUMAZ, *Les conquêtes de l'esprit* (Lausana: F. Roth et Cie, 1947), pp. 157, 158.

> una completa identidad. Hay entre Dios y nosotros un vínculo primordial y estrecho, sin cuya existencia ninguna religión sería posible[356].»

En absoluto se trata –parece irrisorio añadirlo– de asimilar lo humano a lo divino. Dios es absolutamente Dios, eternamente Dios. El hombre es una criatura y seguirá siéndolo eternamente. Pero una criatura elevada por amor al rango de hijo. Ciertamente, entre el hombre y Dios quedará eternamente la distancia que separa al hijo de su padre. Pero esta distancia es un parentesco. La creación es también una concepción.

3. El Espíritu, principio de unión

Entre Dios y el hombre, el Espíritu constituye el principio de unión y de participación. Dios, que es Espíritu, creó al hombre capaz de ser habitado por el Espíritu. El Espíritu de Dios pudo, pues, encarnarse sin reservas en el hombre Jesús. «La encarnación [...] es la demostración evidente de que entre la criatura y su creador existe, en vez de una eterna oposición de naturaleza, una eterna tendencia a reunir innegables afinidades. El Espíritu penetra el espíritu, la Persona habla a la persona[357].».

Divinidad y humanidad de Jesucristo: dos afirmaciones insoslayables de la Escritura. Podemos contentarnos con admitirlas, sin más. Podemos también tratar de comprenderlas y de conciliarlas. Reconozcamos con franqueza que salimos entonces del dominio elemental de la fe para internarnos en la elaboración científica de la teología. He aquí, la sugerencia fecunda de Frédéric Godet en este aspecto.

4. Dos principios para comprender

Dos grandes principios, nos dice Godet, deben recordarse:

1. La absoluta libertad de Dios. Dios no está, como la criatura, dominado por una naturaleza que le es impuesta desde fuera.
2. La perfectibilidad absoluta del hombre. Creado a imagen de Dios, no está condenado, como los demás seres de la naturaleza, a girar siempre dentro del mismo círculo. Está abierto a una capacidad de progresión sin límites. El símbolo de la vida humana no es un

[356] Ibíd., p. 159.

[357] Ibíd., p. 161.

círculo sino una espiral.

Desde el momento en que se admiten estos dos principios, tenemos la respuesta para dos preguntas de importancia capital:

1. ¿Cómo un ser divino, el Hijo, pudo hacerse hombre y vivir como un hombre? A esta pregunta responde el primer principio. Si Dios es absolutamente libre, nada puede impedirle vivir en la pobreza, no importa cuál sea su riqueza (2 Corintios 8:9). Gozaba de la omnipotencia; entra en una forma de existencia en la que, en vez de mandar y dar, debe recibir, rogar, obedecer. Poseía toda la ciencia; debe interrogar, aprender y a veces ignorar. Era omnipresente; su cuerpo limitado lo sujetó a las leyes del espacio. Su santidad era inmutable; he aquí que es sometido a la tentación con el riesgo de pecar.
2. ¿Cómo el Hijo del hombre pudo, sin dejar de ser un hombre, elevarse a la perfección del estado divino? El segundo principio responde a esta pregunta: ningún límite puede obstaculizar el perfeccionamiento del hombre si este respeta su dependencia con relación a Dios. Creada a imagen de Dios, la naturaleza humana está destinada a convertirse en el órgano de la vida de Dios. En Cristo, Dios es todo en uno, a la espera de ser todo en todos (1 Corintios 15:28). El único verdadero Hijo es Cristo. Pero en Cristo, los hombres son todos hijos por destino[358].

En este orden de ideas, me gustan las palabras de Karl Barth:

> «En Jesucristo, así como no hay un cierre que impida a Dios bajar, tampoco hay un cierre que impida al hombre subir. Por el contrario, en él se trata precisamente de la historia, del diálogo, en el que Dios y el hombre se encuentran y conviven. Se trata de la realidad de la alianza, concluida, mantenida y completada por ambas partes. En su propia persona, Jesucristo es el pactante leal por ser tanto el verdadero Dios del hombre; tanto el Señor humillado para la comunión con el hombre como el Siervo elevado a la comunión con Dios [...].
>
> »Nuestra tarea no puede ser la de volver a abrir el abismo que se cerró en Jesucristo. Es verdad, y repitámoslo una vez más, que el

[358] Véase Frédéric GODET, *Études Bibliques*, *op. cit.*, pp. 130-142.

hombre no es bueno. Dios no se vuelve hacia él sin decir un no inflexible y tajante a su transgresión[359].»

5. Indispensable mediación

Esta manera de concebir la encarnación se ve reforzada por la revelación bíblica de la creación *en* Cristo, *por* Cristo y *para* Cristo, de la que hemos hablado ya. Todo lo que vive recibe su vida de Cristo (Juan 1:3,4). Es Dios quien da a los hombres la vida, la respiración y todas las cosas. En él vivimos, nos movemos y somos. Linaje suyo somos (Hechos 17: 25-29). Cristo es nuestra vida; es necesario que Cristo sea formado en nosotros; nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Gálatas 4:19; Colosenses 3:1-4). Todas estas declaraciones demuestran que el parentesco entre Cristo y nosotros es innegable. Y el parentesco entre Cristo y Dios es igualmente innegable. Así pues, nuestro parentesco con Dios es cierto. Comprometido por el pecado, puede ser restaurado. Para ello, debemos despojarnos del hombre viejo y revestir el hombre nuevo (Colosenses 3:9,10). La mediación de Cristo subyace en la creación, la encarnación y la redención. Es el hilo de oro que recorre toda la revelación, el fundamento de toda relación del hombre con Dios.

Gracias a Jesucristo, no somos ya extranjeros, ni advenedizos. Somos conciudadanos de los santos y familia de Dios En él somos edificados sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas con el Mesías Jesús como piedra angular. Por obra suya vamos entrando con los demás en esa construcción, para formar por el Espíritu una morada para Dios (Efesios 2:19-22). Ya no somos huérfanos; el Señor todopoderoso promete: «Yo seré para vosotros un padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas…» (2 Corintios 6:18, BJ).

Lejos de ser producto de una extraña e inexplicable gestación animal debida al azar, tenemos una identidad precisa. Identidad perturbada, ciertamente, pero en plena rehabilitación. Jesús vino del cielo para revelar a los hombres el nombre de Dios (Juan 17:5). No es un nombre banal y sin importancia; él es «nuestro Padre», señor de nuestros orígenes, fuente de vida eterna.

[359] Karl BARTH, «La humanidad de Dios» en *Ensayos teológicos* (Barcelona: Editorial Herder, 1978) (*L'Humanité de Dieu*, Ginebra: Labor et Fides, 1956, pp. 21-26, 46).

Cristo estuvo aquí en la tierra y permanece aún en lo invisible, una personificación del Espíritu que habla en todo hombre y se identifica con su conciencia. Cuando el apóstol Pablo exclama: «…ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí » (Gálatas 2:20, BJ), no está recurriendo simplemente a una figura de estilo, sino que se refiere a una realidad misteriosa que solo la fe permite captar. La fe en Cristo crea entre él y nosotros una unión sobrenatural, pero real y viva, por la cual entramos a participar en su naturaleza divina, en su persona y en su historia. Él permanece en nosotros y nosotros en él. Somos entonces partícipes en la naturaleza divina, miembros de Cristo. Él está en nosotros como el Padre está en él. Es así como nosotros morimos con Cristo que muere, y resucitamos con Cristo que resucita (Romanos 6) y estamos con él sentados en el cielo (Efesios 2:6,7). Toda la historia del Hijo del hombre se reproduce por entero en el hombre que cree en él, no por una simple analogía moral, sino por una comunión espiritual que es el verdadero secreto de la redención.

> «Cristo devuelve la unidad a nuestra existencia –escribe Alphonse Maillot–; no solo reconcilia en nosotros el poder y el querer, sino que ese mismo querer tiene a partir de entonces otro origen. Es filial en lugar de ser alienado, es obediencia en vez de ser codicia. Es el querer de quienes quieren glorificar a su Padre en lugar de buscar su propia gloria. Es el querer del Espíritu que habita en nosotros, en vez de ser el querer de la carne que es, en su origen, una rebelión contra Dios y que fatalmente se convierte en poder carnal, o más bien en impotencia desesperada[360].»

6. Fuente de fraternidad humana

La Biblia suele comparar con un árbol al hombre que se complace en el Eterno (Salmos 1:3). La psicología, por su parte, ha encontrado en el árbol una especie de arquetipo del hombre. El test del árbol es muy revelador. Pero la Escritura habla también de un árbol de vida que se encuentra al principio, en el huerto del Edén, y al final, en el paraíso restaurado (Génesis 2:9; Apocalipsis 22:14). Este árbol ¿no sería como un tipo de Cristo? En la India se encuentra un árbol, el baniano. Una única cepa deja caer sus ramas hacia el suelo, y allí, a su vez se convierten en troncos, pronto pueblan un amplio espacio. Todo ese bosque surge de un solo

[360] Alphonse MAILLOT, *L'Épitre de l'Espérance* (Bruselas: Desclée de Brouwer, 1968), p. 50.

germen. Los nuevos troncos, innumerables, se alzan hacia el cielo, cada uno de ellos distinto de sus hermanos, todos procedentes de una cepa común. Es una imagen muy imperfecta, pero sugerente, del parentesco entre Cristo y los hombres.

> «Los hombres no son una yuxtaposición de granos de arena que al menor soplo de viento se puede dispersar, sino los elementos de un todo único, las ramas de un mismo árbol, los órganos de un mismo cuerpo. Todos los hombres han formado, forman y formarán un mismo ser; y si es verdad que nuestros contemporáneos cayeron antaño, en Adán, lo es igualmente que nuestros contemporáneos fueron levantados, antaño también, en la persona del nuevo Adán. Pues, en la persona del Redentor se resumía la humanidad por entero[361].»

La aparición en la tierra de Jesucristo fue la manifestación visible y pasajera de la relación de Dios con nuestra raza.

El ser humano fue concebido de manera que puede vivir en simbiosis con el mediador divino y con sus congéneres. Si Cristo ha sido uno de nosotros, ¿es que el hombre es capaz de Dios? Dado que el Señor perteneció carnalmente a la humanidad, no podemos desesperar de esta humanidad santificada y glorificada en él. No cedamos nunca a la tentación de menospreciar una humanidad de cuya carne no solo se revistió el Hijo de Dios, sino que la consagró con su amor. La iglesia cristiana tiene la responsabilidad sagrada de hacer que Cristo sea comunicable, me atrevo a decir, al resto del mundo. Descubrir a Cristo es también comprender que todos los hombres son hermanos. Él hace algo más que vivir con la humanidad, vive en la humanidad.

7. ¿Una «mística» paulina?

La expresión es de Albert Schweitzer y requiere ser explicada. Como escribe Georges Marchal en su introducción al libro *La mystique de l'apôtre Paul*:

> «…no se trata aquí de una disposición especial a la vaga ensoñación, ni tampoco al éxtasis de los místicos tradicionales como san Juan de la Cruz o santa Teresa de Ávila. Tampoco se podría invo-

[361] Wilfred MONOD, *Il vit*, (París: Fischbacher, 1898, p. 84. Véase Mateo 10:40; 25:45.

> car la mística esotérica del hinduismo, ni el misticismo especulativo que, con el maestro Eckhart, Taulero o Susón marcó tan profundamente el final de la Edad Media[362]».

Tampoco se trata de adherirse al concepto de Schweitzer a propósito de una escatología consecuente, según la cual Jesús habría anunciado para su tiempo el advenimiento de su reino[363]. El pensamiento del autor, no por ello es menos genial.

> «Hay mística –escribe Schweitzer– dondequiera un ser humano considere que la separación de lo terrenal, lo temporal y lo eterno está superado y que, aun cuando él mismo sigue en lo terrenal y lo temporal, se siente vivir interiormente en lo supraterrenal y lo eterno[364].»

Nosotros estamos sin duda en la tierra, sufriendo a veces hasta un punto desgarrador las consecuencias del reino usurpado por el «dios de este mundo» (2 Corintios 4:4). Somos salvos en esperanza (Romanos 8:24). La escatología de Oscar Cullmann es acertada cuando pone de relieve la distancia entre el «ya» y el «todavía no»; nosotros «ya» estamos salvados, pero «todavía no» transfigurados por el reino de gloria.

No obstante, el apóstol Pablo nos presenta una unión con Cristo ya realizada por el bautismo. El capítulo 6 de su carta a los Romanos es significativo con respecto a este tema. Según Schweitzer, la mística de Pablo se enuncia con la célebre fórmula «en Cristo». En Cristo mi ser es liberado de este mundo culpable y perecedero para pertenecer ya, espiritualmente, al mundo transfigurado.

Esto ocurre en el ámbito del saber de la fe: «*sabiendo* que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, [...] creemos que también viviremos con él, *sabiendo* que Cristo, una vez resucitado [...], ya no muere más [...]. Así también, vosotros, *consideraos* como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Romanos 6:6-11, BJ). El hombre en general está ávido de sensaciones. Pablo propone un saber, una certeza. ¿Es nece-

[362] Albert SCHWEITZER, *La mystique de l'apôtre Paul* (París: Albin Michel, 1962), p. X.

[363] *Cf.* Michel BOUTIER, *En Christ* (París: Presses Universitaires de France, 1962), p. 13. Véase también Henry BABEL, *La Pensée d'Albert Schweitzer* (Neuchâtel: Messeiller, 1955), pp. 137 y ss.

[364] Albert SCHWEITZER, *La mystique de l'apôtre Paul*, *op. cit.*, p. 5.

sario añadir que Romanos 6 se menciona solo a título de ejemplo? Podrían citarse otros muchos.

La predicación de Pablo supera el «todavía no» por la realización interior. Así es como pudo animar con un intenso aliento la existencia de las primeras comunidades cristianas. Así pues, el mismo pensamiento ¿no sería capaz de dar un nuevo aliento al cristianismo actual? Mientras que la iglesia ha perdido, manifiestamente, su primer amor, parece que Cristo no ha suscitado aún sino una parte del amor del que es capaz el corazón del hombre: Los cuestionamientos y los recursos de nuestra época, tan trágica y fecunda a la vez, pudieran contribuir a ello.

En este sentido es reconfortante la opinión de Besnard cuando escribe:

> «La encarnación me parece paradójicamente que debiera ser mejor comprendida mejor por nosotros, hombres del siglo XX, que nuestros antepasados de los primeros siglos. Teniendo, para aprehenderlo, cada vez menos fábulas venerables a nuestra disposición, y esto nos conduce a recibir el dato silencioso y sustancial con una gran desnudez del espíritu, en esta orilla del lenguaje en la que intenta nacer un lenguaje nuevo[365]».

Nadie lo conseguirá sin una meditación constantemente renovada sobre el descubrimiento de la encarnación de Dios en Jesucristo.

[365] Albert-Marie BESNARD, *Un certain Jesus* (París: Cerf, 1968), p. 104.

Capítulo 12

El séptimo hombre

Pilatos, el gobernador romano, intentó salvar a Jesús de la muerte. El examen de su caso lo había convencido de su inocencia (Juan 18:38). Pero con la esperanza de apaciguar a los que reclamaban su crucifixión, lo hizo flagelar (Juan 19:1). Los soldados pusieron entonces sobre su cabeza una corona de espinas y lo revistieron con un manto de púrpura, odiosa parodia de la consagración real. No cuesta mucho imaginar el pobre espectáculo: Jesús espantosamente malherido, disfrazado de rey de los judíos. Pilatos lo presentó con esta vestimenta ridícula a la multitud diciendo: «Aquí tenéis al hombre».

> «Por cierto que el gobernador no daba a esta palabra el sentido pleno, filosófico, inmenso, que nosotros, los cristianos del siglo XX, vemos a primera vista. Esta visión más amplia de la realidad, sin embargo, no deja de ser legítima, a la vez que inevitable. [...] Jesús dio al universo la revelación de la humanidad[366].»

Ya parece escucharse la objeción: la humanidad, en general, es muy diferente. Jesús está solo, él constituye la excepción. A su alrededor estallan la crueldad, la perfidia, el odio. Pero, precisamente, ¿no diremos de esa gente que son inhumanos? Este lenguaje es significativo. Son malvados, a nuestros ojos, los seres que dejan de merecer el nombre de humanos.

> «¡No es hombre quien quiere!, en cierto sentido. El poder de pensar y actuar como hombre es una diadema que no se ha puesto, a lo largo de la historia, más que en una sola frente: la que sangró bajo la corona de espinas. Y es en su presencia cuando ese grito que nos muestra maravillados y llenos de apasionada lealtad se nos escapa de las entrañas: ¡He aquí al hombre![367]»

El apóstol Pablo lo presenta como «el hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud». (Efesios 4:13, RVR95). ¿Sabemos lo que esto implica? Se podría hablar de ello de varias maneras. No puedo resis-

[366] Wilfred MONOD, *Délivrances* (París : Fischbacher, 1914), p. 53.

[367] Ibíd., p. 59.

tir la tentación de presentar aquí la esencia de un texto de Lanza del Vasto titulado «Los siete hombres y las tres morales[368]». Esta exposición, de naturaleza más bien psicológica, puede abrir horizontes en los que no siempre pensamos.

1. Tres hombres naturales

El hombre natural puede ser instintivo, afectivo o intelectivo. He aquí tres especies de hombres, a las que corresponden otras tres especies en el plano espiritual: al instintivo corresponde el héroe, al afectivo corresponde el santo y al intelectivo corresponde al sabio. El apóstol Pablo habla también del ser humano como cuerpo, alma y espíritu (1 Tesalonicenses 5:23). Recordemos que no se trata de tres entidades constitutivas, sino de tres maneras de ser de la persona. Los tres aspectos existen en todo ser humano, pero con un predominio, que determina el carácter y orienta el destino.

El hombre instintivo está fuertemente centrado en su cuerpo. No es que sea necesariamente egoísta o grosero. El hombre instintivo puede mantener con sus semejantes relaciones cálidas y generosas. Pero no puede pasarse sin ellos. Los necesita para beneficiarse de su acción, eventualmente sacar provecho de ella. La educación tiene en él el ascendiente más directo. Abandonado a sí mismo, es proclive a todas las deformaciones y a todos los vicios, pero, bien formado, puede ser más amable que un afectivo, y más inteligente que un intelectivo.

Hay que distinguir entre los instintivos *pasivos*, entregados a todos sus impulsos, y los instintivos *activos*, entre ellos se recluta a los conductores de hombres, muchos de los cuales fueron ilustres. Son jefes natos.

El hombre afectivo no tiene el centro de gravedad en sí mismo, sino en los otros. No es capaz de no dar su amor, pero quiere que se lo devuelvan. Si se encuentra decepcionado, los celos y la acritud son lo que predomina. Avanza entonces por la vida, rebelándose contra la ingratitud humana, o víctima de depresiones. Esa es la suerte de los afectivos *pasivos*. Los afectivos *activos*, en cambio, se entregan a la filantropía, la devoción o las artes.

El hombre intelectivo no es ni egoísta ni altruista. Olvida de buen grado sus propias necesidades como las de sus allegados, a falta de in-

[368] LANZA DEL VASTO, *Nouvelles de l'Arche*, diciembre 1955, pp. 37-46.

teresarse por las contingencias materiales. Inconsciente de que hace sufrir, puede volverse tiránico. Cuando es *pasivo*, se alimenta de todo el saber que está a su alcance, pero no deja ninguna huella de obras. Cuando es *activo***,** ocupa un lugar principal en la sociedad. Se suele decir de él que es un *gran hombre*, o un hombre de genio. Sería mejor decir *hombre extraordinario*, ya que en general desarrolla una facultad a expensas de todas las demás. «Ahora bien, lo que importa para el valor intrínseco y para la salvación del hombre, es el equilibrio de todas las facultades, y si una facultad se desarrolla como la perla en la ostra, es igual que la perla, una joya preciosa para los demás, pero para la ostra, una verruga[369].»

2. Tres hombres espirituales

De distinto orden son los tres tipos de hombres espirituales que corresponden a esos hombres naturales: el héroe (instintivo), el santo (afectivo) y el sabio (intelectual). Estos se trabajan a sí mismos. La gracia que está en el origen de su crecimiento, se alimenta de los esfuerzos que aplican.

El *héroe* es el conductor de hombres que no retrocede ante el sacrificio. No se ama a sí mismo hasta rehusar entregarse. El *santo* vive de amor, del amor de Dios en primer lugar. En el fondo, no ama sino a Dios en la multiplicidad de los seres que ama. Trabaja el aspecto de dar sin esperar nada a cambio, de hacerse a un lado hasta morir de don y abandono. El *sabio* crece por el conocimiento, es decir, por la consciencia, ciencia de lo que está con nosotros y en nosotros, de lo que es interior. Intenta convertirse en vehículo de verdad y símbolo de perfección.

Llevada hasta el extremo, en detrimento de las otras dos, cada una de estas tendencias desembocaría en un grave desequilibrio.

> «El héroe puro sin sabiduría ni santidad no es más que un bárbaro odioso. El santo puro sin sabiduría ni valentía, va a engrosar el número de fanáticos, de los profetas de pueblo, de los quietistas mundanos, de los místicos de celda de reclusión. El sabio sin santidad ni nobleza es un pedante, es un fariseo, dejémoslo[370].»

Lo ideal es desarrollarse en las tres direcciones. Quienes lo hacen obtienen cierto equilibrio, pero sin llegar al punto culminante. No llegan al

[369] Ibíd., p. 39.

[370] Ibíd., p. 42.

más alto grado de desarrollo en plenitud en el heroísmo, la santidad y la sabiduría.

3. El séptimo hombre

Uno solo lo logró: Jesucristo. Podríamos llamarlo el séptimo hombre. Imposible ser un héroe más grande que él, o alguien más santo, o alguien más sabio. El apóstol Pablo declara: «…el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación…» (1 Corintios 1:30, RVR95). Héroe, murió para nuestra justificación; él es el buen pastor que da la vida por sus ovejas (Juan 10:11). Santo, reveló el amor al dar la vida por nosotros (1 Juan 3:16). Sabio, vino al mundo para dar testimonio de la verdad (Juan 18:37), hasta encarnar él mismo la verdad (Juan 14:6), clavado en la cruz.

> «Para nosotros, es Cristo quien representa el puro héroe original, el cordero del sacrificio, el Hijo del Rey y el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios. Él quita los pecados del mundo y su sacrificio representa el pacto de la alianza, de la nueva alianza. Él es de una especie distinta de nosotros y su mismo nacimiento es una enseñanza. Él es Santo, y en la tradición que está en relación con él se encarna mejor que en cualquier otro la regla de la santidad. [...] Él es el Sabio. Es la Sabiduría misma. Él es el Logos, es decir el Principio de toda lógica y toda verdad. Él es la Verdad encarnada. Él es la ciencia de Dios que entra en nosotros y nos penetra incluso corporalmente. No es solo su palabra la que nos instruye y es portadora de verdad y significado de Dios; su cuerpo mismo es parlante, todo su ser es Verdad[371].»

Pascal estaba en lo cierto: no solo no conocemos a Dios sino por Jesucristo, sino que no nos conocemos a nosotros mismos sino por él. Descubrir a Jesucristo es entrever la medida del hombre. El apóstol Pablo afirma, como hemos visto ya, que Jesús es para nosotros sabiduría, justificación, santificación. Pero no se detiene aquí. Añade: «y redención» o liberación. El hecho de ser en Cristo no corresponde solo a una comunión de ideas o de sentimientos. Se trata de una nueva manera de ser. «…si alguno está en Cristo, nueva criatura es…» (2 Corintios 5:17, RVR95). Cristo nos justifica heroicamente, nos ama santamente y nos ilumina sa-

[371] Ibíd., p. 43.

biamente. Nos libera para que también nosotros crezcamos hasta un estado de hombre perfecto, a la medida de su plenitud (Efesios 4:13).

Un itinerario semejante nada tiene que ver con un perfeccionismo moral cualquiera, Si Jesús fuese únicamente el séptimo hombre, podríamos admirarlo con envidia y desesperanza. Pero porque es también el Hijo de Dios –con una filiación fundadora y fecunda (Juan 1:12)–, nosotros podemos «…corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús…» (Hebreos 12:1,2, BJ). Por eso, el hombre, tan frágil en apariencia, está hecho para la soberanía espiritual. El hombre amasado con barro lleva lo infinito en su corazón. Él que, de muchas maneras, recuerda a la nada, puede mirar con fe y confianza el ideal de perfección que Cristo ha hecho brillar ante sus ojos. Levantando la cabeza para mirar hacia lo alto, debe sacudir todos los yugos que tanto dentro como fuera tratan de obstaculizar su marcha hacia delante, con esperanza y amor. Se trata de un crecimiento ontológico, maravilloso devenir hecho posible por la gracia de Dios cuando, por la fe, nos adherimos a Cristo. «Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce al error, antes bien con la sinceridad del amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la cabeza, Cristo» (Efesios 4:14,15, BJ).

Séptima parte

EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU SANTO: DIOS

Capítulo 1

Conocer a Dios

«Santo, santo, santo es el Señor, soberano de todo» (Apocalipsis 4:8) Tres veces santo es el nombre de Dios, Padre, Hijo y Espíritu. Nada hay más enigmático.

> «Dios, no hay que compararlo con nada que conozcamos, escapa a toda comparación, tan incognoscible es. El que enseña a Dios olvida de lo que habla. Pero al hacer estas afirmaciones, hemos empezado ya a conocer a Dios y a enseñarlo, pues es precisamente conocer a Dios y enseñar a decir que es incomparable y que está por encima de toda definición[372].»

Había un Israel un hombre que se llamaba Manóaj. Su mujer era estéril. Un ángel del Señor se les apareció, y le dijo a la mujer: «Mira eres estéril y no has tenido hijos, pero concebirás y darás a luz un hijo. En adelante guárdate de beber vino ni bebida fermentada y no comas nada impuro.» –No sabiendo quién estaba ante él–, Manóaj dijo: «¿Cuál es tu nombre para que, cuando se cumpla tu palabra, te podamos honrar?» El desconocido respondió: «¿Por qué me preguntas el nombre, si es misterioso?» Cuando Manóaj se dio cuenta de lo que había sucedido, le dijo a su esposa: «Seguro que vamos a morir, porque hemos visto a Dios» (Jueces 13:1-23, BJ). Ellos dieron la vida a Sansón.

1. A propósito de Dios, ambigüedad de las palabras

> «Fausto caracterizó con total acierto lo que es nuestro conocimiento cuando dice: "¿Quién puede nombrarlo?, ¿quién puede confesar que cree en Él?; yo creo en él. Un nombre es un humo y un eco que envuelve en niebla el fuego celestial." Pero el que no tiene nombre, precisamente, no es el verdadero misterioso; el misterioso es aquel que, por su propia revelación, nos da a conocer su nombre[373].»

El nombre tiene, pues, su importancia.

---

[372] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, vol. I, *op. cit*., p. 135.

[373] Ibíd., p. 137.

> «Nuestro nombre es exactamente nosotros mismos, pero nosotros mismos en nuestra existencia vista por los otros, en nuestra vida pública. Solos en el mundo, podríamos no llevar nombre alguno. Pero en medio de los demás hombres, nosotros no existimos sino en la medida en que el nombre que tenemos nos distingue y nos designa. Tener un nombre es tener la posibilidad de revelar nuestro ser, nuestra persona, al prójimo, es tener la posibilidad de una reputación. Del mismo modo, si Dios lleva un nombre, eso significa que no permanece solo consigo mismo, sino que tiene la posibilidad y la voluntad de darse a conocer a nosotros. Dios puede darnos su nombre[374].»

Y su nombre es maravilloso.

Sin embargo, no todo está claro. Es maravilloso no solo aquello que suscita la admiración, sino también lo que es sobrenatural y escapa a toda explicación. La palabra *dios* es un nombre común. No se emplea únicamente para el solo verdadero Dios, revelado por Jesucristo. *YHWH* (el Eterno), en cambio, puede considerarse nombre propio.

En el Antiguo Testamento, *elohim*, en plural, designa varias veces dioses paganos (Salmos 95:3; 96:5).

El era el gran dios del panteón palestino. Baal se empleó para *YHWH*, y más tarde quedó proscrito en favor de *Adonai*; tal vez porque evoca al Señor como justo juez, más que como propietario local. No obstante, los dioses paganos son a veces llamados *adonim* (Isaías 26:13).

En el Nuevo Testamento, *Theos* es de uso corriente para todas las divinidades. Y en el mundo grecorromano, *Kyrios* designa al emperador considerado como una divinidad, así como los dioses de las religiones mistéricas.

Esta ambigüedad, subrayada por Pablo (1 Corintios 8:4-6), nos impone un deber de discernimiento.

2. Conocimiento limitado, pero necesario

Muchos son los testimonios bíblicos que denuncian nuestras limitaciones en la materia: Deuteronomio 29:29[28]; Salmos 139:6; Isaías 48:18...; Romanos 11:23; Efesios 3:8,9; 1 Corintios 13:9-12... Estas limi-

[374] Roland de PURY, *Notre Père* (París: Delachaux et Niestlé, 1959), pp. 19, 20.

taciones proceden de nuestro estado natural (Salmos 51:7), de nuestros pecados personales (Romanos 1:21-32). No obstante, Dios no está lejos de cada uno de nosotros y quiere que nos esforcemos en encontrarlo (Hechos 17:27). Según Jesús, hay que conocerlo para tener la vida eterna (Juan 17:3).

Guardémonos, en todo caso, de caer en la trampa de las filosofías. Los Padres de la iglesia griega creyeron poder interpretar la gran teofanía de la zarza ardiente en un sentido ontológico. **Yahvé** significaría «Yo soy el que soy». Ahora bien, ese nombre contiene más bien el anuncio de un misterio: «Yo soy el lleno de misterio y quiero seguir siéndolo; Yo soy el que soy. Yo soy el incomparable, y por esto no para definir, no para nombrar[375].» Debemos recordarlo, aunque Pablo diga que en él vivimos, nos movemos y somos.

a. Sabemos muy poco…

> «Ninguna mente finita puede comprender plenamente el carácter o las obras del Ser infinito. No podemos descubrir a Dios por medio de la investigación. Para las mentes más fuertes y mejor cultivadas, lo mismo que para las más débiles e ignorantes, el Ser santo debe permanecer rodeado de misterio[376].»

b. Pero sabemos lo bastante…

> «Podemos comprender lo suficiente de su trato con nosotros para descubrir una misericordia ilimitada unida a un poder infinito. […] él [Dios] no ha eliminado la posibilidad de dudar; la fe debe apoyarse en la evidencia, no en la demostración; los que desean dudar tienen oportunidad de hacerlo, pero los que desean conocer la verdad tienen suficiente terreno para ejercer la fe[377].»

c. Hay esfuerzos infructuosos…

> «La revelación de sí mismo que Dios ha dado en su palabra es para nuestro estudio. Debemos procurar entenderla. Pero no hemos de

[375] Emil BRUNNER, *Dogmatik*, vol. I, *Die christliche Lehre von Gott*, 2.ª ed. (Zúrich: Zwingli, 1953), p. 125.

[376] Ellen G. WHITE, *La educación*, 2.ª ed. (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1998), p. 169.

[377] Ibíd.

> penetrar más allá de esto. El intelecto más favorecido podrá ejercitarse hasta que esté cansado de conjeturas concernientes a la naturaleza de Dios; pero dicho esfuerzo será inútil. No nos corresponde solucionar este problema. La mente humana es incapaz de comprender a Dios. […] En esto, el silencio es elocuencia, El Omnisciente está más allá de toda discusión[378].»

d. Seamos humildes

Así el conocimiento fundamental, el que condiciona nuestra vida eterna, nos vincula irreductiblemente a la humildad.

> «No se habla del Dios verdadero, cuando no se habla del que se revela a sí mismo, del que, no queriendo ser para él solo, es para nosotros. [...] Por eso nosotros no conocemos plenamente el nombre de Dios sino allí donde es presencia personal, es decir, en Jesucristo. Solo en él es donde se nos hace evidente que Dios está por nosotros, porque es en él donde se da a nosotros. Esta verdad se confunde con la gracia: "La gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo"[379].»

¡Ay!

> «El nombre de Dios, pero ¿qué estamos haciendo de él? Anda por aquí y por allá en nuestros pensamientos o en nuestras conversaciones. Recubre antiguas reminiscencias, algunas obras pías. Con frecuencia no recubre nada en absoluto, o incluso, lo que es peor aún, recubre cobardías, vilezas. Está ahí, en la cámara interior de nuestra memoria, como un objeto precioso e inútil posado en un velador y uno se olvida de fijarse en él[380].»

¡Y pensar que Jesús vino precisamente para darnos a conocer el nombre de su Padre, rogándonos que lo santificáramos! ¡Qué desafío!

La puntualización que precede nos ha parecido indispensable en el momento de abordar la noción de «trinidad» o «tri-unidad», palabra que sería ventajosamente sustituida por «divinidad».

---

[378] Ellen G. WHITE, *Testimonios para la iglesia*, tomo 8, 2.ª ed. (Doral, Florida: Asociación Publicadora Interamericana; México D.F.: GEMA Editores, 2008), p. 293.

[379] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, *op. cit.*, p. 145.

[380] Roland de PURY, *Notre Père*, *op. cit.*, p. 18.

Aunque sin querer extendernos, no podemos sencillamente callarnos en relación con este tema. El Padre y el Espíritu Santo son omnipresentes cerca de Jesús, el Cristo. ¿Se trata de una asociación? ¿De una familia? ¿Qué sabemos?

Capítulo 2

La noción de Trinidad

1. La palabra

La palabra fue empleada probablemente por primera vez por Teófilo, obispo de Antioquía (168-181), para expresar la idea de tres personas en la divinidad. Al no aparecer en la Biblia, no es esencial. Sin embargo, no es razón suficiente para condenarlo. Corrientemente empleamos *encarnación* y *milenio* que están en el mismo caso. La palabra *Trinidad* resulta conveniente para expresar brevemente la doctrina según la cual la divinidad implica al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Si bien la palabra no está en la Biblia, hay que reconocer que la enseñanza que evoca está en el corazón de la teología tradicional. Esto es tanto más extraordinario cuanto el judaísmo es fuertemente unitario. Los Padres de la iglesia y los reformadores han admitido la Trinidad, garantizando, a sus ojos, la divinidad de Cristo.

2. Origen de la noción de Trinidad

Esta noción no procede de una especulación; se desprende directamente de los textos del Nuevo Testamento. El testimonio de los apóstoles nos coloca en presencia de un Dios personal, cuyo nombre es «Padre». Es el «Hijo» quien nos lo revela. Pero nadie conoce a Jesús como Señor sin la ayuda del Espíritu Santo. Todo el mensaje neotestamentario gravita alrededor de estos tres nombres: el Padre, el Hijo, el Espíritu. Constituyen, en su unidad y en su diferencia, el contenido y el significado del Nuevo Testamento[381]. Jesús vino para hacer que viéramos al Padre (Mateo 11:27; Juan 14:8-14; 16:25; 17:1ss). La iglesia primitiva vive de esta realidad: por el Hijo posee al Padre. Y por el Espíritu Santo, está unida al Padre y al Hijo, hasta el punto de poder exclamar por la fe: «Abba», Padre. Y este grito contiene todo el Evangelio (Romanos 8:15; Gálatas 4:6; 1 Corintios 12:3).

> «Así, un doble acontecimiento debía producirse para que el Dios misterioso y desconocido pudiera revelarse como Padre; tenía que

[381] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, *op. cit.*, p. 223.

> salir de su misterio, entrar en la historia y hacerse ver como Padre en la imagen humana del Hijo, y por medio del Espíritu Santo debía iluminar el corazón ensombrecido del hombre, a fin de que este pudiera, en la imagen del hombre Jesús, reconocer al Hijo, y en el Hijo, al Padre. Esta es la relación [...] de los tres nombres [...]. Nosotros no encontramos aún aquí una doctrina trinitaria, sino su punto de partida[382].»

Podemos ya admitir que el hecho de los tres nombres es innegable, aun cuando las relaciones entre ellos sigan siendo misteriosas.

3. Monoteísmo y Trinidad

La unicidad de Dios es declarada con firmeza en el Antiguo Testamento (Deuteronomio 6:4), y en el Nuevo Testamento (Juan 17:3; 1 Corintios 8:6)). ¿Se puede conciliar con la enseñanza trinitaria? Cabe destacar que en hebreo se dispone de dos palabras para expresar la unidad, según sea absoluta o compuesta. «*Yajid*» designa la unidad absoluta (Génesis 12:2,12,16; Proverbios 4:3; Jeremías 6:26; Amós 8:10; Zacarías 12:10). «*Ejad*», por el contrario, indica una unidad formada por partes (Génesis 1:5; 2:10; 2:24; 24:3; Números 13:23).

Génesis 2:24, que emplea *ejad* es especialmente revelador: una carne, compuesta por dos personas. Ahora bien, Deuteronomio 6:4 emplea la palabra *ejad*, y no *yajid*. Partiendo de esto, la unicidad divina revelada implica virtualmente una asociación. El Antiguo Testamento condena el politeísmo. Aun afirmando la unicidad de Dios, permite una revelación complementaria acerca de la complejidad divina. El Nuevo Testamento se vuelve explícito a este respecto.

[382] Ibíd., p. 225.

Capítulo 3

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo

El estudio de los textos permite una clasificación reveladora:

1. Un solo Dios: Deuteronomio 6:4; Isaías 42:8; Juan 17:3; 1 Corintios 8:6; Efesios 4:6.
2. El Padre y el Hijo asociados: Mateo 11:27; Juan 3:16; Juan 3:36; Juan 13:1; Juan 17.
3. El Padre y el Espíritu Santo asociados: Lucas 11:13; Efesios 4:30; 1 Tesalonicenses 4:8. Compárese también Isaías 63:10-11 con 63:7,14; Salmos 51:11,12 con el versículo 1.
4. Cristo y el Espíritu Santo asociados: Juan 16:7,13; 17:39; Hechos 1:8.
5. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo asociados: Mateo 28:19; Juan 3:34; Romanos 8:9-11,16,17; 2 Corintios 13:13; Efesios 2:18; 4:4-8; Hebreos 10:29,30; Judas 20,21.

Todos los textos cuyas referencias acabamos de citar describen claramente la interdependencia que une a las tres personas. Son tres, pero inseparables y complementarias. El Padre es Dios, por encima de nosotros; el Hijo es Dios con nosotros y el Espíritu es Dios en nosotros. Por eso no es sorprendente descubrir una asociación singular de las tres personas en todos los acontecimientos que son importantes en la historia de la salvación. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo trabajan juntos en los siguientes acontecimientos:

1. La creación: Padre, Isaías 45:18; Hijo, Juan 1:13; Espíritu, Génesis 1:2.
2. El nuevo nacimiento: Padre, 1 Juan 3:9; 5:18; Hijo, 1 Pedro 1:23; Juan 1:1; Espíritu, Juan 3:5,6,8.
3. La justificación: Padre, Romanos 3:33; Hijo, 1 Corintios 6:11; Espíritu: 1 Corintios 6:11.
4. La santificación: Padre, Judas 1; Juan 10:36; Hijo, 1 Corintios 6:11; 1 Corintios 1:2; Espíritu, 1 Corintios 6:11; Romanos 15:16.
5. La resurrección: Padre, Hechos 26:9; Hijo, Juan 5:27-29; 2 Corintios 4:14; Espíritu, Romanos 8:11.

6. El bautismo: Mateo 28:19.
7. La bendición apostólica: 2 Corintios 13:13.
8. Los carismas: 1 Corintios 12:4-6.
9. La asistencia divina: Efesios 3:14-17.
10. La adopción, Gálatas 4:6.

Dichos textos no nos informan mucho acerca de la naturaleza respectiva del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Admitamos al menos que su existencia queda debidamente atestada y que se los muestra en una asociación tan estrecha que se hace difícil representarlos por separado.

Capítulo 4

El Espíritu Santo

1. Antiguo Testamento

Según D. Lys, la palabra *ruaj*, espíritu, aparece 389 veces en el Antiguo Testamento. Se lo traduce por viento, espíritu, aliento. En muchos casos, se puede dudar entre espíritu del hombre y Espíritu de Dios.

2. Nuevo Testamento

Igual que el hebreo *ruaj*, el griego *pneuma* reviste un significado concreto. La Biblia expresa las realidades del mundo invisible por medio de imágenes sacadas del mundo visible.

Pneuma designa el aliento, el viento, de la respiración a la tempestad. *Espíritu* no evoca ya esta realidad concreta en nuestras lenguas. Para los creyentes de la Biblia, la palabra correspondía a una experiencia cotidiana que ellos trasladaron a sus relaciones con Dios. El viento, invisible pero tan real, evocaba a Dios, invisible, pero aún más verdadero.

En relación con el viento, *pneuma* evoca el poder, la fuerza. Al designar el aliento suave y sutil que entra en el hombre el día de su nacimiento, hará pensar en la vida misteriosa. Pero ese aliento vital, en la garganta, deviene ruido, sonido, voz, palabra, lenguaje. Evoca entonces todo el arte delicado de la comunicación entre los hombres. Por la palabra, el aliento procura la revelación de los pensamientos secretos; ilumina e instruye a aquel que escucha.

Remitámonos a la conversación de Jesús con Nicodemo. Da la impresión de que hablan del viento. De hecho, se trata de la acción divina, que penetra al hombre y lo transforma. En Jesús, Dios se acerca a nosotros. Por el Espíritu Santo, penetra en nosotros. El paganismo confunde a Dios con el hombre, divinizando a este último. Cierta teología contemporánea los separa de manera radical. La Biblia enseña la participación. Maravilloso parentesco en que Dios se hace Padre y en el que el hombre se hace hijo, en una distinción radical pero en una eterna tendencia a reconciliar al Creador con aquel que él concibió con el fin de establecer una relación privilegiada, la del amor.

3. Relaciones Espíritu-Dios

Hemos visto ya que el Espíritu actúa con y como el Padre y el Hijo. Podemos añadir que se identifica con el Señor, 2 Corintios 3:18; y con Yahvé, Isaías 6:9,3,5; compárese con Hechos 28:25-27.

Capítulo 5

La persona del Espíritu Santo

1. Las teorías

Nos adentramos aquí en el punto más delicado de nuestro estudio. Las discusiones a este respecto han sido vivas a lo largo de siglos. Se distinguen tres posiciones principales.

1. Tres hipóstasis

Las tres personas de la Trinidad no serían personas propiamente dichas sino «centros personales» o «centros de consciencia» dentro de una única deidad. Se las designa entonces con la palabra griega *hipóstasis.*

Esta solución presenta el interés incontestable de salvar la unidad divina contra el triteísmo. Pero es más dialéctica y conceptual que realista. De hecho, no da cuenta de las relaciones internas de amor y comunión que pertenecen a la vida divina. Además, no se ve muy bien qué pueden ser los «centros personales» o «centros de conciencia». Si son los centros psicológicos en los que la conciencia ejerce las diversas formas de sus actividades, aunque diferenciados, pertenecen a una conciencia única y, por eso mismo, a una sola persona.

2. Tres modos de existencia

Salvo error, fue Barth el primero en explicar la Trinidad con la expresión «modos de ser» o «modos de existencia». Él se defiende de ser adepto al modalismo, según el cual Dios se presenta sucesivamente bajo tres modos, el del Padre, luego el del Hijo y, por último, el del Espíritu. Las tres personas, entonces, no son sino tres fases de la existencia de una sola y misma persona. Los modos de ser, según Barth, son distinciones necesarias en el interior de la esencia divina, tan eternas como eterno es Dios.

Se han opuesto objeciones a la teoría de Barth:

a. La palabra *modos* sugiere en todo caso modalismo, firmemente rechazado como herejía y verdaderamente incompatible con los textos bíblicos.

b. ¿Es cierto que Dios amó tanto al mundo que dio «un modo» de su existencia para salvar a quienes creen en él? Cuando Jesús afirma que

«nadie conoce al Padre, sino el Hijo», ¿cómo no creer que somos más fieles a su pensamiento si admitimos que habla de personas más bien que de «modos de ser»? La terminología de Barth descarta el triteísmo, pero lo hace a expensas de la claridad.

3. Tres personas

Se trata realmente de personas en el sentido moderno de la palabra, pero están juntas por una unidad orgánica perfectamente real y profundamente misteriosa. Su unidad es orgánica, no aritmética. Unidad dinámica que unifica de una manera activa, en una sola vida divina, la vida de tres personas[383].

2. Lo que dicen los textos

Parece superfluo insistir en la personalidad del Padre y del Hijo. En cambio, la personalidad del Espíritu Santo es ásperamente discutida. Algunos se empeñan en considerarlo como un simple poder. Por consiguiente, es importante descubrir lo que enseña la Biblia acerca de este tema. A decir verdad, lo que encontramos en ella son más bien indicios que indicaciones. He aquí los más sugerentes:

1. Juan lo designa por medio de un *pronombre personal* «…os lo enviaré… [*pempsô auton pros hymas*]» (Juan 16:7). «…os lo enseñará todo… [*ekeinos hymas didaxei panta*]» (14:26; 15:26; 16:8,13,14). Estos pronombres, normalmente, no pueden aplicarse sino a personas.
2. Juan le atribuye *responsabilidades personales*: enseña (14:26), recuerda (14:26), da testimonio (15:26), convence (16:8), guía, glorifica…

Las dos declaraciones anteriores son tan importantes que la Biblia emplea el neutro para designar la unidad, por ejemplo, del Padre y el Hijo (Juan 17:20-23)

Ejemplo: «*Hêmeis hen*» (nosotros uno, Juan 17:22). Observemos el contraste entre *hêmeis*, nosotros, que es personal, y *hen*, uno, que es neutro. Las dos personas del Padre y el Hijo, aunque diferenciadas, forman una sola realidad.

[383] Comparar con Vincent TAYLOR, *La Personne du Christ dans le Nouveau Testament, op. cit*., p. 245 y ss.

3. «El Espíritu no es asimilable a un poder anónimo, aislable y comparable al conjunto de las fuerzas físicas y morales que rigen el universo y a los hombres, ni constituye una energía divina puesta en acción durante un tiempo. Él es en su permanencia, revelador de los misterios de Dios (1 Corintios 2:10-12) porque él es el que lo penetra todo. Como tal, es trascendente, su soberanía es tal que es libre de habitar en los creyentes, sin desvelar, sin embargo, el cómo de su condescendencia misteriosa. Ya que "tener el Espíritu de Cristo" (Romanos 8:9), "estar en Cristo" (2 Corintios 5:17), "y Cristo en mí" (Gálatas 2:20) son expresiones casi equivalentes[384].»
4. **Dificultades** El Espíritu no pertenece al orden de la lógica. No se deja encerrar en ninguna definición, en ningún sistema, ya que él funda la inteligencia que el cristiano puede tener de su relación con Cristo. Él es revelador de los misterios de Dios (1 Corintios 2:10-12).

Sería pueril pensar que se ha dilucidado la cuestión afirmando pura y simplemente que el Espíritu es una persona. La Biblia no se detiene en revelarnos el misterio de la naturaleza de Dios. Más bien describe su obra para beneficio nuestro. Su teología es menos ontológica que económica. Digamos mejor que es redentora.

> «El Espíritu Santo no es una persona en el sentido mundano del término, ni una personalidad en el sentido filosófico de este concepto. Él es Dios, dándose a conocer ahora santificando a los creyentes y a la iglesia, cumpliendo las promesas del Hijo. Es el Dios eterno que misteriosamente viene ahora para hacer a su criatura adoptada conforme a su designio, es decir a Jesucristo. Como tal, él no se confunde ni con el Padre ni con el Hijo, pero en absoluto está separado de ellos: con ellos, él es Señor. [...] Si el Padre es "Dios fuera de nosotros" permaneciendo en los cielos en su absoluta trascendencia, y si el Hijo es "Dios con nosotros", compartiendo nuestra historicidad, el Espíritu Santo es "Dios en nosotros"[385].»
>
> «Santificación y comunión en el amor –Efesios 2:22; 1 Pedro 1:2–, esa es la obra del Espíritu Santo, la propia comunicación de Dios

[384] Gabriel WIDMER, *Le Saint Esprit* (Ginebra: Labor et Fides, 1963), p. 114.

[385] Ibíd., p. 116.

> cuya esencia es santidad y amor. El Espíritu que habita en nosotros es el Espíritu de Dios, y lo que cumple en nosotros no puede ser otra cosa que la manifestación de esta vida que es la suya propia. Poseer el Espíritu Santo no significa poseer algo, sino que es poseerlo a él mismo y en él la vida eterna. He aquí por qué el Nuevo Testamento no puede en absoluto cuestionar la personalidad del Espíritu; eso equivaldría a preguntarse si Dios es una persona[386].»

> «Necesitamos comprender que el Espíritu Santo, que es una persona así como Dios es persona [...]. El Espíritu Santo tiene una personalidad, de lo contrario no podría dar testimonio a nuestros espíritus y con nuestros espíritus de que somos hijos de Dios [Romanos 8:16]. Debe ser una persona divina, además, porque en caso contrario no podría escudriñar los secretos que están ocultos en la mente de Dios [1 Corintios 2:10,12][387].»

En resumen, la Biblia habla del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo como de tres identidades particulares, pero indisolublemente unidas. La divinidad una, en oposición con todas las formas de politeísmo, aparece ante los hombres bajo tres manifestaciones personales diferenciadas, increadas, eternas, divinas. Las tres están comprometidas directamente en la historia del hombre, desde la creación hasta la redención.

> «Hay tres personas vivientes en el trío celestial; en el nombre de estos tres grandes poderes –el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo– son bautizados los que reciben a Cristo mediante la fe, y esos poderes colaborarán con los súbditos obedientes del cielo en sus esfuerzos por vivir la nueva vida en Cristo[388].»

Pero,

> «La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado. Los hombres de conceptos fantásticos pueden reunir pasajes de las Escrituras y darles interpretación humana; pero la aceptación de esos conceptos no fortalecerá a la iglesia. En cuanto a estos misterios,

[386] Emil BRUNNER, *Dogmatique*, *op. cit.*, p. 233.

[387] Ellen G. WHITE, *El evangelismo* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1975), p. 447.

[388] Ibíd., p. 446.

demasiado profundos para el entendimiento humano, el silencio es oro[389].»

3. Importancia de la cuestión

Si el Espíritu es Dios increado, trasciende todo lo que los hombres llaman espíritu. Por consiguiente, no puede entrar en relación con las estructuras físico-químicas del mundo ni con las estructuras mentales y psíquicas de los hombres sin someterlas a una modificación esencial, a una metamorfosis. Se pueden presentar dos casos:

a) Esta metamorfosis se realiza parcialmente en el presente.

b) Queda reservada para el final de los tiempos.

En el primer caso se admite la posibilidad de una experiencia mística inmediata. En la segunda, el regreso de Cristo es lo que debe desencadenar la renovación de todas las cosas; mientras tanto, el mundo y el hombre continúan viviendo en una crisis permanente, en un estado de constante mortificación.

Los adventistas admiten una síntesis de las dos respuestas. La metamorfosis no solo puede sino que debe empezar de inmediato. Quien está en Cristo se convierte en una nueva criatura (2 Corintios 5:17). La vida cristiana está, con certeza, iluminada por el Espíritu. Si las iglesias atraviesan una crisis grave, es por falta de vivir intensamente esta experiencia. No sin razón ponemos el acento en la necesidad de las lluvias al final del otoño.

No obstante, hay que ir con cuidado con cualquier clase de iluminismo. El fanatismo concuerda tan mal con el Espíritu como el mismo pecado. Y nosotros creemos que la metamorfosis se concluirá al regreso de Cristo, con el que san Pablo hace coincidir la conclusión de la redención (Romanos 8:23). Por eso, el problema del Espíritu Santo está directamente vinculado con nuestras opciones fundamentales en materia de teología. Si el Espíritu fuese tan solo un poder, habría que intentar sojuzgarlo, como, por otra parte, se ha tratado de domesticar otras fuentes de energía. Todo cambia si el Espíritu es una persona. A un poder se lo sojuzga, a una persona se le ruega. Las relaciones no son mecánicas, sino personales.

[389] Ellen G. WHITE, *Los hechos de los Apóstoles* (Mountain View, California: Publicaciones Interamericanas, Pacific Press Publishing Association, 1966), pp. 42, 43.

Los antiguos consideraban al Espíritu como Dador del amor de Dios en nosotros: «Sin cesar inflama el alma y la reúne con Dios[390]».

> «El esfuerzo no lo es todo. O, al menos, no es una palabra cristiana sino en la medida en que dicho esfuerzo está asociado a una espera de la gracia. Para prepararnos a recibir los dones del Espíritu Santo, más allá de una disciplina de la energía y de la obediencia, es necesaria la llamada interior de una vida de oración. A la salvaguarda de ese tesoro es a lo que nos invita en última instancia la meditación de este artículo del Credo que no repetiremos sino humillándonos y comprometiéndonos: "Creo en el Espíritu Santo"[391].»

En resumen, hay que admitir, por fidelidad a la Revelación bíblica, la existencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que tienen entre sí relaciones personales y se comportan con nosotros como personas. Su unidad es de tipo familiar, pero se trata de una comparación. La realidad escapa a nuestra comprensión. En cuanto a su igualdad, no excluye una subordinación orgánica del Espíritu al Hijo, y del Hijo al Padre. Pero fundado en el Amor, su entendimiento trasciende todo sentimiento de vana jerarquía.

[390] DIADOQUE, citado en Paul EVDOKIMOV, *Le Mystère de l'Esprit* Saint (Tours: Maison Mame, 1968), p. 94.

[391] Auguste LEMAÎTRE, *Foi et vie* (Ginebra: Labor et Fides, 1954), pp. 333, 334.

Conclusión

Las tres vías

Después de la última celebración de la Pascua, durante la cual Jesús instituyó el servicio de la santa Cena, Jesús hizo a los suyos importantes declaraciones mientras Judas se ocupaba de su sombría tarea.

> «…"voy a prepararos un lugar" –les dice–. [...]
> »"Y adonde yo voy sabéis el camino."
> »Le dice Tomás: "Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?" Le dice Jesús:
> »"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto."
> »Le dice Felipe: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta."
> »Le dice Jesús: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: 'Muéstranos al Padre'? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?...» (Juan 14:2-10, BJ).

El reproche de Jesús revela su tristeza y su decepción: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe?» Tal vez llevaba aún esta conversación en el ánimo cuando declaraba a su Padre, poco más tarde: «Esa es la vida eterna: que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Juan 17:3, BJ).

Conocer a Dios, es reconocerlo como Dios; a continuación, comprenderlo; por último, entrar con él en una relación filial. Reconocer a Dios es levantarse de la caída original, que consiste en considerarse a sí mismo como Dios, como único criterio de toda verdad y siendo el único patrón a bordo.

Comprender a Dios consiste en no acusarlo ya nunca más de todo lo que nos contraría en el transcurso de los acontecimientos, a menudo crueles. Entrar en una relación filial con él, considerándolo como nuestro Padre, es comportarse con respecto a él como hijos e hijas auténticos, reflejando su carácter (Hebreos 2:11-13), y recibiendo de su divino poder todo lo necesario para la vida y a la piedad (2 Pedro 1:3).

Para ello, uno solo es el medio que se nos ofrece: la mediación de Cristo. Para conocer a Dios, hay que conocer al que lo revela, Jesucristo. Ahora bien, una observación del apóstol Pablo nos hace comprender que hay varias maneras de conocer a Cristo. «Así que, en adelante, ya no conocemos a nadie según la carne. Y si conocimos a Cristo según la carne –dice el apóstol a los Corintios–, ya no le conocemos así» (2 Corintios 5:16, BJ). Los primeros discípulos de Jesús valoraban en mucho el privilegio inestimable de haber caminado con el Maestro, en carne y hueso. Como Pablo no había gozado de esta oportunidad, sus detractores le reprochaban con frecuencia que usurpara el título de apóstol. De modo audaz, él les responde que se puede conocer a Cristo de varias maneras. Intuición genial que nos servirá como punto de partida para trazar tres vías de conocimiento.

1. Conocimiento histórico... según la carne

Jesús vivió. Nosotros debemos conocer su vida. De no ser así, meditar sobre su persona sería una ilusión. Debemos desconfiar de las leyendas. ¡La realidad es tan hermosa! Gracias a los retratos que nos han dejado los evangelistas, Jesús puede hacerse familiar para nosotros. Aun cuando haya que renunciar a una reconstrucción histórica rigurosa, de acuerdo con las reglas de este ámbito que hoy se practican.

Sea cual fuere la honestidad con que lo hacen, los eruditos que aplican la crítica a la historia del profeta de Nazaret tienen mucha dificultad en ponerse de acuerdo en sus conclusiones. «Rara vez tienen el valor –honestamente reconoce el profesor Étienne Trocmé– de confesarse a sí mismos que los resultados a los que llegan son tan complejos que su síntesis final depende necesariamente de la simplificación arbitraria[392].»

No hay duda de que las palabras de Cristo se recogieron intencionadamente en función de las preocupaciones de los autores. Cada uno de ellos sigue su propio camino, animado por su intención personal. Un mismo discurso puede, pues, citarse en contextos distintos y ser objeto de enfoques nuevos.

> «Habría que preguntarse –escribe Gabriel Nanterre– si no están manifestando, de manera complementaria, las virtualidades conte-

[392] Étienne TROCMÉ, *Jésus de Nazaret vu par les témoins de sa vie* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1971), p. 7.

> nidas en la misma enseñanza de Jesús. Él, sin duda, retomó a menudo los mismos temas en varias circunstancias, insistiendo en cada ocasión en un punto u otro, de modo que al utilizar de nuevo la misma palabra en contextos variados, los evangelistas no hacen sino ilustrar la riqueza de su pensamiento[393].»

Otro tanto puede decirse de las acciones de Jesús, en general, y de sus milagros, en particular. Pues sus actos constituían enseñanzas tanto como sus discursos. Lo esencial para nosotros es descubrir la personalidad sin par de Jesucristo. Para ello, es importante alimentarse de los textos. Que se conviertan en un alimento tan necesario para nosotros como el pan de cada día. Tal es la primera vía que lleva a él. Elemental, pero necesaria.

2. Conocimiento moral

La contemplación de Cristo según la carne nos eleva gradualmente por encima de la historia. Nosotros no adoramos, en el pasado los manes de un mártir galileo. Ni en el futuro un espíritu inaprensible. Cristo está vivo. El examen de su vida, el estudio de su enseñanza, la meditación de los evangelios nos hace entrar en contacto con él.

Un artista pintó el rostro de Cristo en la cruz.

> «Es un rostro visto de frente, un Jesús coronado de espinas, los párpados cerrados, sumido en sí mismo. De pronto, en la sombra trágica que llena las órbitas, se esbozan unas pupilas –desapercibidas a primera vista–; los ojos cerrados parecen abrirse y os miran fijamente. Impresión extraña, solemne.»

Yo poseo una reproducción del cuadro del que habla Wilfred Monod; así pues, puedo dar testimonio de que su descripción es exacta. He aquí la continuación de su relato:

> «Algo análogo sucede con el Evangelio. Nosotros lo leemos, lo releemos, lo estudiamos, cotejamos los textos, recomponemos poco a poco la fisonomía lejana del Cristo histórico. [...] Ejecutamos, en apariencia, el rol activo. Pero [...] un sentimiento de malestar inde-

[393] Gabriel NANTERRE, «Le Christ à l'épreuve de l'histoire», *Résurrection*, Cahiers Théologiques n.º 59 (París: Desclée de Brouwer, 1978), pp. 15, 16.

> finible nos invade; [...] pensábamos, ingenuos, examinar a Cristo, y es él quien nos examina y quien nos juzga[394].»

Pues es imposible distinguir entre Cristo y nuestra conciencia. La voz misteriosa que se hace oír en nuestro fuero interno se confunde con la voz de Cristo. «La conciencia [...] es el testigo de Dios en el hombre, el juez divino y sin apelación, el ministro residente, el ojo y la luz del cuerpo (Lucas 11:34-36), la brújula del navío[395].» ¡La voz de Cristo en nosotros!

La identificación entre nuestra conciencia moral y Cristo es poco a poco, a medida que su historia se nos hace más familiar, más íntima, y se vuelve más profunda nuestra confianza en él. Pronto, nuestra solidaridad nos lleva a tomar a Jesús como guía. Imposible encontrar uno mejor, más grande, más seguro, más divino. Entonces, al encontrarnos ante decisiones difíciles de tomar, en las encrucijadas de la vida, surge espontáneamente una pregunta del fondo de nuestro ser: *¿qué haría Jesús en mi lugar?*

Hacer esta pregunta es un acto de fe decisivo en su autoridad moral y divina. Pasamos de la fase de simples curiosos y nos convertimos en discípulos suyos. La Biblia deja entonces que se transparente ante nosotros, en su gloria, aquel que es la luz del mundo. Ya no se puede leerla sin encontrarse con aquel, que es la conciencia de nuestra conciencia.

3. Participación

La vía moral nos lleva al Cristo normativo. La respuesta bíblica a la pregunta: *¿qué haría él en mi lugar?*, me hace descubrir mi deber. Pero ¿seré capaz de cumplirlo? Ciertamente, no sin su ayuda. Se impone una tercera vía, la de la identificación por la participación. Por la fe, debemos adherirnos a Cristo hasta el punto de sentirlo vivir en nosotros. Que una persona tal haya podido vivir en la tierra es un milagro, una intervención de Dios. Ni la herencia ni el medio ambiente pueden explicarlo. La única explicación reside en el hecho de que Dios se ha encarnado. Pero Jesús no es divino tan solo en su persona y su obra entre los hombres; es divino también por su obra en el interior de los hombres (Gálatas 2:20; 2 Pedro 1:3).

---

[394] Wilfred MONOD, *Délivrances* (París: Fischbacher, 1914), pp. 312, 313.

[395] Gustave TOPHEL, *L'Homme* (Lausana, 1908), p. 24.

El Cristo que yo admiro no es el Cristo demacrado, sacerdotal, en un estado lastimoso y débil que nos brinda cierta tradición, sino el Cristo viril, audaz, profeta y revolucionario. El Cristo que amo es aquel en quien Dios y el hombre se han unido para siempre. En él descubro a Dios en todo el esplendor generoso del verdadero Padre que se da. En él, descubro al *hombre* en la inesperada grandeza que le confiere ese Dios-Padre –su Padre– que lo espera con ansiedad dispuesto a celebrar regiamente su retorno.

La verdadera religión no consiste en adorar a Dios, con la frente en el suelo. Menos aún es una magia destinada a aplacar a un Dios furioso. No está tampoco tejida con ritos diseñados para adquirir el cielo. El cristianismo es la persona viviente del Hijo de Dios, Jesús, en quien se nos ofrece la gracia de llegar a ser hijos de Dios. *¡A ti, Señor, gratitud, alabanza y gloria!*

Glosario

Arrianismo. Explicación de la naturaleza de Cristo, cuyo nombre procede de su autor, Arrio, (256-336). Para Arrio, Jesús, nacido de María, no es increado, ni no engendrado. Por consiguiente, no puede ser Dios, ya que Dios no tiene principio.

Antropología. Del griego *anthrôpos* = hombre, y *logos* = ciencia. Desde el punto de vista científico, la antropología es el estudio del hombre considerado en la serie animal. El estudio del hombre, de su cultura y su civilización, fue organizado a finales del siglo XIX. Desde entonces, la filosofía y la teología han dedicado también al hombre una parte de su investigación.

La antropología bíblica es especialmente importante.

Baraita. Palabra hebrea que designa una tradición judía no oficial.

Bar Mitzvá. Expresión hebraica que significa literalmente: «hijo del mandamiento». Corresponde al día solemne en que el niño judío hace su entrada oficial en la vida religiosa.

Cristología. Significa literalmente: «ciencia de Cristo». Se llama así a la parte de la teología que se dedica a explicar la naturaleza de Cristo.

Docetismo. Palabra que viene del griego *dokein* = parecer. Pretendiendo que la humanidad de Jesús no era sino una apariencia externa, los docetas enseñan únicamente la naturaleza divina de cristo.

Dynamis. Palabra griega que significa «potencia», «fuerza». Se emplea en filosofía para designar el movimiento, el devenir, la vitalidad.

Ebionismo. Según Tertuliano, Jerónimo y Agustín, esta secta judeocristiana parece que derivaba de un tal Ebión, que fue, al parecer, quien determinó sus doctrinas. Pero Ebión es desconocido. Hoy día, se cree más bien que el nombre viene del hebreo y significa «pobre». Los ebionitas negaban la divinidad de Jesucristo.

Economía. El *Petit Robert* explica: «Organización de los diversos elementos de un conjunto. [...] Relación, articulación de las partes de un sistema.» En teología, la palabra designa un sistema del que depende el hombre.

La palabra *dispensación* es empleada en el mismo sentido.

Emet. Palabra hebrea que designa la fidelidad de Dios, fundamento sólido de la fe del creyente. Dios fiel, verdadero y sólido como la roca a la que uno se agarra. Este término define la actitud interior dela alianza.

Eón. Del griego *aiôn*, que se volvió *aeon* en el latín vulgar = tiempo, eternidad. El Nuevo Testamento opone el «presente siglo malo» (Gálatas 1:4, RVR95) al «mundo venidero» (Hebreos 6:5, RVR95) Jesús inauguró este tiempo por venir, este eón que debe desembocar en la plena actualización del reino de Dios.

Epistemológico. La epistemología asume la tarea de evaluar el valor de diversas ciencias para el enriquecimiento de los conocimientos humanos. Así, el historiador contemporáneo debe seguir una serie de reglas para establecer la autenticidad de los hechos que estudia. Es lo que Albright llama «su dominio epistemológico».

Escatología. *Eschaton* en griego significa «final».

La escatología puede ser:

a. todo lo que atañe al final del hombre o de toda la humanidad.

b. la doctrina de la Escritura sobre el aspecto de las postrimerías.

Existencial. Que se refiere a la existencia. En psicología se llama «análisis existencial» al examen en el que el individuo es considerado sin referencia al pasado. En filosofía, el existencialismo es una teoría del ser que afirma la primacía de la existencia sobre la esencia y de la libertad sobre la necesidad.

Gnosis. Véase la nota 336.

Hermenéutica. Viene de una palabra griega que significa «traducir» «interpretar». Parte de la teología que establece las reglas que se han de seguir para explicar correctamente la Biblia.

Homousía. Término empleado por los Padres de la iglesia en el Concilio de Nicea (año 325) para precisar la naturaleza de Cristo contra el arrianismo. Jesús fue declarado «consustancial al Padre», teniendo la misma naturaleza que él, el mismo «ser». Es una manera muy fuerte de afirmar su divinidad.

In bonam partem. Expresión latina que significa que se ve de manera favorable.

In malam partem. Considerar de manera desfavorable.

Hypo nomon. Expresión griega que significa «bajo la ley».

Hipostático. Del griego *hypostatikos*, que atañe a la sustancia. Se llama «unión hipostática» a la unión de la naturaleza humana de Cristo con su naturaleza divina.

Kenosis. En Filipenses 2:7, Pablo dice de Jesús: «*heauton ekenôsen*», que se traduce «se anonadó a sí mismo» (RV1909). Pero el sentido de *kenosis* es más literal; expresa la idea de vacuidad. Se podría, pues, traducir por «se vació de sí mismo». Este sentido se vio radicalizado por una corriente cristológica a partir de finales del siglo XIX.

Hoy se emplea generalmente para subrayar la profundidad de la humillación de Cristo en su encarnación.

Pecabilidad. Palabra que expresa la posibilidad de pecar. Se dice que el hombre es «pecable» La impecabilidad designa el estado en que esta posibilidad no existe. Numerosos teólogos han sostenido la impecabilidad de Jesús. No tenían razón, ya que, entonces, las tentaciones no habrían sido sino una puesta en escena, lo cual es incompatible con la espontaneidad de los evangelios.

Proskynesis. Del verbo griego *proskyneô*, que significa «prosternarse». Se aplica generalmente a la tentación de Jesús en el desierto (Lucas 4:8).

Soteriología. Literalmente, ciencia de la salvación, doctrina de la salvación. Es la parte de la teología que estudia más especialmente la obra de Cristo.

Ontológico. Relativo a la ontología, ciencia que se aplica a conocer lo que es. En griego, *ôn* es el participio presente del verbo *ser*. En filosofía se habla del ser siendo, es decir, del ser en sí.

Pleroma. Viene del griego *plêrôma*, que significa «plenitud», «totalidad».

Sincretismo. «Sistema filosófico o religioso que tiende a fusionar varias doctrinas distintas, aparentemente inconciliables» (*Grand Larousse de la langue Française*, París, 1978, vol. 7, p. 5891). La combinación de las verdades reveladas por Dios con filosofías humanas suele constituir un sincretismo en el que la verdad queda comprometida. Los grandes períodos de sincretismo han correspondido siempre a una época de decadencia.

Sinópticos. Se califican así los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. Tiene entre sí tales analogías que numerosos versículos se encuentran

en los tres textos. Por eso se pueden disponer fácilmente en *sinopsis*, es decir, en una tabla de tres columnas paralelas, haciendo que aparezcan claras las semejanzas y las diferencias. Se pueden encontrar sinopsis de los evangelios en librerías especializadas. El evangelio de Juan, por su parte, escrito mucho tiempo después que los otros tres, es totalmente diferente.

Teofanía. Viene de dos palabras griegas y designa una manifestación de Dios.

Vox populi. La voz del pueblo.

Anexo

Brève histoire du dogme christologique (Breve historia del dogma cristológico), redactada según el resumen publicado en la revista *Résurrection*, Cahiers théologiques 59 (París: Desclée de Brouwer, 1978), pp. 71-76.

I. Antes de Nicea

1.1. En el siglo II, los Padres de la iglesia se limitan a transmitir la tradición recibida de los apóstoles. Entre los Padres apologistas, Justino (110-163), e Ireneo (135-202), afirman que el Verbo, Hijo eterno, se hizo hombre encarnándose en la carne de la virgen María.

1.2. El **ebionismo**, nacido del judeocristianismo, niega la trascendencia divina de Cristo.

1.3. A la inversa, el **docetismo**, (el verbo griego *dokein* significa «parecer»), niega la naturaleza humana. Jesús tiene tan solo la apariencia de un hombre.

1.4. El **gnosticismo** niega también la naturaleza humana, pretendiendo que la materia es mala.

1.5. **Marción** va aún más lejos que los gnósticos. Exclusivamente divino, Jesús no es mesías ni encarnado, sino metamorfoseado.

1.6. Los **adopcionistas**, preocupados por mantener un monoteísmo puro, ven en Jesús no al Hijo hecho hombre sino a un hombre ordinario adoptado por Dios como Hijo por ser habitado por el Espíritu en el momento del bautismo.

1.7. El **modalismo** quiere también salvaguardar la unidad divina. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres personas distintas sino los modos de manifestación de un solo y único Dios.

2.1. «Como reacción contra la herejías e influenciados por la concepción helenística de un **Logos**-Hijo, creador demiurgo, los adeptos al **subordinacionismo** proclaman la desigualdad del Hijo y el Espíritu, seres creados o intermediarios, como subordinados al Padre, único principio, resolviendo así el misterio de la unidad plural en Dios.»

2.2. En esta línea de pensamiento, **Arrio** (256-336) piensa que la única y verdadera dignidad es no engendrada e increada. Para él, el **Logos** no puede, pues, ser de naturaleza divina. Es engendrado, creado y

adoptado por Dios antes de todos los siglos para servir de instrumento a su creación. Por consiguiente, hubo un tiempo en el que Dios no era Padre y Cristo no era Dios sino hombre, con un alma divina. Esta doctrina fue denunciada en el concilio de Nicea, en 325.

II. De Nicea a Éfeso (325-431)

3.1. En el Concilio ecuménico de Nicea, Jesús es declarado «unigénito Hijo de Dios, engendrado del Padre..., no creado» y proclamado «consustancial al Padre» (*homoousios tô Patri*).

3.2 Los **contrarios a Nicea** se expresan:

a. **Homeos:** El Hijo es solo semejante al Padre (*homoios*).

b. **Homeousianos** o homoiusianos**.** El Hijo es semejante en esencia (*homoiusios*).

c. **Anomeos**: el Hijo es diferente al Padre (*anomoios*).

Estas doctrinas fueron combatidas por Hilario de Poitiers y por Atanasio de Alejandría (295-373) en Occidente, y en Oriente por los Padres capadocios.

3.3 A partir del año 360, tras la afirmación de la verdad del cuerpo de Cristo (contra el gnosticismo y el docetismo), y de la verdad de su divinidad (contra el adopcionismo y el subordinacionismo), se plantea la cuestión del cómo de la unión de ambas naturalezas.

4.1. Los teólogos de **Antioquía** privilegian la humanidad de Cristo. La escuela de Alejandría pone el acento principalmente en la divinidad.

4.2. **Apolinar de Laodicea**, alejandrino muerto en 390, rechaza la humanidad completa de Cristo y limita su naturaleza al Verbo, espíritu y voluntad.

4.3. **Reacción de los Padres capadocios.** «Negar en Jesucristo la existencia de un alma humana y razonable, es negar su libre querer.» Y la humanidad de Jesús es una de las condiciones de la salvación.

4.4. **Apolinar** es condenado por el Concilio de Constantinopla I (381). Verdadero hombre, Jesús está dotado de un verdadero cuerpo y un alma humana racional.

5.1 La querella antiapolinarista provoca la reacción de **Nestorio** (muerto en 451). Para este patriarca, formado en la escuela de Antioquía,

María, Madre de Jesús, no puede ser llamada «Madre de Dios» (*Theotokos*).

5.2. **El Concilio de Éfeso** (431), afirma que María debe ser llamada «Madre de Dios». En Cristo, la humanidad no es una persona distinta de la divinidad. Una sola persona, con dos naturalezas.

III. De Éfeso a Constantinopla III (431-681): Una humanidad plena

6.1. Nacimiento del **monofisismo**. Separadas antes de su unión, la humanidad y la divinidad se funden tras la encarnación.

6.2. **El concilio de Calcedonia** (451) define el dogma: uno solo es Dios perfecto y hombre perfecto, sin confusión. Cristo es consustancial al Padre, según la divinidad, y consustancial al hombre según la humanidad.

6.3. **Constantinopla II** (533), subraya la unidad de Éfeso y de Calcedonia. Es la segunda persona de la Divinidad la que se ha encarnado. La encarnación está ligada al misterio de la Trinidad.

7.1. El **monoenergismo** postula en Cristo una sola voluntad, una sola naturaleza y, por consiguiente, una sola actividad.

7.2. **Constantinopla III** (680-681) pone fin a esta pretensión, afirmando la dualidad de energía y de voluntad, humana y divina.

Este resumen muy breve no da sino una tenue pincelada de las discusiones encarnizadas, y a menudo sangrientas, que nacieron de los esfuerzos humanos de encerrar la naturaleza de Cristo Jesús en fórmulas racionales. Deliberadamente, por cierto, no nos referimos en este libro a las fórmulas en cuestión. Nos ha parecido más prudente atenernos, en la medida de lo posible, al lenguaje de la Biblia. Creemos que Jesús es Dios, pero distinto del Padre y no haciendo nunca sombra a su soberana primacía. La igualdad es compatible con una subordinación funcional. Creemos que Jesús es hombre, hombre como nosotros, aunque lo esencial para nosotros sea llegar a ser, por la gracia de Dios, hombres como él. Estas dos últimas afirmaciones contienen en potencia todo el misterio de la salvación.

Índice de referencias bíblicas

Antiguo Testamento

Génesis

1	250, 253, 254
1:1	143
1:2	317
1:5	316
1:26	193
1:27	64, 250
1:31	261
2	253, 254
2:7	86, 254
2:9	296
2:10	316
2:18-24	153
2:19,20	57
2:23	218
2:24	316
3:4,5	196
3:5	227, 263
3:7-10	209
3:8,9	57
3:19	79
3:22	263
4:4	188
5:23,24	96
6:3	218
10:15	188
11:7	211
12:2,12,16	316
14:19,22	200
16:2-9	58
17:1	132, 209
21:33	137
24:3	316
25:1	183
25:25,26	188
25:32	188
27:19,32	188
32	209
32:11	136
41:50-52	188
50:20	140

Éxodo

3:4	209
3:7,8	211
3:11-14	153
3:14	132
4:22	177
4:22,23	188
13:2	188
15:26	132
21:6	50
25:8	101, 210
25:22	210
32:34	58
33:11	113
33:14	58
33:20	166
34:6	136
40:34	219

Levítico

19:3	135
20:26	135

Números

13:23	316

Deuteronomio

6:4	316, 317
10:1,5	267
10:17	126
14:22	177
15:7	50

21 16 188
21 17 188
29:29 310
30:15 118

Josué
2:11 40

Jueces
13:1-23 309
13:18 127

Rut
1:16,17 40
2:12 40

1 Samuel
10:1 177
16:10-12 188

2 Samuel
7:14 177, 196, 198
7:14,15 197
7:16 197
7:29 197
22:10 211
23:5 197

1 Reyes
8:10 219
8:27 210
19 220
19:13 209
19:18 177

2 Reyes
2:11 96
4:32-37 191
16 214

1 Crónicas
2:3 a 3:4 39
4:1-23 39
7:6-12 39
8:1-40 39
9:1 39

2 Crónicas
5:13 219

Nehemías
9:6 144
9:32 126
9:39 136

Job
1:6 177, 195
2:1 177, 195
19 25 146
19:25-27 146
38:7 177

Salmos
1:3 296
2 177, 180, 196, 198
2:4-6 197
2:7 126, 177, 180, 194, 196
8 245, 247
18:3 118
20:7 126
21:2,14 126
21:6 247
22:21 182
23:1-5 118
23:6 118
24:8 126
27:1 118
29:1 247

31:6 136
35:3 132
35:17 183
40 49
45:7 127, 157
45:7,8 163
51:7 311
51:11,12 317
68:18,19 154
73:15 177
83:19 154
89:7 177
89:27 177
89:28 188
90:2 137
95:3 310
96:5 310
97:7 196, 198
102:19-29 154
102:25ss. 157
102:28 200
104:1 247
110 156
135:6 139
139:6 139, 310
139:7,8 209
139:7-10 138

Proverbios
1:24-26 197
4:3 316
8:22 199, 201, 203
8:32-36 201
9:1ss. 200
9:13-18 200, 201
14:26 177

Isaías
6:3 135
6:3,5,9 320
7:14 48, 49, 213
9:5 125, 154
10:21 126
11:2 127
11:6-8 252
12:3 87, 132
14:7 48
26:13 310
40:3 154
40:18,22 210
40:28 137
42:8 154, 317
43:6 180
43:25 133
44:20 143
45:15 210
45:18 317
45:23 157, 235
47:4 146
48:17 146
48:18 310
51:12 133
52:6 153
52:11 180
53 122, 237
59:2 254
61:8 133
63:7,14 317
63:10,11 317
63:19 208, 211

Jeremías
3:12 133
6:26 316
23:6 118
23:23 133
31:9 177, 188
32:18 126

Ezequiel
32:21 126

Daniel
3:25 177
7:13 248
9:26 101
11:3 126

Oseas
2:25 180
11:1 177

Amós
8-10 316

Miqueas
5:1 125
5:2 154

Zacarías
12:10 316

Malaquías
3:1 58

Nuevo Testamento

Mateo
1:1 35, 39
1:18 212
1:16 48
1:18 212
1:19 48, 212
1:20 48, 85
1:20-23 213
1:22,23 214
1:23 48, 49, 213
1:25 187
2:13-15 48
2:15 180
3:3 154
3:14 42
3:15 43, 45
3:16 270
3:16,17 243
3:17 181
4:1 77
4:12 75
4:17 193
5:9 180
5:35 162
5:38-42 122
5:45 180
8:12 179
8:24 75
9:6 43
9:15 179
9:18-26 191
10:5 127
10:40 128
11:1 146
11:2-6 193
11:27 114, 185, 315, 317
11:28 150
11:28-30 288
11:29 92, 238
12:6 101
12:19 179
12:28 193
12:41 87
13:17 87
13:28 144

13:38 179
13:54-57 53
14:22-33 181
15:24 125
16:13 3
16:13-20 123
16:14 87
16:16 181
16:18 102, 118, 277
16:21,22 8
16:23 92
16:25 244
17:2 95, 92
17:5 181
21:23-27 91
23:15 179
24:14 66
24:15 101
24:36 89, 182
25:26 75
25:40 128
26:28 43
26:36-46 75
26:38 75
26:41 270
26:53 103
26:61 101
26:53 103
26:63 181
26:64 92, 107
27:26-35 75
27:46 264
27:51 101
27:51-53 191
28:6 98
28:9 104
28:18 140, 287
28:19 153, 317, 318
28:18,19 107
28:20 106, 139

Marcos

1:4 41, 43
1:9-11 41
1:11 181, 288
1:13 251
1:22 87
1:24 136
1:34 123
1:44 123
2:1 112
2:5-12 146
3:12 123
3:28 74
4:11 119
5:43 123
7:36 123
7:37 89, 89
8:26 123
8:27-30 123
8:30 123
8:31-38 123
8:35-38 289
9:7 181
9:9 123
9:14-29 102
9:19 92
9:24 220
9:30-37 123
10:21 75
10:28-31 44
10:32-34 123
10:45 125
13:32 182
14:36 114, 257
15:33 264
16:19 105, 244

Lucas

1:1-4 47
1:11-17 47
1:26-35 47

1:35 91, 136, 212, 263
1:38 213
2:7 187
2:40 52
2:46 75
2:49 52
2:52 52, 290
3:1,2 21
3:21,22 45
3:22 181
3:23 21, 35
3:23-28 37
3:38 39, 64, 180
4:1-4 79
4:5-7 79
4:8 80, 335
4:9-11 80
4:13 82
4:16-30 44
5:16 92
5:34 179
6:35 180
7:11-17 191
7:18-22 91
9:25 181
9:25,26 96
9:30,31 97
9:51 244
9:57,58 112
10:22 114
11:13 317
11:24 78
11:34-36 330
13:32 92
19:9 179
19:10 125
19:41 75
20:36 180
22:24 75, 76
22:44 94, 264
22:48 288
23:28 179
23:35 83
23:36,37 84
23:39 84
23:46 84, 257, 264
24:25 24
24:25-27 115
24:31 104
24:36-49 104
24:50 104
24:51 105

Juan
1
1:1 59, 168, 317
1:1,14 124, 165
1:1-3 143
1:1,14 124, 165
1:1-16 62, 63
1:2 137
1:3,4 60, 263, 295
1:4 131
1:4,5 65
1:4-9 201
1:5 118, 166
1:10,11 66
1:12 185, 270, 305
1:13 317
1:14 67, 101, 145, 199, 217, 219, 278
1:14,18 183
1:16 278
1:18 114, 167, 169, 182, 193
1:29 146
1:40,41 121
1:46 51

2:11 145
2:19 100
2:21,22 101
3 122
3:1 185
3:2 87
3:5,6,8 317
3:16 40, 181, 317
3:16,18 183
3:19-21 201
3:21 166
3:31 128
3:34 270, 317
3:35 140, 182
3:36 317
4:6 75
4:34 257
5:11 257
5:17 143
5:19 153, 244
5:19-26 182
5:21 147
5:21,22,26,27 287
5:23 149
5:27-29 317
5:28,29 147
5:30 90
5:37 166
5:39 115, 243
5:46,47 115
5:43 166
6:14 128
6:35 133, 288
6:38 90
6:40 147, 182
6:46 166
6:62 124
6:63, 68 88
6:68,69 136
7:16,17 89
7:28 128
7:37 87
7:37-39 132
7:45,46 87
7:41 51
7:46 86
7:52 51
8:1 92
8:11 92
8:1-11 201
8:13-16 202
8:18 133
8:24,28 132
8:28 89, 90
8:40 73
8:42 128, 201, 230
8:42-44 202, 203
8:44 179
8:46 267
8:48 132
8:48-58 132
8:58 124, 134
8:59 132, 201
9:5 118, 201
9:7 128
9:36 128
10:7 133
10:10 128
10:11 118, 133, 304
10:15 114
10:17,18 98, 103
10:18 103, 234
10:30 146
10:34 263
10:36 317
11:25 118, 131, 133, 289
11:27 128
11:33 75
11:34 75
11:35 92
11:38-44 191

11:41,42 90
11:42 113
12:27 75
12:28,29 5
12:31 140
12:35-46 201
12:46 128
12:47 128
12:49 89
13:1 317
13:13 156
13:13,14 92
14:2-10 327
14:3 263
14:3,18,23 128
14:6 131, 133, 304
14:7,23 153
14:8-14 315
14:9 88, 135, 193, 283
14:13 106, 150, 182
14:26 317
14:27 238
14:28 287
15:1 133
15:11 238
15:24 113
15:26 243, 317
16:7 322
16:7,13 317
16:8 317
16:8-11 243
16:8,13,14 317
16:10 233
16:14 243
16:25 315
16:28 201, 203
16:32 264
16:33 66
17 135, 283, 317
17:1 182
17:1ss. 315
17:3 6, 311, 316, 317,327
17:3,18 128
17:5 124, 226, 295
17:6 135
17:8 201
17:11 135
17:12 153
17:19 92
17:20,21 291
17:20-23 322
17:21 134
17:22 287, 322
17:24 124
17:39 317
18:4 134
18:4,5 92
18:6 134
18:19-21 32
18:36 44
18:37 198, 304
18:38 301
19:1 301
19:20 75
19:28 75
19:30 76
19:34 98
20:14 104
20:17 114
20:19 104
20:21 128
20:26-29 151
20:27 104
20:28 121, 167, 168

Hechos

1:2,11,22 244
1:8 317

1:9 105
2:16,17 266
2:21 156
2:22 73
2:23,24 104
2:24 233
2:27 91
2:32,33 243
2:32-36 156
3:14 91, 136
3:25 179
4:25 196
4:27 136
5:32 257
6:14 101
7:56 107, 149
10:40,41 104
13:10 179
13:13 41
13:32,33 198
13:33 180
14:16 147, 197
17:25-29 295
17:27 311
17:27,28 208
17:28 132, 254
17:31 73, 74, 147
19:28,34 242
26:9 317
26:22,23 116
28:25-27 320

Romanos
1:1 230
1:3,4 198
1:3,9 155
1:4 100, 155, 233, 257, 270
1:4,5 243
1:8 158
1:21 166
1:21-32 311
2:1-16 158
2:4 138
2:16 147
3:24 146
3:33 317
4:14 219
4:19 183
5:10 155, 181
5:12-21 255
5:14 117
5:14,15 193
5:15 73
5:19 234, 257
6 296, 299
6:5 243, 256
6:6 272
6:6-11 298
6:11 272
6:14 45
6:23 96, 264
7:14,24 268
8:1 243
8:3 182, 260, 261, 265, 266, 267, 269
8:3,29,32 155
8:4 267
8:6,7 218
8:9 323
8:9-11,16,17 317
8:11 317
8:14,19 180
8:15 315
8:16 324
8:17 190
8:23 276, 325
8:24 238, 298
8:29 187, 189
8:32 181

8:34 276
9:4s. 160
9:5 159, 160
9:6,7 179
9:26 180
10:5-10 283
10:9-11 150
11:23 310
11:26 118
11:35,36 144
11:36 61
13:10 277
14:9 140
15:16 317
15 29 277
16:26 137

1 Corintios
1:2 317
1:3 153
1:9 155, 182
1:17 229
1:23 24
1:30 118, 201, 304
2:2 150
2:6-8 119
2:10-12 323, 324
2:14, 15 254
3:23 287
4:15 37
6:11 317
7:31 147
8:4-6 310
8:6 144, 157, 158, 316, 317
10:1,2 117
10:4 118
12:3 118, 315
12:4-6 318
13:9-12 310
15:14,15 9, 254
15:21 73, 252
15:21-23 252, 253
15:27 140
15:28 155, 182, 287, 294
15:39 218
15:45 243, 254
15:45-50 253
15:45-47 249
15:47-49 105
15:49 255
15:50 219
15:51 97
15:55 238
15:57 190
16:22 150

2 Corintios
1:2 162
1:18-22 138
1:19 155
3:18 320
4:4 80, 140, 298
4:6 145
4:14 317
5:16 328
5:17 304, 323, 325
5:19 234
5:21 217
6:18 180, 295
8:4 237
8:5 237
8:9 124, 237, 245, 294
9:3 229
12:21 158
13:4 204, 234
13:13 317, 318

Gálatas
1:4 252, 334
1:16 155, 182
2:10 237
2:20 64, 155, 182, 296, 323, 330
3:6,7 179
3:15-20 101
3:16 39
3:19 195
3:26 180
4:4 39, 266, 269
4:4,5 45
4:4,6 155
4:6 179, 315, 318
4:6-8 180
4:19 295
4:24ss. 37
5:16 218
5:17 218

Efesios
1:4 124
1:10 119, 264
1:20-23 66
1:23 139, 277
2:2 179
2:6 129
2:6,7 296
2:18 317
2:19 244
2:19-22 295
2:22 323
3:1-3 119
3:4 119
3:5,6 119
3:6 244
3:8,9 310
3:9 144
3:9,10 244
3:11 236
3:14-17 318
3:19 278
4:4-8 317
4:6 317
4:8-10 154
4:13 155, 277, 301, 305
4:14,15 305
4:30 317
5:2 260
5:6 179
5:18 277
5:25-33 119

Filipenses
1:3 158
1:3-11 224
1:21 150
1:24 276
2 239
2:2 224
2:5-11 124, 156, 223, 245
2:6 237
2:6,7a 225
2:6-11 243
2:7 261, 267, 335
2:8 102
2:9-11 150
2:10 157
2:13 270
3:10 263
3:12 155
3:20,21 147

Colosenses
1:13 181
1:15 192
1:15-17 199

1:15,18 187
1:15-20 223
1:16 263
1:17 137
1:18 187, 190, 252
1:19 276
1:24 277
1:27 119
2:2 277
2:3 238
2:8 274
2:9 276
2:9,10 273
3:1-4 295
3:9,10 295
3:6 179
3:11 139

1 Tesalonicenses
1: 10 155
4:8 317
4:16 147
5:23 302

2 Tesalonicenses
1:12 161
2:3 179
2:16 153

1 Timoteo
1:2 37
1:16 241
1:17 100
2:5 73, 271
2:15 241
3:16 203, 204, 241, 244, 245, 291
6:13 241
6:14, 15 241
6:15 100
6:16 145

2 Timoteo
1:9,10 125
1:12 5
2:1 37
2:8 241
4:8 241

Tito
2:12 256, 256
2:13 162, 242
3:4-7 241

Filemón
4 158

Hebreos
1:1,2 57, 143
1:1-14 195
1:2 182
1:3 145
1:4 a 2 18 195
1:5 180, 194, 198
1:5,6 194, 195
1:6a 198
1:6 150, 187, 198
1:8,9 162
1:9 164
1:10 157
1:10-12 154
2:6-9 245
2:10 97, 144, 180, 290
2:11-13 327
2:14 75, 218, 262
2:17 262
3:1 128
3:1 a 4:13 195
3:1-6 117

3:6 182
4:10 117
4:12 56
4:14 162, 182
4:14 a 7:28 195
4:15 41, 82, 91, 262
5:5 180, 198
5:7 75, 93, 269
5:8 75, 92, 182, 257
5:9 97
5:11 a 6:20 194
6:5 252, 334
6:11 277
7:26 267
7:27 121
8:1 a 10:18 195
8:11 271
9:14 243, 270
9:24 129
9:26 121
9:28 268
10:3-29 195
10:5 49
10:5-10 267
10:9 257
10:10 121
10:19,20 271
10:19-39 195
10:29 182
10:29,30 317
11:1 a 12:2 195
11:3 49
11:17 183
11:31 40
12:1,2 305
12:5-8 180
12:24 117
13 195
13:8 138
13:20 162
13:21 138
13:22 194

Santiago
1:17 200

1 Pedro
1:2 323
1:10,11 116
1:12 244
1:23 317
2:7 118
2:21 42, 71, 260
2:24 268
3:22 140
5:13 41, 180

2 Pedro
1:3 327, 330
1:3,4 255
1:4 277
1:16 124
1:17 181
3:9 140, 238

1 Juan
1:3 221
1:6 282
1:7 181
1:8-10 282
2:4 282
2:6 260
2:9 282
2:19 100
2:22,23 282
2:22-24 182
3:5 218, 267
3:6 282
3:9 317
3:16 304
4:2,3 242, 282

4:3 284
4:9 183
4:9,10,14,15 181
4:10 128
4:15 282
4:16 139
5:10-13 182
5:11 131, 257
5:11,12 168
5:18 317
5:20 131, 136, 168

2 Juan
3,9 182
7-10 281

Judas
1 317
9 191
19 254
20,21 317

Apocalipsis
1:4,5 190
1:5 187, 190
1:8 133, 137, 140
2:23 133
4:8 140, 309
4:11 144
5:1-14 151
5:9 234
5:12 234
5:13 138
11:15 137
11:17 140
15:3 140
16:7 140
17:14 141
19:6 140
19:10 151
19:16 199
21:4 238
21:6 133, 137
21:7 180
21:22 140
21:23 145
22:13 133
22:14 296
22:16 133
22:20 150

Índice de autores

A

ABBOT-SMITH, 103, 227
ABEL, F.-M., 162
ADLER, L., 87
ALBRIGHT, W.H., 29, 32, 334
ALLEGRO, J., 27
AMIOT, F., 13, 276

B

BABUT, Ch.E., 91, 92
BARTH, K., 51, 137, 189, 219, 236, 294, 295, 321, 322
BAUR, F.L., 19, 159
BÉDA RIGAUX, 98, 99, 100, 102
BENOIT, P., 105
BERNARD, J.H., 184
BESNARD, A.M., 299
BOEGNER, M., 208
BOISMARD, M.E., 100
BONHOEFFER, D., 78
BONNARD, P., 37, 38, 43, 74, 79, 173, 223, 225, 227, 231, 233, 234, 235
BONSIRVEN, J., 156, 159, 163, 266, 268
BORNE, E., 17
BOUTTIER, M., 276, 277
BOUYER, L., 167, 217
BROWN, R.E., 287
BRUNNER, E., 88, 135, 138, 189, 220, 309, 311, 312,315,324
BUBER, M., 281
BULTMANN, R., 7, 59
BURROWS, M., 27
BUSCHE (von den), H., 136

C

CADIER, A., 112
CARMIGNAC, J, 19, 20
CARRE, A.M., 17, 99
CARREZ, M., 237, 252
CASALIS, G., 17
CERFAUX, L., 155, 156, 158, 160, 161, 232, 235, 276
CHAINE, J., 284
CHARUE, A., 169
CRISÓSTOMO, J., 189
COHEN, A., 212, 288
COLLANGE, J.-F., 223, 228, 231, 233, 236
COULIN, F., 75
COURTHIAL, P., 20
CRISTIANI, L., 13
CULLMANN, 0., 42, 59, 60, 74, 137, 155, 156, 157, 159, 161, 162, 169, 175, 178, 227, 251, 285, 298

D
DANIELOU, J., 12, 17, 56
DANIEL-ROPS, 12, 13, 42
DAVEY, F., 24
DAVIDSON, F., 200
DEISSLER, A., 126
DELORME, J., 99
DESNOYERS, L., 163, 197
DIDON, H.M., 28
DIETRICH, S. (de), 117
DODD, C.H., 57, 159, 168
DORNIER, P., 243
DOUKHAN, J., 101
DREYFUS, F., 201, 289
DUPUY, B.D., 281

E
ETIEMBLE, M., 17
EVDOKIMOV, P., 326

F
FEUILLET, A., 123, 135
FILÓN, 15, 27, 56, 57, 58, 250, 251, 253
FLEINERT-JENSEN, F., 169, 282, 283
FLUSSER, D., 281
FOERSTER, W., 212

G
GELIN, A., 249, 251, 253, 255, 256
GELDENHUYS, N., 38
GEORGE, K., 99
GETAZ, M., 94
GILLES, J., 187
GINDRAUX, J., 173
GODET, F., 67, 77, 86, 89, 96, 97, 106, 107, 168, 218, 293, 294
GODET, G., 238, 239
GOGUEL, M., 12
GOUMAZ, L., 291, 292
GOUNELLE, P., 221
GRANDMAISON, L. (de), 91, 149
GREEHEY, J., 111, 114
GRELOT, P., 99
GUITTON, J., 17

H
HARNACK, A. (von), 19
HENSCHEN, J., 39
HEPPENSTALL, E., 78
HERING, J., 146, 163
HOSKYNS, E., 24
HUBY, J., 100
HUGEDÉ, N., 183, 190, 273, 274

I
IMSCHOOT, P. (van), 200, 201

J
JACQUET, L., 163
JAVET, J.-S., 21, 51, 52, 195

JEREMIAS, J., 134
JOHNSSON, W., 186, 194
JOSEFO, F., 15, 16, 25, 27, 52
JULG, P., 113

K
KALTENBACH, J., 156, 197, 198
KENNEDY, 226
KITTEL, G., 64, 160

L
LACOCQUE, A., 214
LACORDAIRE, J.B., 28
LAGRANGE, M.J., 159, 192
LARSON, R., 259, 265
LEMAITRE, A., 326
LÉON-DUFOUR, X., 38, 40, 48, 99
LOASBY, R., 56, 58, 134, 184, 203, 219
LODS, M., 136

M
MACKINTOSCH, H.R., 164
MADAULE, J., 17
MAILLOT, A., 160, 225, 228, 229, 230, 232, 233, 296
MANLEY, G.T., 55
MARCEL, G., 208
MARTIN-ACHARD, R., 245, 246
MASSON, Ch., 119, 181, 275, 277, 279
MATHIOT, E., 35
MENEGOZ, F., 149
MEREJKOVSKY, D., 35, 47, 82
MEYER, R., 252
MIEVILLE, H.L., 187
MILLIGAN, G., 103, 183, 226
MOLLA, C.F., 101, 166, 217
MONLEON, J. (de), 150
MONOD, W., 82, 83, 186, 297, 301, 329, 330
MORRIS, H.M., 196
MOULTON, J.H., 103, 183, 226
MOUROUX, J., 64, 65

N
NANTERRE, G., 328, 329
NOËL-MARTIN, Ch., 66

O
OLTRAMARE, H., 177,180, 181
ORÍGENES, 60, 184

P
PANNENBERG, W., 7
PASCAL, B., 32, 221, 246, 304
PICHAUD, M.-C., 220
PIROT, L., 119, 169, 192

PLATÓNN, 121, 290
PLINIO, el Joven, 11
PLINIO, el Viejo, 27
PREISS, Th., 74, 128
PRESSENSÉ, E. (de), 116
PRIGENT, P., 150
PRÜMM, K., 127
PURY, R. (de), 78, 81, 115, 310, 312

R

RAD, G. (von), 126, 178
REFOULÉ, F., 17, 123
RENAN, E., 31, 111, 112, 169
RENGSTORF, 127
RINGUET, L.L., 17
ROBERT, A., 123
ROBINSON, J.A.T., 19
ROUSSEAU, J.J., 28

S

SCHROEDER, R., 127, 199, 200
SCHWEITZER, A., 297, 298
SENARCLENS, J. (de), 208
SESBOUÉ, B., 242, 243, 269
SPICQ, C., 50, 145
SUETONIO, 12
SURGY, E. (de), 99

T

TÁCITO, 11, 12, 23
THAYER, 184
TAYLOR, V., 57, 155, 159, 164, 223, 226, 241, 242, 287, 322
TOPHEL, G 330
TRESMONTANT, C., 19, 88
TROCMÉ, A., 44
TROCMÉ, E., 137, 328

V

VARONNE, F., 65, 83
VASTO, Lanza (del), 35, 36, 65, 302
VAUCHER, A.-F., 144
VELLANICKAL, M., 111, 114
VINE, W.E., 183

W

WERNER, Ch., 285
WESTPHAL, A., 106
WHITE, E. G., 58, 64, 71, 76, 79, 82, 92, 93, 94, 95, 108, 127, 134, 204, 212, 213, 259, 260, 261, 262, 264, 265, 266, 269, 270, 271, 275, 278, 286, 311, 312, 324, 325
WIDMER, G., 323

Z

ZURCHER, J., 260, 285

Ejemplar gratuito

aula7activa